A woman with long dark hair is shown in profile, looking out a window. Her hand is resting on the window frame. The background is a soft, out-of-focus landscape. The text is overlaid on the image.

ANNE TYLER

BUSCANDO
A CALEB

DEBOLSILLO

ANNE TYLER

Buscando a Caleb

Traducción de
Gemma Salvá

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

La adivina y su abuelo fueron a la ciudad de Nueva York en un tren Amtrack, traqueteando con sus idénticos rostros, lívidos, blancos, orientados por completo hacia el norte. El abuelo se había olvidado el audífono en casa, sobre la cómoda. Llevaba un traje negro, tirantes gris perla y una camisa a rayas finas, sin cuello, muy anticuada y de aspecto caro. Pasara lo que pasara, no dejaba de fijar su mirada hundida en el asiento de delante ni de deslizar un pulgar sobre el recorte de periódico que sostenía en la mano. O el tren le había dejado completamente sordo o estaba pensando en algo muy importante; era difícil de decir. En cualquier caso, no contestaba a ninguna de las pocas cosas que la adivina le decía.

Más allá de su suave y blanca cabeza, al otro lado de la mugrienta ventanilla, se deslizaban fábricas y almacenes. De vez en cuando aparecían los restos de algún bosque para después eclipsarse de nuevo: árboles desnudos y retorcidos, troncos desgarrados por los rayos, leños cubiertos de madreselva, arbustos ásperos y enmarañados, y latas de cerveza, botellas de whisky, carburadores oxidados, máquinas de coser y sillones. Más tarde, alguna que otra ciudad los reemplazaba. Hombres enfundados en varias capas de chaquetas forcejeaban con cajones y barriles en los andenes de carga, con el aliento saliendo de sus bocas en blancos jirones. Era enero, y el frío apretaba lo suficiente como para que los edificios de ladrillo parecieran oscurecerse y condensarse.

La adivina, que no era gitana ni tan siquiera española, sino una enclenque y desgarbada mujer rubia con un sombrero bretón y un traje recto descolorido, cogió un *National Geographic* del cesto de paja que reposaba en el suelo, y empezó a leerlo de atrás hacia delante. Pasaba las páginas tras apenas haberles echado una mirada, balanceando rápidamente un pie cruzado. Al llegar a la mitad de la revista se inclinó para rebuscar nuevamente y de forma desordenada en el cesto. Sintió cómo su abuelo desplazaba la mirada para ver lo que guardaba en él. ¿Cartas del tarot? ¿Una bola de cristal? ¿Algún que otro instrumento de su oficio misterioso y de mala reputación? Pero lo único que dejó ver fue el restallido de un pañuelo de cabeza multicolor y una caja de pastillas contra la tos Luden, que sacó y ofreció a su abuelo. Este las rechazó. Ella se puso una en la boca y le obsequió con una súbita sonrisa que alteró por completo cada una de sus facciones, pálidas y precisas. Su abuelo aceptó la sonrisa, pero olvidó devolvérsela. Retornó al panorama del asiento de enfrente: una funda de tela abotonada, con el sombrero de redecilla de una anciana justo un poco más allá.

En su mano, acariciado por su arrugado pulgar, el recorte de periódico primero crujió para después marchitarse y caer, pero la adivina se lo sabía de memoria, de todas formas.

TABOR

Repentinamente, el 18 de diciembre de 1972, Paul Jeffrey Padre, de la ciudad de Nueva York, anteriormente de Baltimore. Querido esposo de Deborah Palmer Tabor. Padre de Paul J. Tabor Hijo, de Chicago y Theresa T. Hanes, de Springline, Massachusetts. También deja cinco nietos y siete bisnietos.

Los oficios religiosos se celebrarán el jueves en...

—Tengo la garganta seca, Justine —dijo entonces el abuelo.

—Te traeré una soda.

—¿Qué?

—Una soda.

El abuelo se echó hacia atrás, ofendido. Imposible adivinar cómo había interpretado sus palabras. Justine le dio unos ligeros golpecitos en la mano y dijo:

—Da lo mismo, abuelo. Vuelvo dentro de un momento.

Salió del compartimento y avanzó furtivamente, sorteando bolsas de la compra y maletas de fin de semana a lo largo del estrecho pasillo, sujetando con firmeza su sombrero en forma de platillo. Tres vagones más allá, pagó el importe de dos cervezas sin alcohol y una bolsa de Cheez Doodles. Regresó caminando con cuidado, abriendo las puertas con los codos y mirando con el entrecejo fruncido los vasos de plástico, llenos hasta los topes. Cuando se encontraba ya en su vagón se le cayeron los Cheez Doodles, y un hombre vestido con un traje de calle tuvo que recogerlos. «Oh, gracias», dijo ella, y le dirigió una sonrisa con las mejillas súbitamente rosadas. A primera vista se la podía tomar por una chiquilla, pero después la gente advertía las delgadas arrugas que se le empezaban a formar en la piel, y el azul descolorido de sus ojos y sus venosas y reseca manos de cuarenta años, con el rayado anillo de boda, que parecía venirle tres números grande, por debajo de un prominente nudillo. Tenía una forma desgarrada de andar y una voz chillona, alegre. «Cerveza sin alcohol, abuelo», gritó. Si él no la oyó, el resto del vagón sí.

Justine colocó un vaso en las manos de su abuelo, y este tomó un sorbo. «Ah, sí», dijo él. Le gustaban las cosas hechas con hierbas: la cerveza sin alcohol y las pastillas de marrubio y el té de safrán. Pero cuando Justine rasgó la bolsa de celofán y le ofreció un Cheez Doodle —un grueso gusano naranja que dejó cristales en las puntas de sus dedos— lo miró con el entrecejo fruncido por debajo de una maraña de blancas cejas. En el pasado había sido juez. Aún daba la impresión de juzgar todo lo que se le presentaba.

—¿Qué es esto? —dijo, pero era un veredicto, no una pregunta.

—Es un Cheez Doodle, abuelo. Prueba a ver si te gusta.

—¿Qué dices?

Justine le alargó la bolsa, mostrándole la inscripción del lateral. Primero volvió a dejar el Cheez Doodle y después se secó los dedos con un pañuelo que sacó del bolsillo. Luego siguió bebiendo la cerveza sin alcohol y estudiando el recorte, que había extendido sobre una rodilla estrecha y triangular.

—Theresa —dijo él—. Nunca me ha gustado mucho este nombre.

Justine asintió con la cabeza, masticando.

—No me gustan los nombres difíciles. No me gusta lo extranjero.

—Tal vez son católicos —dijo Justine.

—¿Cómo dices?

—Tal vez son católicos.

—No te he oído bien.

—¡Católicos!

Varios rostros se volvieron en redondo.

—No seas ridícula —dijo su abuelo—. Paul Tabor iba a la misma iglesia que yo, estaba en la misma clase de catequesis que mi hermano. Ambos se graduaron a la vez en la Academia Saltero Después empezó este... descontento. Esta... esta novedad. No sabes la de veces que he visto cosas parecidas. Un chico joven se va a una ciudad lejana en lugar de quedarse cerca de los suyos, encuentra un trabajo, cambia de amigos, amplía su círculo de conocidos. Se casa con una chica de una familia que nadie conoce, vive en una casa de arquitectura poco habitual, le pone a sus hijos nombres extranjeros jamás conocidos en las generaciones precedentes de su familia. Empieza a viajar, compra casas de invierno y casas de verano y casas de campo para las vacaciones, en estados dejados de la mano de Dios, como Florida, donde ninguno de nosotros ha estado nunca. Mientras tanto sus

padres mueren y toda su gente es como si fuera desvaneciéndose, ya no hay nadie a quien le puedas preguntar: «Bueno, ¿y cómo anda Paul?». Después es él quien se muere, probablemente en una gran ciudad donde no hay nadie que pueda advertirlo, solo su esposa y el barbero y el sastre, y puede que ni siquiera estos dos. ¿Y para qué? ¿A santo de qué? Aunque en el caso de Paul, no podría asegurarlo, claro. Él era amigo de mi hermano, no mío. Sin embargo, aventuraré una suposición: no tenía energía. No tenía aguante, no era capaz de quedarse para luchar hasta las últimas consecuencias, o de olvidarse de todo, o de aguantar hasta el final, según fuera necesario. No tenía suficiente paciencia. Quería algo nuevo, algo distinto, no sabía exactamente qué. Pensaba que las cosas serían mejor en otro lugar. En cualquier otro lugar. ¿Y qué fue lo que consiguió? Mira, la próxima vez que vaya a Baltimore le diré a la familia: «Paul Tabor ha muerto». «Paul ¿qué?», dirán. «Paul Tabor, salió en *The Sun* de Baltimore. ¿Es que ya no lo leéis? ¿No os habéis enterado?» Bueno, claro que lo leen y reconocerían cualquier nombre familiar al instante, pero no el de Paul Tabor. Olvidado, completamente olvidado. Él nos rechazó y ahora está muerto y olvidado. Escucha lo que voy a decirte, Justine. ¿Me escuchas?

—Te escucho —le dijo Justine con una sonrisa.

Ella misma se había ido apartando de Baltimore. Ahora ella y su marido y su hija vivían en Semple, Virginia; en un sitio distinto el año pasado y en otro el antepasado. Su marido era un hombre inquieto. La próxima semana se trasladaban a Caro Mill, Maryland. ¿Era Caro Mill? ¿Caro Mills? A veces se le mezclaban todos estos lugares en la cabeza. Localizaba mentalmente a amigos en ciudades que estos nunca habían pisado. Aguardaba la visita de un cliente del que se había despedido dos años atrás sin haberle dejado ninguna dirección a la que dirigirse. Buscaba y rebuscaba en el listín telefónico el número de un médico o dentista o fontanero, que en realidad se encontraba a

tres mil millas de distancia y que hacía tres o cuatro o catorce años que no había visto. Su abuelo no se imaginaba nada de todo esto, probablemente. O no le importaba. Para empezar, apenas si se había tomado la molestia de aprender los nombres de las ciudades. Aunque vivía con Justine y la acompañaba en todos los traslados, para él no eran más que visitas; todavía se consideraba ciudadano de Baltimore, su lugar de nacimiento. Todas las otras ciudades eran efímeras, insignificantes; deambulaba de una a otra distraídamente, como quien pasa por delante de una hilera de chozas camino de su propia y sólida casa. Cuando llegaba a Baltimore (para el día de Acción de Gracias o las Navidades o el Cuatro de Julio) exhalaba un suspiro y dejaba descansar sus hombros estrechos y angulosos que, en cualquier otro momento, mantenía bien encorvados. Los paréntesis alrededor de la boca también se le relajaban. Depositaba en el suelo su vieja maleta de piel con determinación, como si contuviera todas sus posesiones terrenales y no solo una camisa, una muda de ropa interior y un raído cepillo de dientes. «No hay ningún sitio en el mundo como Baltimore, Maryland», decía.

Entonces también lo dijo.

Esa mañana habían pasado por la estación de ferrocarril de Baltimore, deteniéndose incluso unos momentos para que otros pasajeros más afortunados pudieran apearse. Seguramente, la idea de que habían estado tan cerca le había puesto melancólico. El abuelo miró ahora el recorte y meneó la cabeza, quién sabe si lamentando incluso este viaje, que había sido totalmente idea suya. Pero cuando Justine dijo: «¿Estás cansado, abuelo?» —afinando su voz hasta alcanzar ese tono especial y envolvente que sin duda él podía oír—, solo le devolvió una mirada vacía. Parecía que su mente volvía a estar de nuevo con Paul Tabor.

—No dicen ni una sola palabra de dónde le enterraron —dijo el abuelo.

—Bueno, supongo que...

—Si tú te murieras en la ciudad de Nueva York, ¿dónde te enterrarían?

—Seguro que le han...

—Sin duda te envían a algún otro lugar —dijo él. Volvió el rostro hacia la ventana. Sin el audífono, daba la impresión de ser un poco grosero. Interrumpía a la gente y cambiaba de tema a voluntad y hablaba en un tono particularmente alto, desafinado, aunque normalmente se mostraba tan bien educado que hacía que los demás se sintieran incómodos.

—Nunca llegué a conocer a la esposa de Paul —dijo, mientras Justine todavía estaba pensando en los cementerios—. Ni tan siquiera recuerdo cuándo me dijeron que se casó. Pero claro, él era más joven que yo y se movía en otros ambientes. O tal vez se casó a una edad avanzada. Si hubiera conocido a su esposa habría asistido al funeral, y después le habría preguntado lo que quiero saber. Pero tal y como están las cosas, no sabía si inmiscuirme en un asunto familiar y plantear mi caso inmediatamente. Hubiera parecido tan... tan egoísta. ¿Crees que hice bien en esperar?

Ya se lo había preguntado otras veces. No prestaba ninguna atención a la respuesta.

—Ahora estará más sosegada —dijo—. No es tan probable que se derrumbe al oír mencionar su nombre.

Dobló el recorte repentinamente, como si hubiera decidido algo. Hizo un pliegue con la uña del pulgar, ancha y amarilla.

—Justine —dijo.

—¿Hmmm?

—¿Lo conseguiré?

Justine dejó de formar remolinos con el hielo del vaso y le miró.

—¡Oh! —dijo—. Claro. Seguro que sí. Naturalmente, abuelo. Puede que no esta vez, puede que no inmediatamente, pero...

—De verdad. Dímelo.

—Naturalmente que sí.

El abuelo examinaba con demasiado detenimiento el rostro de Justine. Probablemente no la había oído. Ella ajustó su voz hasta alcanzar el tono apropiado y dijo:

—Estoy segura de que...

—Justine, ¿qué es lo que sabes?

—¿Qué?

—Toda esta historia de decir la buenaventura. Estas tonterías. Estas... pamplinas —dijo el abuelo, y se sacudió violentamente algo que tenía en la manga—. Me horrorizo solo de pensarlo.

—Ya me has dicho todo esto, abuelo.

—No es decente. A tus tías les da algo cada vez que hablamos de ello. ¿Sabes cómo te llama la gente? «La adivina.» Como «la señora de la limpieza», «la verdulera». «¿Cómo está su nieta, juez Peck, la adivina? ¿Cómo le van las cosas?» Ah, me revuelve el estómago.

Justine cogió la revista y la abrió por una página, por una cualquiera.

—Pero Justine —le dijo el abuelo—, te lo pregunto de veras. ¿Hay algo de cierto en todo esto?

La mirada de Justine se detuvo en una línea del texto impreso.

—¿De verdad tienes una ligera idea del futuro?

Justine cerró la revista. Él la miró frunciendo el entrecejo fija y ferozmente. Su intensidad hizo que todo lo que le rodeaba cobrara un aspecto pálido.

—Quiero saber si voy a encontrar a mi hermano —dijo él.

Pero inmediatamente después volvió la cara, y miró cómo el tren se sumergía en la oscuridad de las profundidades de Manhattan. Y Justine arregló nuevamente su cesto de paja y se sacudió de su regazo unas migajas de queso y se puso el abrigo, con un ademán alegre y sereno. Aparentemente,

ninguno de los dos esperaba que se dijera nada más.

Puesto que estaban tratando de ahorrar dinero cogieron el metro en la estación Penn. A Justine le encantaban los metros. Disfrutaba yendo de pie, agarrándose a una barra de metal cálida y aceitosa, con los pies ligeramente separados y las rodillas doblándosele con el balanceo del tren mientras iban dando bandazos a través de la oscuridad. Pero su abuelo desconfiaba de ellos, y tan pronto como abandonaron el transbordador y se instalaron en el tren de IRT, la hizo sentar. Él no paraba de volver la cabeza, mientras escudriñaba el vagón con la vista tratando de descubrir enemigos. Jóvenes silenciosos le devolvían su fija mirada. «No sé, Justine, no sé qué está pasando. Ya no me gusta esta ciudad», dijo su abuelo. Pero Justine estaba disfrutando demasiado para poder contestar. Observaba cada estación tan pronto como entraban en ella; la lóbrega luz y las paredes recubiertas de azulejos de cuarto de baño, yesos misteriosos y mugrientos hombres sentados en bancos, uno o dos en cada estación, mirando el ir y venir de los trenes sin nunca subirse a ninguno. Después, cuando volvían a ponerse en marcha, Justine se zambullía en la sensación de la velocidad. Yendo a alguna parte. Le encantaba correr en cualquier tipo de vehículo. Le gustaba especialmente el destartalado sonido de estas vías, en las que en cualquier momento podía ocurrir algo imprevisto. Tenía la esperanza de que las ruedas siguieran aullando del mismo modo espeluznante en que lo habían hecho al atravesar el tramo de oscuridad más intensa. En una ocasión se fue la luz y, cuando volvió de nuevo, su rostro apareció sorprendido y feliz, con la boca abierta. Todo el mundo lo advirtió. Su abuelo le tocó la muñeca.

—¿Estás al tanto de la estación correcta? —le preguntó él.

—Sí, claro.

Aunque no era cierto.

Justine apretaba en su mano la dirección de la señora Tabor, copiada de una guía de teléfonos. Había sugerido que llamaran de antemano desde la estación Penn, pero su abuelo se negó. Estaba demasiado impaciente, o quería aferrarse a sus esperanzas un poquitín más, o tenía miedo de que le rechazaran. O puede que también estuviera un poco ansioso por llegar al cuarto de baño de la señora Tabor. Prefería no utilizar los servicios públicos.

Cuando se encontraron nuevamente en la superficie —Justine engullendo bocanadas del aire grisáceo y forastero, el anciano relajado por el alivio— anduvieron una manzana y media en dirección oeste y entraron en un edificio gris con una puerta giratoria. «Mira», le dijo el abuelo. «La puerta de madera y los pomos bruñidos. El suelo de mármol. Como en los viejos edificios. Me gustan los sitios como este.» y saludó con la cabeza a una señora que acababa de salir del ascensor; la primera persona de Nueva York cuya existencia había advertido. Le decepcionó, sin embargo, que el ascensor fuera de autoservicio. «Tiempo atrás, habrían puesto a un muchacho para que hiciera esto», dijo, mientras observaba cómo Justine pulsaba con rapidez un botón. El ascensor subía con dificultad, chirriando y gimiendo. Las paredes eran de roble excelente, pero en uno de los paneles podía observarse una concentración de tacos que el anciano cubrió de inmediato, colocándose rápidamente delante de ellos mientras simulaba no haberlos visto y fijaba la mirada en lo alto. Justine le dirigió una sonrisa. Él apretó los labios y examinó un certificado de inspección.

En el octavo piso, al final de un largo y oscuro pasillo, pulsaron otro botón. Los pestillos se deslizaron y los cerrojos rechinaron, como si por algún motivo estuvieran conectados con el botón. La puerta se abrió unos diez centímetros y un rostro áspero y lleno de arrugas se asomó por detrás de una cadena de seguridad.

—¿Sí? —dijo ella.

—¿La señora Tabor? —preguntó Justine.

Unos ojos hinchados la escudriñaron de pies a cabeza, sus mechones de pelo vetado y su abrigo marrón con el bajo desigual.

—¿Qué sucede? —dijo la señora Tabor—. ¿Vende usted algo? No necesito nada y ya soy de una religión.

De modo que el abuelo tuvo que aproximarse y hacerse cargo de la situación. Resultaba imposible pasar por alto la elegancia de su reverencia, o la forma en que se llevó la mano a la cabeza, aun cuando no llevaba sombrero. Le entregó su tarjeta. No su tarjeta comercial, no, sino su tarjeta de visita, de color crema, con los bordes amarillentos a causa de los años. La deslizó por debajo de la cadena de seguridad y la depositó en su mano enjoyada. «Daniel Peck», dijo el abuelo, como si la mujer no supiera leer; esta levantó la vista y lo miró fijamente mientras con un dedo examinaba el grabado. «Peck», dijo ella.

—Conocí a su marido. ¿Paul? Cuando estábamos en Baltimore.

—¿Por qué no lo decía enseguida? —preguntó la mujer, y desenganchó la cadena, retirándose para dejarles pasar. Entraron en una sala en la que Justine bien podría haberse criado, toda decorada en tonos burdeos y aterciopelada, despidiendo olor a polvo, si bien todos los muebles resplandecían. El pelo blanco de la señora Tabor había sido minuciosamente ondulado con los dedos, como una tela de araña, y rociado con laca de salón de belleza. Iba vestida de lana negra y llevaba vueltas y más vueltas de perlas. Su atención estaba centrada en el anciano y apenas si miró a Justine cuando el abuelo recordó presentársela.

—Sin duda ya sabrá que ha pasado a mejor vida, señor Peck —dijo la mujer.

—¿Perdón?

—Tendrá que hablar más alto —dijo Justine—. Se ha olvidado el audífono en casa.

—Sabe que ha pasado a mejor vida, señor Peck.

—Oh. A mejor vida. Sí, claro. Ya, por supuesto; lo leí en el periódico. El caso es que durante años y años no habíamos sabido nada de él, y...

El abuelo la siguió distraídamente hasta el sofá al que ella le condujo. Se sentó junto a Justine, pellizcándose la raya de los pantalones.

—No teníamos ni idea de dónde podía estar hasta que vimos la esquila mortuoria, señora Tabor. Mira que... con todos los viajes que he hecho a Nueva York a lo largo de mi vida y ¡yo sin saber que estaba aquí! Nunca se me ocurrió que pudiera estar aquí. Juntos podríamos haber recordado los viejos tiempos.

—Oh, es una pena cómo se pierde de vista a la gente —dijo la señora Tabor.

—Verá, quisiera acompañarla en el sentimiento. Nuestra familia le tenía en mucha estima y mi hermano Caleb en especial estaba muy unido a él.

—Muchísimas gracias, señor Peck. Me alegra decirle que tuvo una muerte tranquila; súbita y tranquila, exactamente como la habríamos deseado. Claro que para mí fue un shock terrible, pero...

—¿Cómo ha dicho?

—Gracias.

—Mi hermano se llamaba Caleb Peck.

—¡Qué precioso nombre pasado de moda! —dijo la señora Tabor.

El anciano la miró durante unos instantes, preguntándose tal vez si valía la pena pedirle que se lo repitiera. Después suspiró y movió la cabeza.

—Supongo que no le conocería, ¿verdad? —dijo.

—Pues bien, no que yo recuerde, no. No creo. Verá usted, con el trabajo de Paul nos cambiamos tantas veces de sitio. Era difícil...

—¿Cómo? ¿Cómo dice?

—No, abuelo —dijo Justine, y colocó una mano sobre la de él. El anciano la miró de forma confusa durante unos segundos, como si no la reconociera.

—Supuse que tal vez habría estado en contacto con Paul —le dijo a la señora Tabor—. Que le habría escrito, o enviado felicitaciones de Navidad. O visitado, incluso. Ya sabe usted que estaban muy unidos. O que tal vez se habría detenido para visitarles cuando se dirigía a otro lugar.

—Nunca tuvimos muchas visitas, señor Peck.

—¿Perdón?

El abuelo miró a Justine. Justine movió la cabeza.

—O tal vez Paul mencionara su nombre en alguna ocasión —dijo.

—Tal vez, sí, pero...

—¿Sí?

Apartó su mano de la de Justine y se sentó un poco más adelante.

—¿Cuándo podría haber sido?

—Pero... no, señor Peck, no puedo decirle que lo recuerde. Lo siento.

—Mire —le dijo él. Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó algo: una pequeña fotografía marrón ribeteada de oro. Se inclinó hacia delante para ponérsela enfrente de los ojos—. ¿No le conoce? ¿No le resulta nada familiar? Tómese el tiempo que necesite. No se apresure a decir que no.

La señora Tabor pareció sobresaltarse un poco al ver la fotografía, pero le bastó un segundo para decidirse.

—Lo siento —dijo. Después miró a Justine—. No comprendo —dijo—. ¿Hay alguna razón por la que esto sea tan importante?

—Bien... —dijo Justine.

—También hemos perdido la pista de Caleb, ¿sabe? —dijo el abuelo. Volvió a guardarse la fotografía en el bolsillo. Ladeó las comisuras de la boca al dirigirle una amarga sonrisa—. Debe de pensar que somos personas muy

descuidadas.

La señora Tabor no le devolvió la sonrisa.

—No obstante, ni en este caso ni en el de Paul fue culpa nuestra; se fue.

—Oh, qué lástima —dijo la señora Tabor.

—Nuestra familia está muy unida, es una excelente familia, nunca nos hemos separado, pero no sé, periódicamente sale algún... explorador que se va por su cuenta. —Miró repentinamente a Justine con aspecto amenazador—. La última vez que vi a Caleb fue en mil novecientos doce. Desde entonces no he sabido nada de él.

—¡Mil novecientos doce! —dijo la señora Tabor. Se arrellanó en la silla. Parecía que en su mente hubiera un engranaje dando vueltas. Cuando habló a continuación, su voz se había tornado más suave y triste—. Señor Peck, lamento profundamente que no pueda ayudarle. Ojalá pudiera. ¿Me permite ofrecerle un poco de té?

—¿Cómo dice?

—Té, abuelo.

—Té. Ah. Pues...

Cuando esta vez miró a Justine, le cedió la decisión, y ella se enderezó y agarró el bolso.

—Gracias, pero me parece que no —dijo Justine. Las frases que su madre le había enseñado treinta años atrás le llegaban ahora al vuelo—. Es muy amable de su parte pero... de verdad que ya tenemos que... sin embargo, estaba pensando si mi abuelo podría refrescarse un poco antes. Nada más bajar del tren...

—Por supuesto —dijo la señora Tabor—. Señor Peck, ¿me permite indicarle el camino?

La señora Tabor le hizo señas y él se levantó sin protestar, bien porque suponía a donde le llevaba o bien porque ya no le importaba. La siguió a

través de una puerta pulimentada que se abrió con un ruido sordo al deslizarse por encima de la moqueta. Atravesó un corto pasillo con las manos a los lados, como un niño al que mandan a su habitación. Cuando la señora Tabor le indicó otra puerta, la cruzó y desapareció por ella sin echar una mirada alrededor. La señora Tabor regresó a la sala de estar dando cuidadosos pasos con los pies hacia fuera.

—Pobre hombre —dijo.

Justine no quiso responder.

—¿Y estarán ustedes mucho tiempo en Nueva York?

—Solo hasta que haya otro tren de vuelta.

La señora Tabor dejó de dar palmaditas a las perlas.

—¿Quiere usted decir que solo han venido para esto?

—Ah, pero estamos acostumbrados, lo hacemos a menudo —dijo Justine.

—¡A menudo! ¿Van en busca de su hermano a menudo?

—Siempre que tenemos algún tipo de pista —dijo Justine—. Algún nombre o carta o algo. Ya llevamos varios años haciéndolo. El abuelo se lo toma muy en serio.

—Pero nunca le encontrará, claro —dijo la Sra. Tabor.

Justine permaneció en silencio.

—¿O sí?

—Tal vez.

—Pero... ¡mil novecientos doce! Quiero decir que...

—Nuestra familia suele vivir muchos años —dijo Justine.

—¡Pero aun así! Y claro, querida —dijo, inclinándose repentinamente hacia delante—, debe ser muy duro para usted.

—Oh, no.

—¿Todo ese ir de acá para allá? Yo perdería el juicio. Y no debe ser fácil viajar con él, con su sordera y todo lo demás. Debe representar una carga

terrible para usted.

—Siento un gran amor por él —dijo Justine.

—Oh, sí, claro. ¡Por supuesto!

Pero el haber mencionado la palabra «amor» había dejado a la señora Tabor sin aliento, y pareció encantada de oír el chasquido de la puerta del baño al abrirse.

—Bueno, bueno —dijo, volviéndose hacia el abuelo de Justine.

El anciano entró en la sala registrándose todos los bolsillos, lo cual significaba que se estaba preparando para marcharse de un sitio. Justine se levantó y recogió su cesto de paja.

—Gracias, señora Tabor —dijo—. Lamento lo de su esposo. Espero que no le hayamos causado ninguna molestia.

—No, no.

El abuelo agachó la cabeza al pasar por la puerta.

—En el caso de que recordara algo más adelante... —dijo él.

—Se lo haré saber.

—En la tarjeta le he dejado anotado el número de Baltimore. Justine no tiene teléfono. Si por casualidad se acuerda de algo, sea lo que sea...

—Sí, claro, señor Peck —dijo súbita y vivazmente.

—¿Sí?

—¿Qué?

—Que sí, que te llamará, abuelo —dijo Justine, y le condujo hasta el vestíbulo. Pero el abuelo no la había oído y aún estaba vuelto hacia la señora Tabor, desconcertado y triste, cuando la puerta se cerró y los pestillos volvieron a ocupar nuevamente su lugar.

En la estación de ferrocarril se sentaron en un banco de madera a esperar el

próximo tren de regreso. Justine se comió una bolsa de Fritos, un Baby Ruth y dos perritos calientes; el abuelo no quería comer nada. A ninguno de los dos le gustaba la Coca-Cola y no pudieron encontrar cerveza sin alcohol, de modo que bebieron agua de Nueva York, tibia y con sabor a lejía, que solicitaron en un quiosco. Justine se tomó la última de sus pastillas contra la tos. Tuvo que ir a comprar más, debiendo pagar por ellas un precio desorbitado en una máquina automática. Al regresar se encontró con que su abuelo se había quedado dormido con la cabeza recostada y la boca abierta, sus manos vacías acurrucadas a los lados. Desplazó hacia él un saco de marinero abandonado y colocó su cabeza de forma que pudiera descansar sobre él. Después abrió su cesto y sacó revistas, fulares, un monedero, mapas de carreteras, cartas sin echar al correo, un peine con las púas rotas y un puñado de envolturas de caramelos, hasta que en el fondo de todo dio con una baraja de cartas envueltas en un pañuelo de seda muy, muy viejo. Las desenvolvió y las dispuso una a una sobre el banco, escogiendo sitios para ellas con la misma serenidad y delicadeza con que un gato escoge dónde colocar sus garras. Cuando hubo formado una cruz, se quedó inmóvil durante unos instantes, sosteniendo el resto de las cartas en su mano izquierda. Entonces su abuelo se movió medio dormido y ella recogió las cartas rápidamente y sin ningún ruido. Volvieron a su pañuelo de seda antes de que el anciano estuviera totalmente despierto, y Justine permaneció inmóvil en el banco, con las manos delicadamente cruzadas sobre su cesto de paja.

El día de la mudanza se levantaron a las cinco, no porque hubiera que darse ninguna prisa, sino porque, ahora que ya todo estaba embalado, la casa resultaba sumamente incómoda con las paredes desnudas, sin ningún mueble y ningún sitio para dormir a excepción de unos colchones dispuestos sobre papeles de periódico. Durante toda la noche una persona u otra había estado tosiendo o volviendo a colocar de nuevo las mantas o andando a pasos quedos por el suelo iluminado por la luz de la luna para dirigirse al cuarto de baño. Despertaban de sus sueños y volvían a sumergirse en ellos nuevamente, agitándose despiertos y dando vueltas hasta caer dormidos. Las paredes vacías crujían casi con la misma constancia que el tictac de un reloj.

Entonces Justine se levantó y empezó a andar con pasos majestuosos alrededor del colchón, tratando de acabar con un calambre de su pie, largo y estrecho. Y Duncan abrió los ojos y observó cómo se zambullía en el albornoz, llena de ímpetu, con rapidez y destreza. La oscuridad se arremolinaba a su alrededor, pero no era más que la tela de felpa.

—¿Qué hora es? —preguntó Duncan—. ¿Ya es de día?

—No lo sé —dijo ella.

Ninguno de ellos llevaba reloj. Cuando lo hacían, los relojes se rompían, o se perdían por sí solos o se adelantaban para seguir su propio y anárquico horario, de modo que casi podía verse la manecilla de los minutos avanzando por la esfera a toda velocidad.

Duncan se incorporó y buscó su ropa a tientas, mientras Justine cruzaba majestuosamente la sala de estar. Sus ágiles pies desnudos susurraron sobre el suelo mientras el cinturón de su albornoz galopaba detrás. «¡Que voy! ¡Paso! ¡Que voy!» La ropa de la cama de su hija se agitó y arrugó. En la cocina, Justine encendió la luz y se fue al fregadero para preparar café con el agua del grifo. El cuarto despedía una frialdad glacial. Todo estaba desnudo, rayado y manchado por el pasado: cuatro marcas en el linóleo donde tiempo atrás había estado la mesa, y hendiduras donde Duncan se había apoyado hacia atrás con la silla, quemaduras y desconchados en la superficie del mostrador, la ventana desprovista de cortinas recubierta de una película de grasa, los desvencijados estantes de madera ya vacíos pero aún con los rodiales de melaza y de ketchup. Justine preparó el café en vasos de papel y lo removió con un destornillador. Cuando hubo colocado los vasos sobre el mostrador se volvió y encontró a su abuelo tambaleándose en la puerta. El ruido no podía despertarlo, pero la luz sí. Llevaba un desgastado pijama de seda y en la mano sostenía con la tapa levantada su reloj de bolsillo de apertura automática.

—Son las cinco y diez de la mañana —dijo.

—Bueno días, abuelo.

—Ayer dormisteis hasta el mediodía. Regularidad es lo que hace falta en esta casa.

—¿Te apetece un poco de café?

Pero no la había oído. Apretó los labios, cerró el reloj de un golpe y se fue a la habitación a buscar su ropa.

Ahora por toda la casa se oían ruidos de gente vistiéndose, abriendo y cerrando puertas, lavándose los dientes. Nadie hablaba. Todavía estaban luchando por liberarse de sus sueños; todos, excepto Justine, que tarareaba una polca mientras trajinaba en la cocina. Cuando con su ligera bata todos los

demás habrían estado tiritando, ella, enrojecida por el calor, daba la impresión de ser energía quemándose y desperdiciándose. Se movía a toda prisa y no acababa nada. Abría cajones sin razón alguna y los volvía a cerrar de un porrazo; bajó la persiana amarillenta y dejó que volviera a enrollarse de golpe. Después gritó: «¿Duncan? ¿Meg? ¿Soy yo la única que está haciendo algo?».

Duncan apareció con sus ropas más viejas: una camisa blanca casi transparente por el uso y un encogido mono de trabajo. Movía los brazos y las piernas de un modo desgarbado, como si fueran los de un niño en edad de crecimiento. Aún conservaba un rostro infantil, con la expresión confiada y las comisuras de la boca curvadas hacia arriba. Con el pelo y la piel de un solo color y con su cuerpo desgarbado y de huesos largos, bien podría haberse tratado del hermano de Justine, salvo porque continuamente parecía estar dándole vueltas a algún pensamiento misterioso y privado que le alejaba de los demás. También se movía de otra forma; era más lento y cauteloso. Justine estuvo dando vueltas a su alrededor con el vaso de café hasta que él la detuvo y se lo quitó de las manos.

—Yo ya podría haberme vestido y marchado, y vosotros aún estaríais holgazaneando en la cama —le dijo a Duncan.

Duncan bebió un sorbo de café, echó una mirada al interior del vaso y levantó las cejas.

Justine volvió a cruzar la sala de estar, donde reposaba el colchón de Meg, vacío y con la manta ya plegada formando un cuadrado pulcro y uniforme. Llamó a la puerta del baño.

—¿Meg? ¿Meggie? ¿Eres tú? No vamos a esperarte todo el día.

El agua no cesaba de correr.

—Si tienes la intención de pasarte todo el día ahí encerrada como hiciste ayer, tendremos que dejarte, nos iremos sin más y te dejaremos, ¿me oyes?

Volvió a dar un golpecito en la puerta y regresó a la cocina.

—Meg está llorando —le dijo a Duncan.

—¿Cómo lo sabes?

—Se ha encerrado en el baño con el grifo abierto. Si hoy pasa lo de ayer, ¿qué vamos a hacer? —preguntó, pero ya estaba desapareciendo, encaminándose hacia su habitación con la mente puesta en otra cosa, y Duncan no se tomó la molestia de contestar.

En la habitación, Justine se vistió y seguidamente apiló un montón de prendas de vestir desechadas, un vaso de café y una botella medio vacía de bourbon, y una *Scientific American*. Trató de que su manta quedara doblada con la misma pulcritud que la de Meg. Después se enderezó y miró a su alrededor. La habitación se balanceaba con las sombras procedentes de la bombilla oscilante. Sin muebles, se mostraba exactamente tal y como era: una caja de papel con paredes abombadas. En todos los rincones había cajas de cerillas vacías, imperdibles, bolas de pelusa, kleenex, pero Justine no era una ama de casa esmerada y lo dejó todo para quienquiera que viniera después.

Cuando regresó a la cocina, su abuelo y Duncan estaban de pie, uno al lado del otro, bebiendo el café como una medicina. Su abuelo llevaba las zapatillas de gamuza. Por lo demás, estaba listo para marcharse. Nadie iba a poder acusarle de retrasar las cosas.

—Uno de los sufrimientos que espero ver en el infierno —dijo— son vasos de papel, a los que la uña del pulgar siempre está tentada de arrancar una tira de cera. Y cucharas de plástico, y platos de pasta de papel.

—Eso seguro —le dijo Duncan.

—¿Qué dices?

—¿Dónde está el audífono? —le preguntó Justine.

—No muy bien —le dijo el abuelo. Extendió una mano en sentido horizontal, con la palma hacia abajo—. Siento algunas molestias en los dedos

y en las rodillas, creo que es debido al tiempo. He tenido frío toda la noche. No había tenido tanto frío desde la ventisca del ochenta y ocho. ¿Cómo es que no hay suficientes mantas, así de repente?

Duncan dirigió a Justine una amplia y rápida sonrisa, que ella le devolvió con las comisuras de la boca fruncidas. No había suficientes mantas porque la mayoría las había utilizado el día anterior para acolchar los muebles, recubrir las patas en forma de garra y la parte superior de las cómodas, además del astillado y desprendido chapado de las paredes interiores del camión de U-Haul, si bien Duncan le había dicho varias veces que tal vez sería mejor reservar las mantas. Todavía estaban en enero, las noches eran frías. ¿Por qué tenía ella tanta prisa? Pero Justine siempre tenía prisa. «Quiero acabar las cosas. Quiero mantenerme activa», le había dicho. Duncan se había rendido. No habían seguido ningún sistema para las mudanzas anteriores; parecía no tener sentido empezar con uno ahora.

Meg entró en la cocina y reclamó su café sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda; una pulcra y linda muchacha ataviada con un vestido camisero y con el pelo corto, que mantenía recogido gracias a un pasador de plata de ley. Estaba bien restregada y reluciente, abrochada, peinada, y olía a pasta dentífrica, pero tenía los ojos sonrosados. «Oh, cariño», dijo Justine, pero Meg se escabulló de entre sus manos. Tenía diecisiete años. Este traslado era lo peor que le había pasado en su vida.

Justine dijo:

—¿Quieres un poco de pan? Es lo único que hay.

—No, gracias, mamá.

—He pensado que desayunaríamos cuando llegáramos a como se llame, si no hay que esperar demasiado.

—No tengo hambre, de todos modos.

No le dijo nada a su padre. Era evidente lo que pensaba: si no fuera por

Duncan no tendrían por qué marcharse. Había vuelto a cansarse de otro negocio y una vez más había elegido, en apariencia al azar, otra ciudad hacia la que arrastrarlos, ¿o tal vez no había sido así?

—Tu padre conducirá el camión solo —dijo Justine—, puesto que la otra vez el abuelo se mareó. ¿Te gustaría ir con él?

Nunca dejaba que una discusión siguiera su propio camino. Era consciente de ello; no era nada discreta ni sutil. Siempre tenía que estar entrometiéndose. «¿Por qué no ir? Le iría bien tu compañía.»

Pero Meg estaba llorando de nuevo, y no quería hablar, ni siquiera para decir que no. Inclino la cabeza. Los dos cortos mechones de su cabello se desplazaron hacia delante, ocultando sus mejillas. Y Duncan, por supuesto, contestó con una de sus evasivas. Su mente volvía a estar en marcha. Finalmente se había despertado. Su mente era una intrincada maquinaria de múltiples engranajes, o tal vez un pequeño animal de ágiles patas.

—Me fascina el azar —dijo—. ¿Has observado que no existe ninguna combinación posible de cuatro dedos que pueda denominarse puro azar?

—Duncan, es hora de enrollar los colchones —dijo Justine.

—Colchones. Sí.

—¿Te importaría hacerlo?

—Extiende la mano —le dijo Duncan al abuelo, mientras le conducía por la sala de estar—. Ahora quita dos dedos. El primer y tercer elemento de, digamos, un cuarto elemento...

—Anoche —dijo Meg—, la señora Benning volvió a preguntarme si quería quedarme con ella.

—Oh, Meg.

—Dijo: «¿Por qué no te deja tu madre? Solo hasta que termine el curso escolar», dijo. Dijo: «Ya sabes que estaríamos encantados de tenerte. ¿Cree que nos estorbarías? ¿Serviría de algo el que yo hablara con ella una vez

más?».

—Pronto nos dejarás, de todos modos —dijo Justine apilando vasos de papel vacíos.

—Por lo menos deberíamos tener en cuenta mi educación —dijo Meg—. Este es mi último curso. No aprenderé nada, yendo así de un lado para otro.

—Que aprendas a adaptarte es la mejor educación que podríamos darte —le dijo Justine.

—¡Aprender a adaptarme! ¿Y qué pasa con los logaritmos?

—Ahora no puedo seguir hablando y hablando de esto, quiero que encuentres a la gata. Creo que sabe que hoy es día de mudanza. Se ha escondido.

—Eso mismo haría yo —dijo Meg—, si se me ocurriera dónde.

Y pasó delicadamente junto al mostrador y se fue, llamando a la gata con su suave y sensible voz, que nunca levantaba, ni tan siquiera cuando discutía. Justine se quedó de pie, inmóvil, junto al fregadero. Cuando oyó pisadas se volvió en redondo, pero solo se trataba de su abuelo.

«¿Justine? Han venido unos vecinos a despedirse», le dijo. El abuelo aspiró por su larga y rígida nariz. La gente que no estaba emparentada con él debería ocuparse de sus propios asuntos, decía siempre. Observó minuciosamente cómo Justine corría por toda la casa, buscando las llaves, poniéndose el abrigo con dificultad y encasquetándose el sombrero.

—Comprueba tu habitación, abuelo —gritó—. Apaga las luces. ¿Ayudarás a Meg a encontrar a la gata? Dile que dentro de nada nos vamos.

—¿Manos?

—Y el audífono. No olvides donde está.

—No mejoran con tanta rapidez; se me ha metido el frío en las articulaciones —dijo su abuelo—. Vuelve a preguntarme mañana. Muchas gracias.

Justine besó su pómulo, una blanca y tersa superficie. Cruzó disparada la sala de estar y la puerta de entrada, para sumergirse en el blanquecino amanecer. El aire frío tiró de su aliento. El césped helado crujió bajo sus pies. Junto al camión U-Haul, el señor Ambrose estaba ayudando a Duncan a cargar el último de los colchones. La señora Ambrose estaba de pie a un lado, junto con los Printz y la señora Benning y Della Carpenter y su hija retrasada. Y unos pocos pies más allá estaba un muchacho repartidor de periódicos que Justine nunca había visto con anterioridad, con un saco de lona colgándole de un hombro. A excepción del muchacho, todos llevaban albornoces, o abrigos echados sobre el pijama. Los conocía desde hacía casi un año y aún tenía cosas nuevas que aprender: Alice Printz se inclinaba por mullidas zapatillas del tamaño de un corderito y la señora Benning, tan práctica durante el día, llevaba un camisón hecho de capas y más capas de tela transparente de color rosa o azul o gris; no era fácil de adivinar con esa luz. Permanecían de pie, abrazándose a sí mismos para protegerse del frío, y a la niña de los Carpenter le castañeteaban los dientes. «¡Justine, mira que eres...!», estaba diciendo Alice Printz. «Creías que podríais escabulliros a nuestras espaldas. Pero no os dejaremos marchar tan fácilmente, aquí estamos, al romper el alba, esperando para despediros.»

«¡Oh, odio las despedidas!», dijo Justine. Desfiló por delante de todos ellos, dando un abrazo a cada uno, incluso al muchacho de los periódicos, al que tal vez conociera después de todo, aunque no lo hubiera advertido. Después se encendió una luz en la puerta principal de los Frank, tres casas más abajo, y Justine fue a despedirse de June Frank. Todos, excepto el muchacho de los periódicos, fueron con ella. June apareció en los peldaños de hormigón de su casa con una begonia en una maceta de plástico. «La he estado cultivando desde el momento en que supe que os marchabais —dijo—, y si os hubierais fugado en medio de la noche tal y como estáis haciendo

ahora, sin darme ninguna oportunidad de despediros, se me hubiera partido el corazón en dos.» June se enrollaba el pelo en latas de zumo de naranja. Justine tampoco sabía eso antes. Y le dijo que no le diera las gracias por la planta, ya que ello retrasaría su crecimiento.

—¿De verdad? —dijo Justine, prestando atención a otra cosa. Levantó la maceta y se quedó pensando unos segundos—. ¿Y por qué será, digo yo?

—El porqué no lo sé, yo solo sé lo que mi madre solía decirme —dijo June—. Justine, cariño. No te acompaño, pero despídete de mi parte de todos los demás también. De la preciosa y pequeña Meg y de tu encantador abuelo, y de tu apuesto marido, ¿me oyes? Ya te escribiré una carta. Si mi hermana decide casarse otra vez tendré que escribirte primero para preguntarte qué dicen las cartas. De ningún modo consentiré que lo haga sin antes consultarte. ¿Puedes hacer una cosa así a larga distancia?

—Sin duda lo intentaré —dijo Justine—. Bueno, no voy a darte las gracias por la planta, pero te prometo que la cuidaré muy bien. Adiós, June.

—Adiós, cariño —dijo June, y de pronto se entristeció y bajó las escaleras para apretar suavemente su mejilla contra la de Justine, mientras los demás las contemplaban, todos inmóviles de repente, ladeando la cabeza y sonriendo.

Mientras tanto Meg se había acomodado en la parte trasera del abollado Ford con una enorme gata de espeso pelo en su regazo. La gata se acurrucaba y miraba airadamente y Meg lloraba, haciendo que un velo de lágrimas nublara la achaparrada casita con sus cimientos amarillentos, sus maltrechos arbustos, las columnas del porche arrancando del suelo hacia arriba. En el asiento delantero, su bisabuelo se colocó el audífono en el oído, ajustó un botón y parpadeó. Duncan cerró de un golpe la puerta trasera después de haber colocado el último de los colchones y subió a la cabina del camión. Encendió los faros, que colorearon el blanquecino y grisáceo panorama que

tenía ante él: Justine pasando de mano en mano a lo largo de una fila de vecinos ataviados con sus ropas de dormir. «Eh, Justine», gritó suavemente. Evidentemente no podía oírle. Tuvo que tocar la bocina. Entonces todo el mundo se sobresaltó y gritó y una ventana media manzana más abajo se iluminó, pero Justine solo le hizo una señal con la mano y se dirigió al coche, indiferente, porque ¿acaso no tenía que tocarle siempre la bocina? Siempre se retrasaba en todo, si bien era la primera en empezar y la más rápida y la más impaciente. Siempre se iba de los sitios de la misma forma, despidiéndose a medias y después corriendo, volando, llevando entre bamboleos alguna planta o paquete o plato tapado, sin aliento y riéndose de ella misma, sujetándose el sombrero sobre la cabeza mientras corría a toda velocidad.

A las nueve de la mañana, Emma Borden, la Pelirroja, estaba limpiando la barra del bar-restaurant Caro Mill cuando entraron cuatro forasteros: un hombre y su esposa, una hija adolescente y un caballero muy anciano. Emma Borden, la Pelirroja, estaba a punto de fumarse un cigarrillo (había estado trabajando desde las cuatro) y no se moría de ganas de servir a nadie más. De todas formas, era agradable ver caras nuevas. Había nacido y se había criado, casado y enviudado en esta pequeña ciudad, y estaba harta de todos los que vivían en ella. De modo que ahuecó sus rizos anaranjados, tiró de su uniforme hacia abajo y alargó la mano para coger el bloc de notas. Mientras tanto los forasteros estaban tratando de encontrar asientos aceptables en los que sentarse, lo cual no era nada fácil. Dos de los taburetes de la barra estaban rotos; no eran más que simples soportes de aluminio sin nada en su parte superior, y había otro del que te caías tan pronto como tratabas de encaramarte a él. Tuvieron que apiñarse en uno de los extremos, cerca del extractor. Aun así, una larga cola de guata se balanceaba por debajo de donde

estaba sentado el anciano caballero. Pero ninguno de ellos se quejó; simplemente se cruzaron de brazos y esperaron a la camarera detrás de cuatro pares de ojos azul intenso.

—Bueno —dijo Emma, la Pelirroja, echando sobre la barra los menús de plástico agrietado—. ¿Qué van a tomar?

Primero se dirigió a la mujer, una señora todo piel y huesos, con sombrero. Pero fue el marido quien contestó.

—Aquí, la señora rápida-como-un-rayo tomará todo lo que tengan en la cocina —dijo.

—¡Rápida como un rayo! Si apenas he conseguido llegar —contestó la mujer.

—Creía que participabas en las quinientas millas de Indianápolis. Y con el cinturón de seguridad pillado en la puerta, después de todo el tiempo que me llevó instalártelo...

—Tomaré café y tres huevos fritos —le dijo la mujer a Emma Borden, la Pelirroja—. Con la yema hacia arriba. Y panqueques, salchichas y zumo de naranja. Y algo salado, una bolsa de patatas fritas. ¿Abuelo? ¿Meg?

Emma, la Pelirroja, temía pasarse toda la mañana cocinando, pero resultó que los demás solo querían café. Tenían el aspecto aturdido, abatido, propio de las personas que han estado viajando.

La mujer parecía ser la única en querer hablar.

—Me llamo Justine —dijo—, y este es mi marido, Duncan. Nuestro abuelo Peck y nuestra hija Meg. ¿Tiene usted las llaves?

—¿Cómo dice?

—Nos dijeron que nos detuviéramos aquí para recoger las llaves de la casa del Sr. Parkinson.

—Ah, sí —dijo Emma, la Pelirroja. Nunca hubiera supuesto que estas serían las personas que iban a vivir en la casa de Ned Parkinson: un pequeño

lugar desastrado junto a la tienda de suministros eléctricos. No, especialmente el anciano caballero—. Bueno, me comentó que tal vez pasaría alguien —dijo—. ¿Ya le han echado un buen vistazo?

—Duncan sí. Él la escogió —dijo Justine—. No nos ha dicho cómo se llama usted.

—Ah, me llamo Emma Borden, la Pelirroja.

—¿Trabaja aquí todo el día?

—Por las mañanas.

—Es que me gusta comer en los bares. Supongo que vendremos a menudo.

—¿De verdad? —dijo Emma, la Pelirroja, echando los huevos en la parrilla—. Pero si vienen después del mediodía encontrarán a la prima de mi difunto marido, Emma Borden, la Morena. La llaman así porque tiene el pelo negro, pero en realidad lleva años tiñéndose —puso el café en gruesas tazas blancas—. ¿Y dice que fue su marido quien escogió la casa? —le preguntó a Justine.

—Siempre lo hace.

Emma, la Pelirroja, le lanzó una mirada. Un hombre apuesto, con el pelo rubio pajizo. Su conciencia no parecía preocuparle.

—Escuche, cariño —le dijo a Justine. Emma Borden, la Pelirroja, dejó la cafetera y apoyó los brazos sobre la barra—. ¿Y cómo deja que sea su marido el que escoja dónde vivir? ¿Entiende él de cocinas? ¿Comprueba que haya suficientes armarios y que la madera no se caiga a pedazos la primera vez que trate de limpiarla a fondo?

Justine soltó una carcajada.

—Lo dudo —dijo.

En una ocasión, Emma, la Pelirroja, envió a su marido a una tienda de automóviles de segunda mano para que comprara un coche familiar y regresó con un diminuto bicho de carreras de color rojo, pegado al suelo y con ojos

achinados a modo de ventanillas. Devoró hasta el último centavo que habían ahorrado. Nunca le llegó a perdonar. De modo que ahora se sentía personalmente involucrada, y miró airada al tal Duncan. Estaba ahí sentado, la mar de cómodo, construyendo una pirámide con terrones de azúcar. El abuelo estaba leyendo un periódico que alguien había dejado, sosteniéndolo a un metro de distancia, como es habitual en los ancianos, y frunciendo el entrecejo y moviendo la boca. La hija parecía ser la única en comprender. Una chiquilla agradable, tan aseada y silenciosa. El abrigo que llevaba era viejo, pero de buena calidad, y mantenía la mirada fija en una botella de ketchup, como si algo la hubiera avergonzado. Ella sabía lo que Emma, la Pelirroja, estaba insinuando.

—Hay otros sitios —dijo Emma, la Pelirroja—. Los Butter alquilan una casa realmente enorme a precio de ganga, al otro lado de la escuela.

—Ahora bien, por término medio —dijo Duncan, y Emma, la Pelirroja, se volvió pensando que le hablaba a ella—, por término medio, cada uno de los bloques de la pirámide de Keops pesaba dos toneladas y media. —No, se estaba dirigiendo al abuelo, pero este solo levantó la vista, irritado, tal vez sin haberle oído siquiera, y pasó una página del periódico. Duncan se volvió hacia Meg, a su izquierda—. Se ha aceptado que para su construcción no utilizaron ruedas propiamente dichas —le dijo a Meg—. Y en cuanto a los instrumentos topográficos, solo los más rudimentarios, por lo que sabemos. Sin embargo, el error más importante que se ha detectado consiste únicamente en algo más de cinco grados en la pared este, y las otras son casi perfectas. ¿Y has pensado en el ángulo de inclinación?

Meg le miró, sin ninguna expresión en su rostro.

—Yo creo que la construyeron de arriba abajo —dijo Duncan. Y se rió.

Emma, la Pelirroja, pensó que debía estar loco.

Le dio la vuelta a los panqueques con un ligero movimiento, llenó el plato

de Justine y lo colocó frente a ella.

—La casa de los Butter es de dos plantas —dijo Emma, la Pelirroja—. También tiene un porche dormitorio.

—Oh, creo que la casa del señor Parkinson nos vendrá de maravilla —dijo Justine—. Además, está cerca de donde Duncan va a trabajar. De esta forma podrá venir a casa para comer.

—¿Y dónde va a trabajar? —preguntó Emma Borden, la Pelirroja.

—En la tienda de antigüedades la Botella Azul.

Oh, Señor. Tendría que haberlo adivinado. Ese sitio con un rótulo dorado, dirigido por un hombre gordo que nadie conocía. ¿Quién necesitaba antigüedades en Caro Mill? Solo los turistas, a su paso por la ciudad cuando se dirigían hacia la Costa Este, y la mayoría tenían demasiada prisa como para detenerse. Pero Emma Borden, la Pelirroja, todavía se aferraba a una pizca de esperanza (por algún motivo, le gustaba ver cómo la gente se las apañaba) y dijo: «Bueno, supongo que ahora podrá mejorar lo que el señor... No recuerdo su nombre. Supongo que si entiende de antigüedades y todo eso...».

—Oh, Duncan entiende de todo —dijo Justine.

Eso no sonaba nada bien.

—Nunca ha trabajado en antigüedades, pero una vez hizo algunos muebles, unos pocos trabajos allá por mil...

Sí.

—El propietario de la Botella Azul es cuñado de la hermana de la madre de Duncan. Quiere descansar un poco, tener a alguien que se encargue de la tienda ahora que se está haciendo mayor.

—Ya hemos agotado todos los parientes consanguíneos de mi madre —dijo Duncan alegremente, corrigiendo el grado de inclinación de una de las paredes de la pirámide. La verdad que estaba saliendo a la luz no parecía

turbarle en absoluto—. El último trabajo fue con mi tío; tiene una tienda de productos dietéticos. Pero nadie de la familia tiene una tienda de reparaciones, y las reparaciones son realmente lo mío. Puedo arreglar cualquier cosa. ¿Necesita que le reparen algo?

—No, nada de nada —contestó con firmeza Emma Borden, la Pelirroja.

Y se volvió hacia Justine, dispuesta a ofrecerle su comprensión, pero Justine, con la mirada alegre, masticaba ruidosamente patatas fritas. Su sombrero estaba un poco torcido. ¿Sería una borracha? Emma Borden, la Pelirroja, suspiró y fue a limpiar la parrilla.

—Claro que —dijo Emma, la Pelirroja—, no tengo ninguna intención de decir nada en contra de la casa de Ned Parkinson. En muchos aspectos es fantástica. Seguro que todos ustedes serán muy felices allí.

—Seguro que sí —dijo Justine.

—Y, sin duda, su marido podrá hacerse cargo de todos los problemas eléctricos y de fontanería que puedan surgir —dijo Emma, la Pelirroja, con picardía, porque ni por un instante pensó que pudiera ser capaz.

Pero Duncan dijo: «Sin duda», y empezó a dejar caer pesadamente, uno a uno, los terrones de azúcar en el azucarero.

Emma, la Pelirroja, limpió la parrilla con un raído estropajo. Se sentía cansada y estaba deseando que se fueran. Pero entonces Justine dijo: «¿Sabe una cosa? El año que viene será el mejor año que nuestra familia haya tenido nunca. Será excepcional».

—Vaya, ¿y cómo lo sabe usted?

—Será mil novecientos setenta y tres, ¿no? ¡Y el tres es nuestro número! Fíjese: tanto Duncan como yo nacimos en mil novecientos treinta y tres. Nos casamos en mil novecientos cincuenta y tres y Meg nació el tres del tercer mes de mil novecientos cincuenta y cinco. ¿No le parece curioso?

—Oh, mamá —dijo Meg, y se inclinó súbitamente sobre el café,

agachando la cabeza.

—Meg tiene miedo de que la gente crea que soy excéntrica —dijo Justine—. Pero, después de todo, no es que crea en la numerología ni nada parecido. Solo son números que traen suerte. ¿Cuál es su número de la suerte, Emma?

—El ocho —contestó.

—¡Ah! ¿Lo ve? El ocho es un número con fuerza y muy bueno para la organización. Usted triunfaría en cualquier negocio o profesión, en cualquier cosa.

—¿De veras?

Emma, la Pelirroja, recorrió con la mirada su ondulante delantera de nailon blanco, el pañuelo floreado prendido en el pecho con un camafeo.

—Pero Meg no tiene ningún número de la suerte. Me preocupa que nunca llegue a pasarle nada.

—Mamá.

—Meg tenía que nacer en mayo y yo me preguntaba cómo podía ser eso. A menos que naciera el tres, claro está. Pero, ya ve. Fue prematura y nació en marzo, después de todo.

—Yo siempre pido el ocho en la lotería del Cesto de la Felicidad —dijo Emma, la Pelirroja—. Y me ha tocado dos veces, además. Cuarenta dólares en licor de primera calidad.

—Por supuesto. Bueno, y entonces ¿quién es la adivina en esta ciudad?

—¿La adivina?

El abuelo agitó el periódico, haciéndolo crujir.

—No me diga que no tienen ninguna —dijo Justine.

—Que yo sepa, no.

—Bueno, ya sabe dónde vamos a vivir. Venga cuando me haya instalado y le leeré la buenaventura gratis.

—¡Lee la buenaventura!

—En las tómbolas, bazares, reuniones sociales, meriendas... a todo el mundo, a cualquier hora. Si la gente tiene un problema urgente, puede llamar a mi puerta en plena noche y yo saldré en albornoz para leerles las cartas. No me importa en absoluto. Me gusta, de hecho. Tengo insomnio.

—Pero... ¿quiere decir que lee la buenaventura en serio? —preguntó Emma, la Pelirroja.

—¿Y de qué otro modo podría hacerlo?

Emma, la Pelirroja, miró a Duncan. Él le devolvió la mirada, impávido.

—Bueno, si no le importa darnos las llaves —le dijo Justine.

Emma Borden, la Pelirroja, las fue a buscar, como sonámbula; eran dos llaves pequeñas y planas en una anilla de cortina de ducha.

—Yo necesito realmente que me lean la buenaventura —dijo Emma, la Pelirroja—. No me gustaría que esto se supiera, pero estoy pensando en cambiar de trabajo.

—Oh, yo la podría ayudar en eso.

—Pero no se ría, por favor. Quisiera ser carterera. Incluso he pasado las pruebas. ¿Podría decirme realmente si este sería un cambio favorable?

—Por supuesto —dijo Justine.

Emma, la Pelirroja, les entregó la cuenta, que Duncan pagó con una BankAmericard tan gastada, que su relieve apenas si se grabó. Después salieron en fila y Emma, la Pelirroja, se quedó de pie junto a la puerta para verles marchar. Cuando pasó Justine, le tocó el hombro.

—Verá, estoy tan inquieta —le dijo—. No duermo nada bien. No hago más que pensar en si tomar una decisión u otra. Bueno, ya sé que no es nada importante. Quiero decir que, una carterera... ¿qué más le da al mundo? ¿Qué importancia tendrá dentro de cien años? No me engaño a mí misma pensando que es algo importante. Es solo que, día tras día en este sitio, con la grasa haciendo que a partir de media mañana el cabello me caiga pesadamente y

todos los hombres echándome piropos, y yo venga a darles de comer... aunque el sueldo está bien y realmente no sé qué diría tío Harry si me fuera después de todos estos años.

—Cambie —le dijo Justine.

—¿Cómo?

—Que cambie. Para esto no necesito las cartas. Aproveche el cambio. Cambie siempre.

—Bien... ¿Es esta mi buenaventura?

—Sí, sí que lo es —le dijo Justine—. Adiós, Emma. Hasta pronto.

Y se marchó, dejando a Emma Borden, la Pelirroja, pellizcándose el labio inferior con los dedos y meditando detrás de la puerta de vidrio esmerilado.

Justine condujo el Ford por la calle Mayor con la gata brincando de acá para allá en la repisa de la ventanilla trasera, aullando como un bebé enfurecido mientras la gente de las aceras se detenía para mirarles fijamente. Meg iba sentada con las manos cruzadas; ya se había acostumbrado al alboroto. El abuelo simplemente había desconectado el audífono y desde su burbuja de silencio contemplaba el pequeño Woolworth de madera, la gasolinera Texaco, la gasolinera Amoco, la farmacia Arco, una decrepita tienda de comestibles A&P, una cuidada oficina de correos hecha de ladrillo y con una bandera en la parte frontal. Esta vez el camión de Duncan iba delante, y Justine lo siguió tomando una curva a la derecha para entrar en un callejón flanqueado por edificios de una sola planta. Pasaron por delante de un drugstore y una tienda de suministros eléctricos y después llegaron a una fila de casitas. Duncan aparcó delante de la primera de ellas. Justine se paró detrás. «Ya hemos llegado» dijo ella.

La casa era de un blanco tan deslucido que parecía gris. El porche se

sostenía con unas columnas cuadradas, cubiertas de guijarros hasta la altura de la cintura, para cortarse de pronto, dando al alero un aspecto precario y poco seguro. Aunque no había un segundo piso, la ventana vertical de la buhardilla de algún ático o almacén sobresalía del tejado como un párpado. Una maraña de arbustos retorcidos custodiaba el sótano de pequeña altura que se alzaba entre el porche y el suelo. «¡Oh, rosas!» gritó Justine. «¿Son rosas aquello?» El abuelo se agitó en el asiento.

—Esta casa todavía es peor que la anterior —dijo Meg.

—No importa; aquí tendrás una habitación para ti sola. No tendrás que dormir en la sala de estar. ¿Verdad que será fantástico?

—Sí, mamá —dijo Meg.

Duncan ya estaba midiendo a pasos el jardín cuando los otros le alcanzaron. «Voy a poner una fila o dos de maíz aquí», les dijo a los demás. «En la parte trasera hay demasiada sombra, ¿pero habéis visto cuánto sol tenemos en la parte delantera? Labraré el césped y plantaré maíz y pepinos. Se me ha ocurrido una idea para hacer abono. Voy a comprar una batidora y trituraré toda nuestra basura con un poco de agua. Presta atención, Justine. Quiero que lo guardes todo: las cáscaras de huevo, las pieles de naranja y hasta los huesos. Los huesos los herviremos primero en la olla a presión. ¿Tenemos una olla a presión? Haremos una especie de jalea y la extenderemos también por aquí.»

Mientras tanto, la gata se había metido como un rayo en el sótano de debajo del porche, de donde no pensaba moverse hasta que la mudanza se hubiera terminado, y el abuelo estaba subiendo las escaleras principales todo encogido y con desaprobación, refunfuñando para sí, haciendo un inventario de cada astilla y cada hueco dejado por los nudos de la madera, de cada ampolla en la pintura, cada clavo suelto, cada agujero en la tela metálica de las ventanas, cada tabla del suelo alabeada. Meg estaba sentada en el peldaño

superior.

—Tengo frío —dijo.

Justine dijo:

—Tu padre se dedicará a la agricultura. Tal vez tendremos tomates.

—¿Estaremos todavía aquí para recogerlos? —se preguntó Meg en voz alta.

Justine encontró las llaves en uno de sus bolsillos y abrió la puerta. Entraron en un recibidor que olía a moho, con cajas de cartón rotas y periódicos esparcidos por el suelo. En la cocina, con la cual se comunicaba, había un frigorífico con un motor en la parte superior, una sucia cocina de gas y un fregadero sobre pilotes. Había una sala de estar con una chimenea tapada con tablas. En la parte posterior se encontraban el cuarto de baño y tres habitaciones, todas pequeñas y oscuras, pero Justine entró en ellas rápidamente y, levantando persianas, renovó el aire denso y mohoso.

—¡Mira! Alguien se ha dejado unos alicates —dijo—. Y aquí hay una silla que podremos utilizar en el porche.

Justine era una urraca; todos lo eran. Constituía una de las características familiares. Se podía adivinar al instante, tan pronto como empezaron a entrar las cosas del camión: fardos de viejas revistas con los bordes rizados, bolsas de cremallera llenas hasta los topes de ropa pasada de moda, cajas de cartón en las que podía leerse «Recortes de periódico, Papel de regalo usado, Fotos, Botellas vacías». Duncan y Justine entraron con paso vacilante en la habitación del abuelo transportando un archivo de acero, procedente de su vieja oficina, atestado de copias en papel carbón de toda la correspondencia personal que había mantenido durante los veintitrés años de su jubilación. En uno de los rincones de su propia habitación, Duncan apiló cajones de piezas de máquinas y objetos de metal sin nombre recogidos durante sus paseos, y que tal vez algún día usaría para alguno de sus inventos. Tenía cajas de

libros, la mayor parte de segunda mano, que trataban de cosas como el desarrollo de la teoría cuántica y la filosofía de Lao-tsé y la vida tribal de los rodesianos del norte que hablaban el ila. Pero cuando hubieron entrado todo este montón de cosas (entre los cuatro tardaron dos horas) casi no quedaba nada en el camión. Los muebles que tenían apenas eran suficientes para hacer que la casa pareciera habitada: tres colchones con manchas de herrumbre, cuatro sillas de cocina de Goodwill, la mesa del comedor, hecha de palisandro y tallada a mano, que había pertenecido a la bisabuela, un sofá hundido y un butacón que les había dado un vecino la penúltima vez que se mudaron, y tres cómodas de la madre de Justine, con las patas adornadas y panzuda la parte delantera, que reposaban tímidamente junto a los armazones de cama que Duncan había construido con tablas de madera de pino natural que despedía un olor amarillo. Como vajilla utilizaban una colección de platos baratos, unos verde claro, otros floreados, algunos marrón oscuro con gotas de vidriado blanco en el borde, y tazas térmicas que les había regalado Esso cuando pasó a llamarse Exxon. Los cubiertos, con los mangos amarillos, los habían rescatado de la cesta de picnic inglesa de tía Sarah. Había dos cacerolas y una sartén. (A Justine no le gustaba cocinar.) Tenían una escoba y una fregona de esponja, pero ningún recogedor, aspiradora, rodillo limpiacristales, cubo de fregar o gamuza. (A Justine tampoco le gustaba limpiar.) Ni una lavadora o secadora. Cuando toda la ropa que tenían en la casa estaba sucia, la familia la arrastraba hasta la lavandería automática. Obviamente no era muy divertido: los cuatro avanzaban penosamente con sus abultadas fundas de almohada, el abuelo con la cabeza bien agachada por si se tropezaban con algún transeúnte, todos un poco desastrados con las últimas ropas limpias que habían desenterrado del fondo del cajón del armario. Pero ¿acaso no era mejor esto que andar moviendo de acá para allá esos resplandecientes y pesados electrodomésticos? Desde luego que sí. A

última hora de la tarde ya estaban completamente instalados. No quedaba nada por hacer. Era cierto que la mayor parte de las cajas estaban por abrir, pero eso no significaba nada; algunas llevaban así desde la última mudanza. No había ninguna prisa. Justine podía estirarse en su colchón, que desprendía ese olor tan familiar a madera de pino, y quitarse los zapatos y sonreír al techo mientras la gata reposaba sobre su estómago como una bolsa de agua caliente ronroneante de veinte libras. Duncan podía sentarse a los pies de la cama y jugar con un estroboscopio del que se había olvidado por completo. Meg podía cerrar la puerta de su habitación y sacar de su propia caja especial, de entre siete capas de papel de seda, la fotografía enmarcada de un joven vestido con una sotana, por lo menos una talla demasiado grande, que volvía a guardar casi de inmediato deslizándola hasta el fondo del estante de su armario. Y en su habitación, al otro lado del recibidor, el abuelo podía sacar del bolsillo su propia fotografía: Caleb Peck en tonos marrones y ribete dorado, con sombrero y corbata, con su rostro resuelto y solemne, tocando el violonchelo sentado sobre la puerta abierta de un establo, a veinte pies del suelo.

Duncan dio una vuelta por la tienda de antigüedades La Botella Azul con Silas Amsel, el propietario. Puesto que ya la había visto al solicitar el empleo, no estaba muy interesado en ella. Deambulaba detrás del gordo y barbudo Silas, bostezando y tamborileando con los dedos sobre las mesas al pasar junto a ellas. Escritorios en forma de espinetas con las patas delgadísimas, relojes con querubines y pastoras y alegorías del tiempo, copas polvorientas, espejos enmarcados en yeso dorado lleno de relieves, mesas auxiliares demasiado enclenques como para poder soportar el peso de una lámpara. ¿Qué sentido tenía todo eso? A decir verdad, nunca había pensado en las antigüedades. Había crecido en un mundo en el que las antigüedades eran algo habitual. Nadie las compraba, nadie compraba nada; las habitaciones estaban atestadas de muebles de solera y bien cuidados que daban la impresión de haber crecido allí, y siempre que los hijos se marchaban de casa se llevaban algunos con ellos, pero por algún motivo las habitaciones se quedaban tan atestadas como siempre, como si durante la noche hubieran brotado más muebles. No, lo que realmente le interesaba a Duncan era la caja de cachivaches que había encontrado detrás del mostrador de Silas: un oxidado aparato para deshuesar las cerezas, un utensilio para quitar los grillos de las patatas, otro para sacar el corazón de las manzanas, escamadores de pescado, un ingenioso cono helicoidal para separar la clara de los huevos. Junto a la caja había una maleta de mimbre que al abrirse se convertía en una

silla para sentarse a la orilla del mar. ¿Dónde estaba ahora toda esa inventiva? ¿Había desaparecido? En la caja, escrito con rotulador, podía leerse: «Elija el que más le guste, 1\$». La maleta, que estaba rota, podía comprarse por 2.50\$, si es que alguien era capaz de encontrarla en medio de botas y bolsas de papel. Cuando Duncan se hiciera cargo de la tienda pondría la maleta en el escaparate principal. De pronto miró de reojo la ancha y voluminosa espalda de Silas. Sacaría brillo a los utensilios y los dispondría en fila. Vendería todo lo vulgar y compraría herramientas antiguas en las subastas de los establos y en los mercados de artículos usados, hasta que la tienda pareciera el taller de un inventor del siglo XIX y pudiera sentarse a aspirar una combinación de aceite para máquinas y madera y hierro oxidado, sus olores favoritos.

—Oh, me estoy haciendo viejo, me estoy haciendo viejo —dijo Silas mientras subía refunfuñando las escaleras de la parte trasera de la tienda para mostrarle a Duncan dónde estaba el teléfono—. Siento escapar las riendas, pero me alegro por todo lo demás, créeme.

De hecho, Silas era unos treinta y tantos años más joven que el abuelo Peck, que podría haber llevado la tienda con una mano atada a la espalda, pero Duncan estaba acostumbrado al envejecimiento prematuro de la gente que no pertenecía a su familia. Además, si Silas no se jubilara, Duncan todavía estaría buscando trabajo. En esta ocasión, había pensado que al fin ya había agotado todos los familiares de su madre. Se había preguntado si alguna vez podría escapar de la tienda de productos dietéticos, que había convertido en una empresa rentable y que después, por puro aburrimiento, había dejado decaer nuevamente. Los gorgojos se habían apoderado del trigo molido a la piedra y el moho había convertido en guijarros los granos de soja y las pasas sin sulfatar. Había perdido su alegría e imprudencia naturales. Volvió a recurrir al bourbon, a los solitarios y a un silencio inescrutable que ni siquiera Justine podía penetrar. ¿Había algo peor que sentirse encerrado en

un sitio, que envejecer, decaer y finalmente morir? El modo descuidado de llevar la contabilidad y sus horarios irregulares —ya entonces una cuestión de principios— se hicieron tan evidentes que ningún empresario podía pasarlos por alto. En la vida de Duncan, esta era la norma: iniciaba empresas arriesgadas despreocupadamente, con entusiasmo, pero con solo la mitad de su atención; la otra mitad la dedicaba a elaborar los planos de una máquina de movimiento continuo totalmente construida a base de muelles de puertas de tela metálica, o a descubrir un método para criar abejas sin aguijón, o a participar en una competición, patrocinada por un inglés, consistente en fabricar una máquina voladora que no fuera más grande que un sillón. A lo largo de los últimos veinte años había sido, entre otras cosas, pastor de cabras, fotógrafo y ebanista; había trabajado en una tienda de animales domésticos, un estanco, un bar musical y un establecimiento gastronómico; había hecho de empadronador, esquilado ovejas y abonado el césped de un proyecto suburbano con un tractor de juguete. Había disfrutado con casi todos los trabajos, pero solo brevemente. Empezó a sentirse inquieto. Advirtió que estaba inmerso en una sucesión de días interminables, del mismo modo en que lo había estado anteriormente su familia, austera y falta de imaginación. Empezó a ir a trabajar a las diez, después a las once, primero cuatro días a la semana, después tres. Y luego vinieron el bourbon, los solitarios, el silencio desde el que poder reflexionar sobre los barrotes de su jaula. Después, otra empresa arriesgada. Él era su propia máquina de movimiento continuo.

A veces se preocupaba por Justine. No quería que fuera como él, no quería arrancarla de los sitios cada año, o incluso con mayor frecuencia, ni cambiar a Meg, una vez más, a otra escuela. Sabía que los vecinos movían la cabeza dando muestras de desaprobación. Y sin embargo, era como si padeciera una especie de insatisfacción crónica que iba y venía como la malaria, y como si

la única forma de retenerla consistiera en aprender más y más cosas nuevas, como si constantemente debiera estar sorprendiendo a su mente. Ahora, extraños fragmentos de conocimiento sobre sus anteriores trabajos estaban adheridos a él como si se trataran de bolas de pelusa. Podía distinguir una cabra Toggenburg de una Saanen, era capaz de tomarle a ojo las medidas a un perro salchicha para confeccionarle una gabardina escocesa con un sombrero a juego estilo Sherlock Holmes. Era una autoridad en la elaboración de yogur y en la aplicación de venenos a las malas hierbas de hoja ancha durante la época de los dientes de león. También había descubierto que todas las tiendas, hasta las más inverosímiles, contaban con un círculo de clientes diarios que se convertían en sus expertos: caballeros de edad que complementaban mutuamente sus listas de quesos importados, señoras que comentaban la utilización de la corteza de olmo resbaladiza, quinceañeros que recitaban la vida de cada uno de los miembros de las bandas de rock. En los estancos, los chicos universitarios podían pasarse horas recordando aquella vez que un legendario estudiante de primer curso había encontrado una pipa de espuma de mar, tallada a mano, vetusta y amarillenta, sobre un cubo de basura. En su taburete, detrás del mostrador, recreándose con los planos para su máquina voladora accionada por pedales, Duncan absorbía esos conocimientos aislados como si de la luz del sol se tratara. Daba lo mismo que fueran inútiles. Y ahora estaba a punto de descubrir algo más que aprender, aquí, en medio de estos antiguos aparatos de navegación y mohosas linternas resquebrajadas y collares de cuentas de ámbar como caramelos de ron con mantequilla a medio chupar.

—Esto es lactato de potasio —dijo Silas, dando ligeros golpecitos a una botella marrón encima de la mesa del teléfono—. Lo utilizamos para reponer los ácidos en las tapas de los viejos libros de piel.

Y se quedó sorprendido al descubrir cómo el rostro de Duncan se

iluminaba súbitamente.

—Este bloc de notas lo tengo siempre a mano, con un lápiz atado. La gente llama para vender sus artículos y hay que coger las direcciones. Por cierto, aquí hay un mensaje para ti.

Lo arrancó del bloc de notas. «Han llamado de Diversiones Que Crean Hábito, ir a comer el primer domingo de febrero.»

—¿Qué? —dijo Duncan.

—Dijo que tú le conocerías. Ha llamado cuatro veces en los dos últimos días. Dijo que si no podías ir que le llamaras. En el listín telefónico todavía figura como Exótico, Inc.

—¡Ah! —dijo Duncan, y se guardó el pedazo de papel en el bolsillo. Silas se quedó esperando, pero Duncan no le dio ninguna explicación.

—Pues, bueno —dijo Silas finalmente—, si no se te ocurre ninguna pregunta... pero yo vendré por aquí, me dejaré caer con frecuencia, claro.

—Claro —dijo Duncan, y dio un suspiro, pero para entonces Silas ya estaba bajando la escalera y refunfuñando de nuevo, y no le oyó.

Diversiones Que Crean Hábito, que el año anterior se había llamado Exótico, Inc., y Diversiones Asombrosas Alonzo el otro, se encontraba en un prado para vacas a las afueras de Parvis, Maryland. Era una especie de compañía de atracciones ambulante, de las que operan en un radio de cuarenta millas, aunque en este caso el circuito era bastante más largo. Viajaban de una pequeña ciudad a otra, proporcionando diversión a las ferias de los parques de bomberos, las subastas benéficas en las iglesias y escuelas, en las celebraciones de bienvenida y aperturas de gala de nuevos centros comerciales. Entre viaje y viaje, toda la compañía vivía en caravanas en el prado para vacas, con una tienda color calabaza y banderines ondulantes en el

centro. Trabajaban todo el año. Incluso en pleno invierno, *Diversiones Que Crean Hábito* atravesaba rodando los campos de Maryland quemados por el hielo, para dirigirse a quienquiera que preguntara por ellos. Llevaban trenes fantasma, dos ponéis, un puesto de refrescos, unos cuantos juegos de azar sencillos —siempre que la legislación local lo permitía— y cinco chicas que dirigían los juegos en trajes de baño de raso con las costuras sucias. También había un tiovivo. Era difícil de transportar y siempre había algo que no funcionaba: el mecanismo se encallaba o los animales se caían, pero Justine lo prefería a cualquier otro tiovivo que jamás hubiera visto. Solo tocaba una pieza: «The Saint James Infirmary Blues». Siempre que Justine oía esa melodía impregnando el aire, tenía que montarse en él. No le importaba que fuera demasiado mayor. Se montaba a horcajadas sobre un caballo blanco sonriente, se abrazaba a las crines y se reía ella también, o alguna que otra vez lloraba, porque la música era muy frágil y dulce y triste y le hacía sentir nostalgia de los tiempos anteriores a su nacimiento. Y siempre que veía a Alonzo Divich, que era el propietario del tiovivo y del resto del material, estaba silbando «The Saint James Infirmary Blues», como si fuera la canción que lo identificaba. También decía que era la única canción que él conocía. Él y el tiovivo: dos criaturas torpes, esperanzadoras, alegres, que aparecían pesadamente donde menos esperabas encontrártelas.

Alonzo Divich estaba silbando cuando Justine y Duncan llegaron; le localizaron por su canción. Dejaron el coche a la entrada del prado y cruzaron el helado campo de rastrojos en dirección a las caravanas, colocadas en un apretado y frío círculo, como carromatos cubiertos preparados para un ataque de los indios. En primavera, cuando el campo florecía, esta clase de vida podía parecer agradable, pero hoy no. Hoy todo estaba iluminado por un

blanquecino y macilento sol de invierno; los habitantes estaban encerrados en sus caravanas, los ponéis inclinaban la cabeza. «¡Oh, pobres criaturas!», gritó Justine, y sintió lo mismo cuando pasaron por delante de un tren fantasma naranja, plegado todo él en la plataforma de un camión, como si fuera un pequeño dinosaurio arrugado. Pero el silbido seguía siendo el mismo, tan alegre como siempre. Salía de detrás de un cobertizo para los útiles de labranza, y tras dar la vuelta al cobertizo, ahí estaba Alonzo Divich, aparentemente insensible al frío, la soledad o el tiempo. Estaba sentado sobre una piedra trenzando cuero sin curtir: un hombre alto y moreno, con un bigote negro caído y los ojos caídos. Llevaba prendas de demasiados colores, todas un poco sucias, mugrientas, que le tiraban en el estómago, la entrepierna y los sobacos: una camisa rosa, un chaleco mexicano de punto, pantalones vaqueros de ante y botas arrugadas. Cuando se levantó para abrazarles, olía a cuero y miel. «¡Ajá!», le dijo a Justine. «¡Pero si no has cambiado nada! ¡Hasta el sombrero sigue siendo el mismo! ¿Lo llevas pegado?»

No tenía ningún acento, solo una forma característica y firme de hablar. ¿Pero de dónde había sacado su nombre híbrido y el color de la piel y sus destellantes muelas doradas y su costumbre de abrazar a otros hombres con tanta naturalidad? Justine le había preguntado abiertamente, una vez, de qué nacionalidad era.

—Tu eres la adivina, dímelo tú —le contestó.

—Yo leo el futuro, no el pasado —le dijo ella.

—Bueno, ¡el pasado debería ser más fácil!

—No lo es. Es mucho más complicado.

Pero ni aun así, nunca se lo dijo.

Alonzo les condujo hasta la tienda, donde varias sillas plegables se agrupaban alrededor de largas mesas de conferencia provistas de ruedas. Este

era el espacio común de la compañía, aunque cuando hacía frío estaba prácticamente vacío. En uno de los rincones, una rubia ataviada con unos pantalones, unas sandalias doradas y varios jerséis, estaba peinando un diminuto perro de lanas. Dos hombres vestidos con mono estaban sentados a una mesa bebiendo café en unos tazones verdes, pero se marcharon en cuanto Alonzo entró. «Ah, no os marchéis», dijo, dejando caer pesadamente un brazo en dirección a sus espaldas. Colocó varias sillas en la mesa del centro y se sentó a la cabeza. Casi inmediatamente después apareció una anciana de piel morena, que extendió un mantel. Después trajo una botella y tres vasos pequeños, que colocó delante de Alonzo. Este los llenó exactamente hasta el borde. La anciana volvió a aparecer con platos de papel, tenedores de plástico y, después, bandejas de arroz, varios pedazos de carne en salsa de tomate, berenjenas, pollo espolvoreado con unos extraños grumos rojos, aceitunas negras arrugadas, cuencos de sopa de remolacha y de pepinos troceados con yogur, unas grandes tortas planas de pan y jarras de Kool-Aid verde. De las fuentes salía vapor, y también de la boca de Alonzo mientras hablaba en el aire frío y con olor a caucho.

—Tomad un poco, no seáis vergonzosos. Primero Duncan, está más delgado que nunca. Se está haciendo alto y delgado como un diente de león. ¿Cuánto mides, Duncan?

—Seis pies y dos pulgadas.

—¡Doble ración de arroz para Duncan, Nana!

La anciana echó una enorme montaña de arroz en el plato de Duncan.

—El arroz evita los ataques al corazón, los ataques de apoplejía y la impotencia —dijo Alonzo.

—Es la tiamina —dijo Duncan.

—¿Más *slivovitz*?

—Oh, yo también tomaré un poco.

Justine se comió todo lo que le pusieron en el plato y aceptó repetir dos y tres veces, incitada por la mirada de aprobación de la anciana, que permanecía de pie detrás de la silla de Alonzo con las manos cruzadas bajo el delantal. Alonzo y Duncan se limitaban básicamente a beber, si bien Alonzo muy pronto dejó atrás a Duncan y hasta se las apañó para engullir unos cuantos trozos de pan con carne y arroz, mientras seguían hablando sin parar.

—Cuando oí que os mudabais a Maryland pensé, bueno, entonces puedo esperar. Estaba considerando cierto proyecto. Pero ya entraremos en ello más adelante. Me preguntaba: ¿Cómo demonios voy a encontrar a Justine?, y entonces recibí vuestra tarjeta. Fue un gran alivio para mí.

Se inclinó hacia atrás y entrelazó las manos sobre su estómago; su rostro había adquirido un color cremoso bajo la luz de la tienda. Alonzo era un hombre feliz, pero siempre estaba quejándose, como si con ello esperara engañar a los dioses envidiosos. Aun cuando le encantaba su negocio de atracciones, decía que solo un loco cargaría con él. «Imagínate —decía siempre—, alguna gente cree que esta es una vida romántica, que por la noche bailamos alrededor de los carros. ¡Si estuvieran en mi pellejo! Tienes que ser mecánico, abogado, contable. Montar y desmontar la maquinaria, y las reparaciones y los pagos del seguro. Mi compañía aseguradora me está robando. Invalidez y responsabilidad civil y las intervenciones médicas graves y los incendios y los robos y los casos de fuerza mayor. Luego está la seguridad social, un verdadero quebradero de cabeza, si tienes en cuenta a todos estos empleados que vienen y van, y los embarazos y las chicas que deciden terminar los estudios. Y tienes que negociar en cada ciudad; algunas ni tan siquiera autorizan el juego de rodear una botella con anillas, y además están los inspectores de seguridad y la policía y la iglesia que quiere poner una bandeja de bizcochos en el puesto de los perritos calientes...»

Era a Duncan a quien hablaba; los hombres estaban mejor para hablar de

negocios. Pero fue a Justine a quien se llevó con él después de la comida, agarrándola por la parte superior del brazo con su dedo índice y su grande y cálido pulgar.

—¿Me permites? —le preguntó a Duncan—. Solo el tiempo necesario para que me diga cuándo seré millonario.

Duncan dijo:

—¿Todavía tienes a ese mecánico?

—¿Lem? ¿Estaría yo aquí si no lo tuviera? Está en la caravana violeta. Sabe que veníais. Ve a verle.

Alonzo caminaba con la cabeza baja, sujetando todavía el brazo de Justine.

—Perdona que tenga todo esto como lo tengo —dijo—. Somos demasiados ahora. Mi esposa me ha dejado, pero uno de sus hijos se ha quedado conmigo para hacerme compañía. Y también Bobby. Ya conoces a Bobby, mi hijastro. En realidad, el hijastro de mi cuarta esposa, el hijo que su ex esposo tuvo con una mujer de Tampa, Florida. ¿Te apetece un poco de café turco?

—No, gracias —dijo Justine, y entró en la pequeña caravana verde. Aunque el sitio estaba repleto de cosas, todo parecía estar más ordenado que en su propia casa, con las cazuelas y las ollas dispuestas en filas en la diminuta cocina y los libros de contabilidad apilados en un extremo del sofá cama de pana. Había una mesita de café que presentaba un aspecto de total desnudez, como si Alonzo hubiera acabado de despejarla. Ahora la alisó con ambas manos. «Para las cartas», dijo. «Gracias», contestó Justine.

Se sentó en el sofá cama. Se quitó el abrigo cubierto de migas, aunque incluso ahí hacía frío. Sacó de su bolso las cartas envueltas en el pañuelo de seda.

—¿De dónde sacaste la seda? —le preguntó Alonzo. Siempre le preguntaba lo mismo.

—Venía con las cartas —dijo Justine, desenvolviéndolas. Las barajó varias

veces, mirando hacia el cielo azul que se divisaba tras la ventanilla de la caravana.

—¿Y dónde conseguiste las cartas?

—Corta la baraja, por favor.

La cortó. Se sentó frente a ella y la observó seriamente por debajo de un par de rizadas y negras cejas, como si su futuro pudiera ser leído en el rostro de Justine.

Justine encontró por primera vez a Alonzo Divich en 1956, en la subasta benéfica de una iglesia, cuando ella leía la buenaventura en el sótano de la escuela dominical. Ella estaba con los elefantes blancos y las plantas de maceta. Las atracciones de Alonzo estaban fuera. Entró para que le leyeran las cartas. Era una de esas personas, vio Justine, a las que les encanta anticiparse a su futuro. Siempre que le sobraba un rato —cuando hacían escala en alguna ciudad o una pausa en el trabajo— iba en busca de la adivina local. Si había cinco adivinas, fantástico. Iba a las cinco. Las escuchaba sin tan siquiera respirar. Le habían echado la buenaventura —le dijo a Justine—, más de mil mujeres, y ni una sola vez habían acertado. No solo le habían leído las cartas, sino también las palmas de la mano, el cráneo, los lunares, las uñas, los sueños, la escritura, las hojas de té y los granos de café. Había ido a astrólogos y fisiognomistas, sin mencionar a especialistas en bibliomancia, cleidomancia, cristalomancia y las tablas Ouija. Una señora del condado de Montgomery ponía un gallo de pelea a picar granos de maíz de un círculo de letras; una mujer de Georgia estudiaba el humo que salía del fuego, y otra dejaba caer cera fundida en agua fría, con lo cual se formaban pequeños objetos nudosos que, según ella, era capaz de interpretar. En el condado de York, Pennsylvania, tenía que hacerse sus propios pasteles de cebada, que posteriormente eran rotos en pedazos y examinados con una lupa. Y en una marisma cerca de Saint Elmo, Alabama, una vieja se había

ofrecido para matar una rata de arrozal y estudiar sus entrañas, pero él pensó que un acto de este tipo podría acarrearle mala suerte.

Le había contado todo esto a Justine de un tirón, con los codos apoyados en la mesa de su chiringuito rodeado de cortinas, mientras una fila de beatas esperaba su turno fuera. Justine, aunque no era consciente de ello, tenía en su rostro la expresión tolerante y desilusionada de un médico que escucha cómo su nuevo paciente ha visitado a otros cuarenta médicos antes de acudir a él, sin haber obtenido ningún resultado satisfactorio. Le daba aspecto de sabiduría. Alonzo decidió que esta adivina sería especial.

—Señora —le había dicho, colocando las palmas de la mano sobre la mesa — dígame cuál es la solución a mi problema. Tengo la impresión de que usted puede hacerlo.

—¿Cuál es su problema?

—¿No lo sabe?

—¿Y cómo podría saberlo?

—Usted es la adivina.

De modo que Justine tuvo que recitarle el discurso que había recitado más veces de las que era capaz de recordar, y que todavía recitaría otras muchas, incluso al mismo Alonzo.

—Verá usted, yo no puedo leer la mente —dijo—, y no tengo ningún modo de adivinar lo que usted quiere preguntarme, o de dónde viene, o cualquier otra cosa sobre su pasado. Yo leo el futuro. Tengo aptitudes para predecir los cambios. Si usted me ayuda, juntos podremos buscar una solución, pero de ningún modo pretendo ser más lista que usted.

—Mi problema es el siguiente —le dijo Alonzo al instante.

Y se sentó en una silla de la escuela dominical y se quitó el sombrero: un hombre impetuoso, variable, todo él moreno y alegre y multicolor, como un fuego a punto de saltar en cualquier instante en cualquier dirección.

—Me llamo Alonzo Divich —le dijo—. Soy el propietario de un negocio de atracciones —y señaló con el pulgar la música del tiovivo que sonaba por encima de ellos, «The Saint James Infirmary Blues», haciéndose oír por encima de los gritos de los niños y los vendedores de perritos calientes y los muchachos agarrados a la rueda del diablo—. Estoy divorciado, tengo un hijo. Acabo de conocer a una rica viuda que quiere casarse conmigo. También le gusta el niño. Incluso aceptaría vivir en la caravana. No tengo que cambiar ni una sola cosa de mi vida por ella. Y soy un imbécil al que le gusta casarse. Me encanta estar casado. Ya lo he probado otras dos veces. Así que, ¿cuál es el problema? El mismo día en que empezamos a hablar sobre el matrimonio, exactamente el mismo día, un hombre al que solía ver me llama y me dice que le acompañe a buscar oro junto al lago Michigan. Dice que ha dado con algo bueno. Se hará rico y yo también. Pero claro, está el niño, y las máquinas hipotecadas, y la mujer, a la que no le gusta Michigan. Así que, ¿qué hago?

Justine le estaba escuchando con la boca abierta. Cuando terminó le dijo, inmediatamente:

—Váyase a buscar oro.

—¿Eh? ¿Y las cartas?

—Ah, las cartas —dijo ella.

De modo que dejó que las cortara y las extendió sobre la mesa; sus preciosas cartas, tan flácidas y resbaladizas como los cuentos de hule de su hija. Escogió la formación más simple que conocía. Justine le iba explicando el significado mientras él permanecía inclinado sobre la mesa, sin respirar: un feliz viaje, reunión con un amigo, una agradable sorpresa y ninguna posibilidad de dinero.

—Ajá —dijo él, y Justine levantó la cabeza—. Así que he tenido suerte al encontrarme con usted. ¡Nada de dinero!

—Señor...

—Divich. Llámeme simplemente Alonzo.

—Alonzo, ¿el dinero es lo único que le interesa?

—Bueno, es que...

—¡Márchese, de todos modos! ¡Venga! No se quede ahí sentado pensando en los pros y los contras.

Después, Justine volvió a ponerle violentamente el dinero en la palma de su mano, por no saber otro modo de mostrarle cómo se sentía. Y recogió todas las cartas sin tan siquiera mirarle, aunque Alonzo permaneció allí sentado un minuto más, esperando.

Pasaron cuatro años antes de que volviera a ver a Alonzo. El día de la Independencia de 1960, Justine montó su chiringuito en una merienda campestre de Wamburton, Maryland. Nadie de por allí parecía estar muy interesado en el futuro. Finalmente, guardó las cartas y fue a dar un paseo en dirección al palacio de justicia, donde las atracciones daban vueltas y los globos flotaban y el tiovivo tocaba «Saint James Infirmary Blues», emitiendo pequeños y trémulos sonidos de instrumentos de cuerda que tiraban de ella. Primero se dirigió hacia los caballitos de madera. Y allí, junto al caballito más alto, estaba... ¡cómo no! ¡Alonzo Divich!, secándose la cara con un pañuelo rojo y discutiendo con un mecánico. Cuando ella apareció, Alonzo se dio media vuelta, dejó la frase a medias y la miró fijamente. «¡Usted!», dijo él. La cogió por la muñeca y la arrastró hacia un banco donde la música no era tan fuerte. Ella le siguió, sujetándose el sombrero.

—¿Sabe cuánto tiempo llevo buscándola? —gritó.

—¿A quién? ¿A mí?

—¿Se muda con frecuencia de sitio? ¿También tiene una feria ambulante? Primero pregunté en la iglesia quién era la adivina. «Ah, Justine», dijeron. Todo el mundo la conocía, pero nadie sabía dónde vivía. Y para cuando lo

averigüé, ya se había marchado sin dejar ninguna dirección a la que dirigirse. ¿Por qué? ¿Debía dinero? Da igual. Perseguí a todas sus amigas. Tenía la esperanza de que fuera una de esas personas que suelen escribir cartas. Pero no. Después, en el estanco en el que su marido solía trabajar me dijeron que...

—¿Pero para qué me buscaba? —le preguntó Justine.

—Para que me echara las cartas, claro.

—Ya se las eché.

—Sí, allá por mil novecientos cincuenta y seis. ¿Cree que mi vida no cambia nada? Ahora, esa interpretación ya no tiene ningún sentido.

—Ah. No, claro —dijo Justine, que vio que, en su caso, eso sería seguramente verdad. Buscó en su bolso (por aquella época, un pequeño macuto de piel arañado por el perrito de su vecino) y sacó las cartas.

—Y no fue a buscar oro —le dijo.

—Entonces, ¡sí que lee el pasado!

—No sea absurdo. Está aquí, en Maryland. Cualquiera podría haberlo adivinado.

—No, no fui. Pensé en ello. El instinto me decía que siguiera su consejo, pero me contuve. Ya sabe el resto.

—No.

—Sí, sí que lo sabe. Me casé con la viuda —dijo—, pero al final me llevé un gran desengaño. No tenía dinero, después de todo; el niño la sacaba de quicio, lo único que quería desde un principio era montar una compañía de danzas orientales, al estilo de los siete velos, con ella como estrella principal. ¡Danzas orientales! ¡Pero si en la mayoría de las ciudades obligan a nuestras chicas a llevar jerséis! Me negué en redondo. Me dejó. No he sabido nada de mi amigo de Michigan, pero supongo que ya tendrá un saco repleto de pepitas de oro, y aquí estoy yo, donde estaba en un principio, solo que me he

vuelto a casar. Ah, tenía usted razón. Si la hubiera escuchado, ¡imagínese dónde podría estar yo ahora!

—Corte las cartas —le dijo Justine.

—Mi nueva esposa está embarazada y ya tengo demasiados hijos —dijo Alonzo—. Siente náuseas por la mañana, náuseas por la tarde, náuseas por la noche. Cuando entro en la caravana me arroja frutas y verduras. Me parece que no nos llevamos nada bien. Sin embargo, este no es mi problema, no...

Pero fuera cual fuera el problema que entonces tenía Alonzo, Justine ni siquiera podía recordarlo ahora. Habían pasado tantos años, tantas cartas echadas de tantas formas distintas en los bancos de los parques, los suelos de las tiendas, los muebles de la caravana. Una vez la hubo encontrado, ya nunca más perdió su pista. Le entregaba tarjetas a las que él mismo ya había puesto el sello y sus señas, y dejaba en ellas espacios en blanco para que Justine pudiera poner la nueva y la antigua dirección. Alonzo adoptó a toda la familia de Justine, y le reveló a Duncan todos los misterios concernientes a sus motores diesel y sus máquinas de algodón de azúcar y las probabilidades de sus juegos de azar, y mientras Meg fue una niña, le estuvo llevando llamativos premios de circo, y trató al desconcertado abuelo con un primoroso respeto chapado a la antigua, y todas las Navidades le enviaba a Justine un enorme y mohoso jamón Smithfield. Era capaz de cruzar medio estado tan solo para preguntarle a Justine una única cosa, y pagarle después en exceso y absurdamente cuando le daba la respuesta. Lamentaba cada vez que se mudaba a Virginia y a Pennsylvania y estaba encantado cuando volvía a estar sana y salva en Maryland. Daba golpes a su puerta a horas imprevistas y cuando no estaba en casa parecía que fuera el fin del mundo: «¡Tengo que saberlo!» le gritaba a Duncan o a Meg. «No puedo dar ni un paso, ¡dependo totalmente de ella!»

Y sin embargo, lo más curioso era (Justine ya lo había observado

demasiadas veces como para sorprenderse) que rara vez seguía su consejo. Todos sus matrimonios, por ejemplo: siete, según los últimos cálculos. Tal vez más. ¿Y a cuántos de ellos había dado Justine su aprobación? A ninguno. Pero él había tirado adelante. Después volvía: «Oh, tenías razón. Nunca debería haberlo hecho. ¿Cuándo aprenderé?». Sus esposas tendían a abandonarle llevándose a los niños. Más adelante, antes o después, los niños volvían a aparecer y siempre había unos cuantos viviendo en su caravana: hijos e hijastros y otros cuyo parentesco no estaba muy claro, ni siquiera para él. «Mis esposas se han marchado y yo duermo solo, pero todavía tengo tres niños de todas las edades pegados a mí día y noche. La próxima vez escucharé todo lo que me digas, lo seguiré al pie de la letra», decía.

También lo dijo ahora, casi diecisiete años después del día en que había ignorado por primera vez su consejo, mientras Justine extendía las cartas sobre la mesita de café en la caravana.

—Esta vez voy a hacer todo lo que me digas —dijo.

—¡Ya!

Justine se inclinó más y observó las cartas atentamente.

—Dinero y una mujer celosa. ¡No irás a casarte otra vez!

—No, no —dijo un suspiro y se acarició el bigote—. ¿Quién querría casarse conmigo? Me estoy haciendo viejo, Justine.

Por unos instantes pensó que lo había oído mal.

—Tengo cincuenta y dos años —dijo—. ¿Te dicen eso las cartas?

Era el único dato que había llegado a revelar. Por algún motivo le hacía parecer más indefenso. Alonzo, ¿Alonzo tenía edad? Entonces, cuando le conoció debía de tener treinta y cinco años: una edad joven e inestable para un hombre, pero Alonzo nunca había sido joven o inestable. Justine levantó la vista y descubrió unas pocas canas en su pelo, y profundas arrugas que prolongaban el perfil de su bigote. Cuando le dirigió una sonrisa, se le

formaron pequeñas arrugas en los rabillos de los ojos.

—Caray, Alonzo —dijo ella.

—¿Qué?

—¿Por qué...?

Pero no podía recordar lo que estaba tratando de decirle. Y Alonzo se subió los puños de la camisa impacientemente y acercó más su taburete.

—Bueno, eso me da lo mismo —dijo—. Continúa con mi problema.

—Dime cuál es.

—¿Debo vender el negocio a la señora Harry Mosely?

—¿Quién es la señora Harry Mosely?

—¿Qué más da? Una rica señora de Parvis, divorciada, quiere algún tipo de negocio que sea distinto al de todos sus amigos.

—La mujer celosa.

—No de mí.

—Celosa y envidiosa.

—Lleva pantalones de montar —dijo Alonzo, y sacudió la cabeza.

Justine esperó.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

—¿Vendo o no vendo? Te lo estoy preguntando.

—Pero no me has dicho qué opciones tienes —le dijo Justine—. ¿Para qué lo vendes? ¿Vas a tomar parte en otra fiebre del oro?

—No, en realidad, más bien había imaginado algo tranquilo. Tengo un amigo que está metido en ventas, podría encontrar algo para mí.

—¿Ventas?

—¿Qué hay de malo en ello?

—Voy a tener que mirar las cartas con más atención —dijo Justine, y volvió a inclinarse sobre ellas y dejó descansar la frente sobre su mano.

—Esta es una vida dura, Justine —le dijo Alonzo—. Esa tienda de ahí fuera cuesta cinco mil dólares y tiene una vida útil de solo seis años. Pago impuestos muy elevados por estos pastos, pero Maryland tiene una legislación para los gitanos, de modo que nos vemos obligados a vivir aquí, es demasiado caro acampar por los alrededores. Y alguna que otra vez la gente no me paga o el tiempo aleja a los clientes, y una de las atracciones se oxida hasta caerse a pedazos justo en el momento en que he acabado de liquidar la hipoteca. Soy responsable de mucha gente. Todos estos niños a la vez. ¿Es que no lo entiendes?

—Sí, sí.

—Entonces, ¿por qué observas las cartas durante tanto tiempo?

—Porque no sé qué decirte —dijo Justine, y colocó un dedo índice sobre el seis de corazones y se quedó pensando unos instantes—. Veo a la mujer y el dinero, pero el resto no lo veo seguro. Ninguna fortuna repentina ni ningún desastre. Unos cuantos contratiempos, una amistad que se termina, pero por lo demás, todo un poco flojo.

—¿Flojo? —dijo Alonzo.

Justine le miró directamente.

—Alonzo —dijo ella.—No vendas el negocio.

Dejó que fuera él quien decidiera si era Justine o las cartas quien hablaba.

A última hora de la tarde, cuando el sol calentaba más, se sentaron fuera, en un sofá destartado, y observaron cómo dos de los hijos adolescentes de Alonzo lanzaban de acá para allá una pelota de béisbol entre las altas hierbas de detrás de las caravanas. Una muchacha estaba tendiendo pañales, y un hombre hacía girar los neumáticos de su automóvil Studebaker. En el campo de más allá de donde se encontraban los jugadores de béisbol, Duncan y Lem

jugueteaban con la enorme pieza de una máquina. En realidad ya era hora de marcharse, pero Duncan dijo que esa máquina era algo especial; quería inventar una atracción para ella. Y el sol, que calentaba a través de su sombrero la parte superior de la cabeza de Justine, y el hábil giro del guante de béisbol al alzarse para recoger la pelota, y el golpe seco de la piel al chocar contra la piel, adormecieron a Justine hasta hacerla entrar en éxtasis.

—Si yo fuera presidente, no tendría a un médico personal en la Casa Blanca; te tendría a ti, Justine —dijo Alonzo—. Podrías leerme las cartas cada mañana antes de la reunión del Consejo de Ministros.

Justine sonrió y dejó recostar su cabeza contra el respaldo del sofá.

—Hasta entonces, podrías unirme a mis atracciones. ¿Por qué siempre dices que no? Coralette, que trabaja en el puesto de refrescos, se lleva a su esposo y a sus hijos con ella. Se quedan en la caravana y leen tebeos.

—A Duncan no le gusta leer tebeos —hizo notar Justine.

Fuera, en el campo, Duncan levantó una rueda dentada con una mano enjuta y ennegrecida y le hizo señales con ella.

—¿Y Meg? ¿Ya está hecha una mujercita? ¿Ya no va de visita con vosotros?

—Meg no va a ninguna parte con nosotros —dijo Justine tristemente—. Estudia mucho. Trabaja muy duro. Es muy aplicada. Las demás chicas llevan tejanos, pero Meg se hace sus propios vestidos camiseros y se limpia los zapatos cada domingo por la noche y se lava el pelo cada lunes y cada jueves. Me parece que no tiene muy buena opinión de nosotros. A decir verdad, Alonzo, me parece que las atracciones tampoco le hacen mucha gracia, ni lo de la buenaventura ni lo de ir de un sitio para otro como hacemos nosotros. No es que diga nada. Lo lleva muy bien, de hecho. Es muy sosegada y siempre hace todo lo que le decimos. Me mata verla inclinar la cabeza tal y como hace algunas veces.

—Las chicas son difíciles —dijo Alonzo—. Afortunadamente, nunca he tenido muchas.

—Me parece que está enamorada de un joven pastor de la iglesia.

—¿De quién?

—Bueno, de un ayudante de pastor, en realidad.

—Aun así —dijo Alonzo.

—Fue a una iglesia de Semple. Meg también es religiosa. ¿Te lo había mencionado? Los domingos por la tarde se reunía con el grupo de gente joven del pastor. Empezaron a ir juntos a conferencias y debates y proyecciones de diapositivas educativas... sí, todo muy correcto, ¡pero solo tiene diecisiete años. Y lo trajo un día a casa para que le conociéramos. Fue horrible. Nos sentamos todos en la sala de estar. Duncan dice que tiene derecho a escoger a quien le dé la gana, pero no cree que Meg escogiera a este hombre, simplemente lo aceptó. Como un compromiso. ¿Qué otra cosa podría ser, tratándose de un hombre tan sumiso y débil? Es una de esas personas con la piel pálida y brillante, a las que al cabo de un rato de haberse afeitado ya vuelve a salirles la barba. Duncan dice...

—Pero después de todo —dijo Alonzo—, es preferible a un piloto de carreras. La hija de mi primera esposa se casó con uno, con un piloto de carreras.

—Prefiero mil veces a un piloto de carreras —dijo Justine. Después dio un suspiro—. Bueno, supongo que a nadie le gusta con quien salen sus hijos.

—Es verdad.

—Una vez, cuando yo tenía novio, mi padre me encerró con llave en mi habitación.

—¿Oh? —dijo Alonzo. Entrecerró los ojos para seguir el arco que describía la pelota de béisbol bajo el sol.

—Me enamoré de mi primo hermano.

—Oh-oh.

—Y para colmo, de mi inútil primo hermano. Bebía y andaba con mujeres. Durante años tuvo una novia que se llamaba Glorietta; siempre iba vestida de rojo. Mis tías y mi madre, cuando hablaban de ella lo hacían en voz baja, incluso si solo mencionaban su nombre. Glorietta de Merino.

—Ah, Glorietta —dijo Alonzo, y se arrellanó en el sofá, inclinando la cabeza hacia atrás y estirando las piernas con las botas frente a él—. Sigue.

—Sacaba unas notas terribles todos los cursos y dejó los estudios el primer año de carrera. Nadie podía encontrarle cuando le buscaban. ¡Mientras que yo! Yo era hija única. Procuraba ser lo más buena posible. ¿Me creerías si te dijera que hasta los veinte años nunca había probado las salchichas de hígado?

—Salchichas de hígado —dijo Alonzo, meditándolo perezosamente.

—Y todo porque daba la casualidad de que mi familia nunca las probaba. No porque hubiera nada de malo en ello, claro, era solo que no tenían la costumbre de encargárselas al mercado. No sabía que existiera algo parecido a las salchichas de hígado. La primera vez que las probé me comí una libra entera. Pero eso fue más adelante. Primero me enamoré de mi primo, e hice viajes con él y monté en su peligroso coche y tuvieron que encerrarme con llave en mi habitación. Después descubrí las salchichas de hígado.

—Pero ¿y qué fue de él? —preguntó Alonzo.

—¿De quién?

—De tu primo hermano.

—Ah —dijo Justine—. Pues, me casé con él. ¿De quién creías que estaba hablando?

—¿Duncan?

—Claro que era Duncan —dijo Justine, y se incorporó de nuevo resguardándose los ojos del sol—. Mi primo Duncan, el Malo —dijo, y se rió,

e incluso Alonzo, soñoliento y atontado bajo el sol, no pudo dejar de advertir lo feliz que parecía cuando descubrió el tieso y rubio cabello de Duncan destellando por encima de la maleza.

Duncan y Justine Peck compartían un bisabuelo llamado Justin Montague Peck, un hombre de mirada penetrante y sin sentido del humor, que se hizo muy rico importando café, azúcar y guano durante el último cuarto del siglo XIX. Cualquiera día de verano de 1870, pongamos por caso, se le podía encontrar sentado en la antigua Lonja Mercantil de la calle Gay, fumándose, para prevenir la fiebre amarilla, uno de sus largos puros negros, mientras esperaba las noticias que sobre sus barcos le transmitían desde la torre de observación de Federal Hill. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era su lugar de origen, pero cuanto más rico se hacía, menos importaba. Aunque nunca fue bien recibido en la sociedad de Baltimore, que ya por aquel entonces era estrecha y fosilizada, le trataban con respeto y los hombres solían pedirle consejo sobre asuntos financieros. En una ocasión hasta pusieron su nombre a una calle corta, pero posteriormente lo cambiaron para conmemorar a un político.

Cuando Justin Peck tenía cincuenta años, compró un terreno sombreado por sicómoros en lo que entonces era la parte norte de la ciudad. Construyó una lúgubre casa con muchas chimeneas, revestida de madera oscura y reluciente. La llenó de muebles de roble dorado y biombos orientales, arañas de las que colgaban cristales, confidentes de terciopelo con botones de arriba abajo en los respaldos, pesados cuadros que sobresalían de las paredes, urnas ornamentadas, tapetes, estatuas, curiosidades, grandes lámparas globulares

centradas sobre tapetes adornados con borlas, y alfombras persas colocadas en diagonal y superpuestas. Entonces se casó con Sarah Canteigh, la hija de dieciséis años de otro importador. Nada se sabe sobre su noviazgo, si es que hubo alguno, pero el retrato de su boda todavía cuelga amenazadoramente en una sala de estar de Baltimore: una muchacha de cara infantil y aspecto desganado y anacrónico, que el tipo de vestido de la época, con rayas que arrancaban de delante hacia atrás y un volante en la parte posterior de la falda, todavía lo acentuaba más.

En 1880, solo nueve meses después de la boda, Sarah Canteigh murió al dar a luz a Daniel. En 1881 Justin Peck volvió a casarse, esta vez con alguien de estirpe más sólida: la hija de un cuchillero alemán llamada Laura Baum, quien rescató a Daniel de la vieja liberta que le había estado cuidando. Nunca se pintó un retrato de Laura Baum, pero vivió lo suficiente como para que Meg, su tataranieta y bisnieta de su hijastro, llegara a conocerla personalmente. Era una mujer superficial y de espalda erguida que llevaba el pelo recogido en un moño. Si bien tenía veinte años cuando se casó, según los observadores más bien parecía tener cuarenta. Pero por otro lado, también parecía tener cuarenta cuando murió, a la edad de noventa y siete años. Y estaba clarísimo que fue una madre excelente para el pequeño Daniel. Le enseñó a leer y a calcular cuando solo tenía tres años, y se aseguró de que sus modales fueran impecables. Cuando Justin sugirió que no llevara a Daniel a las visitas que ella le hacía a su padre, Laura estuvo de acuerdo al instante, dejando incluso de ir ella misma, aunque no era eso lo que Justin le había pedido, exactamente. Su padre era sin lugar a dudas un extranjero, un hombrecillo poco decoroso, aficionado a las bromas pesadas. Su revuelta y polvorienta tienda junto al puerto servía de punto de reunión habitual a marineros y otros tipos de mala calaña. «Daniel, recuerda siempre —le decía ella, arreglándole el cuello de la camisa— que tienes que vivir conforme al

nombre de tu familia.» Nunca le explicó qué quería decir con eso. Sus sirvientas negras se reían burlescamente en las escaleras de la cocina y se preguntaban entre sí: «¿Qué familia? ¿Qué nombre? ¿Peck?», pero ella nunca las oyó.

En 1885 Laura dio a luz un hijo. Le pusieron Caleb. Era rubio como su hermanastro, pero con los ojos castaños y rasgados, que seguramente tomó por equivocación de la familia de los Baum, y encontraba el mismo deleite que su abuelo Baum en el ruido y las multitudes. Incluso cuando no era más que un bebé y lo paseaban en su cochecito de mimbre color caramelo, estallaba en ataques de alegría al ver pasar a los desconocidos. Le gustaba cualquier cosa que fuera musical: las campanas de las iglesias, los organillos, el canto de los vendedores callejeros de pasteles de manzana calientes. Cuando fue un poco mayor se aficionó a salir a la calle él solo, montado en un velocípedo de asiento tapizado. Él y Daniel debían permanecer en la acera de enfrente de la casa, pero mientras Daniel obedecía las instrucciones y hojeaba el *Manual de la Juventud* en la escalera principal con su cabeza color amarillo polluelo agachada, Caleb, antes o después, se sentía atraído hacia el sur por la campana de incendios o la reunión de una multitud o, claro está, el sonido de un músico callejero. Seguía al arpista ciego y al banjo, al organillo ambulante que tocaba melodías italianas a golpe de manivela, y a la mujer que cantaba «El indulto llegó demasiado tarde». Entonces a alguien se le ocurría preguntar: «¿Dónde está Caleb?». Su madre salía a las escaleras principales, con un abanico de arrugas entre las cejas. «Daniel, ¿has visto tú a Caleb?», y tenían que enviar equipos de salvamento a todas las calles que conducían hacia el puerto. Pero pronto aprendieron la lección: si querían encontrar a Caleb, solo tenían que detenerse unos segundos y escuchar. Si en cualquier parte de la ciudad oían una música lejana, tan imperceptible que pensaban que era producto de su imaginación, tan débil que la achacaban al

silbido de los cables del tranvía, todo lo que tenían que hacer era seguir la pista del sonido y encontrarían a Caleb montado a horcajadas sobre su velocípedo, mudo de alegría, con sus ojos color pepita de manzana bailando. La sirvienta le tocaba el brazo, o Daniel lo cogía de la mano, o Laura lo agarraba por el lóbulo de la oreja, murmurando: «¡Mira que encontrarte aquí! Aquí, con este puñado de... bueno, no sé que va a decir tu padre. No sé que va a pensar de ti después de todo esto».

Pero Laura nunca se lo dijo a su padre. Tal vez pensaba que le echaría la culpa a ella. A veces, por la forma en que se comportaba, uno podía pensar que le tenía miedo a Justin.

Los domingos, los Peck iban a la iglesia, claro, y los miércoles por la noche Laura tenía su Círculo Femenino. Durante las vacaciones venían las visitas formales: los socios comerciales y sus esposas, junto con sus hijos almidonados y llenos de chorreras. Pero no podía decirse que los Peck tuvieran exactamente amigos. Vivían apartados. Desconfiaban de los forasteros. Cuando los invitados se habían ido, la familia solía comentar los puros de baja calidad de los caballeros, los malos modales de los niños, el deplorable y excesivo uso que las esposas hacían del colorete Rojo de Pompeya. Daniel escuchaba atentamente y memorizaba todas sus palabras. Caleb se asomaba a la ventana para escuchar cómo un tenor irlandés cantaba «Solo un mechón de cabello para madre».

Daniel era un chico alto, frío, pensativo, y desde un principio había querido estudiar derecho. De modo que Caleb se haría cargo del negocio de importaciones. Con objeto de irse preparando para ello, Caleb asistía a la Academia Salter, a la que iba andando cada día junto con su amigo Paul y algunos de los chicos del vecindario. Trabajaba concienzudamente, aunque en ocasiones su madre sospechaba que no ponía en ello toda su alma. Al regresar de la escuela a casa, podía verse abordado por cualquier desconocido

y entablar gustosamente una conversación con toda clase de gentuza. No hacía ningún tipo de discriminación. Y aún seguía a los organilleros. Con el dinero que recibía para los gastos menudos, se compraba instrumentos musicales de oropel, desde silbatos de baratija hasta un violín barato que le vendió un marinero; podía hacer música con cualquier cosa. Tocaba estos instrumentos no solo en casa, sino en la calle también, siempre que no le pillaran y se lo impidieran. Más de una vez le echaron por error monedas desde alguna ventana. Cuando Laura se enteraba, se ponía hecha un demonio y le ordenaba que recordara su nombre. Le encerraba en el salón, donde él seguía tocando sus imprudentes melodías en el enorme piano cubierto de seda ribeteada con un fleco. Desgraciadamente, el jardinero criollo, Lafleur Boudrault, le había enseñado ragtime. Una especie de música «de color» indecorosa. Justin, que estaba en el despacho de casa llevando las cuentas, levantaba la cabeza para escuchar durante unos segundos y fruncir el entrecejo, pero después se encogía de hombros.

En 1903 Caleb se graduó en la Academia Salter. El día siguiente a su graduación, Justin le llevó de visita a su despacho. Entonces, obviamente, el negocio de las importaciones era muy distinto a como había sido en la década de los setenta. Los viejos buques de vapor con todo el aparejo, que parecían bergantines con chimeneas, habían sido reemplazados por barcos modernos, y sus viajes espectaculares a Brasil y Perú y las Antillas habían sido suspendidos para potenciar los trayectos más rentables a lo largo de la costa, llevando productos manufacturados al sur y materias primas al norte. La Lonja Mercantil había sido derribada; Caleb pasaría sus días en un despacho situado encima de un almacén, detrás de un escritorio de tapa corredera, ocupándose de los libros mayores y los recibos y los conocimientos de embarque. Aun así, era una excelente oportunidad para un joven ambicioso: Caleb. ¿Caleb?

Caleb se apartó de la única y tiznada ventana por la que había estado mirando, aun cuando desde allí resultaba imposible ver el puerto. Dijo que preferiría ser músico.

Al principio Justin no lo asimiló. Se interesó educadamente. ¿Músico? ¿Para qué?

De repente cayó en la cuenta de cuál era la situación, quedó boquiabierto y se derrumbó. Buscó a tientas la silla que había detrás de él y tomó asiento, preparando amargas y duras palabras capaces de expresar todo su horror, indignación y desprecio. Pero si la música era tan... ningún joven pensaría nunca en serio... ¡la música era para las mujeres! ¡Para los salones! Sintió repugnancia al ver los ojos castaño oscuro del muchacho. Apenas si podía esperar a echarle un rapapolvo, a ultrajarlo y a pisotear lo que quedara de él.

En su lugar, todo lo que salió de su boca fueron extraños sonidos vocálicos sobre los que no podía ejercer ningún control.

Dos hombres del almacén tuvieron que sacarlo del despacho en una silla. Lo colocaron en su *buggy* y le cruzaron los brazos encima del pecho, como si ya estuviera muerto, y entonces Caleb lo condujo a casa. Cuando Laura llegó a la puerta se encontró a Caleb en el peldaño superior con su padre acurrucado en sus brazos como un niño. Pero los ojos de Justin eran dos duros y brillantes guijarros, y Laura pudo percibir toda la rabia que sentía. «¿Qué ha pasado?», preguntó, y Caleb se lo dijo, claramente, mientras subía con dificultad las escaleras para llevar su carga hasta la alta y cincelada cama de Justin. El rostro de Laura se tornó tan oscuro como el café pero no dijo ni una palabra. Mandó a la ayudante de cocina a buscar al médico del final de la calle, y escuchó fríamente su diagnóstico: apoplejía, provocada por algún tipo de shock. No les dio muchas esperanzas de recuperación. Si Justin vivía, dijo, lo más probable era que se quedara con un lado paralizado, aunque era demasiado pronto para decirlo con seguridad.

Después Laura bajó las escaleras para dirigirse al salón, donde Caleb estaba esperando de pie. «Has matado la mitad que te corresponde de tu padre», le dijo.

El lunes, Caleb empezó a trabajar tras el escritorio de tapa corredera.

Daniel, mientras tanto, había finalizado sus estudios universitarios en un tiempo récord, y ahora, con objeto de adquirir una mayor preparación, estaba trabajando en las oficinas de Norris & Wiggen, un antiguo y respetable bufete de abogados. Vivía en casa y con frecuencia liberaba a Laura de estar junto al lecho de su padre enfermo. Le leía en voz alta artículos del periódico o la enorme Biblia de Laura. Justin permanecía tendido totalmente inmóvil, con un puño apretado y sus pétreos ojos azules mirando airadamente la pared. No había recuperado el movimiento de su lado izquierdo. De pronto, se hizo evidente que era un hombre muy anciano, con manchas oscuras en su frente seca y garras en lugar de manos. La mitad de su rostro parecía estar derritiéndose y escurriéndose hacia abajo. Solo podía hablar con dificultad, y cuando la gente no le entendía bien montaba en cólera. Como no podía soportar que el mundo exterior observara su debilidad (puesto que se aprovecharían de ello, estaba seguro), había decidido permanecer en su habitación hasta que se encontrara totalmente recuperado. Se imaginaba que tan solo padecía una enfermedad breve y curable, y que su convalecencia se veía obstaculizada por un médico más que inútil y una esposa imbécil. En consecuencia se encargó de su propia curación. Hizo sustituir todos los cristales de las ventanas por vidrio de color amatista, que, según se creía, beneficiaba la curación. Bebía el agua en una taza de cuasia y ordenó a Laura que fuera a buscar varias de las panaceas anunciadas en el periódico: tónico de apio, jarabe pectoral, una pila eléctrica revitalizante que se colgaba de una cadena alrededor del cuello. Solo comía carne de ardilla, porque era más fácil de digerir. Aun así, todavía permanecía tendido de espaldas, palideciendo y

consumiéndose como un pez arrastrado por las olas hasta la orilla del mar.

Los viernes por la noche Caleb le hacía un resumen de los negocios de la semana en un tono de voz suave, uniforme, dirigiendo sus comentarios a los pies de la cama. Justin miraba la pared, simulando no oírle. En realidad, parecía que Caleb estaba llevando las cosas bastante bien, pero ahora era demasiado tarde. Lo pasado, pasado estaba, y ya no era posible volver atrás. Justin seguía mirando la pared hasta que Caleb se marchaba.

Laura sacó un viejo artilugio que tenía: una disposición de espejos colocados de tal forma que reflejaban a la gente que pasaba por la calle. Pensó que quizá le gustaría estar en contacto con las cosas. Pero cuando Justin volvió la cara hacia el artilugio, vio a Caleb bajar las escaleras principales, desteñido y lejano y distante a causa de los cristales azules de las ventanas. Le dijo a Laura que se llevara esa tontería a otra parte.

En febrero de 1904 el Gran Incendio destruyó el centro de Baltimore, arrasando todos los edificios altos de la ciudad y la mayoría de negocios, incluyendo el de Justin Peck. Cuando se hubo apagado, Justin se empeñó en que lo llevaran a ver los daños con sus propios ojos. Sus hijos le metieron en el *buggy* y lo condujeron a la ciudad a través de la extraña luz amarillenta que se cernía sobre todo. Era el primer viaje que hacía desde que había caído enfermo. A juzgar por la satisfacción con que contemplaba los escombros y las calles llenas de suciedad y los restos dentados de las paredes, parecía atribuir la destrucción, no al incendio, sino a su propia ausencia. Sin él, Baltimore había quedado destruida por las llamas. Al cuidado de Caleb, el almacén se había derrumbado, el despacho había desaparecido, el escritorio de tapa corredera había quedado reducido a cenizas. Miró a Daniel con una sonrisa tortuosa y amarga, e hizo señas con la mano buena para que volvieran a llevarlo a casa.

Ahora había desarrollado una nueva obsesión: quería abandonar por

completo esta ciudad ardiente y construir algo más al norte, lejos de Falls Road. Soñaba que su habitación estaba en llamas y que ningún miembro de su familia iba a rescatarle. Por la noche llamaba a Laura, cuya cama había abandonado unos quince años atrás a raíz de su tercer aborto, y la hacía dormir a su lado con una mano sobre una campanilla de cobre de la India. Cada dos por tres la sacudía hasta despertarla y la mandaba al recibidor para ver si olía a fuego. Y Caleb, quien estaba trabajando las veinticuatro horas del día para reconstruir el almacén, tenía que ir a la habitación de su padre cada noche y escuchar una retahíla interminable de instrucciones entrecortadas y pronunciadas tartamudeando, relativas a la compra de un terreno en Roland Park. Por aquel entonces Caleb siempre olía al humo de la ciudad y se movía con un aturdimiento profundo y cansado. Apoyaba la mejilla contra el marco de la puerta y se desplomaba hasta que su tiznada camisa blanca daba la impresión de no contener nada en su interior, mientras su padre seguía machacándole con su incomprensible maraña de palabras: constructores, albañiles, dos casas, dos casas a prueba de incendios.

¿Dos?

Bueno, Justin se figuraba que Daniel se casaría con Margaret Rose Bell.

Margaret Rose Bell era una chica de Washington que había ido a pasar el invierno con sus primas, las Edmund Bell. Y si bien era cierto que a menudo se les veía juntos, a ella y a Daniel, el hecho era que Margaret todavía no tenía los dieciocho años y Daniel todavía estaba trabajando en Norris & Wiggen. Por regla general, antes de tomar esposa, un hombre esperaba hasta poder comprarse una casa y amueblarla.

Sí, pero Justin pensaba tener muchos descendientes y estaba ansioso de que empezaran de una vez.

Compraron un terreno en Roland Park. Se contrataron aparejadores para supervisar la construcción de dos grandes casas dispuestas una al lado de la

otra, sin que casi no quedara espacio entre ellas, aunque había grandes extensiones de terreno por los alrededores. Y mientras tanto, a Margaret Rose le tomaron las medidas para la confección de un complicado traje de novia de raso blanco con ciento ocho botones de perla en la espalda. Se casaron en verano. Puesto que las casas aún no estaban terminadas, Margaret se mudó a la habitación de la infancia de Daniel, donde sus patines de ruedas de madera descansaban junto a la estantería de libros jurídicos. Era una muchacha alegre y modesta, que por regla general llevaba vestidos de tela suave como los pétalos de las flores, y a cualquier hora del día se la podía ver subiendo y bajando las escaleras, o abriendo las ventanas de par en par para ver algo emocionante que sucedía en la calle, o entrando como una flecha en la habitación de Justin para averiguar si necesitaba algo. Tan pronto como la veía, Justin empezaba a pestañear y a mover la cabeza con un temblequeo propio de la edad, y cuando ya hacía rato que ella le había dado un beso en la coronilla y se había vuelto a marchar, él aún seguía moviendo la cabeza una y otra vez. No, no había andado equivocado: Margaret Rose era lo que hacía falta en aquella casa. Y seguro que le daría descendientes. Vaya que sí. En otoño de 1905, cuando los enseres de roble dorado y tonos burdeos de Justin Peck fueron trasladados en una caravana de vagones a Roland Park, Margaret Rose ya sostenía a un bebé en su regazo y estaba esperando otro. Las cosas iban bien. Todo estaba saliendo según lo previsto.

Antes de 1908 ya se habían comprado un impresionante Ford Modelo T, con volante a la izquierda y floreros que no podían volcarse. Cada mañana, los dos hermanos iban a trabajar en él: dos jóvenes apuestos, con sombrero y cuello alto de color blanco. Daniel tenía su propio bufete ahora, una serie de habitaciones revestidas de paneles de nogal con un retrato al óleo de su padre sobre la repisa de la chimenea. No se asociaba con nadie porque, según decía, quería asociarse con sus hijos, y no con cualquiera. Y Caleb había

reconstruido el almacén de su padre, más grande y mejor que antes. Tenía un escritorio de tapa corredera, totalmente nuevo y con el doble de compartimentos.

Cuando Caleb decidiera casarse, construirían una nueva casa junto a las otras dos, pero mientras tanto vivía con sus padres. Era un hombre callado, que cada año se volvía más callado. Todos sabían que a veces bebía, pero nunca molestó a nadie ni armó camorra ni bullicio. De hecho, Margaret Rose decía que ojalá armara bullicio, de vez en cuando. Le gustaba Caleb. Entre ellos se gastaban pequeñas bromas, lo que hacía que Margaret se riera entre dientes con una de sus risitas ahogadas, hasta que Caleb, aun a su pesar, dejaba que las comisuras de su boca se desplazaran tímidamente hacia arriba. Solía ir a hablar con ella en su sombreado traspatio, soportando pacientemente todas las interrupciones, solicitudes y pequeños accidentes de sus hijos. Y ella en más de una ocasión organizaba veladas con el único objeto de presentar a Caleb a una u otra de sus bonitas primas. A las chicas siempre les gustaba Caleb. Pero aunque a veces bailaba con ellas o incluso las llevaba a dar un paseo en coche, nunca parecía estar interesado en el matrimonio. Ahora cada vez pasaba más tiempo en casa, en su habitación, o recorría las tabernas, o iba a algún otro sitio, nadie sabía a dónde. En realidad, ni siquiera Margaret Rose podría haber dicho con seguridad qué era lo que estaba haciendo con su vida.

Un año, por Navidad, Margaret convenció a Daniel para que le comprara a Caleb un gramófono. Pensó que sería el regalo perfecto para alguien tan musical como él. Venía con varias grabaciones de discos de Caruso, Arturo Toscanini y Jan Kubelik al violín. Pero estos discos afectaron a Caleb del modo en que lo hacían los conciertos convencionales: le convertían en una persona intranquila, distraída y desdichada. Empezaba a ir y venir por la moqueta y el vestíbulo, hasta que finalmente se iba directo a la puerta

principal y desaparecía, sin que se le volviera a ver en lo que quedaba de día. De modo que el gramófono nunca llegó a estar en su habitación, tal y como Margaret hubiera deseado, sino que fue llevado a la de Justin, donde entretenía al anciano durante un sinfín de horas. Caruso parecía gustarle especialmente. Ordenaba a Margaret que se pusiera de pie junto a su cama para girar la manivela y cambiar los negros y pesados discos. Margaret estaba sorprendida. Si aquello le gustaba ¿por qué había prohibido la música de Caleb en la casa?

Porque Caleb continuaba gastándose todo el dinero en instrumentos musicales: flautas de madera y armónicas y violonchelos, y hasta calabazas provistas de cuerdas, que solo a la gente de color se le ocurriría tocar. Los guardaba en su habitación, pero no le estaba permitido tocar ni una sola nota donde Justin pudiera oírle. De hecho, hasta el piano estaba prohibido ahora; lo habían exiliado a la casa de Daniel, donde Margaret Rose podía teclear Czerny sin molestar a su suegro. Si Caleb quería tocar algo de música tenía que irse lejos, generalmente al viejo establo de Samson, al otro lado de uno de los campos. Solía sentarse en la puerta del pajar y tocar algunos de sus silbatos o rasgear tonadillas callejeras, y solo un delicado sonido entrecortado llegaba a la casa, y nunca hasta la habitación de enfermo de Justin, que habían provisto de espesas cortinas. Y sin embargo, Justin siempre parecía saber cuándo Caleb había estado tocando, y entonces, malhumorado, volvía la cara cuando él entraba a ofrecerle su meticulosa y paciente relación de los negocios de la semana anterior.

Mientras tanto la casa de Daniel se iba llenando de niños, y su clientela iba creciendo y en lo más recóndito de su pensamiento anhelaba llegar a ser juez algún día, mientras sus hijos se encargaban de dirigir el bufete. Cuando regresaba a casa por las noches y Margaret se le acercaba corriendo con su vestido floreado y crujiente para rodearle con sus brazos, Daniel solía

mostrarse distante y en ocasiones irritado. Todavía tenía la cabeza llena de agravios y demandas y decretos. La rechazaba amablemente y se dirigía a su despacho en la parte trasera de la casa. De modo que, para poder hablar con alguien, Margaret procuraba organizar reuniones sociales por las tardes. Invitaba a sus primas y amigas, que llegaban todas alborozadas gritando: «¡Maggie! ¡Maggie Rose!» y le daban un beso en cada mejilla, siguiendo la moda introducida por su tía Alice Bell, que había estado recientemente en París. Pero Daniel decía que no era partidario de estos acontecimientos sociales. Bueno, por las noches quizá, algunos clientes o amigos de negocios alguna que otra vez... no quería ser un intransigente, decía, pero en realidad esperaba que su casa fuera un refugio del mundo exterior. Y últimamente, cuando regresaba a casa después de un duro día de trabajo, tenía la certeza de que encontraría a alguna dama desconocida sentada en su silla de piel, o un espectacular sombrero de plumas en el aparador del comedor, junto al retrato de Sarah Cantleigh, y una vez incluso llegó a encontrarse con que habían colocado el pisapapeles de cobre al otro lado del papel secante, cuando todo el mundo sabía que su escritorio era territorio prohibido. Además, ¿no se le podría ocurrir a Margaret que sería mejor dedicar todas esas horas a sus hijos?

Tenían seis hijos. En 1905 nació Justin II, en 1906 Sarah, en 1907 Daniel hijo, en 1908 Marcus, en 1909 Laura May, en 1910 Caroline.

En 1911, Margaret Rose se fue de casa.

Había querido llevarse a los niños en tren a Washington para el cumpleaños de su madre. Daniel pensaba que no debía ir. Después de todo, Margaret era una Peck ahora. ¿Qué quería de los Bell? Pero si, en cualquier caso, no eran más que unos indisciplinados, unos frívolos que se reían tontamente. Ella dijo que iría de todos modos. Daniel señaló que era dueña de sí misma, sin duda alguna, como toda su familia había podido observar en

más de una ocasión, pero que los niños eran de él. En efecto, ahí estaban sentados los hijos de Daniel, formando un hatillo y mirando fijamente a Margaret; todos eran Peck: los ojos azules de los Peck y el pelo que armonizaba con la piel, las solemnes expresiones comedidas de los Peck, ni rastro de Margaret Rose. Podía irse, le dijo Daniel, pero no podía llevarse a los niños. Y la esperaba de regreso el sábado por la noche, puesto que el domingo por la mañana debían asistir a la iglesia.

Ella se fue.

El sábado por la noche Caleb fue a esperarla a la estación, pero Margaret no iba en el tren. Cuando Daniel lo comprobó, se limitó a apretar los labios y regresar a casa. Después le oyeron decir a la sirvienta de su madre, Sulie, que acostara a los niños. Aparentemente no se iba a llevar a cabo ninguna investigación.

El miércoles Daniel recibió una carta del padre de Margaret. Escribía con tinta marrón. Todo el mundo conocía esa tinta, porque cuando el padre de Margaret escribía, ella corría por toda la casa leyendo fragmentos a distintas personas y riéndose de los trozos divertidos. Pero Daniel leyó esta carta en silencio, y después subió a su habitación. Cuando volvió a bajar, no se dijo palabra del asunto.

Al cabo de un mes los niños dejaron de preguntar por su madre. El bebé dejó de llorar y los mayorcitos volvieron a sus juegos y poesías infantiles. Solo Caleb parecía acordarse de Margaret Rose. Un día se acercó a Daniel y le preguntó sin rodeos por qué no iba tras ella. O el propio Caleb iría, aunque sería mejor que fuera Daniel. Daniel le miró sin verlo. Después Caleb fue a ver a Justin, quien sin duda también quería mucho a Margaret Rose y cada día esperaba el revoloteo de sus faldas de pétalos contra la barandilla. Justin simplemente cerró los ojos y simuló no oírle. «Pero, ¿por qué?» le preguntó Caleb. «¿No te importa? Ya nada es igual aquí sin Maggie Rose.»

En todos los relatos de la historia familiar, contada por todos los tíos y tías y doncellas de los pisos superiores, estas fueron las únicas palabras textuales de Caleb que se transmitieron de generación en generación. Dos generaciones más tarde, sonarían en los oídos de Justine como poesía, cargadas de más fuerza y significado del que Caleb probablemente había pretendido. Pero Justin no se conmovió en absoluto y permaneció con los ojos fuertemente cerrados y esperó a que su hijo se fuera.

Ahora Laura se ocupaba de ambas casas, tan recta y enérgica como siempre, ataviada con sus feos vestidos marrones y con el pelo recogido tan fuertemente que le tiraba de los ojos. Para los niños Peck, ella era el centro del universo, a veces el único miembro de la familia que veían en varios días. Justin se encontraba demasiado viejo y enfermo como para que le molestaran y Daniel casi nunca llegaba a casa antes de que fuera su hora de acostarse. Por lo que respecta a Caleb, este llevaba su propia vida. A veces le vislumbraban cuando cruzaba el campo en dirección al establo de Samson, con su sombrero panamá bañado por la tenue luz del sol; o cuando se dirigía al trabajo por las mañanas, ya cansado y con un aspecto abatido; o bien cuando regresaba a casa por la noche, con su modo de andar extrañamente cuidadoso. Nunca jugaba con ellos. En ocasiones, las noches en las que entraba con especial sigilo, incluso llegaba a confundir sus nombres. No hacía nada para ganarse su atención. De modo que no advirtieron cómo iba adelgazando y consumiéndose, hasta casi convertirse en transparente; y cómo sus únicos amigos eran ahora los dudosos individuos de las tabernas, y cómo la música procedente del establo se había ido debilitando y languideciendo hasta apenas poderse oír. Laura lo advirtió. ¿Pero qué significado podía tener? Reflexionó acerca de sus largos e inquebrantables silencios, que nunca

había notado antes y que no volvería a notar hasta los días del sobrino nieto de Caleb, Duncan, todavía no nacido y en el que ni siquiera se pensaba. Trató de avergonzarle y hacer que adoptara un comportamiento más normal. «¿Dónde está tu cortesía para con los demás? Piensa en la familia por lo menos.» Pero él se limitaba a alejarse, sin escuchar, y en ocasiones no volvía a aparecer en varios días.

Un sábado por la tarde de la primavera de 1912, Daniel estaba de pie en el mirador observando cómo Justin Dos montaba en su bicicleta. Era de hierro negro y pesado, y Dos no podía manejarla con facilidad, pero le acababa de coger el tranquillo y avanzaba bamboleándose con orgullo por el camino de entrada. De pronto y como salido de la nada, Daniel vio una diminuta y clara imagen de Caleb montado sobre su velocípedo, pedaleando alegremente tras un flautista por una de las aceras del viejo Baltimore. El recuerdo fue tan claro que salió de su casa, cruzó el jardín para dirigirse a la de su madre, y subió la escalera hasta la habitación de Caleb. Pero Caleb no estaba allí. Tampoco estaba en la cocina, donde solía comer la mayoría de las veces, ni en ninguna otra parte de la casa, ni fuera, ni en el establo. Y el Ford estaba aparcado en el jardín lateral; no podía haber ido a la ciudad. Daniel se sintió intranquilo. Preguntó a los demás: a los niños y a Laura. No sabían nada. De hecho, la última vez que alguien recordaba haberle visto con seguridad, Caleb iba andando con su violín por el camino de entrada. De eso hacía tres días. Los niños le vieron marcharse. «Adiós», les dijo. «Adiós, tío Caleb.»

Pero claro, eso no significaba nada; seguramente habría... Daniel fue a la habitación de Justin. «No puedo encontrar a Caleb», dijo. Justin volvió la cabeza. «¿Padre? No puedo...»

Una larga y brillante lágrima se deslizó por la pétrea mejilla de Justin. Realmente, el pobre hombre estaba empezando a perder la cabeza.

Años más tarde, cuando alguien trataba de situar algún acontecimiento familiar en el lugar temporal adecuado, Daniel Peck hacía una pausa y consideraba la importancia de 1912. ¿Podría haber algo parecido a un número de la mala suerte? Justine levantaba la vista brevemente, pero no decía nada. Porque en 1912 fue como si toda la familia Peck se hubiera resquebrajado y disgregado en pedazos como una vieja taza de té de porcelana. Primero vino la desaparición de Caleb, sin dejar rastro alguno, salvo una habitación llena de instrumentos musicales huecos y sonoros, y un escritorio de tapa corredera con una botella vacía de whisky en el último cajón. De modo que entonces tuvieron que vender el negocio, el último vínculo de Justin con el mundo. Y después de eso Justin empezó a morirse, dejando a su familia de la misma forma gradual y mortecina en que lo había hecho Caleb, hasta que finalmente nadie se sorprendió cuando le encontraron sin vida una mañana, en su cama, con la nariz azulada apuntando hacia el cielo.

En el invierno de 1912 llegó otro sobre de Washington con la dirección escrita en tinta marrón. Después de que Daniel lo leyera, les dijo a sus hijos que Margaret Rose había muerto en un incendio. Tenían que rezar por ella para que fuera perdonada. Ahora sus hijos iban a la escuela vestidos de marrón y podían llamarlos justificadamente pobres huerfanitos de madre, si bien ellos seguían mirando sorprendidos cuando alguna señora bienintencionada los llamaba así. Eran unos niños dóciles, tranquilos, un poco faltos de imaginación, pero sacaban buenas notas en el colegio. No parecían haber sufrido por todo lo que había pasado. Tampoco Laura, que seguía tan activa y capaz como siempre. Ni Daniel, por supuesto, un hombre de temperamento uniforme. Algunas veces, entrada ya la noche, cogía el Ford y conducía a la deriva por las carreteras iluminadas por la luz de la luna, yendo a parar generalmente a la parte antigua de la ciudad, donde ya no tenía

ningún negocio, ni conocía a nadie, ni oía nada, a excepción del tenue silbido musical del cable del tranvía en el oscuro cielo que se extendía sobre él.

La infancia de Justine fue oscura y aterciopelada y con olor a polvo. Había hombres barbudos debajo de todos los muebles, especialmente debajo de su cama. Cuando por las noches la puerta de su habitación estaba cerrada, gusanos azules avanzaban retorciéndose entre la oscuridad, pero cuando estaba abierta, el pomo sobresalía exactamente igual que el cañón de una escopeta, moviéndose furtivamente y apuntando en dirección a su cabeza, y entonces ella se quedaba tumbada e inmóvil durante horas simulando ser un pliegue de las mantas.

Por las mañanas su padre no estaba en casa, se iba a la oficina o fuera de la ciudad, y su madre se quedaba en la cama con un molesto dolor de cabeza, y Justine permanecía sentada en la sala de estar con las cortinas echadas, de modo que incluso para sí misma ella no era más que un pálido y trémulo destello. Esperaba a la sirvienta. Primero venía el rechinar de la llave en la puerta del piso y a continuación luz, aire, movimiento, el crujido de la bolsa de la compra de Claudia y su débil y malhumorada voz de mosquito. «¿Qué haces ahí sentada? ¿Qué te traes entre manos? ¿Qué haces sentada en esa silla?» Descorría las cortinas de un tirón y ahí estaba la ciudad de Filadelfia: una vasta extensión de ennegrecidos bloques de pisos de ladrillos y árboles moribundos en jaulas y lejanas chimeneas de fábricas. Después le ponía a Justine un vestidito adornado con punto de nido de abeja y le trenzaba las dos escuálidas trenzas que ella llamaba trenas. «No se te ocurra ensuciarte el

vestido. No se te ocurra ir enredando por ahí y mancharte, o se lo diré a la señorita Caroline.» Para entonces había alguna posibilidad de que el dolor de cabeza de su madre hubiera disminuido, por lo menos lo suficiente como para que a Justine le llegara su reseca voz procedente de la habitación. «¿Justine? ¿No vas a darme ni los buenos días?» Aunque no hacía ni tan solo una hora que había hundido la cabeza en la almohada y rechazado a Justine con una mano temblorosa y colmada de perlas.

La madre de Justine llevaba camisones vaporosos con volantes de bordado inglés en el cuello. Su pelo era del mismo color que el de Justine, pero muy rizado. Era la más pequeña de los seis hijos de Daniel Peck, la benjamina. Hasta un perfecto desconocido era capaz de adivinarlo, por sus labios apretados y su costumbre de esconder la barbilla al hablar con la gente. Desgraciadamente tendía a engordar cuando se sentía desdichada, y se había convertido en una mujer rechoncha, empolvada, flácida, y con anillos permanentemente insertados en sus dedos. Su desdicha era debida a que se hallaba exiliada en Filadelfia. Nunca había supuesto, cuando accedió a casarse con Sam Mayhew, que la Depresión provocaría que la sucursal de Baltimore de la empresa en que trabajaba su marido cerrara sus puertas justo seis meses después de la boda. De haber tenido la más mínima idea, decía, pero nunca terminaba la frase. Se limitaba a alargar la mano para coger otro bombón, o una pasta de té, o uno de esos bizcochitos redondos con escarcha rosada a los que cada vez iba pareciéndose más y más.

Pero a Justine le encantaba la suave piel de su madre, y sus mullidos pechos y los hoyuelos del dorso de sus manos. Le gustaba acurrucarse bajo el inclinado baldaquino de terciopelo de la cama —el verdadero hogar de su madre— rodeada de un círculo de cajas de bombones, tazas de té vacías, revistas del hogar y de la moda, y cartas color crema procedentes de Baltimore. Claro que había días en los que su madre hacía vida normal, pero

Justine siempre se la imaginaba bajo el tenue resplandor rosado de la lámpara de la mesita de noche. Reflexionaba detenidamente sobre la incertidumbre de entrar en esa habitación: ¿sería bien recibida esta vez, o no? Había días en los que su madre decía: «Oh, Justine, ¿no puedes dejarme tranquila?», o bien lloraba con la cabeza hundida en la almohada y no decía una sola palabra; pero había otros en los que la llamaba diciendo: «¿Es esa mi Justine? ¿Es ese mi encantador angelito? ¿No tienes un besito para tu pobre mamaíta?». Y entonces se sentaba y sumergía a Justine en un esponjoso y perfumado abrazo, privándola durante unos instantes del espacio suficiente para respirar; no es que ello le importara. Después echaba hacia atrás las mangas de su salto de cama, rosas y abarrotadas de volantes, y le enseñaba a Justine los juegos a los que ella sí había jugado de niña: el juego de la cuna y La señorita Presumida va a la ciudad y la historia de los garabatos, en la que se dibujaba un mapa que luego resultaba ser una oca. O mandaba a Justine a buscar unas tijeras y, con el periódico de Baltimore, recortaba estrellas dobladas y muñecas de papel con coletas y angelitos en posición vertical que construía a partir de un círculo de papel al que practicaba, aquí y allá, unos hábiles cortes como solo ella sabía hacer. Le contaba historias verídicas, mucho mejores que las que podía encontrar en los libros: «Cómo el tío Dos ahuyentó al vagabundo», «Cómo el bisabuelo Peck engañó al ladrón», «Cómo el horrible perro Buttons de los Mayhew se comió mi traje de novia». Le contaba cómo Justine había nacido en Baltimore por los pelos, y no en Filadelfia como todo el mundo había temido.

—Bueno, afortunadamente me salí con la mía —decía—. Ya sabes cómo es papá. No entendía nada. Cuando empezaste a venir dos meses antes de lo previsto dije: «Sam, ponme en ese tren», pero él no quería. Dije: «Sam, ¿qué dirá mi padre? ¡Ya lo ha organizado todo con la universidad Johns Hopkins!». «Solo espero que no haya dado nada de entrada», dijo papá. De

modo que cogí mi maleta, que ya tenía lista y esperándome, y dije: «Escúchame, Sam Mayhew...».

A las seis de la tarde Claudia se iba, dando un portazo tras de sí, y la madre de Justine miraba el reloj y se llevaba la mano a la boca. «¿Cómo demonios ha pasado el tiempo?», se preguntaba, y se deslizaba hasta el borde de la cama y buscaba a tientas sus zapatillas de raso rosa. «No podemos dejar que papá nos encuentre holgazaneando de este modo.» Se ponía un vestido azul marino con hombreras y cubría su boca capullo de rosa con lápiz de labios oscuro, dejando de ser al instante toda rosa y dorada para convertirse en una desconocida corpulenta, claramente definida, como las que avanzaban a toda prisa por la acera cinco pisos más abajo. «Claro que mi dolor de cabeza no ha mejorado lo más mínimo», decía. «Me volvería a acostar ahora mismo, pero papá nunca lo entendería. No cree en los dolores de cabeza. Y desde luego no cree que por ellos deba uno irse a la cama. No debe de tener esa costumbre, supongo.»

Cualquiera que la oyera hablar pensaría que Sam Mayhew era tan distinto y exótico como un príncipe asiático, pero no era más que un hombre bajito y gordinflón con acento de Baltimore.

Después venía una serie de días en los que a Justine le estaba totalmente prohibido entrar en la habitación de su madre, y entonces se devanaba los sesos tratando de adivinar la contraseña mágica que días atrás le había permitido la entrada. No podía entrar nadie, a excepción de Claudia, que le llevaba el último grito en cajas adornadas con lazos de la Parisian Pastry Co. A Justine la dejaban abandonada en una incómoda silla de la sala de estar, decorada con brocados, y los hombres barbudos que había debajo esperaban al acecho a que bajara un pie para agarrarla por el tobillo y arrastrarla hasta el suelo. Ni tan siquiera el regreso de Sam Mayhew podía sacar a su mujer de la cama. «Oh, vete, Sam, déjame en paz, ¿no ves que mi cabeza está a punto de

estallar?» Sam y Justine cenaban solos, en los platos con el borde dorado que Claudia había dispuesto en el comedor. «Bueno, Justine, ¿qué has hecho hoy?», le preguntaba Sam. «¿Te ha llevado Claudia al parque? ¿Lo has pasado bien en los columpios?»

Pero pronto se quedaba sin saber qué decir y se ahogaba en la mirada desconcertada y perpleja de Justine.

Día tras día, en su isla decorada con brocados, examinaba los viejos *Libros del saber* de su madre: unos volúmenes color castaño, hechos jirones y con las páginas quebradizas, lo único que Justine podía alcanzar sin poner un pie en el suelo. Se perdía en la imagen de un tren atravesando el espacio interplanetario. Le habían contado que esa ilustración demostraba la imposibilidad de que el hombre llegara nunca a alcanzar la luna. ¿Ves cuánto se tardaría en recorrer la distancia, aun en ferrocarril? Pero a los ojos de Justine, todo era demasiado fácil y, siempre que veía ese diminuto y solitario tren avanzando por una curva a través de la infinita oscuridad, sentía que ella se iluminaba y se empequeñecía y se mareaba.

Finalmente llegaba un momento en el que levantaba la mirada de una página y descubría cómo el aire se escindía con expectación para dar paso a algún tipo de cambio. Justine siempre podía adivinar cuándo se aproximaba un cambio. Y no mucho después sonaba el teléfono, y Claudia lo llevaba desde el vestíbulo hasta la habitación y despertaba a la madre de Justine gritando: «Conferencia de Baltimore». «¿Diga? ¡Padre! ¿Por qué me... te ha dicho Sam que me llamas? ¿Qué? Ah, no muy bien, me temo. He dicho que no muy bien. Parece que nada salga bien, no puedo...»

Justine escuchaba con atención, tratando de descubrir exactamente qué era lo que había provocado que el mundo de su madre se derrumbara. Oía que los nervios la estaban consumiendo, que sus dolores de cabeza eran infernales y ningún médico podía ayudarla, que la lámpara que colgaba del techo se había

caído de pronto, que el propietario del piso estaba imposible, que Claudia no le guardaba ningún respeto, que había salido una historia muy deprimente en el periódico del domingo, que Justine se estaba volviendo malhumorada, que Sam pasaba demasiado tiempo fuera de la ciudad, y que, en definitiva, de todo tenía la culpa la ciudad de Filadelfia. Pero, si él sentía un mínimo de compasión, si ella le importaba aunque solo fuera un poquitín, ya sabía que le estaba pidiendo demasiado, deseaba que él viniera y arreglara las cosas.

Siempre venía. Después de todo ella era la más pequeña de sus hijas, y se encontraba muy lejos de casa; era la única de todos sus hijos que había abandonado la seguridad de Roland Park. Pero eso no significaba que aprobara su comportamiento. De ningún modo. Tan pronto como entraba por la puerta, a última hora de esa misma noche, fruncía los labios hacia abajo ante el revoltijo de cajas de pasteles y el aspecto desordenado de la cama llena de migas, y le decía sin reservas que había engordado demasiado.

«Sí, padre», decía Caroline humildemente, y se sentaba un poco más erguida y metía el estómago.

A la mañana siguiente, cuando Justine se levantaba excepcionalmente tarde tras haber dormido excepcionalmente tranquila y sin sueños, se encontraba con el piso radiante de sol y las cortinas descorridas. Claudia llevaba un limpio pañuelo almidonado y atacaba enérgicamente el polvo de los almohadones. Su madre estaba sentada en el comedor vestida de pies a cabeza, comiendo pomelos frescos. Y en el vestíbulo, su abuelo estaba de pie al teléfono anunciando que él, el juez Peck, arrastraría personalmente al propietario del piso por todo el sistema judicial de Estados Unidos si la lámpara no había sido repuesta antes de las doce en punto de ese mismo mediodía. Después colgaba el teléfono y ahuecaba su mano derecha sobre la cabecita de Justine, que era su forma de saludarla. Era un hombre huesudo con un terno a rayas, el cabello tan descolorido como los pétalos marchitos de

las gardenias, y un reloj de oro frágil como una oblea, al que a Justine le estaba permitido darle cuerda. Le había traído un paquete de pastillas de marrubio. Siempre lo hacía. Justine tenía la certeza de que pasara lo que pasara, aunque su abuelo hubiera llegado precipitadamente después de sortear incendios e inundaciones y accidentes de tren, nunca olvidaba detenerse primero en Lexington Market para comprar una bolsa de pastillas de marrubio, como tampoco dejaba de ahuecar la mano sobre su cabeza del modo tan considerado en que lo hacía cuando llegaba.

Por regla general, durante esas visitas Sam Mayhew desaparecía o, si iba a casa, sonreía amable y ridículamente y trataba de quitarse de en medio. De todas formas, el abuelo nunca se quedaba mucho tiempo. Era un hombre ocupado. Normalmente iba para el fin de semana, justo el tiempo suficiente para conseguir levantarle los ánimos a su hija, y se marchaba el domingo por la noche. Solo en una ocasión llegó un día laborable. Y fue por Justine. Tenía que ir al jardín de infancia, la primera vez que estaría fuera de casa ella sola. Se negaba a ir. Ni tan siquiera dejaba que la vistieran. Se puso muy blanca, con el rostro afilado, y su madre se dio por vencida tras advertir que era inútil discutir con ella. A la mañana siguiente, cuando Justine se despertó, su abuelo Peck estaba de pie junto a la cama con su vestidito a cuadros, sus braguitas con volantes y la palabra «martes» bordada en ellas, y sus calcetines con ribetes de encaje. La vistió muy lenta y cuidadosamente. Justine hubiera rechazado incluso a su abuelo, cuyas manos resultaban tan gruesas y torpes al desatarle el lazo del camisón, y cuando se agachó para recogerle los zapatos pudo ver su rosado cuero cabelludo por debajo del pálido pelo. Incluso le hizo las trenzas, aunque no muy bien. Incluso se sentó enfrente de ella y esperó con interminable paciencia a que acabara de desayunar perezosamente. Después la ayudó con el abrigo y se fueron, pasando por delante de su madre, que se retorció las manos en la puerta de

entrada. Anduvieron por calles que le resultaban amargamente familiares, calles donde se había detenido con su madre en aquellos días felices y seguros en los que la escuela ni siquiera se había mencionado. Al llegar a un cuadrado edificio de ladrillos, su abuelo se detuvo. Le indicó el lugar en que Claudia la recogería por la tarde. Ahuecó brevemente la mano sobre la cabeza de Justine y, después de buscar con torpeza en su bolsillo y tras algunos crujidos, le entregó con brusquedad una bolsa de pastillas de marrubio y le dio un golpecito con el codo en dirección al edificio de ladrillos. Cuando Justine hubo subido las escaleras, miró hacia atrás y le encontró ahí, esperando todavía, con los ojos entrecerrados para protegerse de la luz del sol. A partir de ese momento, el sabor oscuro, familiar, virtuoso, de las pastillas de marrubio le recordarían para siempre las punzadas de amor y de tristeza que sintió en el fondo de su garganta aquel primer día en el mundo exterior.

En verano subían las maletas de piel en el ascensor para hacer el equipaje, y Justine y sus padres se montaban en el tren de la tarde en dirección a Baltimore. Justine nunca tuvo una idea muy clara de sus llegadas. Estaba medio dormida, la sacaban del tren y la ponían en brazos de alguno de sus tíos vestido con un traje blanco. Pero al despertar a la mañana siguiente se encontraba en Roland Park, rodeada de los susurros de los árboles y los gorgojeos de los pájaros, en la casa de ladrillos blancos de su bisabuela, y si se acercaba a la ventana sabía que todas las casas que alcanzaban a ver sus ojos pertenecían a los Peck, al igual que la flota de brillantes Ford V-8 alineados a un lado de la calle, y que todas las cabecitas rubias que salpicaban el césped eran los primos Peck, que estaban esperando a que ella saliera para ir a jugar.

Su madre estaba hablando en el comedor, pero era una madre tan distinta: con los ojos brillantes y hoyuelos en las mejillas y contando historias malísimas sobre Filadelfia, que hacían reír tontamente a todo el mundo. Las tías se agrupaban a su alrededor mientras bebían la quinta o sexta taza de café. Tía Sarah y tía Laura May eran solteras y todavía vivían en la casa del abuelo, justo al lado, en compañía de tío Dan, que también era soltero. Lucy, la esposa de tío Dos, y Bea, la esposa de tío Mark, solo eran Peck políticas, y vivían en las otras dos casas. No eran tan importantes como las verdaderas tías Peck, aunque claro, también eran las madres de sus primos. Y por supuesto, quien presidía toda la familia era la bisabuela, una mujer de aspecto pulcro y con la piel más bien morena. Los blancos cercos bajo sus iris le conferían un aspecto reprobador, pero tan pronto como veía a Justine sonreía, y los cercos desaparecían. Le ofreció un enorme desayuno al estilo de Baltimore —dos clases de carne, tres clases de pasteles y un plato de huevos revueltos—, pero Justine no tenía hambre. «Naturalmente», dijo su madre, riéndose con su risa de verano, «está ansiosa por ver a sus primos», y anudó el lazo que adornaba el vestido de Justine, le dio una palmadita y la mandó a jugar.

Justine tenía un total de seis primos y primas. Todos se parecían a ella y hablaban como ella, todos conocían la historia de cómo el abuelo Peck había engañado al ladrón. Era muy distinto de Filadelfia, donde su madre, tras haber asistido a la obra de teatro de la escuela, se interesaba por «ese muchachito moreno» y preguntaba: «¿Quién era ese niño que hablaba con acento gangoso?». Con sus primos no había necesidad de preocuparse. Baltimore era el único lugar de la tierra en el que Justine no se pasaría al enemigo si accedía a jugar a la Base de los Prisioneros.

Pero con todo, ¿no era ella una especie de forastera? Su apellido era Mayhew. Vivía en Filadelfia. No siempre entendía las bromas de sus primos.

Y, aunque la incluían en todos sus juegos, tenía la impresión de que, por algún motivo, procuraban ir más despacio por ella. Les envidiaba su risa alegre, burbujeante, y sus dorados bronceados. Alguna que otra vez, durante una fracción de segundo, se permitía imaginar que sus padres habían muerto sin dolor y que alguno de sus tíos la adoptaba, cambiaba su apellido por el de Peck, y la llevaba a vivir para siempre a Roland Park, con sus profundas sombras sinuosas y sus charcos de sol.

En tales ocasiones, cuando tía Bea salía al porche principal resguardándose los ojos del sol para vigilar a los niños, sonreía y daba un suspiro por la pobrecita y simplona Justine, de rostro puntiagudo y tizado de ansiedad, como si fuera una pieza de porcelana agrietada o algún objeto cubierto de telarañas o algo tejido en forma de malla. Y que corría de una forma tan artificial, tan prometedor, al margen de los juegos de los otros niños, levantando demasiado los talones tras de sí.

Por las noches todos se marchaban a casa. Los cuatro edificios producían la ilusión de pertenecer a cuatro familias distintas. Pero después de la cena todos salían de nuevo y se sentaban en el jardín de la bisabuela, los hombres en mangas de camisa y las mujeres en frescos vestidos estampados. Los niños se sobrecitaban rodando todos juntos por la pendiente. Se peleaban y les amenazaban con mandarlos a la cama antes de lo habitual, y finalmente tenían que ir a sentarse con los mayores hasta que se sosegaban. Sudorosos y jadeantes, ahogando risitas, llenos de picazón por las briznas de hierba que se les habían clavado en la piel, se dejaban caer al suelo junto a sus padres y contemplaban las estrellas mientras voces bajas y comedidas murmuraban a su alrededor. La mayor de las primas, Esther, la hija de tío Mark, sostenía a su hermanito Richard en su regazo y le hacía cosquillas en secreto con un molinillo de diente de león. Muy cerca, las hermanas mellizas de Esther, Alice y Sally, estaban acurrucadas como cachorros, con Justine en medio

porque era nueva y especial. Y los chicos de tío Dos, Claude y Duncan, luchaban entre sí en silencio y sin un solo movimiento perceptible para que no les pillaran y les mandaran a la cama. No es que a los mayores les importara realmente. Ahora se hallaban entregados a reconstruir algún recuerdo, aportando cada uno su granito de sal y recostándose a continuación para ver qué efecto producía. Mucho después de que los niños se hubieran sosegado, y relajado, y caído dormidos, uno tras otro, los mayores aún seguían tejiendo historias de familia en la oscuridad.

En el invierno de 1942, cuando Justine tenía nueve años, su padre se marchó a la guerra. Desmontaron el piso, vino un camión de mudanzas, y Justine y su madre cogieron el tren para Baltimore. Su madre lloró durante todo el trayecto. Cuando llegaron bajó del tren y se sumergió en los brazos de sus hermanas, todavía llorando, con los rizos pegados a la cara y la nariz tan rosada como la de un conejito. Sus hermanas parecían nerviosas y no paraban de buscar pañuelos limpios en sus bolsos. La situación era nueva para ellas: ningún Peck había ido nunca a la guerra. Corría el rumor de que el viejo Justin había conseguido zafarse misteriosamente de la guerra civil, mientras que todos los otros miembros de la familia que vinieron tras él habían padecido un soplo cardíaco de una evidencia tal que incluso les dispensaba de los deportes más moderados; a las mujeres se las prevenía contra los partos y a los hombres se les ahorraban el combate y las largas marchas y la violencia de los viajes, todo ello a causa del excepcional y vacío tartamudeo en sus pechos. Pero ahora nada de esto les impedía permanecer de pie formando un semicírculo, con los ojos brillantes y todos ellos sanos y azorados, alrededor de su hermana pequeña en la estación del ferrocarril. Fue su padre quien finalmente se hizo cargo de la situación. «Venga, venga», dijo, y les condujo en manada fuera de la estación hasta los Ford alineados junto al bordillo. Justine y su madre subieron al coche del abuelo, encabezando la procesión.

La madre de Justine no paraba de sorber. No había nada que irritara más al abuelo Peck que el sonido de alguien sorbiendo, y dijo:

—Mira, Caroline. Nosotros no lloramos. Domínate.

—No puedo evitarlo, padre. No puedo evitarlo. No paro de pensar en qué podría haber hecho para portarme mejor con él. Quiero decir que nunca fui exactamente... estoy segura de que le matarán.

—No le matarán —dijo Justine.

Pero nadie escuchaba.

Se instalaron en casa de la bisabuela, puesto que era la que contaba con más espacio. A Justine la matricularon en la escuela de niñas a la que asistían Esther y las mellizas. Poco a poco fue olvidando casi por completo el mundo oscuro, esponjoso de Filadelfia, y su madre fue volviéndose más despreocupada e infantil. Su madre ya casi nunca mencionaba a Sam Mayhew, pero le escribía obedientemente una vez a la semana, contándole que todos estaban bien y que le mandaban recuerdos. Solo Justine, levantando en ocasiones la vista de *Los cinco pimientitos* o de una partida de backgammon, tenía una imagen fugaz del rostro triste y bondadoso de Sam Mayhew, y se preguntaba si, al haber elegido ser tan solo la hija de su madre, no se había perdido algo.

Pero también estaban sus primos y primas, siempre embarcados en un nuevo proyecto. Esther escribía obras de teatro y sus hermanas mellizas compartían un papel único que interpretaban al unísono. Justine, pintada con la barra de labios color rojo sangre de tía Laura May, hacía de princesa. El pequeño Richard aceptaba cualquier papel que se le diera, tan contento estaba de que contaran con él. Y el hijo de tío Dos, Claude, que era gordo y aplicado, resultaba excelente para los días de lluvia, cuando con un susurro espeluznante les contaba historias de terror en la penumbra de la caja de la escalera de la despensa.

Pero Duncan Peck era un chico malo, malo, y todos sus primos le adoraban.

Duncan era travieso y atrevido y salvaje. Tenía la costumbre de desaparecer. Mucho después de que Justine ya fuera mayor, todavía podía cerrar los ojos y oír cómo la madre de Duncan, una señora con voz dulce del sur de Virginia, le llamaba. Pero ¡por todos los santos! ¿No podía gritar esa mujer cuando debía hacerlo? «¿Dun-kunn? ¿Dun-kunn?» flotaba en el césped iluminado por la luz crepuscular, sin más respuesta que un misterioso y lejano susurro, o un destello amarillo tras los árboles, que desaparecía con gran rapidez. Mientras que el resto de sus primos y primas parecían felices con tenerse únicamente los unos a los otros por amigos, Duncan siempre estaba trayendo a rastras a algún desconocido y, por si fuera poco, del tipo más inadecuado de desconocido: muchachos de diez años de edad con el aliento oliéndoles a tabaco y escopetas del calibre dieciocho y una gramática muy deficiente. Sus primos daban clases de piano y aporreaban obedientemente durante media hora cada día «Jardines campestres», pero todo lo que Duncan tocaba era una abollada armónica Hohner: «Chattanooga Choo Choo», que completaba con silbidos y un chucka-chucka y un sonido vibrante al estilo country que deleitaba a los pequeños y hacía retroceder a los mayores. Su bisabuela se quejaba de que Duncan era desvergonzado y deshonesto. Resultaba evidente que mentía a cualquier adulto que le preguntara algo, y sus mentiras eran tremendas, un insulto a la inteligencia. Además, era propenso a los accidentes. Para sus primos eso era lo mejor de todo. ¿Cómo demonios podía encontrar tantos accidentes en los que meterse? Y todos tan sangrientos, además. Nunca se rompía simplemente un hueso, no, tenía que acabar con el hueso fuera, y todos sus primos y primas agrupándose a su alrededor soltando gemidos de asco y preguntando si podían tocarlo. Siempre llevaba un dedo colgando de un hilo, o sufría una conmoción

cerebral que le permitía hablar de un modo extraño y quedarse encantado trazando a pulso círculos absolutamente perfectos durante un día entero, o tenía un ojo morado o una arteria abierta o le habían dado un golpe en un diente, de forma que se le quedaba en posición horizontal y se le volvía negro. Y para colmo, siempre se le ocurría algo que hacer. A él nunca se le veía rondando por la casa pidiendo a su madre que le diera alguna idea; él tenía sus propias ideas, aunque su madre nunca las aprobaba. Su mente era un relámpago. Sabía cómo hacer que el ventilador eléctrico pusiera en movimiento el cochecito de hojalata de Richard, podía construir trampas para todo tipo de animales, incluidos los humanos, había inventado una cometa a prueba de picados y un código escrito que no se parecía a nada, más que a una serie de palos inclinados y verticales. Enmarañados diseños para todo tipo de máquinas llenaban el suelo de su habitación, y contaba con todos sus primos y primas, que le adoraban y estaban ansiosos por hacer el trabajo manual preciso. Si hubiera sido un muchacho cruel, o un abusón, ellos nunca lo hubieran percibido de este modo, pero no lo era. Por lo menos, no con ellos. Era con los mayores con quienes era cruel.

Justine le vio una vez colgando cabeza abajo de la rama de un árbol, cuando la familia se había ido de excursión al campo. No corría peligro, pero tía Lucy estaba preocupada. «¿Dun-Kunn? ¡Quiero que te bajes de ahí!», gritó. Pero todo lo que Duncan hizo fue quitar una pierna de la rama. Ahora colgaba de un modo precario, formando un ángulo insostenible, con los brazos cruzados. Tía Lucy se levantó y empezó a correr dando ridículas vueltas justo debajo de él, con los brazos extendidos. Duncan volvió a agarrarse a la rama. ¿Iba a rendirse? ¡Qué desilusión! Pero no, tan solo estaba colocándose mejor para que ahora pudiera colgarse de los pies. Únicamente se sostenía por los empeines, y no era el tipo de rama más adecuado para ello. Volvió a cruzar los brazos y contempló a su madre cabeza abajo con una

mirada fría, provocadora, que hizo que a Justine se le helara la sangre durante unos instantes. Aun así, mira tú lo ridícula que estaba tía Lucy, yendo y viniendo de un lado para otro y chillando «¡Oh! ¡Oh!», con un grito ronco. Sus primos y primas no pudieron evitar soltar unas risitas. Su abuelo dejó a un lado los huevos con pimienta y se levantó. «¡Duncan Peck!», gritó. «¡Bájate de ahí ahora mismo!»

Duncan aterrizó sobre su cabeza y tuvieron que llevarle a urgencias.

Tía Lucy, tejiendo calcetines para los soldados en compañía de sus cuñadas, se preguntaba una y otra vez porqué le habría salido un hijo así. Pensaba en todos sus defectos de carácter, sus vergonzosos boletines de notas y las quejas de los profesores. Su ortografía era un verdadero desastre, decían, y aún no había aprendido que la pulcritud era importante. Por lo que respecta a sus redacciones, si bien no podía negarse que eran, bueno, imaginativas, por lo menos los trozos legibles, sus garabatos apresurados y su falta de organización y sus súbitas y delirantes digresiones daban mucho que pensar acerca de su equilibrio mental. Pero, ¿de dónde le vendría todo eso? Reflexionó acerca de su embarazo: cuando por las tardes se echaba una siesta, ella y el futuro Duncan habían tenido verdaderas batallas para encontrar una posición cómoda. Siempre que se tumbaba de espaldas, de modo que el bebé reposaba sobre las protuberancias de su espina dorsal, Duncan pataleaba y protestaba hasta que ella cedía y se acostaba de lado. Claro que solo podía compararlo con Claude, pero ya entonces se preguntaba: ¿y no se habrían limitado la mayoría de los bebés a adoptar una postura más cómoda para que ella pudiera descansar?

Las hermanas suspiraban y movían la cabeza. Los primos y primas, que habían estado escuchando indiscretamente alineados bajo la ventana, estaban muy interesados en el tema del embarazo, pero Duncan tenía un plan para soldar todas las bicicletas entre sí y construir un tándem gigantesco, por lo

que no pudieron quedarse para seguir escuchando.

Cuando Sam Mayhew regresó, su compañía manufacturera había vuelto a abrir las oficinas de Baltimore. No había necesidad de trasladarse de nuevo a Filadelfia. No había necesidad siquiera de comprarse una casa, tal y cómo su esposa señaló. ¿Por qué molestarse en hacerlo cuando la bisabuela tenía tres plantas enteras por las que deambulaba sin más compañía que la de la sirvienta, la vieja Sulie? De modo que se quedaron en la casa de ladrillos blancos de Roland Park, y Sam Mayhew iba cada día a la ciudad en un Ford V-8, detrás de sus cuñados. El Ford había sido un regalo de bienvenida del abuelo, que siempre había tenido Fords y siempre los tendría. A decir verdad, Sam Mayhew hubiera preferido un DeSoto. Y le hubiera gustado comprarse una casa en Guilford, que era donde vivían sus padres. Por algún motivo nunca más consiguió ir a visitarles. Pero Sam no era un hombre testarudo, y al final accedía a todo, solo que cada vez iba diluyéndose más y más en un segundo plano, y cada vez trabajaba más y más horas. En una ocasión se fue tres días de viaje de negocios y cuando regresó, Sulie fue la única en advertir que había estado ausente, y solo porque cada noche tenía que contar los cubiertos para la cena.

Su hija, Justine, que era menuda y patética cuando la dejó, se había convertido en una esbelta muchacha morena. Se había transformado en uno de esos malditos Peck, exclusivista y reservada, con una velada mirada en sus ojos, una especie de regocijo personal que se manifestaba al observar a un forastero. Y Sam era un forastero. No es que Justine fuera grosera con él. Todas las muchachas Peck tenían unos modales excelentes. Pero Sam sabía que la había perdido. Bueno, ¿y qué?

—¿Qué es lo que hacen esos malditos chicos todo el día? ¿No juegan con ningún amigo de fuera? —le preguntó a su esposa.

—Bueno, ¿y qué? Déjalos. Nosotros éramos iguales —contestó ella

serenamente.

Y dirigió una sonrisa a través del jardín a sus frágiles hermanas solteras y a sus presuntuosos hermanos, todos vestidos igual, todos abogados, tal y como su padre había deseado, y a las dos esposas, que tal vez habían sido elegidas simplemente por su capacidad de asimilación. Que habían sido elegidas por eso. Sam Mayhew contempló de pronto su traje descolorido, tan ancho que daba la impresión de estar deshabitado. Después suspiró y se fue. Nadie advirtió que se iba.

Durante la escuela secundaria ninguna de las primas salió con muchos chicos. En las fiestas que organizaban con la escuela de los chicos, al final de la calle, se las tenía por unas muchachas reservadas. Especialmente Justine, cuyo rostro tenso y crispado disuadía a la mayoría de los chicos de sacarla a bailar. A veces Sally, la más bonita de las mellizas, salía a la pista de baile con alguien, pero echaba la pelvis hacia atrás con rigidez, y hasta parecía alegrarse cuando la música dejaba de sonar. Y por lo que respecta a los primos, Duncan era el único que tenía novia.

La novia de Duncan trabajaba de dependienta en una tienda de baratijas y se llamaba Glorietta de Merino. A una edad en la que todas las muchachas bonitas llevaban faldas cortas, la de Glorietta se arremolinaba justo por encima de sus tobillos. Tenía una voluminosa y ondulada cascada de pelo negro y un rostro bonito y vivaracho. En sus pestañas parecía haber cristales de azúcar. Tenía una cintura diminuta y los pechos perfectamente cónicos, como los altavoces de radio que Duncan estaba construyendo en el sótano. Cualquiera que hablara con ella parecía dirigirse a los altavoces, el abuelo Peck incluido, tal y como Justine advirtió cuando Glorietta fue un domingo a comer. Duncan fue el único que disfrutó en esa comida. Hasta Glorietta tuvo que haber sospechado que las cosas no iban lo que se dice del todo bien, porque desde entonces nunca más se la volvió a ver en ninguna casa de los

Peck. En su lugar se instaló en el coche de Duncan, un Graham Paige de 1933 que le había costado cuarenta dólares y que despedía un sospechoso olor a cerveza. Siempre que el Graham Paige estaba estacionado fuera —una deshonrosa mancha verde en la fila de los Ford—, a través de la ventanilla podía vislumbrarse un destello del vestido rojo de Glorietta. Cuando Duncan enseñó a conducir a Justine, Glorietta iba en el asiento de atrás como una manta de viaje o un termo, como formando parte del coche. Tarareaba y hacía explotar globos de chicle, ignorando los cambios de marcha chirriantes y las disputas y los casi-accidentes. Después, cuando Justine ya había aprendido las nociones elementales de conducción, Duncan se sentaba en el asiento trasero también. Justine miraba por el espejo retrovisor y veía cómo Duncan pasaba despreocupadamente su brazo alrededor del cuello de Glorietta mientras observaba con el rostro tranquilo el paisaje que iban dejando atrás. Justine pensaba que ella nunca podría sentirse tan relajada con alguien que no fuera de la familia.

Una vez, cuando la escuela organizó una subasta benéfica, le pidieron a Justine que se encargara del puesto de adivinación, de la que ella no entendía ni torta. Una vieja y extraña profesora de biología la envió a ver a una pitonisa llamada Olita. «Es mi adivina», dijo, como si todo el mundo debiera tener una, «y te enseñaré lo suficiente para salir del paso». Duncan y Glorietta acompañaron con el coche a Justine hasta una tintorería situada en la zona este de Baltimore, y se quedaron aparcados a esperarla. Olita tenía un cuarto en el piso de arriba, tras una puerta de vidrio biselado que rezaba: «Madame Olita descubre su destino». Justine empezó a pensar que no era una idea muy buena. Regresó en dirección al coche con el propósito de decirle a Duncan que había cambiado de opinión, pero se lo encontró mirándola cara a cara, medio sonriendo, con un destello en los ojos. Le recordó aquella vez que se había colgado de la rama de un árbol. Volvió a subir las escaleras.

Madame Olita era una mujer voluminosa, de hombros caídos y espalda encorvada, con el pelo canoso y erizado, ataviada con un vestido como de abuela y una chaqueta de punto. Su cuarto, vacío con excepción de dos taburetes y una mesa, olía al vapor procedente de la tintorería. Puesto que la profesora de biología la había telefoneado previamente, Madame Olita ya sabía qué era lo que deseaba Justine. Había confeccionado una lista con las cosas que debía decirle a la gente.

—Las manos será lo más sencillo —dijo—. Las manos llevan mucho menos tiempo que las cartas y en una subasta benéfica eso es todo lo que importa. Sólo tienes que dar la impresión de estar segura de ti misma. Coge sus manos, así.

Alargó su mano para coger la de Justine y le dio la vuelta, con elegancia.

—Empieza con... ¿sabes que tú podrías leer la buenaventura, si quisieras?

—Pues es lo que voy a hacer —dijo Justine.

—Quiero decir en serio. Tienes don para ello.

—Ah —dijo Justine—. Bueno, no creo que...

—¿Nunca tienes apariciones cuando sabes que va a suceder algo?

—¡No! ¡Qué ocurrencia! —dijo Justine mientras retiraba la mano.

—Vale, de acuerdo. Bueno, mira, pues esta es la lista de las principales líneas de la mano. La de la vida, la de la cabeza, la del corazón, la del destino...

Pero más tarde, cuando Madame Olita se levantó con esfuerzo para acompañar a Justine hasta la puerta, dijo:

—Supongo que comprendes que esto no es ningún juego de salón, ¿verdad?

—No, claro que no —contestó Justine educadamente.

—Tú sabes que no lo es.

Justine no podía imaginarse qué esperaba de ella. Siguió abrochándose el

abrigo. Madame Olita se inclinó hacia delante y tocó el dorso de la mano izquierda de Justine con un dedo rechoncho. —Tienes un anillo de Salomón curvado, una sólida línea de la intuición y una cruz mística —le dijo.

—¿Sí?

—Basta una de estas tres cosas para ser una adivina excelente.

Justine se enderezó el sombrero.

—Yo también tengo una cruz mística —le dijo Madame Olita—, pero nunca he encontrado a alguien más que la tuviera. No son nada frecuentes. ¿Me dejas ver la mano derecha, por favor?

Justine la extendió de mala gana. Las manos de Madame Olita le recordaron al papel de lija tibio.

—¿Y bien? —dijo Justine finalmente.

—Eres muy joven —le dijo Madame Olita.

Justine abrió la puerta para marcharse.

—Pero vas a contraer matrimonio y ello lo alterará todo y destrozará el corazón de tus padres —le dijo, y cuando Justine se dio la vuelta, Madame Olita le dirigió con envidia un amago de sonrisa y levantó una mano a modo de despedida.

Fuera, en el coche, Duncan y Glorietta se estaban besando a plena luz del día. «Parad de una vez», dijo Justine irritada, y Duncan se separó y la miró, sorprendido.

Justine se preguntó si no se le habría pegado parte del aura de Duncan, de modo que Madame Olita hubiera leído la buena ventura de la persona equivocada.

En el vestíbulo de la iglesia, un domingo después del sermón, un chico llamado Neely Carpenter le preguntó la hora a Justine.

—Son aproximadamente las doce y trece minutos y medio —le dijo ella.

—¿Aproximadamente las doce y trece minutos y medio?

—Bueno, esto es lo que dice mi reloj, pero es que no anda muy bien —dijo Justine—. Así que no es más que pura lógica, en realidad.

Justine empezó a reírse. Neely Carpenter, quien siempre la había tenido por una muchacha con cara de solterona, pareció sorprenderse durante unos instantes, y después le preguntó si quería que la llevase a casa en coche.

Desde entonces, cada domingo la acompañaba hasta su casa, y cada sábado por la noche la llevaba al cine. La madre de Justine dijo que eso le parecía verdaderamente encantador. Era el otoño del último curso de Justine, después de todo. Tenía diecisiete años. Ya era hora de que empezara a tener novio. Y Neely era el hijo de un médico que se había mudado recientemente a Roland Park, un chico de aspecto serio con el pelo negro muy lacio y unos modales excelentes. «¿Por qué no invitas a ese muchacho, Neely, a comer el domingo?», le preguntó su madre.

Los domingos, la comida siempre se celebraba en casa de la bisabuela, en una mesa extendida con cuatro hojas abatibles, para que todo el mundo pudiera sentarse a su alrededor. Neely pareció aturdirse un poco al descubrir todos los Peck que había allí, pero logró encontrar un asiento entre tía Sarah y tío Dan, y se esforzó al máximo para estar en su sitio durante la conversación. «Sí, señora. No, señora», iba diciendo. Justine pensó que se comportaba de un modo excelente. Estaba orgullosa de su familia, también; de sus tías, con sus nuevos conjuntos otoñales color rojizo, sus apuestos primos, su majestuoso abuelo, cuyos cabellos se habían vuelto plateados y su rostro parecía desconcertado por los esfuerzos a los que últimamente se había visto obligado para poder oír. De forma que no pudo evitar sorprenderse cuando, más tarde, después de que Neely se hubiera marchado a su casa, Duncan le dijo: «No volverás a verle el pelo».

Estaban en el jardín de la bisabuela, al que Justine se había dirigido para despedir a Neely y en el que Duncan, enfrascado en alguno de sus proyectos, desenrollaba a lo largo del césped una bobina gigantesca de alambre de empacar. Cuando Duncan levantó la cabeza para hablar con ella, Justine se quedó sorprendida ante la expresión de su rostro, que era prácticamente la misma que la de su abuelo.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Justine.

—Nadie come con los Peck y repite una segunda vez.

—¡Ya! ¡Eso lo dices por Glorietta! Y además, te equivocas. Ya me ha invitado al baile de cumpleaños de Sue Pope.

—Entonces es que está loco —dijo Duncan—. No, no lo digo por ti, Justine. Pero, a ver, ¿quién se reuniría de buena gana con toda esa retahíla de gente en el comedor?

—Yo —dijo Justine—. A mí me parece que estuvieron muy atentos con él.

—¡Sí, claro! «Pregúntale a tu amiguito si le apetece otra patata, Justine.» ¡Amiguito! Y, «Dime, ¿es verdad que vas a una escuela pública? ¿Cómo son las escuelas públicas?» Y, «Tengo entendido que tu padre es médico, esto... hmmm, Reelly. ¡Está muy bien! Una profesión muy gratificante, he oído decir, aunque un poco... mecánica, ¿no te parece? Todos nosotros somos abogados, supongo que ya sabes que...»

—¿Y qué hay de malo en eso? Sólo estaban tratando de mostrar interés —dijo Justine.

—¡Ya! Y después, cuando le preguntó a la bisabuela si podía ayudar a quitar la mesa, ¡entonces se la jugaron por partida doble! «Oh, madre mía, no, tenemos una sirvienta, querido.» Y, «además», va y dice tía Caroline, «es nuestra mejor vajilla de porcelana».

—¿Y qué? —dijo Justine—. Es cierto que tenemos una sirvienta. Y que era la mejor vajilla de porcelana.

Duncan dejó de desenrollar la bobina de alambre. Se enderezó y se secó la frente con la manga.

—¿No lo entiendes, verdad?

Pero Justine se negó a contestar. Cruzó los brazos contra el viento otoñal y, en cambio, contempló las cuatro casas de ladrillos que se alzaban tras ellos y en las que ahora todo el mundo se instalaba cómodamente con periódicos y labores y té sazonado con especias.

—¿Sabes a qué me recuerdan esas cuatro casas? —le dijo Duncan, siguiendo su mirada—. A los hámsters. O a los ratoncillos, o a los jerbos. A cualquiera de esos animalillos que se apiñan en un rincón, unos encima de otros aun cuando están en una jaula enorme por la que pueden esparcirse libremente.

—Oh, Duncan —dijo Justine.

Justine sabía que solo hablaba de ese modo porque estaba atravesando una mala época. El próximo año iba a empezar los estudios superiores y él quería ir a la Hopkins en lugar de a la universidad, y quería estudiar ciencias en lugar de derecho. Pero el abuelo Peck y los tíos discutían constantemente con él, mortificándole, presionándole. Claro que podía estudiar ciencias, estaban en un país libre, decían, pero de todos modos había algo tan materialista en las ciencias, mientras que el derecho... «Peck, Peck, Peck y Peck», decía Duncan refiriéndose a la empresa familiar, que en realidad se llamaba Peck e Hijos. «¡Qué nombre tan perfecto para ellos!» y se encerraba en su habitación, o se iba a dar una vuelta en el coche con Glorietta, quien se arribaba tanto a él, que si el Graham Paige hubiera sido una caja de cerillas (que casi lo parecía) ya haría mucho tiempo que habrían volcado.

De modo que Justine no se preocupaba cuando Duncan hablaba de un modo tan amargo. Y, efectivamente, Neely la siguió invitando a salir. No fue a comer con ellos ningún otro domingo, pero solo porque en realidad tenía

que comer con su propia familia. La llevaba al cine y a bailar y a fiestas de cumpleaños. La acompañaba a casa con el coche por el camino más largo y aparcaba a cierta distancia de los Peck para darle un beso de buenas noches. Le preguntaba si querría cambiarse al asiento de atrás donde podrían estar más cómodos. «Ah, bien... bueno, no...», decía Justine, sin estar segura de qué contestar. Realmente no sabía qué debía hacerse en una situación como esa. Ninguna de sus primas podía ayudarla, tampoco. Todo lo que sabían sobre el sexo era lo que Duncan les había contado cuando tenían ocho años; eso, y la vaga información con reminiscencias hortícolas que sus madres les habían facilitado. De modo que Justine se ponía nerviosa y se debatía consigo misma, pero siempre terminaba diciendo: «Bueno, en realidad me encuentro muy cómoda donde estoy, pero gracias de todos...». Neely, que probablemente también estaba inseguro, casi parecía alegrarse. Cuando regresaba a casa tarareaba *Buenas noches, Irene*, acompañado por la radio. Empezó a comentar la posibilidad de casarse algún día, una vez que hubiera terminado la carrera de medicina. Justine pensaba que era el muchacho más apuesto de Roland Park, y le gustaban sus ojos, grises y translúcidos como el cuarzo, y su modo tranquilo, uniforme de hablar. Incluso era posible que ella le amara, pero en tal caso no sabía qué diría su madre.

A principios de otoño de 1951 Justine empezó a asistir a un colegio universitario que había en las proximidades. Pensaba hacer inglés, o magisterio, o algo. No le importaba mucho. Si bien siempre había sido una buena estudiante no sentía verdadera curiosidad y no se le ocurría ninguna profesión a la que aspirar. De forma que diariamente, ella y Esther se dirigían a clase con indiferencia, montadas en el Ford que el abuelo les había comprado para este fin, con sus pañuelos rojos agitándose y el pelo restallando en el viento. Neely iba a verla casi todas las tardes (ahora estaba en la Hopkins) para estudiar con ella en el comedor. Y todavía estaban las

comidas de los domingos, los primos intercalados con los mayores alrededor de la mesa para no fomentar la discordia, y la redonda cara de Claude, que resplandecía de alivio por haber regresado de la universidad y encontrarse en casa aunque solo fuera por un día.

¡En cambio, Duncan!

Aquel año le pasó algo a Duncan. Nadie sabía muy bien qué. Tenía lo que quería, ¿no? Estaba estudiando ciencias en la Hopkins, ¿no? Y sin embargo, a veces daba la impresión de estar más descontento que nunca, casi como si lamentara el haberse salido con la suya. Se quejaba de vivir en casa, aunque no le quedaba otro remedio porque la Hopkins era muy cara. Él decía que los gastos eran una excusa; que solo era el sistema que empleaba la familia para castigarle. ¡Castigarle! ¿Por vivir en casa con su propia familia? Estaba malhumorado y resultaba difícil hablar con él. Parecía no tener ningún amigo ni amiga, por lo menos nadie a quien él quisiera presentar, y a Glorietta ya no habían vuelto a verla más. Bueno, claro que Duncan siempre había sido algo problemático. Seguro que no era más que otra de sus fases, le decían las tías a su madre.

Pero entonces empezó a leer a Dostoievski.

Naturalmente todos habían leído a Dostoievski; o por lo menos los tíos, en la universidad. O *Crimen y castigo*, en cualquier caso. En la edición abreviada, como mínimo. Pero esto era distinto. Duncan no solo leía a Dostoievski; se sumergía en él, se enterraba en Dostoievski, dejó de asistir por completo a las clases y en su lugar se encerraba en su habitación para devorar oscuras novelas y diarios sobre los que nadie más de la familia había oído hablar. Una suave noche de primavera, en mitad de una pacífica discusión sobre las ventajas de comprar un congelador doméstico, la rama de la familia de tío Dos se veía sorprendida por el estrépito de unos impresionantes pasos bajando las escaleras y la figura alocada, enjuta y fuerte

de Duncan irrumpiendo en la sala de estar y mostrándoles un libro que agitaba con la mano. «¡Escuchad! ¡Escuchad!», y les leía en voz alta algún fragmento, chillando y corriendo demasiado como para que pudieran seguirle. Un revoltijo de extravagante prosa rusa, donde las emociones se exponían franca y sorprendentemente, donde se hacía uso de infinidad de adjetivos apasionados y donde no cesaban de surgir fantasías febriles. Los párrafos resultaban tan intrincados y densos y complicados como un pedazo de mica. «¿Habéis oído?», gritaba. Sus padres asentían con la cabeza y sonreían; sus expresiones de desconcierto les conferían el aspecto de dos sonámbulos deslumbrados por una intensa luz. «¡Muy bien, pues!», decía, y desaparecía subiendo las escaleras a toda prisa. Sus padres se miraban con asombro. Su padre fue a hablar con el abuelo, quien tampoco entendía nada. «¡Pero si yo creía que era de ciencias!», dijo. «¿Para qué lo estará leyendo?», y después: «Pero bueno, da lo mismo. Por lo menos son los clásicos, ¡seguro que no le harán ningún daño!».

Pero eso fue antes del Domingo de Resurrección. El Domingo de Resurrección, sentadas a la mesa del comedor, las tías comentaban la extensa colección de miniaturas pintadas sobre cáscaras de huevo de la señora Norman Worth. Los tíos discutían los detalles de un hipotético problema legal: si un granjero, al conectar el agua para regar los campos, asusta accidentalmente a la mula de otro granjero, la cual, a su vez, derriba la valla tras la que se encuentra cercado un toro Angus galardonado con un premio, el cual, como consecuencia de...

—Nada de esto es apropiado como tema de sobremesa —dijo Duncan.

Todo el mundo reflexionó sobre esa afirmación durante unos instantes.

—¿Y qué hay de malo en ello, cariño? —dijo su madre finalmente.

—No es real.

La bisabuela, que había vivido más años que ninguno y no era fácil de

escandalizar, se echó más agua helada en el vaso.

—Tal vez no lo sea para ti —dijo—, pero a mí, particularmente, las miniaturas pintadas sobre cáscaras de huevo me parecen fascinantes, y si no fuera por este temblor, yo misma me dedicaría a pintarlas a modo de distracción.

—Nos debes una disculpa, muchacho —dijo tío Dos.

—Vosotros sois los que me debéis una disculpa —dijo Duncan—. Me he pasado dieciocho años aquí, volviéndome cada vez más insensible, escuchando cómo siempre os quedáis en la superficie, observando cómo esquiváis lo verdaderamente importante pintando un mar azul alrededor de los barcos, dejando espacios en blanco por una cuestión de seguridad...

—¿Qué?

—¿No podéis decir algo que signifique algo? —preguntó Duncan.

—¿Cómo qué? —dijo su madre.

—Da lo mismo. Cualquier cosa. Cualquier cosa excepto hablar sobre la vainica y las prescripciones de las compañías de seguros. ¿No queréis llegar al fondo de las cosas? Hablad sobre si Dios existe o no existe.

—Pero eso ya lo sabemos —dijo su madre.

¿Qué había de malo en ello? Ninguno de ellos podía entenderlo. Pero Duncan se puso de pie, con la mirada tan extraviada como la de cualquier ruso, y dijo:

—Me voy. Me voy para siempre.

Salió del comedor dando un portazo tras de sí. Justine se levantó de un salto para seguirle, pero luego se detuvo en la entrada, indecisa.

—Volverá —dijo tío Dos tranquilamente—. Solo son los dolores del crecimiento. Dentro de diez años dirá lo mismo que todos nosotros.

—Id tras él —dijo el abuelo.

—¿Qué, padre?

—Bueno, no os quedéis... que vaya alguien. Ve tú, Justine. Ve tras él, ¡corre!

Justine salió. Cruzó a toda prisa la parte frontal de la casa de la bisabuela y después se detuvo, pensando que ya le había perdido, pero entonces le vio salir de la casa de tío Dos con una caja de cartón. Duncan cruzó el jardín y tiró la caja en el asiento trasero del Graham Paige. Después se montó en el coche.

—¡Duncan! ¡Espera! —gritó Justine.

Por sorprendente que pudiera parecer, Duncan esperó. Justine corrió hasta quedarse sin aliento, agarrando con fuerza la servilleta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Justine.

—Me voy de esta casa.

—¿En serio?

Justine echó un vistazo al asiento trasero. Era muy propio de él dejar atrás toda la ropa y coger en su lugar la caja de las herramientas y los trozos de chatarra.

—Pero, Duncan —dijo ella—, ¿qué vamos a hacer sin ti?

—Ya os apañaréis.

—¿Y qué pasa si te necesitamos para algo? ¿Dónde podemos encontrarte?

Pero para entonces, varios miembros de la familia ya se estaban dispersando por el porche de la bisabuela. Justine lo adivinó por la rápida mirada que Duncan echó por encima del hombro de ella.

—Adiós, Justine —dijo Duncan—. Ya tengo un sitio para vivir, junto a la librería de la calle St. Paul, pero no se lo digas a los demás.

—Pero, Duncan...

—Adiós, Justine.

—Adiós, Duncan.

Al principio la familia supuso que regresaría en un abrir y cerrar de ojos. Solo era culpa de su edad. A los dieciocho años todos esperamos cosas profundas de la gente, pero eso nunca dura mucho. Sin embargo los días iban pasando y no recibían ninguna noticia. Empezaron a interrogar a Justine con mayor detenimiento. «Duncan está bien, tiene un sitio donde vivir», era lo que les había dicho anteriormente, pero eso ya no bastaba. ¿Le había dicho dónde? Porque ahora ya no se trataba de ningún juego de niños. Sin duda Justine era lo suficientemente mayor para darse cuenta de ello, ¿no?

Pero Justine le había hecho una promesa a Duncan.

Tía Lucy dijo que Justine era cruel y egoísta. La madre de Justine dijo que no había ningún motivo para hablar de ese modo, y entonces tía Lucy no pudo resistirlo más y se echó a llorar. «Venga. Domínate», le dijo el abuelo, lo que hizo que tía Lucy se revoliera contra él. ¿Por qué no podía una desahogarse un poco, después de todo? ¿Qué pecado había en ello? ¿Por qué una mujer de cuarenta y cuatro años de edad no tenía derecho a llorar en su propia casa y a expresar sus sentimientos como ella quisiera, sin que un puñado de Pecks se agrupara a su alrededor para decirle que no era lo suficiente digna, ni elegante, ni distinguida, ni respetable?

—¡Vaya, Lucy Hodges! —dijo tía Sarah. Tía Lucy le echó una mirada de puro odio, no había otra forma de decirlo.

Justine se sentía desgraciada. Preferiría decirlo y acabar con ello. Pero aunque las reglas de los mayores habían cambiado, Duncan todavía se seguía rigiendo por las antiguas y se pondría furioso si ella decía la verdad. Justine tenía la esperanza de que Duncan regresara a casa por su propia voluntad, que «se entregara»; así era como ella lo veía. O que tío Dos, paseando por el campus de la Hopkins con falsa tranquilidad durante los descansos entre clase y clase, se tropezara con él. Pero Duncan no regresaba y tampoco se le veía

por el campus, y tío Dos no quería preguntar abiertamente en el despacho del decano e involucrar a otras personas en asuntos familiares. «Deberías decírnoslo, Justine», dijo él. Su rostro ofrecía un aspecto cansado, demacrado, con ojeras. Tía Lucy no decía nada. Incluso los primos y primas miraban a Justine con una nueva incertidumbre. ¿Cómo demonios se había metido ella en todo esto?, pensaba Justine. Solo quería que todos juntos fueran felices. Para empezar, esa era la razón por la que había corrido tras Duncan.

Se sentía como quien da un tímido paso sobre una superficie de hielo sólido y de pronto oye un crujido. Se encontraba casi sobre un témpano de hielo a la deriva, con un pie tirando de ella hacia el mar y el otro todavía en la orilla.

Entonces el abuelo le dijo:

—¿Has ido a verle?

—Me parece que no le gustaría que fuera, abuelo.

—¿Por qué no? Tú eres su prima.

—Ya lo sé.

—¿Y bien? —le dijo el abuelo, y se tiró de la nariz—. Bueno, olvídate de eso, pero ve de todos modos. Es la única forma en que podremos conseguir un poco de paz aquí.

—¿Ir a visitarle?

—No le prometiste no hacerlo, ¿verdad? Venga. No te preocupes, nadie te seguirá.

Pero Justine medio esperaba que alguien la siguiera. Entonces todo volvería a la normalidad.

Justine sabía la dirección porque con frecuencia le había acompañado a la librería que mencionó: un sitio desordenado, con las tablas del suelo crujiendo y enormes pilas oscilantes de libros técnicos de segunda mano. A la

izquierda de la tienda había un papel con un rótulo naranja sobre fondo negro que rezaba: «Habitaciones». Al abrir la puerta se encontró con unas angostas escaleras de madera, y al final de ellas un oscuro vestíbulo con un retrete al fondo. Las puertas le recordaban su escuela, todas pintadas con capas y capas de pintura marrón resistente al roce marcadas con ondulados números de metal. Pero debería haberse traído una linterna para poder leer las placas con los nombres. Cruzó el vestíbulo muy lentamente, hundiendo la cabeza entre los hombros para protegerse de la sensación de incertidumbre que sentía a sus espaldas, mientras leía con los ojos entornados los nombres garabateados en trozos de papel pautado o cinta adhesiva: Jones, Brown, Linthicum, T. Jones. Ningún Peck. Solo una puerta a su derecha sin nada escrito, ningún nombre en el marquito. Y esa, sin duda, sería la de Duncan.

Llamó con los nudillos. Cuando Duncan abrió la puerta Justine se sujetó el sombrero, como quien acaba de pulsar el botón de un castillo encantado sin saber a qué atenerse. Pero todo lo que Duncan dijo fue:

—Justine.

—Hola —dijo ella.

—¿Querías algo?

—Me dijeron que viniera a ver si estabas bien.

—Bueno, pues ya lo has visto.

—Vale —dijo ella, y se volvió para marcharse.

—Pero supongo que podrías entrar. Ya que estás aquí.

Su habitación era pequeña y sórdida, con un mugriento papel pintado, una pantalla rasgada, un espejo salpicado de manchas y una cama metálica con un colchón hundido. En una de las esquinas estaba su caja de cartón. Llevaba las mismas ropas con las que se había marchado de casa: unos pantalones de vestir marrones y una camisa blanca sin corbata. Parecía más delgado.

—No parece que estés comiendo adecuadamente —dijo Justine.

—¿Es esto lo que has venido a decirme?

—No.

Justine se sentó con delicadeza en el borde de la cama. Alzó ambas manos para cerciorarse de que su sombrero estaba totalmente horizontal. Por algún motivo, Duncan sonrió.

—Bien —dijo ella al fin.

Duncan se sentó a su lado.

—Tu madre está verdaderamente frenética. Se pone a llorar donde todo el mundo pueda verla. Tu padre está...

—No quiero oír nada de eso.

—Ah. Bueno, yo...

—Ya sé qué están haciendo. Siempre lo sé, lo intuyo, puedo verlo como si estuviera sentado allí mismo. Están hablando de alguien del mundo exterior. Cavando el foso un poco más hondo. Haciendo observaciones sobre los defectos de los vecinos, y sus movedizas dentaduras postizas y sus pronunciaciones incorrectas, replegándose más y más para mantener alejado al enemigo. ¿Por qué crees que llora mi madre? ¿Por qué me echa de menos? ¿Lo ha dicho ella? Piensa durante unos instantes. ¿Lo ha dicho? ¿Lo ha dicho alguno de ellos? No. Solo les preocupa el que pueda estar con la clase de gente equivocada. No pueden soportar que algún Peck esté por ahí, en algún lugar del mundo. Yo he bajado el puente levadizo.

—Oh, no, Duncan —dijo Justine.

—Todo lo que hacen ha sido calculado para mantener a los otros a una distancia prudencial. Todo. ¡Mira tu sombrero!

Justine volvió a alzar las manos, con inseguridad.

—No, no, está bien. Es un sombrero bonito —le dijo—. Pero, ¿para qué lo llevas?

—Vaya, pues porque siempre...

—Sí, pero ¿por qué? ¿Has mirado alguna vez a tu alrededor con atención? Ya solo las viejas llevan sombrero fuera de la iglesia. Pero todas las mujeres de nuestra familia, hasta las niñas, llevan sombrero, aunque solo sea para salir al jardín a tomar un poco el aire. «Una señorita nunca va sin sombrero, querida. Solo la gente vulgar.» ¡Vulgar! ¿Qué tenemos nosotros de especial? No somos famosos, no somos de la alta sociedad, no hemos sido ricos desde mil novecientos treinta y no somos célebres por nuestros cerebros o belleza. Pero todas nuestras damas llevan sombrero, ¡por Dios! ¡Y nuestros modales son excelentes! Puede que con los desconocidos no hablemos de nada más interesante que del tiempo, ¡pero por lo menos lo hacemos educadamente! Y a todos se nos ha enseñado que no aprobemos los coches deportivos, el golf, las mujeres con pantalones, el chicle, el color *chartreuse*, los alardes emocionales, los ranchos, el bridge, el rímel, los animales domésticos, las discusiones sobre religión, el plástico, la política, el esmalte de uñas, las piedras preciosas de colores transparentes, las joyas en forma de animales, los estampados a cuadros... desde que nacemos se nos dice que en toda la historia ningún Peck ha tenido una sola caries o perdido un solo diente; que somos invariablemente puntuales, aun cuando se supone que hemos de llegar tarde; que, después de cada visita, escribimos nuestras notas de agradecimiento antes de que haya transcurrido una hora; que siempre decimos «Baltimore» en lugar de «Balmer»; que incluso cuando llevamos nuestras ropas más andrajosas para trabajar en el jardín pueden echar un vistazo a los cuellos de las camisas y leer «Brooks Brothers» en la etiqueta, y nuestras botas son inglesas y de montar, aunque ninguno de nosotros ha montado nunca a caballo...

Fue perdiendo fuerza, como el viejo gramófono de la bisabuela, y se inclinó pesadamente hacia delante, con sus largas manos balanceándose entre sus rodillas.

—Pero tío Dos está tan triste —dijo Justine. Se pasa el día deambulando por el campus Homewood esperando...

—Justine. ¿Quieres hacerme el favor de largarte?

Justine se levantó inmediatamente, agarrando su pequeño bolso de piel. Pero al llegar a la puerta Duncan le dijo:

—Gracias por venir, de todos modos.

—Ah, de nada.

—Lo digo de veras, Justine. Perdona si... De verdad, me gustaría que volvieras alguna otra vez.

—Vale, de acuerdo —dijo Justine.

Y entonces, claro, cuando llegó a casa todo el mundo se puso furioso con ella porque no había averiguado ni un solo dato concreto. ¿De qué vivía? ¿Dónde comía? ¿Iba a clase? ¿Quiénes eran sus amigos?

—Estoy segura de que se ha liado con cualquier... gentuza, tiene un gusto tan peculiar para los amigos —dijo tía Lucy.

Y todos se sorprendieron ante la súbita mirada de tristeza de Justine.

Duncan vivía de la miseria que le pagaba un profesor de la Hopkins. Verificaba por segunda vez hechos escuetos en una biblioteca, y después los copiaba en los espacios en blanco que el profesor le había dejado en un largo y aburrido libro sobre paleobotánica. Comía en su habitación galletas saladas y manteca de cacahuete, regado todo ello con un litro de leche. No tenía ningún amigo ni amiga, ni tan siquiera Glorietta, con quien había sostenido una pelea terrible varios meses atrás por culpa de su manía de decir «entre tú y yo». A la larga, tenía la intención de marcharse lejos, tal vez a la Columbia Británica, pero por el momento no parecía disponer de la energía suficiente. Y no, ya no iba a clase. Ni tan siquiera leía a Dostoievski, cuyas obras

parecían haber adoptado repentinamente la textura retorcida y fatigante para la vista de las células de las plantas. De hecho, pensaba que tal vez se estaba volviendo loco. Hasta le gustaba la idea de volverse loco. Esperaba la locura como si se tratara de una especie de personaje pintoresco contra el que sus padres siempre le hubieran advertido, pero cuando se levantaba por las mañanas su mente seguía siendo el mismo mecanismo eficiente de siempre y se sentía decepcionado.

Varias veces a la semana su prima Justine le llevaba obsequios entrañables y exasperantes: un par de ridículas zapatillas, su colcha rayada de casa, en una ocasión hasta su viejo cepillo de dientes azul con pasta dentífrica Ipana endurecida entre las cerdas. Cada vez que le abría la puerta se sentía profundamente feliz de ver su cara dulce, delgada, y su sombrero adornado con una cinta, pero antes de que llevara allí cinco minutos ya quería echarla. Tenía el don de decir siempre lo que no debía:

—¿Puedo decirles a los primos donde estás? También quieren venir.

—No. ¡Por Dios!

—¿Necesitas dinero?

—Sé cuidarme solo, Justine.

—El abuelo me ha dado un poco de dinero para que te lo trajera.

—Dile que sé cuidarme solo.

—Pero no puedo devolvérselo, Duncan. Estaba tan... me lo deslizó en la mano torpemente y en secreto. Se hacía el inocente.

—Cambia de tema.

—Como en los viejos tiempos, cuando nos daba pastillas de marrubio.

—Justine, te agradecería que te fueras ahora.

Siempre se iba. Pero siempre regresaba, también, y cuando se plantaba de nuevo en su puerta al cabo de unos días aún se sentía más conmovido por su estúpida, cómica perseverancia. Desde su primera infancia Justine había sido

su prima favorita, tal vez porque era un poco más, una Mayhew, de Filadelfia, no tan fácil de conocer. Pero le sorprendía que fuera capaz de afrontar esas oscuras escaleras y su grosería. ¡En su habitación siempre se había mostrado tan dócil! Duncan se deshacía en atenciones con ella, y alisaba la colcha y le ofrecía galletas saladas que sacaba de una caja a prueba de cucarachas y le sugería que se quitara el sombrero, lo que por supuesto ella no hacía.

—Justine, me alegra verte de nuevo —le dijo.

—Vaya, gracias.

—A veces me sacas de quicio, pero por lo menos tú tomas partido, dices las cosas tal y como son, no crees que sea ningún pecado. Tú fuiste la única en pedirme que no me fuera, el domingo que me marché.

—Pero fue el abuelo quien me pidió que lo hiciera —dijo Justine.

Ya había conseguido crisparle los nervios de nuevo.

Justine siempre tenía una respuesta. Lo que hacía que él se subiese por las paredes. Llegó al extremo de volverse contra ella tan pronto como entraba, dando rienda suelta a un torrente de razonamientos que había estado almacenando. «¿Sabes a quién se parecen?» (No había necesidad de decir a quién se refería.) «¿Sabes a quién me recuerdan? A alguien sintonizando una emisora en el dial de la radio. El modo en que ignoran todo lo que no sea Peck, se saltan las emisoras que no les atañen, solo una fracción de segundo de jazz o de un partido de béisbol o de pastores evangelistas y ya ponen mala cara y siguen buscando, hasta que finalmente se quedan con la única emisora aceptable, que transmite Mantovani. Nada inquietante, nada extremo, nada que no puedan tolerar...»

—Te toleraron a ti en la comida del domingo —dijo Justine—. Realmente fuiste de lo más grosero y ellos procuraron ver tu punto de vista y actuar de un modo razonable. ¿Quién eres tú para decirles que no pueden hablar sobre

cáscaras de huevo?

Duncan dijo:

—Nada ajeno a la familia es importante. Nadie cuenta, si no es un Peck. Ni tan siquiera los vecinos, ni tan siquiera Sulie. Y mira, Sulie ha estado con nosotros desde que nuestros padres eran unos niños, ¿pero acaso sabe alguien cuál es su apellido?

—Boudrault.

—¿Sí?

—Se casó con el viejo Lafleur Boudrault, el jardinero.

—Sí, pormenores —dijo Duncan.

—Lafleur murió en mil novecientos cuarenta.

—Pequeños pormenores de beata al estilo de Emily Post o de cualquier escritora sobre las costumbres a observar en sociedad, sin nada en el fondo. Y tú eres igual que ellos, Justine, y siempre lo serás. ¿Quién te mandó venir aquí a desorganizar mi vida?

Pero cuando se hubo marchado, su cálido olor a hierba quedó flotando en el aire y en el recuerdo de su imperturbable rostro Peck. Por las noches no cesaba de oír, hasta en sueños, su fría vocecilla, sus argumentos, sus razonamientos, su lógica imponente. Se despertaba y golpeaba su aplastada almohada, y se revolcaba por debajo de la colcha que también llevaba su olor, aunque solo fuera debido a su breve permanencia en los brazos de Justine. Deseaba que estuviera allí para discutir con ella; después deseaba que estuviera allí para disculparse; después deseaba que estuviera allí para que tendiera su largo cuerpo junto al de él, sobre el hundido colchón, y le abrazara durante la profunda, húmeda noche de Baltimore.

Justine no era la misma; todo el mundo lo había advertido. Ni tan siquiera las

vacaciones de verano parecían relajarla en modo alguno. Se comportaba de una manera extraña y distante con su familia. Empezó a observar a sus tías y tíos de un modo tan calculador que les hacía sentirse incómodos. «¿Qué le pasa?», preguntó en una ocasión su padre, pero su familia política solo sonrió con la mirada vacía; no creían en hacer demasiadas preguntas.

Parecía que ahora habían aceptado la ausencia de Duncan. A veces, cuando Justine regresaba de visitarle, se olvidaban de preguntarle cómo estaba. O bien decían: «Has visto a Duncan, ¿no?», y seguían con sus cosas. Pero un día de agosto, un sábado por la mañana especialmente caluroso, tía Lucy se plantó en la escalera principal de la bisabuela con un pequeño ventilador eléctrico. Justine estaba secándose el pelo al aire libre y leyendo *Mademoiselle*.

—Justine, cariño —dijo tía Lucy.

Justine levantó la mirada, todavía con su mente en la revista. Su tía tenía el aspecto de una dama encabezando la calma y sonriendo hacia el desastre.

—Justine, esto es para Duncan —dijo tía Lucy.

—¿Qué? Ah, un ventilador. Bueno, no le vendrá nada mal.

—Ah, ¡lo sabía! Estoy tan contenta de que... bueno, cuando vayas a verle entonces. ¿Vas a ir hoy?

—Hoy me voy de excursión con Neely. Pero tal vez vaya mañana.

—¿Y no podrías pasarte esta mañana? ¿No podrías encontrar un huequecito?

La sonrisa de tía Lucy vaciló.

—Claro que podría —dijo Justine, y cogió el ventilador de las temblorosas manos de su tía.

Hasta que hubo aparcado delante de la librería no advirtió el pequeño sobre que colgaba de la rejilla del ventilador.

La habitación de Duncan reventaba de calor, y él estaba tan sudoroso que

daba la impresión de haber sido untado con aceite. Llevaba una camiseta grisácea. Sus pantalones estaban arrugados y flácidos. «Ah, eres tú», fue todo lo que dijo, y a continuación volvió a sentarse en la cama y se secó la cara con la camisa hecha una bola.

—Duncan, te he traído un ventilador que me ha dado tu madre.

—Le has estado contando cosas sobre mi habitación.

—No, no lo he hecho. Solo ha supuesto que lo necesitarías.

—¿Qué hay en ese sobre?

—No lo sé.

Duncan rompió el cordón con que estaba atado y sacó una nota doblada. Primero la leyó en silencio y después refunfuñó y la leyó en voz alta.

Querido Duncan:

Me tomo la libertad de enviarte el ventilador de mi habitación, ahora que hace tanto calor.

Todo el mundo está bien, aunque a mí me han vuelto a dar esos terribles dolores de cabeza. Solo es un poco de tensión, dice el médico, de modo que ¡no me desanimo!

Tu padre ha estado trabajando muy...

—¿Y qué pasa con el ventilador de mi habitación? —dijo Duncan—. Hay uno, ya lo sabes.

—Te ha dado el suyo para demostrarte que le importas, no sabía de qué otro modo decírtelo —contestó Justine.

—Yo no le importo a nadie. Oh, es fácil adivinar con quién se casó. Ahora ya es como todos los demás. Dicen muy poco y dan a entender demasiado, de modo que si te defiendes puedan decirte: «¿Pero por qué? ¿Qué es lo que he dicho yo ahora?», y tú te quedas sin respuesta. Todo se lleva a cabo en su lenguaje secreto, nunca serían capaces de decir algo a las claras.

—Pero eso es tacto. No quieren ponerte en un apuro.

—Ellos son los que no quieren ponerse en un apuro —le dijo Duncan.

Justine no contestó.

—¿No tengo razón?

—Probablemente —dijo ella—. Pero ellos también. No hay cosas que estén bien y otras que estén mal. No paro de mirarles, tratando de decidir. Mira, todo lo que tú dices es cierto, pero también es cierto todo lo que yo digo. ¿Y qué más da, después de todo? Ellos son tu familia.

—¿Sabes a quién te pareces con ese modo de hablar? A tía Sarah, Justine. Vas a convertirte en una solterona. O te casarás con algún memo como Neely y harás que cambie su apellido por el de Peck. Lo veo venir. Puedo verlo en tu rostro imperturbable, fíjate bien.

Pero Duncan había ido demasiado lejos. Seguro que hasta él se dio cuenta. Cuando Justine le volvió la espalda para buscar algo en el bolso, Duncan le dijo: «¡Y qué más da!». Se levantó de un salto y empezó a ir y venir por la habitación.

—Bueno, de todos modos, cuéntame las novedades —dijo Duncan.

—Oh...

—¡Venga!

—No hay nada que contar.

—¿Nada? ¿Nada en esas cuatro casas enormes?

—Bueno, tía Bea ha tenido que ponerse gafas —dijo Justine.

—Ah.

—Le da mucha vergüenza, las lleva colgando de un cordón que esconde en el interior de la blusa. Incluso se las quita entre frase y frase para leer el periódico.

—De modo que tía Bea lleva gafas.

—Y mamá se ha comprado un televisor.

—Un televisor. Debí suponer que llegaría a eso.

—Bueno, no está tan mal, Duncan. Es muy práctico, ¿no te parece?, poder

tener en casa imágenes que se mueven y que hablan. Me pregunto cómo lo harán.

—En realidad es bastante sencillo —dijo Duncan—. El principio se conoce desde hace décadas. ¿Tienes un lápiz? Te lo explicaré.

—Oh, no lo entendería —dijo Justine.

—Claro que sí.

—Pero yo no soy de ciencias. No veo cómo tú eres capaz de entender estas cosas.

—Estas cosas no tienen ningún misterio —dijo Duncan—. Son las otras las que no entiendo. Las que tú das por sentadas. Como los espejos, por ejemplo —y dejó de ir y venir por la habitación para agitar una mano frente al espejo de la pared opuesta—. La otra noche casi me volví loco sin poder dormir mientras pensaba en ello. Me pasé horas tratando de descubrir las leyes de las imágenes reflejas. No era capaz de medir los ángulos de la refracción. ¿Tú lo entiendes? Mira.

Justine se levantó y miró. Se vio reflejada en el espejo salpicado de manchas, nada sorprendente.

—¿Por qué muestra mi imagen y no la tuya? —le preguntó a Justine—. ¿Por qué la tuya y no la mía? ¿Por qué los ojos de dos personas pueden encontrarse en un espejo cuando en la vida real no se están mirando? ¿Entiendes el principio?

En el espejo, sus miradas se encontraron, igual de azules y de distantes, como si el espejo estuviera reflejando imágenes ya reflejadas.

Duncan se volvió y colocó sus manos sobre los hombros de Justine y la besó en la boca. Duncan olía a sal y a sol. Sus manos descansaban sobre ella de un modo ingrátido, como si estuvieran absorbiendo algo. Cuando ella se apartó, Duncan dejó caer las manos a ambos lados. Cuando ella salió corriendo de la habitación, Duncan no trató de impedirselo.

Justine no quería volver a visitar a Duncan. Su abuelo seguía acercándosele y deslizándole billetes de veinte dólares en su mano, pero ella no sabía qué decirle, de modo que cogía el dinero en silencio. Lo metía a la buena de Dios en su joyero, sintiéndose como una ladrona, aunque nunca lo tocaba. Tuvo una disputa con su madre acerca de un vestido estampado, porque decía que era de vieja, aunque antes había llevado cualquier cosa que su madre le escogiera. Cuando empezó la universidad, estudiaba sin ningún interés y tenía problemas para llegar a clase puntualmente. Esther ya se había graduado y daba clases en una escuela de párvulos, pero las gemelas iban con Justine en coche y se quejaban de que nunca estuviera lista. «¿Es esto lo que vosotras llamáis el sentido de la vida?», les preguntó Justine. «¿Llegar a clase a las nueve en punto?»

Las gemelas se miraron. Sin duda nunca habían pretendido insinuar que eso fuera el sentido de la vida, exactamente.

Un sábado por la noche del mes de octubre, Justine estaba mirando la televisión con Neely en el estudio de la bisabuela. Neely le estaba acariciando el cuello de arriba abajo de un modo especialmente irritante, pero últimamente había estado de tan mal genio con él que no quería protestar. En su lugar se concentró en la televisión: una caja de caoba con un sello postal azul y nevado en el centro, en el que aparecía una chica que se había prometido gracias a limpiarse la cara con crema para el cutis dos veces cada noche. Lucía ante sus amigas un anillo con un diamante.

—Tu diamante será el doble de grande —dijo Neely—. Mi padre ya me ha prometido el dinero.

—No me gustan los diamantes —dijo Justine.

—¿Por qué no?

—No me gustan las piedras preciosas transparentes.

En la televisión, un hombre mostraba un reloj capaz de resistir cualquier cosa, hasta un ciclo completo en la lavadora, y seguir funcionando sin interrupción.

—¿Y yo? —le preguntó Neely.

—¿Qué?

—¿Te gusto yo?

Su dedo seguía molestándola en el cuello. Justine puso mala cara y se apartó.

En el centro de Baltimore, un hombre entrevistaba a la gente que salía de un cine. Quería saber si habían oído hablar de su producto: un dentífrico antibacteriano.

—Dios mío, no —dijo una señora.

—Bueno, piense durante unos instantes. Digamos que coge un resfriado y se repone de él. No quisiera volverlo a coger por culpa de su cepillo de dientes, ¿verdad?

—Dios mío, no.

Detuvo a un hombre con un impermeable.

—¿Señor? ¿Ha pensado alguna vez en lo peligroso que resulta usar el mismo cepillo de dientes que utilizaba cuando estaba enfermo?

—Caray, pues, no, nunca lo había pensado. Pero creo que tiene usted razón.

Detuvo a Duncan.

—¡Eh! —dijo Neely—. ¿No es ese tu primo?

Duncan llevaba una chaqueta en tonos oscuros que Justine nunca había visto con anterioridad. Iba con el rostro contraído por el frío. No había nadie más en el mundo con un rostro tan puro, inquebrantable. Se inclinó ligeramente para oír la pregunta, concentrándose con atención mientras fijaba

la vista en algo que había a lo lejos.

Cuando el hombre hubo terminado, Duncan se enderezó y reflexionó durante unos instantes.

—En realidad —dijo—, una vez que el cuerpo ha conseguido la resistencia suficiente como para vencer esas bacterias, es muy cuestionable el que...

El hombre interrumpió la conversación y corrió tras una gorda señora.

Justine fue al vestíbulo principal para coger el abrigo. «¿Justine?», gritó Neely. Ella le ignoró. Neely probablemente pensó que no podía oírle, que había ido a la cocina a buscar algunos refrescos. En cualquier caso, no volvió a llamarla.

Todo lo que Justine se decía era que le debía una visita a Duncan. Él era su primo, después de todo, ¿no? Y realmente debería darle el dinero del abuelo. (Que todavía estaba apretujado en su joyero.) Justine tuvo que convencerse a sí misma. Pero Duncan debía saber exactamente cómo funcionaba la mente de ella, porque cuando abrió la puerta se quedó de pie mirándola durante unos instantes y a continuación la cogió y la besó, y después dijo: «Mira, puedo ver velos y velos deslizándose sobre tus ojos como persianas, nublándote la vista hasta que llegues a ser capaz de justificar esto adecuadamente». Después la tumbó en la cama con el centro hundido, lo que la hizo rodar hasta él, de modo que Justine podía sentir los cálidos huesos de Duncan a través del delgado tejido de su camisa. Duncan la desnudó y se desnudó. No obstante, Justine no puso ningún reparo, no dijo nada de lo que le había dicho a Neely. Se sentía feliz y segura, como si todo lo que hacían ya le fuera familiar. Justine parecía resplandecer a causa de una secreta sonrisa ante el regocijo de una travesura más original, más divertida, de una travesura que estaban inventándose justo entonces, o ante el rostro de duendecillo de Duncan, que súbitamente se había tornado dulce, o ante su propio yo reflejado en los ojos de Duncan: una chica desnuda con un sombrero bretón.

Duncan regresó a casa en marzo de 1953. Entró un domingo a la hora de comer en el comedor de la bisabuela. «¡Duncan!», gritó su madre medio levantándose. Después: «¿Qué demonios es eso que llevas?».

Duncan llevaba un chaquetón de marinero que había comprado en una venta de saldos de la armada. Necesitaba un corte de pelo. Llevaba casi un año fuera y durante ese tiempo su rostro había cambiado de un modo indefinible, convirtiéndole en un extraño. Los mayores le miraron fijamente y sus primos y primas le echaron tímidas miradas de reojo. Todos, excepto Justine, que alzó su rostro como un faro y le sonrió desde el otro extremo de la sala. Duncan le devolvió la mirada.

—Bueno, muchacho —le dijo su padre—. De modo que ya has vuelto a casa.

—No —dijo Duncan mirando a Justine.

Pero no le creyeron.

—Acerca una silla —le dijo su madre—. Toma la mía. Cógete un plato. ¿Has comido alguna vez como Dios manda desde que nos dejaste?

—Voy a casarme —dijo Duncan.

—¿Casarte?

El fantasma rojo de Glorietta cruzó por sus mentes como un rayo. Todos los mayores se movieron con inquietud.

—Voy a casarme con Justine.

Al principio pensaron que se trataba de una broma. De mal gusto, pero propia de él. Después observaron lo solemnes e inmóviles que estaban los dos. «Dios mío», dijo la madre de Justine. Se agarró súbitamente un puñado de encajes de la chorrera de su vestido. «Dios mío, ¿quién se hubiera imaginado algo así?»

Aunque a todos les parecía, ahora, que hacía mucho que deberían habérselo imaginado. ¡Todas esas visitas que le hacía Justine! ¡Esas excursiones! Todo el mundo sabía que ella detestaba los viajes tanto como cualquier otro Peck. Y sin embargo, durante todo el invierno, había estado envolviendo, día tras día, el almuerzo en la cocina de Sulie, marchándose a continuación y diciendo que no regresaría hasta la noche. «Me voy de excursión con Duncan. A algún lugar del campo.» «Sí, sí, ve», le decían. «Vigíalo por nosotros.» Había hecho campana, se había saltado importantes reuniones familiares, había dejado de ver a Neely, se había alejado de sus primos y primas. «Pero está bien que esté con Duncan», se decían entre sí. «Seguro que será una buena influencia para él.» ¡Cómo les había engañado!

Solo Sam Mayhew, lento de reflejos, parecía ser incapaz de realizar el salto mental que los Peck acababan de dar. Miró alrededor de la mesa, pasando la vista de unos a otros, con la cara dispuesta a estallar en carcajadas tan pronto como viera dónde estaba la gracia. «¿Qué?, ¿qué pasa?», dijo.

Los otros lo apartaron con la mano, demasiado ocupados adaptándose al shock. Pero Duncan se acercó y se quedó de pie justo delante de él y le habló sosegadamente, como si se tratara de un niño.

—Tío Sam, me caso con Justine.

—Pero... no puedes.

—Y yo te digo que sí. Te lo estoy comunicando, no pidiéndote permiso. Nada me hará cambiar de opinión.

—No puedes.

—Dios, si ni siquiera debe de ser legal —dijo Caroline.

—Sí que lo es —le dijo Duncan.

—Claro que lo es —dijo su abuelo.

—Pero... —replicó Caroline.

—¿Quién es el abogado aquí? ¿Tú o yo? El muchacho tiene razón. Es cierto. Y sí, reconozco que hay mucho que decir en contra. Pero miradlo de este modo. ¿Qué mejor chica podría haber escogido? Seguro que Justine le hará sentar un poco la cabeza. Y de este modo no tendrán que adaptarse a nada, ningún problema con los suegros...

—Deberían encerrarte —le dijo Sam Mayhew.

—¡Caballero! —exclamó el abuelo Peck.

—¿No has oído hablar de la endogamia?

—En la mesa no, Sam.

—¿No has oído hablar de los genes?

—Nosotros procedemos de una familia fuerte —replicó el abuelo—. No hay por qué preocuparse. —Cogió el cuchillo de trinchar la carne—. ¿Duncan, muchacho, te apetece una loncha de jamón?

—Duncan es un pariente consanguíneo —dijo Sam Mayhew—. Y solo tiene veinte años, y ni un solo hueso responsable en todo su cuerpo. No voy a permitirlo. Justine no se casará con Duncan ni con ningún otro Peck.

—Entonces nos fugaremos y nos casaremos en otra parte —dijo Duncan.

—¡Que os fugaréis! —gritó la madre de Justine—. ¡Oh, cualquier cosa menos eso!

—Eres una imbécil, Caroline —dijo Sam Mayhew.

Entonces se levantó, cogió a Justine por la muñeca y se la llevó en dirección a la puerta. Pero Justine, al igual que Duncan, todavía conservaba la calma. Nada parecía trastornarles. Cuando Justine pasó junto a Duncan le echó una lenta y profunda mirada, que hizo que el resto de la familia apartara

la vista.

—Ven, Justine —le dijo su padre.

La condujo por el comedor hasta su habitación. Justine lo siguió sin protestar. La dejó en su habitación, cerró la puerta y volvió a colocar la llave encima del marco antes de volver con los demás.

Justine se sentó a esperar en su mecedora adornada con volantes. La inutilidad de estar encerrada en su habitación le parecía algo más cómico que irritante, y no estaba preocupada por su familia. ¿Acaso Duncan no lo había pronosticado todo?

—Tu padre será el único en disgustarse. Los demás lo superarán. De todos modos, siempre ha sido una lata hacer que las esposas forasteras se adaptaran. Después tu padre cederá porque no le quedará otro remedio. Ya verás, no habrá ningún problema.

—Ya lo sé.

—Todavía sería más sencillo si te limitaras a fugarte conmigo.

—Quiero hacerlo como Dios manda, ya te lo he dicho.

—¿Tanto te importa? Justine, ¿por qué te importa tanto? No son más que un grupo de gente, un grupo de gente con el pelo rubio, gente corriente. ¿Por qué tienes que pedir su aprobación?

—Porque yo les quiero —contestó Justine.

Duncan se quedó sin respuesta. El amor y el querer no eran palabras que él utilizara, ni siquiera con ella.

Justine se mecía, contemplando el agrisado cielo de invierno, mientras en el piso de abajo la batalla proseguía ininterrumpidamente. La bisabuela apaciguaba a todo el mundo: una vieja y seca hebra marrón acudiendo a un lado y a otro. En su opinión esta boda era una magnífica idea; nunca había oído hablar de los genes. Cuando Sam Mayhew se puso hecho una furia, el abuelo le habló con brusquedad y le cortó en seco y sin dilación. Los tíos

hicieron observaciones con voz cavernosa, y las tías gorjearon y farfullaron. Y en medio de todo ello, la voz de Duncan flotando, uniforme, sensible y segura. Justine adivinó cuándo él había empezado a ganar. Duncan prosiguió solo, los demás se quedaron a la zaga. Lo peor de la batalla ya había pasado. Solo faltaba que los perdedores recuperaran su honra.

Justine se sintió de pronto sofocada y aburrida. Fue a su cuarto de baño a por el cepillo de dientes, y cogió una caja de cerillas del cajón de la cómoda. No en vano había crecido con Duncan: tras calentar el mango del cepillo de dientes muy lentamente, lo introdujo poco a poco en la cerradura de la puerta, después le dio la vuelta y salió de su habitación sin impedimento alguno. Cuando volvió a entrar en el comedor, no parecieron sorprendidos de verla. Solo Duncan, al observar el cepillo de dientes en su mano, se inclinó con la silla hacia atrás y puso cara de satisfacción, pero adoptó un semblante grave tan pronto como vio al padre de Justine levantarse y dar la vuelta a la mesa para hacer frente a su hija.

—Justine —le dijo.

—Sí, papá.

—Se me ha dado a entender que verdaderamente no hay nada que yo pueda hacer para detenerte. Solo espero que te avengas a razones. Escúchame, Justine. ¿No ves por qué haces esto? No es más que la proximidad; ninguno de los dos tenía a nadie más, nadie de esta familia tiene a nadie más. Habéis pasado demasiado tiempo juntos, a una edad en la que... y tú tenías miedo de recurrir a un extraño. Admítelo. ¿No te parece que estoy en lo cierto?

Justine reflexionó durante unos instantes.

—Bueno —dijo finalmente—. Me parece que estás en lo cierto, sí.

—¿Y bien?

—Pero el caso es que ambas partes parecéis estar en lo cierto. Yo siempre

estoy de acuerdo con quienes escucho.

Su padre se quedó esperando, pensando que añadiría algo más.

Justine se limitó a sonreír.

—¡Aaah! —exclamó Sam de pronto, y le volvió la espalda levantando ambas manos.

—Hasta te pareces a él. Eres un títere. Hoy he aprendido algo: junta a una persona mala con otra buena y la mala siempre vencerá. Siempre me había tenido intrigado.

—¿Cómo has dicho? —saltó tía Lucy—. ¿Es a Duncan a quien estás llamando malo?

—¿Y a quién, sino?

—Duncan no es un chico malo.

Hasta Duncan pareció sorprenderse.

—Ha sido Justine quien nos ha mantenido a todos los demás alejados de él. ¡Justine ni siquiera le contó a su propia madre dónde vivía Duncan! ¡La culpa es de ella!

—Dios mío, Lucy —dijo la madre de Justine.

Duncan dejó caer la silla hacia delante. Tal vez esto se pusiera interesante. Pero no, les distrajo un nuevo acontecimiento: Sam Mayhew abrochándose la chaqueta. Lo hacía con los codos hacia fuera y con su cara en forma de esfera de reloj fijada impasiblemente en dirección a algún punto por encima de sus cabezas. Enseguida supieron que algo importante estaba pasando.

—Yo no voy a ir a esa boda —dijo finalmente.

—¡Oh, Sam! —gritó su mujer.

—Y tampoco voy a vivir aquí.

—¿Qué?

—Me voy donde mis padres. Me buscaré una casa en Guilford.

Terminó con los botones. Empezó a tirarse de los puños de la camisa hacia

abajo: pulcras bandas blancas por encima de sus gordiflonas manos rojas.

—Tú, Caroline, también puedes venir, por supuesto. Y Justine, si es que decide no llevar a cabo esta boda. Pero te lo advierto: si vienes, solo visitaremos a tu familia una vez al mes.

—¿Una vez al mes?

—El primer domingo de cada mes, vendremos a comer. Nos marcharemos a casa a las tres.

—Pero Sam —dijo su esposa.

—Decídetes, Caroline.

Sam siguió mirando por encima de la cabeza de su mujer. Caroline recurrió a su familia. Todavía tenía un rostro infantil, si bien los años habían actuado sobre sus mejillas como la fuerza de la gravedad. Su peso se había instalado sobre sí mismo. Caroline parecía un pastel que se hubiera caído al suelo. Mientras hacía girar las perlas de su collar entre los dedos, dirigió una profunda mirada de desconcierto a cada uno de sus hermanos y hermanas, a su padre y a su abuela.

—¿Qué decides, Caroline?

—Es que no puedo dejarles así como así.

—Muy bien.

—¿Sam? —le dijo ella.

Él se acercó a Justine. Duncan se levantó al instante.

—Justine —le dijo Sam Mayhew—, has sido una hija decepcionante en todos los sentidos, toda tu vida.

Entonces Justine se balanceó hacia atrás como si hubiera sido golpeada, pero Duncan ya estaba apuntalado tras ella para sostenerla.

La boda iba a celebrarse en una iglesia. Toda la familia insistió en ello.

Duncan hacía años que no había ido a la iglesia y detestaba al reverendo Didicott, un hombre gordo que procedía de la ciudad natal de tía Lucy y que hablaba con un acento del sur que, sin duda, doblaría la duración de la ceremonia. Pero dijo que haría todo lo que quisiera Justine. Y Justine, solo medio complaciente, estuvo de acuerdo con los demás, accediendo a un largo traje de raso, al velo color marfil de Sarah Cantleigh y a una viejecita asesora con una caja de puros para los casos de emergencia, llena de alfileres, hilo blanco, aguas amoniacaes y un pedazo de tiza para las manchas. «¡Oh, Duncan!», dijo Justine cuando pasó a toda velocidad junto a él camino del fotógrafo. «¡Lo siento! ¡Sé que debes odiar todo esto!» Pero Duncan se mostró sorprendentemente tolerante. Había accedido a renunciar a su habitación y a trasladarse a casa durante el mes previo a la boda; fue sin rechistar a comprarse un traje negro, que le hacía parecer severo y extraño. En los momentos de calma en medio de toda esa agitación, parecía observar a Justine con gran detenimiento. ¿Pensaba tal vez que ella cambiaría de opinión? Mientras Justine leía la revista *Novias*, sentía cómo su mirada se cernía sobre ella, tanteándola, buscando algo. «¿Qué pasa?», preguntaba, pero Duncan nunca contestaba.

La madre de Justine estaba en todas partes. No cesaba de ir de un lado para otro, dando órdenes, anunciando los planes oportunos con una voz gorjeante tan alegre, que esta parecía a punto de desprenderse y echar a volar.

—Realmente nadie podría adivinar que su marido la ha dejado —le dijo Justine a Duncan.

—No te precipites.

—¿Por qué?

—Ahora la boda la mantiene ocupada. ¿Y luego?

Luego Justine se encontraría muy lejos. Si había algo que Duncan no estaba dispuesto a hacer era vivir en Roland Park. Ni tan siquiera en

Baltimore, ni tan siquiera el tiempo suficiente para que Justine pudiera terminar la universidad. Y él no pensaba regresar a la Hopkins. De modo que iban a alquilar una casita y una parcela de terreno a una hora de viaje, en el campo, cerca de donde solían ir en sus excursiones. Duncan tenía pensado montar una granja de cabras. Era lo que siempre había querido, decía. ¿Sí? Justine nunca se lo había oído mencionar. Pero no podía pasarse la vida consultando datos para los profesores. Y, de todos modos, continuamente perdía esos empleos; no podía resistir la tentación de redactar el material con otras palabras, convirtiéndolo en más interesante, poniendo de su propia cosecha algunos conocimientos asombrosos y alguna que otra mentira. Y tanto él como Justine contaban con una parte del fondo fiduciario del viejo Justin que, debido a la proliferación de herederos, prácticamente se había quedado en nada, pero podrían apañárselas hasta que la granja empezara a ser rentable.

—Te estás atando de pies y manos, muchacho —le dijo su abuelo—. Deberías tener estudios. Y alquilar no está bien, es una forma chapucera de hacer las cosas.

—Claro, abuelo.

Pero Duncan seguía leyendo la *Gaceta de la cría de cabras*, con los dedos hundidos en su cabello y enredando en él, como hacía siempre que se encontraba absorto en algo. Y una semana antes de la boda ayudó a supervisar cómo cargaban un camión de mudanza Mayflower con monumentales y anticuados muebles procedentes de los parientes, y alfombras enrolladas, cajones con copas de cristal, obsequios de plata y porcelana, mantelerías y juegos de cama que tía Laura había bordado con un monograma, y tupidas cortinas de damasco, todo ello para su cabaña de tres habitaciones. Justine no estaba completamente segura de que todo fuera apropiado, pero ¿de qué otro modo podía una amueblar una casa? No lo

sabía. Duncan no hizo ningún comentario, se limitó a observar a Justine sin sorpresa alguna mientras esta dirigía a los mozos de la mudanza hacia un tocador con las patas en forma de garra, una lámpara de pie decorada con borlas, un armazón de cama con remates en forma de piña.

—Ahora prepara a tu madre —le dijo Duncan a Justine—. En serio. Prepárala para que se vaya haciendo a la idea de que va a estar sin ti, porque será un shock para ella cuando eso suceda.

—Lo haré.

—Prepárate tú también, Justine.

—¿Que me prepare para qué?

—¿Eres realmente consciente de que vas a irte de aquí?

—Claro que sí —replicó ella.

Bueno, naturalmente preferiría no marcharse. La entristecía el mero hecho de pensar en ello. Pero nada era tan importante como la convulsión que sentía en el estómago cada vez que veía a Duncan. Cuando se sentaban, apartados el uno del otro, en el estudio de la bisabuela, era como si sus espíritus se alzaran y se encontraran mientras sus cuerpos permanecían sentados. En los vestíbulos y despensas y cajas de escalera, se besaban hasta sentirse mareados y aturcidos. Echaba de menos la habitación de Duncan en el centro de la ciudad: su cama chirriante, el cálido latido en la profundidad de su garganta, el arco curtido de su pie derecho curvándose hasta adaptarse exactamente a la forma de su pantorrilla cuando ella dormía.

—Aun así —dijo Duncan—, quisiera estar seguro de que sabes dónde te metes.

En el ensayo, Esther desempeñó el papel de la novia, por aquello de la buena suerte. Fue horrible verla ahí arriba, tan cerca de Duncan. El vestido, de tubo

verde esmeralda, realzaba su figura, que era mejor que la de Justine.

—Dime —le preguntó después Justine a Duncan—, ¿pensaste alguna vez en casarte con Esther?

—No.

—¿Pero por qué conmigo? —dijo Justine.

—¿Y por qué conmigo, si de eso se trata?

—No lo sé —respondió ella.

—¿Por qué te casas conmigo, Justine?

—Verás, Claude es demasiado gordo y Richard demasiado joven.

Justine no comprendió la extraña mirada que le dirigió Duncan.

La mañana del día de la boda de Justine, un pálido y frío día de abril, su madre la despertó abriendo las cortinas de su habitación de par en par.

—Justine —le dijo—, escúchame. ¿Estás despierta?

—Sí.

—Quiero que me escuches unos instantes.

Su madre llevaba un resbaladizo camisón de seda rosa y su cara de muñeca ya estaba perfectamente maquillada, sus rizos perfectamente alisados. En la mano sostenía un trozo de papel rasgado. Se sentó en la cama de Justine y le tendió el trozo de papel, con la sonrisa embaucadora de quien ofrece una medicina.

—El número de teléfono de tu padre —le dijo.

—¿El teléfono de quién?

—Escucha lo que voy a decirte. Quiero que salgas al vestíbulo para llamar. Quiero que marques este número. Es el de tu abuela Mayhew. Pide hablar con tu padre. Dile: «Papá, hoy es el día de mi boda».

—Oh, mamá.

—¡Escúchame! Dile: «Papá, se supone que este es el día más feliz de mi vida. ¿No harás que sea perfecto y me llevarás al altar?».

—Pero yo no sé hablar de este modo —dijo Justine.

—Claro que sabes. Y tu padre tiene ese elegante traje que todavía guarda en la bolsa de la tintorería. Sé que se lo llevó consigo. Mira, no sería ningún problema para él. ¿Justine? Te lo ruego, Justine.

—Mamá...

—Por favor, ya cuento con ello. Sé que funcionará. ¿No ves con qué esmero he apuntado el número? Cógelo. Cógelo.

Su madre se lo puso a la fuerza entre las manos. Justine se levantó de la cama, todavía a regañadientes.

—Venga, Justine.

En el vestíbulo, el teléfono descansaba sobre una mesa en forma de corteza de empanada redonda. La ventana que había justo encima estaba en parte abierta, lo que hacía que Justine, con su ligero camisón de algodón, tiritara mientras marcaba el número.

—¿Sí? —dijo Sam Mayhew.

Justine esperaba a su abuela, una anciana con voz estática que apenas conocía. Todavía no estaba preparada para su padre.

—¿Sí? —dijo él.

—¿Papá?

Se produjo una pausa. Entonces él dijo:

—Hola, Justine.

—Papá, quería... hoy es el día de mi boda.

—Sí, lo leí en el periódico.

Justine permanecía en silencio. Absorbía la suave e interrogativa voz de su padre, que le recordaba los muy lejanos y frustrados intentos de conversación en Filadelfia. Por primera vez fue consciente de que su padre se había

marchado de verdad. Todo se había roto y alterado, ya nunca más volvería a ser lo mismo de antes.

—Cariño —le dijo él—. Siempre puedes cambiar de idea.

—No, papá, no quiero cambiar de idea.

—Estoy a punto de comprar una casa en Guilford. ¿No te gustaría eso? Hay una habitación para ti, con papel azul en las paredes. Sé que te gusta el azul. Podrías ir a la universidad, a algún sitio agradable. Caramba, ¡antes eras una chica de notables altos! Esos Peck creen que las chicas solo van a la universidad para pasar el tiempo; aún no es demasiado tarde. Ya lo sabes. Todavía puedes anular la boda.

—Papá, ¿vendrás para llevarme al altar?

—No, no puedo prestarme a una cosa así.

—Me gustaría tanto.

—Lo siento.

Su madre tiró del camión de Justine.

—Dile lo del día más feliz de tu vida —le susurró.

—Espera...

—¿Quién es? —le preguntó su padre.

—Es mamá.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Dice que te diga que...

—¿Ha sido tu madre quien te ha metido en todo esto?

—No, yo... ella solo...

—¡Oh! —dijo su padre—. Creía que eras tú quien me lo pedía. Ojalá hubiera sido así.

—Pero si soy yo quien te lo pide.

—Justine, no voy a ir a la boda. No insistas más. Pero escúchame, porque estas serán las últimas palabras sensatas que oirás en todo el día, o tal vez en

toda tu vida: tienes que irte de ahí.

—Irme, papá...

—Tú crees que realmente te vas, ¿no es cierto? Vais a criar gallinas o algo por el estilo.

—Cabras.

—Pero en el fondo no te vas y, de todos modos, antes de un año habrás vuelto.

—Pero si vamos a...

—Ya sé por qué te casas con Duncan. Tú crees que no lo sé. Pero, ¿te has preguntado alguna vez por qué Duncan se casa contigo? ¿Por qué se casa con su prima hermana?

—Porque nosotros...

—Una de dos. Porque quiere a una Peck junto a él, bien para atormentarla, bien para depender de ella. O hará de tu vida un infierno o está mucho más atado a su familia de lo que cree. Una de dos, Justine. Una de dos. Este es un asunto en el que no deberías meterte.

—No puedo seguir hablando —dijo Justine.

—¿Qué? Espera, ahora...

Pero Justine colgó. Le castañeteaban los dientes.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó su madre—. ¿Qué ha pasado? ¿No viene?

—No.

—Oh, vaya. Bueno.

—No me encuentro bien.

—No son más que los nervios de la boda; es perfectamente lógico —dijo su madre—. Oh, para empezar, nunca debería haberte pedido que le llamaras. Solo lo hacía por su bien.

Después acompañó a Justine a su habitación y la cubrió con un edredón

que la bisabuela había cosido a mano, y se sentó un rato junto a ella. El edredón desprendía un calor intenso, denso. En el aire, procedente de la cocina, flotaba un olor a café y a tostadas de canela, y un suave himno de Sulie con una melodía errante. Los músculos de la mandíbula de Justine se relajaron, y ella sintió que empezaba a tranquilizarse y relajarse.

—Nos las apañaremos de maravilla sin él —dijo su madre—. Solamente quería hacerle creer que formaba parte de las cosas.

Después el pastor, el reverendo Didicott, le dijo a su ayudante que la boda Peck-Mayhew era lo más extraño que había visto en su vida. En primer lugar, por cómo se sentaron los invitados, que, para empezar, no eran muy numerosos: unos cuantos amigos agrupados al fondo y la familia común de los novios en la parte delantera. Había algo irreal en el hecho de que casi todo el mundo de la parte de delante presentara el mismo rostro blanco, más bien inexpresivo; el mismo rostro repitiéndose exactamente una y otra vez, solo distinguiéndose ligeramente unos de otros por el sexo o la edad. Después el novio, cuya alegría no parecía ser del todo apropiada, estuvo siguiendo al reverendo antes de que empezara la ceremonia, insistiendo en que el cristianismo era una religión que estaba desapareciendo. «Es el único caso que conozco en el que los pecados mentales también cuentan; no tiene ningún futuro», dijo. «Créame, sálgase ahora que todavía puede.» Justo entonces el reverendo Didicott debería haberse negado a casarlos, pero no le podía hacerle eso a Lucy Hodges Peck, a cuya familia había conocido en el sur. La novia fue llevada al altar por el abuelo, un hombre con el semblante grave y un modo de hablar a la gente terriblemente irascible, aunque, por los rumores que corrían, el padre de la novia gozaba de una excelente salud. El novio se negó a besar a la novia en público. Pero la madre de la novia era la más

extraña de todos ellos. Si bien estuvo muy tranquila durante toda la ceremonia —tal vez con los labios un poco temblorosos— y alegre y coqueta en la recepción posterior, escogió el momento en que los novios se marchaban para estallar. En el instante justo en que el novio acomodaba a la novia en el coche (una historia totalmente aparte, un vergonzoso objeto color verdoso con la parte posterior toda achatada), la madre soltó un grito: «¡No!», chilló. «¡No! ¿Cómo puedes irte y dejarme sola? ¡Si tu padre se marchó fue por tu culpa! ¿Cómo puedes irte de este modo, sin una pizca de compasión?» La novia iba a bajar del coche, pero el novio le puso una mano en el brazo y la detuvo, y se marcharon en su automóvil, que parecía conducido por alguien que tirara de su morro. La madre se echó en los brazos del abuelo y lloró fragorosamente. «Nosotros no lloramos, Caroline», le dijo él. La más anciana de todas las señoras Peck simuló una sonrisa cortés y empezó a tararear, y el reverendo Didicott miró dentro del sobre que el novio le había entregado y encontró cincuenta dólares en dinero confederado.

Duncan dijo a todo el mundo que se iban de luna de miel, pero no era verdad; sencillamente le gustaba mentir. En lugar de eso se fueron directos a la granja. Durante dos semanas nadie les molestó. Duncan trabajó ininterrumpidamente: acomodó ocho cabras Toggenburg y un macho cabrío de pura raza que olía a circo, transportó balas de heno y sacos de comida Purina para cabras, un bloque de sal rosa y una cuba de melazas residuales que, según él, incrementarían la producción de leche al mezclarlas con el agua que beberían las cabras. El tiempo se había tornado súbitamente cálido y Duncan trabajaba en camiseta, silbando «La bala de cañón de Wabash», mientras que en su diminuta casita Justine abría todas las ventanas de par en par, y recogía las cortinas de damasco con una cinta para que no obstruyeran la brisa. Justine había convertido su hogar en una réplica de la casa de la abuela, si se pasaban por alto las paredes empapeladas de verde y los techos

amarillentos. Las alfombras cubrían el linóleo floreado, y la cama con cuatro columnas tapaba los hongos que crecían bajo una ventana. Combatió los extraños olores a queroseno y a tocino colgando en el vestíbulo la bola de porcelana perfumada de la bisabuela. Cada día trabajaba horas y horas preparando platos según las recetas del libro de cocina *La campesina Fanny*, el mismo que utilizaban todas sus tías. Por las tardes se sentaban juntos en el porche delantero, en dos mecedoras con el asiento de mimbre que habían pertenecido a su abuelo. Contemplaban el paisaje que se extendía al otro lado de su terreno, abandonado y cubierto de maleza, más allá del establo con el techo inclinado en el que las cabras permanecían con el lomo hundido. Como un viejo matrimonio campesino, se mecían y observaban el camino de grava, donde de vez en cuando aparecía una camioneta de reparto con destino a la granja de los Jordan, en la colina, o una fila de niños llevando cañas y flores esmirriadas y que, con paso lento y juguetón, volvían de regreso a casa. Justine pensó que sería fantástico poder permanecer eternamente de ese modo: aislados, inmóviles, sin apenas respirar, sin estar atados a nadie. Eran como dos personas bajo una burbuja de cristal. Se mecían al unísono, uno al lado del otro, casi tocándose pero sin llegar a hacerlo, como si entre ambos se extendieran delgadísimos hilos.

Después las cartas empezaron a llegar. «Me mantengo ocupada, voy a dar muchos paseos», decía la madre de Justine. «No muy lejos, claro. Solo por el jardín de la bisabuela, arriba y abajo una y otra vez.» Tía Lucy decía: «Pensamos en vosotros muy a menudo. Especialmente Caroline, es fácil de adivinar, aunque ya sabéis que no lo diría por nada del mundo». «El domingo pasado —decía la bisabuela— pusimos dos platos para vosotros por si ya habíais regresado de la luna de miel y teníais la intención de venir a comer. Dios sabe cuánto bien le haría a Caroline, pero parece ser que no os fue posible.»

Justine sintió una puñalada en el pecho. «Querida mamá —escribió Justine —, te echo mucho de menos. Tengo ganas de ir a casa para visitaros. Duncan dice que iremos tan pronto como podamos, aunque, claro, las cabras no son algo que puedas dejar así como así. Debemos ordeñarlas dos veces al día, y darles de beber, y, de todos modos, Duncan ha de estar por aquí cerca, porque ha puesto un anuncio en el periódico y pronto empezarán a llegar clientes...»

«Querida mamá», decía Duncan en una postal. «¡Hola! Estamos bien. Salud a todo el mundo. Atentamente, Duncan.»

La tinta de la familia era negra, los sobres crema. Casi cada mañana había un acordeón color crema esperando en el buzón al final del camino de entrada. Una vez Duncan llegó a él antes que Justine; sacó las cartas y las lanzó por los aires, justo encima de su cabeza. «¡Uuuh!», dijo, y echó el rostro hacia atrás igual que un niño bajo una tormenta de nieve, mientras los sobres iban cayendo a su alrededor. Justine se acercó corriendo y se agachó al final del camino de grava para recogerlas.

—Oh, Duncan, ojalá no hicieras estas cosas —le dijo—. ¿Cómo voy a saber que están todas?

—¿Y qué más da? Todas dicen lo mismo.

Era verdad. Aun así Justine las leía atentamente, a menudo conmovida o empezando a hablar, mientras Duncan contemplaba su rostro. Cada sobre despedía un ligero aroma de jabón Ivory, el olor de casa. Podía imaginarse las frondosas sombras reordenándose detrás de la ventana de su habitación, y la sonrisa tranquila, cariñosa, de su abuelo cuando se la encontraba al empezar el día. Echaba mucho de menos a su abuelo.

—Si te parece —le dijo Duncan—, este domingo te llevaré a comer con ellos. ¿Es esto lo que quieres?

—Sí, sí que lo es —le contestó Justine.

Pero por algún motivo no fueron. Duncan se lió a limpiar el establo, o a

instalar el alambrado de la cerca eléctrica. O simplemente se quedaron dormidos más de la cuenta, despertándose muy poco a poco, con sus piernas entrelazadas y sus ojos azules abriéndose a la vez para mirarse fijamente con sus cabezas reposando en la almohada, y entonces las cabras, que aún estaban por ordeñar, ya habían empezado a balar, y siempre había tantas faenas por hacer. «Tal vez el próximo domingo», escribía Justine. Cuando llegaba el siguiente fajo de cartas Justine se sentía afligida y arrepentida aun antes de haberlas abierto. Pero cuando se las llevaba a Duncan al establo, él solo se reía. Como un profesor con un puntero, golpeaba un tallo de alfalfa a la vez que pronunciaba frases sueltas aquí y allá: reproches, francas bravuconerías, frases con dos, tres y hasta cuatro significados. «Claro que sentimos muchísimo que no pudierais venir, pero lo entendemos perfectamente. De hecho, ya les había comentado a vuestras tías que tal vez no deberíamos contar con vuestra visita.» «¡Ja!», decía él.

Entonces el rostro de Justine iba relajándose poco a poco, pero con todo, reclamaba las cartas y las apilaba cuidadosamente antes de regresar a la casa.

Luego un día se acercó un camión traqueteando por el camino de grava. Se apeó un hombre sosteniendo un teléfono en la palma de su mano. «Teléfono», dijo, como si Justine debiera levantar el auricular para contestar. Pero el hombre pasó junto a ella con paso airoso y no se detuvo hasta llegar a los escalones del porche. Llevaba un cinturón con todo de herramientas colgando, que hacían un ruido metálico al chocar entre sí. Duncan le recibió en la entrada.

—No hemos pedido ninguno —dijo.

—Alguien lo hizo.

—Pues nosotros no.

El hombre se sacó del bolsillo una hoja de papel doblada, y después de desplegarla la agitó.

—Peck e Hijos —dijo.

—No somos nosotros.

—¿Te llamas Duncan Peck?

—Sí.

—Entonces este teléfono es para ti. No te quejes. La factura va a Peck e Hijos. Ojalá me hicieran a mí regalos de esta clase.

—Si quisiéramos un teléfono lo habríamos pedido nosotros mismos —dijo Duncan.

Pero Justine dijo:

—Oh, Duncan, ¡es un regalo! No podemos herir sus sentimientos.

Duncan la observó unos instantes. Después dijo:

—De acuerdo.

Ahora el teléfono sonaba una, dos, tres veces al día, incluso, y Justine tenía que ir corriendo desde los campos o el establo para contestar.

—Justine —le dijo su madre—, estoy en el piso de arriba, en el pasillo, contemplando tu habitación y tu estante de muñecas a lo largo de la pared, y esa muñeca española con su mantilla de encaje auténtico que te regaló tu abuelo en Filadelfia cuando solo tenías cuatro años. ¿Te acuerdas? Tiene una carita tan dulce y tan triste...

—Mamá, estoy ayudando a Duncan a descornar una cabra.

—¿Te acuerdas de cuando el abuelo te regaló la muñeca española? Tu insistías en llevártela a la cama contigo, aunque no era la clase de muñeca adecuada para abrazar. Papá y yo entrábamos cada noche en tu habitación cuando tú ya te habías dormido y volvíamos a dejarla sobre el tocador. ¡Tenías un aspecto tan inocente y tranquilo entonces! Nos quedábamos allí un ratito, de pie, para mirarte. Papá no tenía que viajar tan a menudo entonces y parecía que pasábamos mucho tiempo juntos.

—Oh, mamá —dijo Justine—. Ojalá estuviera ahí contigo. No te lo tomes

así, por favor, no llores.

Llamó tía Sarah, con tía Laura May en el supletorio del piso superior.

—Tu mamá ha empezado a quedarse en la cama, Justine, todo el día va con su albornoz. Tiene unos dolores de cabeza terribles. He llamado a tu papá pero me parece que ese hombre está poseído. Dijo que no quería venir, que era ella la que debía ir a su casa de Guilford, y claro, eso es del todo imposible, tu papá solo tiene una mujer de la limpieza una vez a la semana. Claro que ella necesitaría mucho más, pero nosotras hacemos todo lo posible por atender sus necesidades, hasta Sulie nos echa una mano. Vamos de cabeza todo el día.

—Le llevamos todas la comidas en una bandeja —dijo tía Laura May.

—Le hemos subido el televisor a su habitación.

—La radio durante el día. *Stella Dallas*.

—Iremos el domingo —dijo Justine.

—¿No me engañan mis oídos?

—Estaremos ahí alrededor del mediodía —dijo Justine—. Pero no podemos quedarnos a pasar la noche, ya sabes, las cabras son...

—Las cabras, sí.

—Hasta entonces, pues.

Justine volvió al campo.

—Duncan —dijo ella—, creo que será mejor que vayamos a comer este domingo.

—¿Conque eso crees?

—Ya han pasado seis semanas, ¿sabes? Y dicen que mamá está...

—No sigas machacando. Iremos.

Pero esa misma noche en la cama, cuando Duncan se acababa de tumbar junto a ella y había cogido la cabeza de Justine entre sus manos, el teléfono volvió a sonar de nuevo.

—Perfecto —dijo Duncan.

—Yo lo cogeré.

—Ah, tu madre y su vista de rayos X. Ha estado investigando. Lo tenía todo planeado. No podía llamar cuando simplemente estabas leyendo *La jornada de la mujer*, no...

—Déjame levantar, yo contestaré —dijo Justine.

—No, no contestes. Lo ignoraremos.

Pero después añadió:

—¿Cómo podemos ignorar una cosa así? Nueve timbres. Diez.

—Solo será un momento.

—Once —dijo Duncan. Había extendido un brazo sobre ella para impedir que se incorporara, pero él mantenía la cabeza levantada con la mirada fija en el negro resplandor del teléfono—. Saldremos fuera y dormiremos en el campo —le dijo a Justine.

—¡En el campo, Duncan!

—¿Y dónde si no? Si contestamos, gana ella. Si nos quedamos aquí escuchando gana ella. ¿Has oído? Esos timbres suenan como si fueran palabrotas. Vamos, Justine.

—Bueno, pero déjame que coja una manta.

—Aquí hay una manta.

—Necesito un albornoz.

—¿Para qué?

—¿Quieres tu almohada?

—No, no quiero mi almohada.

—Y el líquido contra insectos.

—Oh, por...

Entonces Duncan se levantó y salió de la habitación.

—¿Duncan? —gritó ella—. Duncan, ¿has cambiado de idea?

Pero antes de que ella pudiera seguirle Duncan ya había regresado agitando las enormes tijeras de hierro que utilizaba para recortar las pezuñas de las cabras. Justine solo oyó un chasquido.

El teléfono soltó un quejido y enmudeció.

—Oh, Duncan —dijo Justine, pero en cuanto volvió a meterse en la cama ya se estaba riendo.

Toda la mañana siguiente el teléfono permaneció mudo sobre el tocador, con su cómico rabillo apuntando hacia fuera. Por la tarde, cuando se marchaban para hacer algunas compras en la ciudad, Duncan cerró con llave la puerta principal para evitar que pudiera entrar algún técnico mientras ellos estaban ausentes. «No dudas de que la familia les informará sobre esto, ¿verdad?», dijo Duncan. «Enviarán agentes secretos con sus pequeñas bolsas de herramientas.» Y efectivamente, al regresar se encontraron con una tarjeta colgando del pomo de la puerta. «Que lástima, nuestro representante de teléfonos ha venido y se ha marchado», dijo él. Con todo, Justine solo rió.

Pero por la tarde, cuando estaban sentados en el porche, algo hizo que Justine dejara de mecerse. Se enderezó repentinamente y frunció el entrecejo.

—Duncan —dijo ella.

—¿Hmmm?

—Tengo una extraña sensación.

Duncan había estado leyendo un libro sobre cómo montar una granja de gallinas, y ahora iluminaba la página con una linterna porque ya había oscurecido. Levantó la linterna y enfocó el rostro de Justine.

—Está pasando algo terrible en casa —le dijo a Duncan.

—Siempre está pasando algo terrible en casa.

—De veras. Algo serio de verdad. No bromeo.

—¿Qué? ¿Te has convertido en médium?

—No, pero puedo saber si va a producirse algún tipo de cambio.

Duncan se meció y esperó.

—Tenemos que ir —dijo Justine.

Duncan apagó la linterna con un clic.

—Lo siento, Duncan. Iré yo sola si quieres. Pero tengo que...

—Está bien, está bien.

Mientras Justine preparaba una maleta para pasar la noche, Duncan subió a la colina con el coche para pedirle a Junior Jordan que se encargara de las cabras. ¡Hacía semanas que podían haberlo hecho! Sin duda. Pero lo cierto es que ella lo sabía tan bien como Duncan. Justine esperó en el porche, sujetando la maleta, tiritando un poco aunque hacía una noche calurosa. Cuando vio los faros, muy próximos entre sí, oscilando de arriba abajo en dirección a ella, bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta del coche.

—Todo está arreglado —le dijo Duncan—. Sube.

El coche parecía deslizarse por la carretera como si dos largos conos amarillos tiraran de él. Justine recordó otros viajes, antes de casarse, cuando volvían a casa a toda prisa para llegar antes del toque de queda. Durante todo ese viaje en silencio tuvo la sensación de que era una persona más joven, más inexperta, que mordisqueaba con inquietud las cintas de su sombrero mientras se preguntaba si la regañarían por regresar tan tarde.

En Guilford, a las ocho de esa misma mañana, la mujer de la limpieza había encontrado a Sam Mayhew muerto en la cocina. Llevaba un albornoz y junto a él, en el suelo, había un tubo de pastillas Tums para la digestión. Por lo visto había sufrido un ataque al corazón. A las diez de la mañana el viejo señor Mayhew había llamado a los Peck, pero a las cinco de la tarde Caroline aún no sabía nada de lo sucedido. Nadie quería decírselo. En vez de eso se apiñaban en pequeños grupos en la planta baja de la casa de la bisabuela,

intercambiándose apartes con un cuchicheo. «Está en la cama comiendo los bombones que Marcus le trajo.» «Está mirando un programa sobre arreglos florales.» «Está tratando otra vez de hablar por teléfono con Justine.» «¡Oh, si pudiéramos no decírselo nunca y olvidar todo esto!»

Entonces llegó el abuelo del trabajo. Se había visto obligado a jubilarse, pero le gustaba merodear por los despachos de sus hijos para comprobar cómo iba todo. «¿Qué pasa?», dijo al ver grupos de mujeres por todas partes. Cuando se lo dijeron meneó la cabeza bruscamente, como si se estuviera deshaciendo de una mosca. «¿Qué? ¿Pero cuántos años tenía? ¡Si ni siquiera había salido todavía de los cuarenta! ¿Y ha sufrido un ataque al corazón? ¿De qué clase de familia procedía ese hombre, por el amor de Dios?»

Después fue a darle la noticia a Caroline. Los otros se quedaron esperando de pie en la planta baja, simulando hablar pero dejando las frases a medias. Los tíos, uno a uno, consiguieron averiguar dónde estaba todo el mundo, y entonces también tuvieron que informarles. Richard llegó con una amiga, a la que educadamente le pidieron que se marchara, puesto que se había producido un acontecimiento desafortunado. Tía Lucy, quien en compañía de su pareja había salido de joven con Sam y Caroline, se sentía un poco afectada y no dejaba de agarrarse al brazo de su marido, hasta que Laura May sugirió que fuera a buscar los cuadrados de ganchillo que estaba haciendo para la colcha a ver si se distraía un poco. Entonces bajó el abuelo, con el semblante grave y solemne, mientras miraba su reloj de apertura automática.

—¿Qué? —preguntaron.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Bien.

—¿Qué ha dicho?

—No ha dicho nada.

—¿Podemos subir ahora?

—Haced lo que queráis —dijo, y a continuación se fue a su casa, llevándose a Esther consigo para que le preparara la cena.

Los otros subieron las escaleras de puntillas. Caroline estaba en la cama recostada en un montón de almohadas. Cuando los demás entraron se inclinó hacia delante para bajar un poco el volumen del televisor.

—Caroline, lo sentimos mucho —dijeron.

Y Caroline dijo:

—Vaya, gracias. Sois muy amables al preocuparos por mí.

—Si hay algo que podamos hacer...

—No se me ocurre nada. Pero os agradezco que me lo preguntéis.

—¿Te gustaría ir a la funeraria? Claro que no es como si aún estuvierais juntos ni nada parecido. No sé qué se suele hacer en estos casos, pero si crees que...

—Ah, después, quizá. Ahora mismo no.

—Lo más probable es que no se deba ir, de todos modos.

—Sí.

—Bueno, si nos necesitas, solo...

—Sí, claro. Os lo haré saber inmediatamente.

Volvieron a bajar las escaleras de puntillas. Aunque ya era hora de marcharse a casa para la cena, parecían estar dispuestos a quedarse revoloteando por la sala de estar de la bisabuela. No estaban muy seguros de cómo debían comportarse. La última muerte en la familia se había producido en 1912; había pasado demasiado tiempo como para que la mayoría de ellos pudiera acordarse.

—Y sin embargo —dijo tía Sarah finalmente—, no es como si Sam Mayhew fuera realmente...

—No. No.

—Y después de todo, lo cierto es que...

—Oh, se comportaba como si estuviera poseído.

—Siempre trataba de ponerla en contra nuestra.

—No hacía ningún esfuerzo por comprenderla.

—Y Caroline es tan sensible. No puede evitarlo.

—Mira que negarse a llevar a su propia hija al altar.

—Pero con todo —dijo tía Lucy, que en ocasiones se emocionaba exageradamente—, ¡Caroline le quería! Sé que le quería, ya habéis visto lo afligida que estaba. Y ahora está muerto. Oh, ¿qué va a hacer Caroline ahora?

—Lucy —le dijo su marido—. Ya es hora de que vayas preparándome la cena, ¿no crees?

—Está bien, ya voy.

—Trataremos de llamar a Justine desde nuestra casa, abuela. Si el teléfono no está arreglado, mañana por la mañana me acercaré hasta allí con el coche.

—Oh, piensa en Justine. ¿Cómo podrá llegar a perdonarse alguna vez?

En el piso de arriba, unos vaqueros cantaban solitarias canciones alrededor del fuego de un campamento, y el viento ululante hacía rodar arbustos marchitos por el desierto.

A las nueve de esa misma noche, Caroline se levantó con su bata de seda rosa y se puso las zapatillas adornadas con plumas. Antes de salir de la habitación apagó el televisor. Bajó las escaleras con un aire solemne y majestuoso; atravesó el vestíbulo principal y cruzó la puerta. Estuvo deambulando por el jardín y después salió a la carretera, avanzando hasta el centro con los brazos extendidos y dando pequeños y cuidadosos pasos, como un equilibrista. Al primer coche que pasó, se le apareció tan monstruosa e inesperadamente como una inmensa pompa de chicle rosa. El segundo conductor no se dejó sorprender con tanta facilidad. «Beba usted en casa, señora», le gritó por la

ventanilla, y después pasó cuidadosamente junto a ella.

Tuvo que esperar seis coches, en total, antes de encontrar uno que la atropellara.

Duncan le llevó a Justine una taza de caldo de ternera, una cuchara de plata y una servilleta de hilo. Se la encontró sentada en la sala de estar de la bisabuela, completamente sola, con la mirada perdida.

—Ah, gracias —dijo ella.

Justine dejó la taza sobre la mesita de café.

—Lo he hecho yo.

—Gracias.

—Mamá decía que café, pero el café no tiene ningún valor nutritivo.

Justine se alisó el vestido.

—El caldo lleva proteínas —le dijo Duncan—. Puedes pasar meses y meses sin proteínas y sentirte estupendamente, sin notar nada, pero en el fondo te va perjudicando de un modo del todo irreparable. Las proteínas están hechas de aminoácidos, los bloques constitutivos de las...

—Duncan, no puedo creer que me estés diciendo todo esto.

—Yo tampoco —dijo él.

Duncan esperó a que Justine probara el caldo. No lo hizo. Se puso de cuclillas junto a ella.

—Justine —le dijo.

Pero no, demasiado tarde; las tías les habían perseguido y atrapado de nuevo. «¿Justine? No deberías estar ahí sentada, cariño...»

A Duncan le hacían pensar en los barcos. Viajaban en flotas. Sus anchas faldas de verano se encresparon y desinflaron al colocarse todas ellas junto a él, excluyéndole poco a poco. Pero Duncan no se rendía tan fácilmente.

—Solo estábamos hablando —les dijo Duncan a las tías.

—Debería estar en la cama.

—¿Para qué?

—No tiene un aspecto nada bueno.

Era verdad. Hasta su pelo parecía distinto, cayéndole lacio y sin vida alrededor de la cara. En solo cuatro días había desarrollado un nuevo y profundo hueco entre las dos clavículas. Ya había empezado a perder el bronceado campestre. ¡Si consiguiera llevarla a casa, a los campos iluminados por el sol y a su preciosa casita con sus ridículas cortinas de damasco! Pero las tías se agitaban y tomaban nuevas posiciones, avanzando más y más.

—Debería quedarse una temporada con nosotros, Duncan. ¿Sabes? Lamenta tantísimo lo ocurrido. Se comporta igual que lo hizo su pobre y querida madre. No puedes llevártela para que se pase el día sola y perdida en un sitio dejado de la mano de Dios.

—¿Sola?

—Necesita que la cuiden.

—Yo la cuido —replicó Duncan.

—Sí, pero... y podría volver a instalarse en su propia habitación, o tal vez en la tuya si es que la suya iba a traerle demasiados recuerdos. Tú podrías regresar con tus vacas, o lo que sea, y nosotros podríamos cuidar perfectamente de... ¿Justine, te gusta la habitación de Duncan?

—¿La habitación de Duncan? Sí.

—¿Lo ves?

—O podría venirse con nosotros —dijo tía Bea—. Ya sabéis que en nuestra casa hay mucha agitación, con Esther y Richard corriendo por todas partes, y las gemelas tan habladoras. Se recuperaría en un abrir y cerrar de ojos.

—Tal vez no quiera recuperarse —dijo Duncan.

—¡Oh, siempre es una ayuda tener un poco de compañía! Con toda esa gente joven pasándoselo bien. ¿Justine?

Justine permanecía inmóvil como una piedra. Ese viejo y secreto esbozo de sonrisa que Justine solía dirigirle a Duncan parecía haberse desvanecido para siempre. Cuando él se levantó, Justine ni siquiera miró en aquella dirección, y lo más probable es que no advirtiera que salía de la sala de estar.

Ahora, mientras Justine se paseaba por la casa que iba sumergiéndose en la oscuridad, se percató de que todas las cosas estaban vinculadas entre sí. Ni siquiera había algo que, tan simple como una taza de té, careciera de sentido. Siempre se trataba del regalo de alguien querido, había servido para conmemorar algún acontecimiento feliz, se había desportillado en algún momento de shock, las rosas se habían desgastado hasta convertirse en transparentes a causa de los restregones de Sulie, la mancha rubia que aparecía en su interior se debía al té que Sam Mayhew se tomó en una ocasión, había una raja de cuando Caroline, temblando a causa de un dolor de cabeza, la había depositado con demasiada fuerza sobre el plato.

Cruzó la puerta principal que la cama de inválido de Justin Peck había mellado en el otoño de 1905. Atravesó el porche delantero de su abuelo, donde Maggie Rose había permanecido de pie esperando la llegada de un Modelo T. Subió las escaleras de la casa de tío Dos, rodeada de susurros fantasmagóricos y murmullos de amor y reprimendas y reproches y risas. En la planta superior encontró a Duncan en su habitación, rodeado de máquinas Erector Set que había construido cuando tenía doce años, un póster a todo color de Princess Pett en El País de la Estrella de los Helados, el tablero del Monopoly, en el que los siete primos y primas habían jugado un campeonato

mundial de treinta y ocho horas de duración en la primavera de 1944. En cambio, Duncan —¡oh, siempre en el presente!— estaba silbando «La bala de cañón de Wabash» y jugueteando con un rectángulo de metal de color plomo.

Justine no sabía cómo era capaz de estar silbando.

Cuando ella entró en la habitación, Duncan dejó de silbar.

—¿Quieres echarte un poco? —le preguntó él. Empezó a quitar todo lo que había sobre la cama: una maraña de alambres, un soldador, tubos de fundente, cola y pintura. Justine se sentó en el borde del colchón, pero no quería echarse. Apenas eran las ocho. Si ahora dormía, después permanecería despierta durante horas, como le había pasado la noche anterior y la otra.

—¿Querías decirme algo? —le preguntó Duncan.

—No.

—Bien. —Duncan siguió con lo que fuera que estaba haciendo, pero no volvió a silbar—. Esto es una plantilla para doblar alambres —le dijo.

Justine no hizo ningún comentario.

—Estas clavijas pueden moverse, ¿ves? Entonces doblas el alambre a su alrededor tal y como tú quieres. Hay todo tipo de curvas y ángulos. Podría hacerte una pulsera. ¿Quieres una pulsera? O un collar, si prefieres.

Justine se colocó las manos sobre sus ojos para relajárselos.

—Ya lo tengo —exclamó Duncan—. Un aro para la nariz. ¿Quieres un aro para la nariz?

Cuando Justine abrió los ojos se encontró con un trozo curvado de alambre que casi le tocaba la nariz y que despedía un olor grisáceo, con un extremo puntiagudo. Justine lo apartó de un golpe.

—¿Qué es lo que tratas de hacer conmigo? —le dijo ella.

Duncan pareció sorprenderse.

—¿Tratas de enfurecerme a propósito? —le preguntó a Duncan.

—Bueno, a propósito no, no...

—¿Por qué te comportas de este modo?

—Justine, yo no me comporto de ningún modo.

—¿Cómo puedes estar haciendo el tonto con trocitos de alambre cuando mis padres están muertos y fuiste tú quien se me llevó lejos de aquí y el que cortó el cable del teléfono y el que se reía de las cartas de mamá y el que no quería traerme hasta aquí para que pudiera visitarles?

—Justine.

—Papá me lo advirtió. Me dijo abiertamente que te casabas conmigo para atormentarme.

—Ah, ¿sí?

—Para atormentarme, dijo, o para depender de mí, pero no puedo imaginarme que esto último llegue a suceder alguna vez.

—Vaya, por lo que se ve tu padre pensó en todo, ¿no? —dijo él.

Duncan siguió doblando un trozo de alambre. Ajustó una clavija en la plantilla y construyó un ángulo recto.

—Lo siento —dijo Justine finalmente.

—Está bien.

—Me siento tan...

—Está bien.

—Duncan, ¿no sería posible que nos quedáramos aquí una temporada?

Duncan levantó la vista para mirarla.

—Podríamos vivir en la casa de la bisabuela —dijo Justine. ¿No sería estupendo?

—No, no lo sería.

—Por favor...

—Debería habérmelo supuesto —le dijo él—. No creía que realmente estuvieras dispuesta a venirte conmigo, para empezar.

—Pero es que tengo la sensación de que alguien está tirando de mí. Odio

tener que irme y dejarles así. Y yo no puedo quedarme aquí sin ti, pero tú no has sido capaz de decir ni una sola palabra en contra cuando lo han planteado.

—Yo no quiero tirar de ti, Justine.

—Entonces, si solo son ellos los que lo hacen, ganarán.

—¿Es esta la única forma que tienes de ir a alguna parte? ¿Si tiran de ti?

Justine se quedó callada.

—Muy bien —dijo Duncan—. Me gustaría que vinieras conmigo. Es importante. Es más importante que ellos.

Pero Justine siguió contemplando el rostro de Duncan.

—Bueno, ¿cómo se supone que debo hacer esto? —le preguntó él—. Me educaron demasiado bien, no me siento cómodo diciendo las cosas a las claras. También consiguieron atraparme un poquito, ¿sabes?

—Venga, Duncan —dijo Justine—. Tú siempre lo has dicho todo a las claras desde aquella vez en que, con cuatro años, le dijiste a tía Bea que su pelo era como el brócoli.

—No —replicó Duncan—. Soy un Peck. No hablo tan bien pero hago unos regalos fabulosos.

Entonces le dio el trozo de alambre: una figura de palo con el sombrero plano de Justine y un vestido triangular, con un aspecto tan inocente y alegre que hasta un miembro de la tribu del África más misteriosa podría haber adivinado que alguien se preocupaba por ella.

La familia se puso en fila para despedirles. Bajo la luz del sol sus rostros parecían de papel. «No puedo creer que te vayas de este modo», dijo tía Lucy. Justine le dio un beso. Dio otro beso a tía Sarah, quien dijo: «¿Crees que tus padres lo habrían entendido? ¿Marcharte precipitadamente como si lo único importante fuera un montón de machos cabríos?». Justine recorrió toda

la fila dándoles un beso a cada uno, sin saltarse siquiera a Richard, que escondió la cabeza y se sonrojó, y cuando llegó a su abuelo, se abrazó fuertemente a él durante unos instantes, como si esto, y no la boda, fuera su verdadera despedida. «Oh, hmmm, vamos, vamos, Justine», le dijo el abuelo. «Adiós, abuelo.»

Duncan abrió la puerta del coche y Justine se montó en él. Debido al sol, las fundas de los asientos olían a aceite de pescado; cuando se asomó a la ventanilla para decir adiós con la mano, sintió cómo el metal calentaba agradablemente su brazo. En los árboles que se alzaban por encima de ellos había sinsontes cantando. Ni tan siquiera se callaron cuando el coche empezó a zumbir. «Los científicos», dijo Duncan, «han estado investigando los estímulos que provocan que los pájaros canten por las mañanas. De momento solo han determinado uno. Cantan porque son felices».

Duncan compró una docena de gallinas cobrizas y las instaló en un cobertizo que él mismo había construido, junto con una caja de valvas de ostra para incrementar la producción de huevos y un abrevadero de zinc en el que todas se ahogaron de inmediato. Pero las cabras prosperaban, y puesto que solo dos clientes habían contestado al anuncio del periódico, cada día sobraban varios cuartos de galón de leche. Justine hacía mantequilla y helado batido a mano. Duncan ponía a cocer marmitas de queso noruego. Pero nada más terminar una partida de leche las cabras daban más, y por las noches Justine soñaba que una marea blanca se alzaba alrededor de ellos. «Tal vez deberíamos darles menos melazas residuales», le dijo a Duncan. «Ya, no sé si serviría de algo. Parece que hemos empezado algo que no podemos detener.»

Por las mañanas Justine recorría a pie el camino de grava con una cesta de quesos que vendía de puerta en puerta a los vecinos y que estos le compraban porque habían empezado a encariñarse con ella. Cuando subía cargada por el camino, con su sombrero de campesina y su sencillo vestido de algodón, ligeramente descolorido, la señora Jordan se acercaba pesadamente hasta las escaleras principales y sonreía rebosante de felicidad. «¡Vaya, pero si es Justine Peck! ¿Cómo estás, cariño?» Justine sonreía bonachonamente, ofreciéndole la cesta. Era duro para ella pedir a la gente que le comprara cosas, pero disfrutaba con las visitas. En cada una de las casas se detenía unos minutos para sentarse en la cocina y hablar, y poco a poco los olores de

queroseno y de tocino dejaron de ser extraños para ella y empezó a sentirse cómoda con las mujeres de espaldas encorvadas y envejecimiento prematuro, que le ofrecían crema de leche y pastel de jengibre para que echara un poco de carne en sus huesos.

A veces, no obstante, cuando estaba sola en casa, se sentía como azotada por una ráfaga de dolor y entonces interrumpía lo que estuviera haciendo, quedándose con las manos inmóviles, el rostro perplejo y la mirada perdida durante varios minutos. En una ocasión en que estaba cortando las malas hierbas que entorpecían el paso del aire a través de la cerca, el olor de la hierba recién cortada hizo que retrocediera años y años, y de pronto se encontró sentada en un jardín iluminado por la luz crepuscular y acurrucada entre sus padres, escuchando el murmullo de toda la familia a su alrededor. Dejó caer las tijeras de podar y alargó la mano para alcanzar el objeto más cercano: se agarró a la cerca hasta que sus nudillos empezaron a brillar.

La sacudida eléctrica le causó un dolor distante, sordo. Duncan tuvo que desprenderle los dedos de la cerca y llamarla varias veces antes de que ella levantara la cabeza.

No habían regresado a Baltimore desde aquella primera visita, pero Justine no dejaba de escribirles una vez por semana, y alguna de sus tías siempre contestaba. De vez en cuando su abuelo redactaba una nota solemne, formal, al estilo del siglo XIX, en la que les decía que todos estaban bien y que les mandaban recuerdos. Si Justine pudiera con solo estirar su brazo tocar la nudosa mano de su abuelo, como por casualidad. Pero cuando contestaba a sus cartas, únicamente le decía que Duncan estaba bien, que el tiempo era bueno, que las cabras iban bien.

Si el dolor perduraba demasiado se acercaba a Buskville y recorría sus calles durante horas y horas. La habían educado para pensar que la mejor forma de curar el dolor consistía en comprar, especialmente cosas para

ponerse. Pero no tenían mucho dinero y, de todos modos, había descubierto que era incapaz de comprarse ropa para ella. Ponerse un vestido que no hubiera sido escogido por su madre era una traición. Se limitaba pues a comprar pequeños artículos domésticos en la tienda de baratijas: exprimidores de limones, aparatos para picar perejil. Parecía muy importante tener todo aquello que hiciera que su casa fuera perfecta.

Un día del mes de agosto, después de haber agotado todos los recursos de la tienda de baratijas, se metió por un callejón y descubrió un letrero de cartón escrito a mano que decía: «Magic Marcia. Problemas de amor. Consejos». Justine retrocedió en el tiempo y se encontró en el umbral de Madame Olita, con Duncan mirándola provocativamente mientras mantenía un brazo alrededor del cuello de Glorietta de Merino. Al cabo de unos instantes se cambió de mano la bolsa de Woolworth y llamó al timbre de Magic Marcia.

Salió una mujer delgada y de piel morena, con los labios embadurnados de un vivo rojo carmesí. No era mucho mayor que Justine, pero pegados a sus faldas ya llevaba dos chiquillos con las narices llenas de mocos. Grises tirantes sobresalían por el escote de su blusa. Justine lamentó haber ido, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Después, cuando se hubo acomodado ante la mesa de la cocina, junto a los restos del desayuno, parecía como si debiera preguntar algo concreto. Eso la cogió por sorpresa.

—¿De qué se trata? —le preguntó la mujer, mientras alisaba la mano de Justine como si se tratara de una carta del tarot.

—¿Tu marido? ¿Tu novio?

—No, yo solo... me gustaría saber todo en general.

La mujer suspiró. Se rascó la cabeza y miró con el entrecejo fruncido la palma de la mano de Justine. Aparentemente no veía nada extraño en ella.

—Bueno —le dijo al fin—, vas a vivir mucho tiempo, eso seguro.

—Sí —dijo Justine, aburrída. En realidad no sentía ningún interés especial por su futuro, que prometía ser eternamente feliz y sin demasiados acontecimientos.

—Un buen matrimonio. Probablemente viajarás un poco. La salud bien. Probablemente tendrás muchos hijos.

—¿De verdad? —le preguntó Justine.

Duncan no parecía querer ningún hijo. Pero la mujer dijo:

—Sí, desde luego.

Empezó a rondarle una pregunta por la cabeza. Permaneció con la mirada perdida, sin prestar atención al resto de su buenaventura.

—Hmmm, Magic Marcia —dijo finalmente—. ¿Podría decirme una cosa? Si la palma de tu mano te predice cierto futuro, ¿hay algún modo de poderlo cambiar?

—¿Eh?

—Si tu futuro es tener hijos, ¿podrías deliberadamente no tenerlos? Si tu futuro es herir a alguien, por ejemplo, ¿no hay ninguna posibilidad de ir con mucho cuidado y no herir a ese alguien? ¿No puede uno escapar a su destino?

—Lo escrito, escrito está —dijo Magic Marcia con un bostezo.

—Ah —dijo Justine.

El viernes, después de haber mirado en las páginas amarillas, Justine se fue a Blainestown. Subió la escalera de «Serena, la dama de las ciencias ocultas». Esta vez sabía perfectamente qué quería preguntar.

—¿Podría haber evitado mi futuro, si mi futuro era herir a alguien?

—El hombre no evita el futuro —dijo Serena.

El lunes volvió a Blainestown, esta vez a ver a «Madame Azuki, se contestan todas las preguntas».

—Está en los astros. No existe ninguna escapatoria —dijo Madame Azuki.

—Ya entiendo.

El miércoles fue a Baltimore. Duncan estaba inventando un sistema automático para quitar las hebras a las judías, y se limitó a asentir con la cabeza cuando le dijo que estaría fuera un rato. Se fue directamente al abigarrado barrio de la zona este de la ciudad. Encontró la tintorería, que estaba exactamente igual y todavía seguía conservando aquellos pósters descoloridos y llenos de puntitos, que mostraban mujeres ataviadas con trajes de los años cuarenta. Pero el letrero de Madame Olita de la ventana de encima se había visto reducido a unas cuantas motas de pintura y en su puerta había un candado. Justine entró en la tintorería. Un corpulento hombre vestido de gris alineaba sobre el mostrador resguardos de prendas para lavar.

—¿Podría decirme algo sobre Madame Olita? —le preguntó Justine.

—Ah, Madame Olita. Ya no está.

—¿Qué? ¿Se ha muerto?

—No, se ha retirado. No se encuentra muy bien, ¿sabes? Pero ¡Dios mío, ella sí que era una buena adivina! No me importa decírtelo, yo solía ir a verla. Ya sé que no son más que embrujos y sortilegios, aunque ¿sabes por qué iba yo? Digamos que tienes un problema, alguna decisión que tomar. Le preguntas al pastor de tu iglesia. Le preguntas al psiquiatra, psicólogo, consejero matrimonial, abogado... y todos te dicen: «Bueno, claro que yo no puedo decidir por usted y además hay que mirarlo desde todos los puntos de vista y yo no quisiera ser el responsable de...». Se salen por la tangente, ¿sabes? Pero Madame Olita no. Ni ella, ni ninguna buena adivina. «Haga X», te dicen. «Olvídese de Y.» «Deje de ver a Z.» Es fantástico, asumen toda la responsabilidad. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Sabe dónde está ahora? ¿Podría hacerle una visita?

—Claro, vive al final de la manzana. Pero no sé si estará en condiciones de atenderte. Bueno, dile que te envió yo, que te envía Joe. Es posible que le

venga bien tu compañía. Cinco ocho tres, apartamento A.

—Muchísimas gracias —le dijo Justine.

—Espero que te dé la respuesta que quieres.

Justine dejó que la puerta se cerrara con un tintineo y siguió calle abajo, pasando por delante de más tintorerías y farmacias con descuento y casas de empeño. Al final de la manzana había una enorme casa victoriana de madera con una terraza a su alrededor, y allí, en la terraza, en una silla de mimbre polinesia estaba sentada Madame Olita. Aunque hacía calor, llevaba un chal de ganchillo. Todavía conservaba el pelo erizado, pero había perdido muchísimo peso. Las ropas le caían pesadamente y tenía el cuello tan escuálido que su rostro parecía proyectarse hacia delante, como el de un buitre. Tenía un aspecto demacrado. Mientras Justine subía las escaleras, ella la miraba sin interés, pensando que quizá iba a visitar a otra persona.

—Hola, Madame Olita —le dijo Justine.

—¿Ummm?

Madame Olita recobró el dominio de sí misma y apretó con más fuerza el chal alrededor de sus hombros.

—Me envía Joe —dijo Justine.

—¿Eh? Joe.

—Quisiera hacerle una pregunta, si no le importa.

—Bueno, no me encuentro muy bien últimamente, ¿sabes? Ya casi no leo el futuro.

—No, no se trata del futuro.

Madame Olita suspiró.

—Siéntate —le dijo, señalando la silla de mimbre que había junto a ella. Alargó la mano para coger la de Justine, como si no la hubiera entendido.

—Pero yo no quiero que...

Madame Olita desplegó la mano de Justine y frunció el entrecejo.

—Ah, eres tú —dijo.

Justine se sintió complacida y azorada, como si sus extraordinarias líneas de la mano fueran su propia hazaña.

—Bien, ya veo —dijo Madame Olita, asintiendo con la cabeza y golpeándose ligeramente los dientes con el dedo.

—Usted me dijo que mi matrimonio iba a alterarlo todo —le recordó Justine.

—¿Eso te dije?

—Dijo que destrozaría el corazón de mis padres. ¿Cómo lo supo?

—¡Dios mío! —exclamó Madame Olita, recostándose de repente en la silla y soltando la mano de Justine—. La verdad es que no me acuerdo. Eras joven y arrogante, y no te sentías cómoda en mi cuarto, tal vez yo solo...

—¡Pero todo se cumplió!

—A veces pasa.

—¿Fue solo una cuestión de azar?

—Puede. Unas veces lo es y otras no. ¿Me estás preguntando si realmente puedo leer el futuro? Pues sí, sí que puedo. Pero cada vez tengo más la sensación de que las personas se resisten a los cambios, que se mantienen en sus trece para evitarlos, por lo que es muy fácil predecir su futuro, pero en tal caso, ¿por qué molestarse? La buena ventura solo está bien cuando puedes predecir un acontecimiento. Y resulta un fracaso cuando dices: «No se preocupe, su vida seguirá siempre el curso actual...».

Madame Olita cerró los ojos y luego volvió a abrirlos; parecía estar desconcertada.

—Pero siempre hablo demasiado. Querías preguntarme algo.

Justine se sentó en posición erguida y juntó las manos.

—Madame Olita —dijo—, ¿si mi destino era destrozar el corazón de mis padres, es cierto entonces que no había forma de que yo pudiera evitarlo?

—¡Oh, no, de ningún modo!

—¿No?

—Claro que no. Puedes cambiar tu futuro. Yo he visto alterarse las líneas de una mano de la noche a la mañana. He visto cómo algunas cartas se colocaban en lugares que en anteriores lecturas se negaban a ocupar.

—Ya entiendo —dijo Justine, y entonces se arrellanó en la silla. Se sentía débil y agotada.

—Si no fuera así, ¿por qué molestarse en tomar medidas? No, siempre puedes elegir, hasta cierto punto. Puedes cambiar considerablemente tu futuro. Y tu pasado.

—¿Mi pasado?

—No, no lo que ha pasado —le dijo Madame Olita amablemente—, sino el modo en que él influye sobre ti.

—Ah.

—Si estás tan interesada, yo podría enseñarte este arte, si es que quieres.

—Este... ah, bueno, yo...

—Las cartas serían lo tuyo, me parece.

—Gracias de todos modos —le dijo Justine.

—No importa. Volverás. Me siento aquí todos los días de la semana, para tomar el aire. Siempre puedes encontrarme. Cuando salgas cierra la verja de la entrada, por favor.

El lunes Justine le dijo a Duncan que estaba pensando en ser adivina.

—¿De veras? —le dijo él.

—¿No vas a reírte?

—Todavía no. Primero quiero ver qué tal se te da.

De modo que Justine volvió nuevamente a Baltimore, a la blanca casa de

madera en la que Madame Olita, sentada en su silla polinesia, movía ligeramente la cabeza.

—Estas cartas son naipes normales y corrientes —le dijo Madame Olita, pero a Justine le parecieron cualquier cosa menos eso. Eran muy viejas y cada una tenía un dibujo distinto en el dorso: antiguas escenas de un circo con payasos, trapevistas, perros danzarines, y jinetes que montaban a pelo—. Pertenecieron a mi madre que, aunque viéndome a mí nadie lo creería, era una auténtica gitana con siete enaguas llenas de volantes y pequeños címbalos de latón sujetos a los dedos para seguir el compás mientras bailaba. Creció en una confitería abandonada de la calle Gay. No era exactamente un carro pintado, pero aun así... desgraciadamente se casó con mi padre, un profesor de educación cívica que trabajaba en la escuela secundaria. Mi madre abandonó por completo su anterior estilo de vida, se cortó su larga cabellera negra, tuvo dos hijas a las que envió a Radcliffe. No obstante, yo hubiera preferido criarme como una gitana.

Cortó las cartas. Justine se sentó boquiabierta frente a ella.

—Mi idea era, después de graduarme en Radcliffe, unirme a una caravana y casarme con un hombre que llevara un pendiente de oro. Pero no salió así. Entonces yo tenía más o menos el mismo aspecto de ahora. Nunca me casé con nadie, y mucho menos con un gitano. De modo que tuve que aceptar un empleo en la escuela de mi padre, como profesora de álgebra, pero para entonces mi madre ya me había enseñado a decir la buenaventura. Lo de bailar nunca fue lo mío. Lo intenté, no obstante. A mi hermana se le daba bastante bien. Pero yo era mejor que ella en lo de la buenaventura. ¡Cómo codiciaba esas cartas! Mi madre se negaba a dárme las. Este tipo de cartas solo se pasan de una persona a otra cuando su propietario se está muriendo,

¿sabes?, y ya no puede seguir utilizándolas. Naturalmente yo no quería que mi madre se muriera. Pero... ¿sabes qué pasó? Cuando no consiguió sobrevivir a una intervención quirúrgica, a la edad de cincuenta y siete años, lo primero que pensé fue: «Ahora podré tener las cartas». Fui a casa y las saqué de su baúl de madera, después me fui andando a la escuela y dimití de mi cargo. Abrí mi propio negocio en la zona este de Baltimore, encima de la tintorería. Nunca he visto una caravana.

Dispuso las cartas en círculos concéntricos sobre una mesa de mimbre.

—Mi hermana —siguió diciendo— se quedó con los címbalos.

Después frunció el entrecejo y señaló una carta con el dedo índice.

—¡Escúchame bien! Estas cartas no se leen como si fueran libros, ¿comprendes? Se les asignan distintos significados, que puedes memorizar en media hora, pero son significados ambiguos. La carta de la muerte, por ejemplo. Así es como se la denomina. Pero, ¿la muerte de quién? ¿Tiene un sentido real o figurado? No, debes imaginarte que estas cartas son como lengüetas.

—Lengüetas —dijo Justine desconcertada.

—Como lengüetas atadas a una cuerda, como esas cajas sorpresa de las fiestas. Las cuerdas van hasta tu mente. Estas cartas tirarán de lo que tú ya sabes, pero que eres incapaz de admitir o de reconocer. Esta es la razón por la que la quiromancia da tan buenos resultados, o las hojas de té, o el tarot, o la bola de cristal. Todos estos sistemas son válidos, sí, pero solo cuando van unidos a tu propia intuición. Tú podrías dedicarte a la astrología, incluso, pero ya conozco la respuesta: no tienes la mente erudita para ello.

—Prefiero las cartas —dijo Justine.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero debes fijarte bien en todo. Observa a tus clientes cuidadosamente. Solo te encontrarás con dos tipos de clientes. La mayoría están aburridos y lo único que esperan es que alguien les diga que pasará

algo. Algunos, muy pocos, llevan una vida agitada, pero son incapaces de tomar decisiones; tal vez por eso llevan una vida agitada; te pedirán que seas tú la que decida por ellos.

—Y yo, ¿qué tipo soy yo? —preguntó Justine.

—¿Eh? No lo sé. Tal vez ninguno de ellos. Nunca me has pedido que te echara la buena Ventura, después de todo.

—Ya, supongo que no —contestó Justine.

—Aún recuerdas el pasado, de todos modos —le dijo Madame Olita.

—¡No, eso no es verdad!

—Allá tú.

Después de las clases, Justine se marchaba directamente a casa, pero hilos, cuerdas y sogas tiraban de ella en dirección a Roland Park, y aun cuando nunca se rindió, sentía que alguna parte de su interior estaba sangrando. «Bueno, podrías ir un día para el almuerzo», le dijo Duncan, pero por su modo de hablar Justine supuso que le horrorizaba que ella pudiera decir que sí. También sabía que afligiría a su familia si les contaba lo de Madame Olita. Y en tal caso, su nueva hazaña, que todavía era tan frágil y delgada como un huevo acabado de incubar, nunca más volvería a parecerle correcta; así era como funcionaba su mente. No fue.

¿Creía de veras Justine en la buena Ventura? Cuando estaba con Madame Olita, sí. Se sentía atraída, impresionada y fascinada por aquellas manos hábiles que repartían el futuro. Pero luego, en casa, se sentía obligada a comprobar su fe con Duncan. Extendía tímidamente sus naipes Bicycle frente a él.

—Hoy —le dijo a Duncan— he aprendido el método utilizado por Mademoiselle Le Normand, allá por los tiempos de Napoleón.

—Le Normand —contestó él, interesado, catalogando el nombre en su mente.

—Hemos practicado con la dueña del apartamento de Madame Olita, que tiene ochenta y cuatro años. Le he adivinado que iba a casarse.

Duncan soltó una risa burlona.

—¡Pero...! —dijo Justine—. ¡Es verdad! Me lo dijo luego.

—Pues qué bien para ti. Y qué bien para ella.

—Madame Olita dice que con solo un poco más ya podré montar mi propio negocio.

—Nos retiraremos y viviremos de tus ingresos —dijo Duncan.

Justine se sintió aliviada al ver que Duncan no se reía. Esta era la única habilidad especial que había tenido nunca, la única cosa que ella podía hacer y Duncan no. Una vez Duncan empezó a memorizar la lista de significados que Madame Olita le había dado a Justine, pero se despistó mientras barajaba las cartas y en su lugar demostró la validez del tratado de hidrodinámica de Bernoulli.

Había días en los que Madame Olita estaba de un humor de perros y nada la satisfacía. «¡Realmente, Justine, ¡me desesperas!», le decía. «¿De qué te sirve esa cabeza? Cuentas con todos los requisitos para ser una buena adivina, pero nunca serás excelente, eres mentalmente perezosa. Te dejas llevar por la intuición.»

—Usted me dijo que la intuición lo era todo.

—¡Mentira! Yo nunca te dije que la intuición lo fuera todo. También debes saber unas cuantas cosas, después de todo. Las cartas son como el instrumental del médico. Un buen médico también tiene intuición, pero no por ello tirará todos sus instrumentos.

—Pero usted me dijo que eran como lengüetas, usted me dijo que...

—¡Basta ya!

Y Madame Olita se llevaba las manos a la cabeza y después se dejaba caer pesadamente en la silla.

—Te pasarás la vida echando las cartas a amas de casa y a adolescentes enfermas de amor —le decía—. No sé por qué me preocupo.

Pero había días en los que era tan dulce como la miel. Entonces le contaba historias sobre sus clientes.

—Nunca olvidaré aquel primer año. Todos los negros venían a verme para que les diera alguna pista sobre cómo interpretar los números. «Madame Olita, anoche soñé con unas esposas, que en mi *Libro de los sueños del ojo egipcio* corresponde al número cinco nueve ocho, pero también soñé con navajas de afeitar, con un filo, ocho siete tres. Así que, ¿cuál debo interpretar?» «Encanto», les decía yo, «olvídate de esos números», y al cabo de un tiempo me dejaron por imposible y ya nunca más volvieron. ¡Y mira que lo intenté! Quería influir de algún modo en sus vidas, ¿comprendes? Les hacía demostraciones de mis facultades como médium. Les hacía escoger una carta y sin yo verla les decía cuál era.

—Yo no sé hacerlo —dijo Justine con tristeza. Una vez había hecho la prueba con Duncan, leer un artículo sobre J. B. Rhine.

—Ya, dudo mucho que puedas ser una médium.

—Entonces, ¿cómo es que puedo adivinar el futuro?

—Las personas que han llevado siempre una vida muy sosegada suelen percibir los cambios antes que las demás —le dijo Madame Olita.

—Mi vida no es sosegada —replicó Justine.

Madame Olita se limitó a suspirar.

El día de la última clase, Madame Olita le hizo un examen. «Ya es hora de que leas mi futuro», le dijo. Justine ansiaba hacerlo. Se instaló muy feliz junto a la mesa de mimbre, mientras Olita miraba distraídamente en dirección a la calle. Era uno de sus días irritables. «Corte las cartas», le dijo Justine, y ella contestó: «Sí, sí, ya lo sé», y las cortó sin mirar. Justine escogió un método muy complicado. Quería hacerlo a conciencia, sin olvidar un solo

detalle. Dispuso cada una de las cartas con precisión y después se sentó cómodamente y tamborileó con los dedos en el brazo de la silla. Al cabo de unos instantes desplazó una de las cartas media pulgada hacia la izquierda y después volvió a arrellanarse en la silla. Frunció el entrecejo. Dejó de tamborilear con los dedos.

Madame Olita echó un vistazo a Justine sin demasiado interés. Aun así Justine seguía sin decir una palabra.

—No importa —le dijo Madame Olita—. Has aprobado.

Y entonces le entraron las prisas y empezó a darle a Justine instrucciones de última hora. «¿Te había dicho que los desconocidos deben pagarte por adelantado? Si no les gusta su buena ventura suelen irse y dejarte tirada.»

Justine se limitaba a contemplar las cartas en silencio, una a una.

—Vigila donde trabajas, también. En algunos sitios hay que pagar derechos de licencia, cientos de dólares a veces. No vale la pena. ¿Me estás escuchando?

—¿Qué?

—No vayas al condado de Calvert. No vayas al condado de Cecil, no vayas al de Charles.

—Pero si vivimos en una granja. No pienso irme a ninguna parte.

—¡Ja!

Justine envolvió las cartas y las dejó sobre la mesa. Se colocó de pie en frente de Madame Olita.

—Sé un poco misteriosa; esto no te lo había dicho —le dijo Madame Olita—. Tendrán más fe. No les digas de dónde eres o cómo aprendiste lo que sabes. Ignora siempre las preguntas personales cuando le estés leyendo las cartas a alguien. ¿Recordarás todo esto? ¿Qué más deberías saber?

Después se dio por vencida.

—Bueno, adiós, Justine —le dijo.

—Adiós —dijo Justine—. ¿Puedo volver a visitarla?

—Ah... no. No, estaré en el hospital durante una temporada, creo. Pero te deseo suerte.

—Gracias —dijo Justine. Se dio la vuelta para irse.

—Ah, y por cierto.

Justine se volvió. Madame Olita, arrellanada en su silla, le hizo señales con la mano en dirección a las cartas.

—Será mejor que te las lleves —le dijo.

Al llegar el otoño Justine reunió el valor suficiente para ofrecer sus servicios en la feria de bienvenida que se celebraba en la escuela secundaria. Sus honorarios los donó a la escuela. Después de eso la gente empezó a recorrer el camino que llevaba hasta su granja, varias personas a la semana, mujeres en su mayor parte, que le preguntaban si deberían casarse o divorciarse o vender sus tierras o tener un hijo o trasladarse a California. Justine estaba asombrada.

—Duncan —le dijo ella—, no quiero ser responsable de la gente. De decirles con quién deben casarse y todo lo demás.

—Pero yo pensaba que tú creías en esto —le respondió Duncan.

Justine se enrolló un mechón de cabello alrededor del dedo.

—Bueno, da lo mismo —le dijo él—. Limítate a no decirles nada que pueda herir a alguien. Pero yo no creo que la gente siga un mal consejo. También tienen su intuición, ya sabes. De hecho, me sorprendería que llegaran a seguir algún consejo.

De modo que Justine siguió recibiendo a la gente en su pequeña y cálida cocina, extendiendo las cartas de Madame Olita sobre la superficie de la mesa de palisandro de la bisabuela. Se convirtió en una recolectora de secretos, en

una guardiana de deseos y sueños e ilusiones. En ocasiones, cuando venían personas muy jóvenes o muy mayores, llenas de vagas esperanzas, incapaces o no deseosas de preguntar lo que querían saber, Justine simplemente las tranquilizaba. Pero a veces era tan explícita que su propio atrevimiento la dejaba asombrada.

—No venda ningún tipo de bienes familiares, en especial joyas, y muy en especial las de su madre —decía.

—¿Cómo lo ha sabido usted?

Justine no sabía que lo sabía.

Había otras ocasiones en las que le llegaba gente cuyas vidas monótonas, sin fricciones, no le permitían tomar ninguna decisión y recurría a cualquier consejo general que se le pasara por la cabeza.

—No se fíe demasiado de un hombre que se muerda las uñas.

En la habitación de al lado, Duncan iba resoplando.

Justine cobraba tres dólares por sesión. Necesitaban el dinero; con los clientes de la leche apenas si ganaban lo suficiente para pagar el anuncio en el periódico. Haciendo juegos malabares con el presupuesto para poder pagar el alquiler de la casa, reuniendo dinero de media docena de fuentes distintas, Justine tenía la sensación de que hacía una eternidad de años que ya había pasado por todo eso. Entonces se acordó: el Monopoly, cuando Duncan la había dejado sin blanca y ella tenía que volver a vender los hoteles e hipotecar sus vías de ferrocarril y devolver la carta para salir gratis de la cárcel, todo ello para no perder el paseo de madera a lo largo de la playa. Sus problemas actuales no parecían mucho más serios que todo eso. Ella sabía que Duncan saldría adelante.

Por Navidades fueron a Baltimore. La familia actuaba con mucha cautela y discreción, dando amplios rodeos en torno a cualquier tema delicado. A Justine le partía el corazón ver todos los esfuerzos que estaban haciendo. Le

preocupaba Duncan: ¿diría algo nuevo para herirles? Todas las noches se iba a la cama completamente rendida. Pero el comportamiento de Duncan era meticulosamente educado. Repartió los regalos que Justine había hecho a mano e incluso invitó a la familia a irles a visitar algún domingo. («Ah, bien, pero es mucho más cómodo que vosotros vengáis aquí, ¿no os parece?», decía todo el mundo.) Al cuarto día, cuando Duncan empezó a mostrarse taciturno, Justine estuvo rápidamente de acuerdo en que pronto deberían marcharse. Se sintió triste al despedirse de ellos, en especial de su abuelo, pero ahora cada vez parecía un poco más fácil que la vez anterior.

En febrero, cuando andaban especialmente cortos de dinero, Duncan encontró en la ciudad un trabajo de media jornada como reportero de *The Bugle* de Buskville.

—¡Pero si cometes faltas de ortografía! —le dijo Justine.

—Eso da lo mismo. Tú, no.

Durante tres semanas Duncan estuvo yendo de un lado para otro por los alrededores. Asistió a ceremonias de inauguración de obras, a carreras de tortugas, a reuniones relativas a las restricciones para edificar en determinadas zonas de la ciudad, a un concurso de procedimientos parlamentarios en el que los participantes eran «Futuros Granjeros», a una conferencia sobre la rotación de los cultivos. Disfrutaba allá donde fuera, indiscriminadamente, y llegaba a casa con gran cantidad de información variada. «¿Sabías que a las lombrices se las puede forzar a salir haciendo vibrar un palo en la tierra? Si el trébol italiano se recoge demasiado tarde, pasa a convertirse en bolas en los estómagos de los caballos. He aprendido un diseño de acolchado del siglo dieciocho.» Pero luego, cuando tenía que escribir los artículos, se ponía insoportable. Nunca le había gustado hacer algo metódicamente. Le entregaba a Justine enormes fajos de hojas amarillas, todas llenas de garabatos y tachones, con dibujitos en los márgenes. Cuando

Justine las revisaba con un lápiz rojo y corregía las faltas de ortografía y tachaba sus largas digresiones, Duncan se subía por las paredes.

—Herrero, e-r-e-r-o —dijo—. ¿Por qué destrozarla añadiéndole más letras?

—Porque así es como se escribe.

—Un derroche de letras. Esta lengua no tiene ninguna lógica.

—Yo no tengo la culpa.

—¿Por qué me has tachado el párrafo de las mariposas?

—¿En un artículo sobre el pulgón de las patatas?

—Resulta que había una preciosa mariposa moteada de plata descansando sobre el hombro del representante del dueño de la finca, totalmente fuera de temporada, ignorada por todos, durante toda la conferencia. ¿Cómo esperas que pase por alto una cosa así?

De modo que finalmente era él quien escribía a máquina el artículo y lo entregaba en la oficina, donde al punto suprimían cualquier referencia a las mariposas.

—Sus mentes son como el aparato intestinal de las serpientes —dijo Duncan.

La cuarta semana asistió a un concurso de músicos aficionados. Esa noche empezó el artículo con buen pie, describiendo la historia del concurso, sus patrocinadores y los instrumentos representados. Al llegar al siguiente párrafo cambió repentinamente a la primera persona y narró su propia participación con una armónica que pidió prestada y la canción Chattanooga Choo Choo, un impromptu por el que recibió el cuarto premio. En el tercer párrafo reflexionaba sobre la singularidad de la palabra «impromptu», que podía ser fácilmente confundida, dijo, con el nombre de algún compositor rumano desconocido.

El director del periódico dijo que, en realidad, no les hacía tanta falta un

reportero como habían creído en un principio.

Al llegar el mes de marzo, Duncan empezó a sentirse inquieto. Justine no sabía muy bien por qué. Todo iba bien, habían escogido seis cabras con vistas a las crías que tendrían en primavera. Pero Duncan deambulaba por la casa como un alma en pena, mirando por cada una de las ventanas, empezando inventos que nunca terminaba, solicitando al departamento de agricultura folletos sobre todo tipo de proyectos estimulantes: conejos de angora, árboles frutales, palomitas de maíz. Pintó de amarillo la mitad de la cocina y después lo dejó. Trajo a casa una carga inmensa de arbustos de rododendro, con las raíces envueltas en arpillera y los plantó alrededor de todo el jardín. «Pero Duncan», dijo Justine, «¿crees que es la época conveniente?». Todavía llevaban abrigos en la cama; la tierra aún estaba fría y gris. «¿Por qué tengo que hacerlo todo convenientemente?», le preguntó Duncan. «No te preocupes; tengo los pulgares verdes. Las manos verdes. Soy un hombre todo verde», y efectivamente, los rododendros cobraron ánimo y empezaron a crecer. Pero Duncan desapareció y se olvidó por completo de ellos. Su extraño comportamiento no había mejorado lo más mínimo.

—A decir verdad, Justine —dijo Duncan—, este invierno el negocio está de capa caída. Yo me imaginaba que nos sentaríamos junto a la estufa y engrasaríamos cuero para arneses o algo parecido, pero no tenemos ni un poco de cuero para arneses. ¿No te sientes algo cansada de todo?

—No —contestó Justine.

Justine se lo quedó mirando, con el entrecejo fruncido, mientras Duncan seguía tomando medidas en la cocina para construir unas estanterías. Justine pensaba que nunca llegaría a terminarlas.

En abril nacieron ocho cabritos, todos hembras.

—¿Has visto que suerte? Ahora tenemos todo un rebaño —dijo Duncan.

Justine se alegraba porque si hubieran sido machos tendrían que haberlos

matado a todos. Se pasaba horas jugando con los chotos, corriendo por el campo para que saltaran y brincaran tras ella. Levantaban las patas hacia atrás y se volvían torpemente, como dando una especie de voltereta hacia un lado. Justine colocaba su cara junto a sus pequeños hocicos musculosos; ellos volvían la vista para contemplarla suavemente con sus ojitos amarillos y achinados. Pasados los primeros días empezaron a darles biberón, y después leche que bebían de una cacerola, mientras Justine se ponía en cuclillas a su lado y acariciaba sus lomos llenos de mechones. Justine les daba puñados de hierba para que fueran acostumbrándose a los alimentos sólidos, y durante la mayor parte del día los dejaba en el jardín. Mientras tanto Duncan iba llevando a la casa una infinidad de cubos de tibia leche, que después filtraba y pasaba por el enorme embudo decantador plateado. De pronto había surgido una oleada de clientes con indigestiones, alergias, o niños aquejados de cólicos. Todos necesitaban con gran urgencia leche de cabra, y la tienda de comestibles de Buskville estaba interesada en adquirir los quesos de Duncan.

—¿Lo ves? —dijo Justine—. Sabía que funcionaría.

—Bueno, sí —contestó Duncan.

En mayo todos los cabritos murieron en una sola noche por haber comido hojas de rododendro.

Justine estuvo deambulando de un lado para otro llena de desesperación, lamentándose como si las crías hubieran sido humanas. Pero todo lo que Duncan dijo fue:

—¿Verdad que es curioso? Lo lógico sería pensar que si el rododendro es venenoso las cabras lo sabrían.

—Todas esas preciosas criaturas tan suaves, marrones y peluditas —dijo Justine.

—El caso es que las cabras son bastante inteligentes. ¿Son la inteligencia y el instinto inversamente proporcionales?

—Por lo menos todavía tenemos las madres —dijo Justine—. No tenemos que empezar completamente de cero.

—No.

—Y siempre tendremos una nueva camada el año que viene, y no dejaré que estén ni un solo instante en el jardín.

Duncan le cogió la mano:

—Escucha —le dijo—, ¿que te parecería dejar el negocio de las cabras?

—¿Qué? Oh, Duncan, no puedes abandonarlo ahora. ¡No por un simple contratiempo!

—No, no es esta la razón. Ya llevo tiempo pensándolo. Es que... ya no ofrece ningún reto. Además, es un negocio muy esclavo, siempre tienes que estar pendiente de la hora en que hay que ordeñarlas. Me hace sentir atado, me siento tan... y pensaba que... ¿Sabes con lo que más he disfrutado este año? Con el gallinero. Construyendo cosas, ensamblándolas. Y Ed, el hermano de mamá, tiene una especie de ebanistería en Virginia. Fabrica muebles semielaborados y demás. Si pudiera darme trabajo...

—¿En Virginia? Pero si está muy lejos. Y además, no sabía yo que te gustara hacer muebles.

—Pues, sí.

—¡Estamos tan bien instalados aquí!

—Pero a mí no me gusta estar instalado.

—Y ya nunca más volveríamos a Baltimore. Duncan, ya me he alejado bastante. No quiero irme más lejos. No podría soportarlo.

Duncan esperó unos instantes. Bajó la mirada y la observó. Después dijo:

—De acuerdo.

No volvieron a hablar más del tema.

La gente seguía desfilando por la cocina de Justine para pedirle consejo sobre sus problemas primaverales: asuntos amorosos, inexplicables ataques

de melancolía, repentinos accesos de nostalgia por personas y lugares que ni siquiera habían sospechado que les gustaran. Justine extendía las cartas sobre la mesa de palisandro.

«Irá bien.»

«Espere a que esto haya terminado.»

«Se sentirá mejor dentro de una semana.»

Duncan trabajaba laboriosamente acarreando cubos llenos de leche. Se había vuelto taciturno, aunque si Justine le dirigía la palabra él siempre contestaba. Empezó a beber bourbon por las noches, después de la cena. Lo tomaba en la copa de cristal de su bisabuelo. Tras la segunda copa la cara se le ponía radiante y serena e infantil, y entonces encendía una lámpara a cámara lenta y empezaba a leer libros de bolsillo. Los libros técnicos que tanto le habían gustado recibieron una película de polvo mientras él se abría camino por entre una pila de mohosos y cochambrosos libros del oeste que los anteriores inquilinos habían dejado en el granero. Siempre que Justine echaba un vistazo por encima de los hombros de Duncan se encontraba con hombres de barba incipiente pronunciando amenazas con voz cansina y vaqueros a punto de desenfundar sus pistolas.

—Duncan —le decía Justine—, ¿no te gustaría sentarte en el porche conmigo?

—No, gracias. Luego, tal vez.

Pero luego se iba a la cama, moviéndose por la casa como si estuviera soñando, sin tan siquiera preguntarle si ella también se acostaba. Justine se sentaba sola a la mesa de la cocina y barajaba las cartas. Después las disponía en filas, distraídamente, como si ella misma fuera otro de sus clientes. Bostezaba y miraba qué le iba a deparar el destino.

Veía viajes, desbarajustes, sorpresas, gente nueva, suerte, multitudes, decisiones precipitadas y llegadas inesperadas.

Lo que significaba, claro está, que Madame Olita tenía razón: no era posible leer el propio futuro.

Sin embargo, ¡si ella hubiera tenido un cliente con estas cartas! Se imaginaba cómo lo miraría: interesada por primera vez, perpleja ante su vida tan variable en comparación con todas las vidas monótonas que había visto hasta entonces. Se imaginaba cómo sería si ella tuviera un futuro así. Tendría que consultar las cartas cada día; pasaban tantísimas cosas.

Luego le pareció que después de todo no estaba leyendo su futuro, sino simplemente aceptando pequeños cartoncitos cuadrados que le decían lo que se esperaba de ella a continuación. No le quedaba más remedio que levantarse, recoger las cartas y envolverlas en su pañuelo de seda antes de ir a la habitación a despertar a Duncan.

Esta vez la mudanza la hicieron en un camión alquilado, porque salía más barato que utilizar la compañía de mudanzas Mayflower. Atrás quedaron las queridas cabras de Justine, los arbustos de rododendro de Duncan, con sus hojas que parecían haber sido mordidas, y su vacío gallinero, maravillosamente construido y ahora invadido por el eco. Se llevaron casi todos los muebles Peck, así como un suministro para diez años de unguento veterinario Bag Balm, que resultó ser excelente para las manos agrietadas. Y durante todo el trayecto hasta Virginia, con el camión siguiendo al Graham Paige verde manzana, Duncan estuvo estudiando la parte posterior de la cabeza de Justine, preguntándose qué estaría pasando por su mente. Duncan sabía que Justine odiaba este traslado. Se había unido a él, pensaba, con la misma facilidad con que se coge la mano de alguien sentado junto a ti en un sofá. ¿Cómo podía adivinar que inmediatamente después la arrancarían, no solo del sofá, sino también de la casa, de la ciudad, y la arrastrarían hacia otro

Estado, incluso, mientras ella se aferraba con rapidez llena de desconcierto y se preguntaba a sí misma qué había sucedido? Y ahora, mira: Justine iba traqueteando por la autopista de un modo tan alegre y temerario, que a Duncan le recordó la atroz alegría de la madre de Justine en la recepción de la boda. Sabía que antes o después Justine se derrumbaría.

Y sin embargo, en Virginia, en el caluroso y mal ventilado piso encima del garage de tío Ed Hodges, Justine seguía comportándose alegremente. Tarareaba mientras iba instalando sus pertenencias, solo que, esta vez, poniendo quizá menos esmero en ello, dejando sin colgar las cortinas de damasco y dando a tía Marybelle, sin pensárselo dos veces, el abombado escritorio de nogal cuando no pasó por la puerta del piso. Descubrió una subasta benéfica en una iglesia, y después de eso vino una pequeña pero constante afluencia de clientes. Para Duncan eran indistinguibles de los que había tenido en Buskville: mujeres en su mayor parte, apagadas amas de casa y muchachas jovencísimas. También sus vidas eran indistinguibles, y sus futuros, que hasta él podría haber predicho, pero Justine se mostraba paciente y amable con ellos y era evidente que todo el mundo la adoraba. Por las tardes, si no recibía ninguna visita, se iba a la ebanistería y observaba cómo Duncan construía cosas. Al principio se sentía un poco cohibida en medio de los bruscos carpinteros cubiertos de serrín, pero poco a poco fue perdiendo la timidez y empezó a trabar amistad con ellos; les leía las cartas a sus esposas y cuidaba de sus hijos. En ocasiones hasta les echaba una mano en el trabajo sentándose sobre alguna tabla o lijando algún tablero para una mesa. Y siempre se mostraba tan alegre. ¿Hasta cuándo iba a durar?

Justine dijo que quería un hijo. Duncan no. La idea de una familia —un círculo cerrado que le aprisionara, un niño desdichado al que él aprisionaría — le desesperaba. Además, no estaba seguro de que médicamente fuera conveniente. ¿Quién sabía las enfermedades que podrían transmitirse? Señaló

su herencia: soplos de corazón, partos prematuros, la sordera de su abuelo.

—¡Ah! ¡Pero... ! —dijo Justine—. ¡Recuerda nuestra dentadura! Es perfecta, nunca ni una sola caries. A nadie se le ha caído nunca un diente.

—Justine, si te oigo decir una sola palabra más sobre esos malditos dientes...

Pero al final Duncan se rindió. Accedió a tener un hijo del mismo modo en que Justine —suponía él— había accedido a mudarse a Virginia. Pensó que para ella debía de ser algo importante que él nunca llegaría a comprender. Y durante todo el embarazo Duncan trató de mostrar interés. Escuchaba los pormenores de cada una de las visitas al médico, hacía con ella los ejercicios de respiración hasta llegar a marearse. La llevó a hacer dos largas visitas a Baltimore para que pudiera ver a sus tías, quienes alborotaban y cloqueaban a su alrededor mientras Duncan escurría el bulto con el cuello de la camisa levantado y las manos bien hundidas en los bolsillos. Le parecía que su papel en todo esto era secundario. Pero cuando Duncan hizo de tripas corazón para sugerir que Justine tal vez preferiría tener el niño en Baltimore, ella le dirigió una súbita y penetrante mirada y dijo: «No, gracias. Lo tendré aquí contigo». ¿Cómo funcionaba su mente?

Por las tardes, antes del séptimo mes de embarazo, Justine empezó a contemplar detenidamente viejas fotografías, fotografías de su madre, en especial. Se sentaba con una lupa, con los ojos entrecerrados y con su estómago —un pequeño y duro nudo— tirando del desteñido vestido que había estado llevando desde los diecisiete años. Y es que Justine no había comprado ropa, ni para ella ni para el bebé. ¿Le preocupaba el dinero quizá? Duncan sabía por experiencia que las mujeres compraban. Había contado con que una canastilla adornada de volantes se acumulara en el cajón de alguna cómoda, pero lo único que Justine tenía era lo que sus tías le habían dado. Todos sus preparativos consistían en una cuna que había empezado en la

ebanistería. Y cuando Duncan se ofreció para ir a comprar él mismo un vestido de premamá, a Justine se le llenaron los ojos de lágrimas, cosa que rara vez sucedía. «No quiero nada. No me gusta nada. No podría soportar comprar algo en esos almacenes», dijo. Duncan se quedó perplejo. Hizo lo único que se le ocurrió: ir a comprar tres yardas de tela floreada y un patrón de *Simplicity*. Supuso que no habría mucha diferencia entre interpretar un patrón y un plano. Pensó que podría hilvanarlo en un abrir y cerrar de ojos y coserlo después con la Singer de tía Marybelle. Pero cuando llegó a casa Justine estaba de parto, y tuvo que llevarla directamente al hospital. Durante el trayecto le dio por pensar que Justine se moriría. Pensó que toda su vida lo había sabido sin que hubiera sido capaz de admitirlo: se moriría a una edad temprana porque el mundo era tan irónico. Contemplar su tranquilo rostro junto a él —¡Justine era tan ignorante!— le ponía furioso. «¡No irás a dejarme ahora con ese niño por criar!», le dijo él, y ella se volvió y le miró amablemente, de lejos. «No, claro que no.»

Justine tenía razón, claro. El parto fue sencillo. Justine no se murió, ni tan siquiera estuvo cerca de ello. Duncan se había enojado sin motivo alguno, y para colmo se había quedado con un patrón de ochenta y cinco centavos que nunca llegaría a utilizarse, porque por nada del mundo volverían a pasar por ello.

Justine quería que la niña se llamara Margaret Rose. Duncan estaba de acuerdo, pero se quedó un poco sorprendido. Había contado con tener que discutir con Justine para no ponerle Caroline o Lucy o Laura o Sarah, nombres que no podía soportar. ¿Desde cuándo se había encariñado Justine de su abuela fugitiva? La familia jamás la mencionaba, con excepción de Sulie, que había adorado a Margaret Rose desde que empezó a trabajar para los Peck, a la edad de trece años. Naturalmente el abuelo nunca hablaba de ella. Duncan estaba intrigado por saber qué diría ahora el anciano. ¿Se

opondría a ello? Pero no, cuando el abuelo fue a visitarles y se lo dijeron (Justine tuvo que gritárselo intrépidamente al oído bueno, que se le estaba quedando tan sordo como el malo), se limitó a asentir con la cabeza, como si no significara nada. Duncan debería haberlo supuesto. Justine lo sabía. En esa familia, los malhechores desaparecían sin dejar rastro, ni tan siquiera un agujero que indicara dónde habían estado.

A la niña la llamaban por el diminutivo Meg. Era un rubio y rechoncho bebé, de semblante grave y de plateadas cejas arqueadas, permanentemente fruncidas en el entrecejo. Cuando empezó a dar los primeros pasos, lo hizo trabajosamente; si se reía, solo era tras unos instantes de consideración. Todo lo que hacía era laborioso, hasta cuando ensartaba cuentas de madera o daba de comer a las muñecas, o arrastraba de un lado para otro grandes cajas de cartón que durante varios años estuvo insistiendo en llevarse a todas partes. A Duncan le conmovía verla recoger sus juguetes cada noche y guardarlos en su caja con gran esfuerzo sin que nadie se lo ordenara. A medida que iba creciendo, a medida que la vida se iba haciendo más ajetreada y dispersa, ella se iba convirtiendo en una pequeña y competente ama de casa que siempre sabía dónde estaban las cosas, y cuáles habían sido olvidadas y cuándo se suponía que debían estar en otra parte. A la edad de seis años ya tenía su propio despertador, el único de toda la casa. Para su séptimo aniversario pidió un tostador automático. (Quería hacer las tostadas como todo el mundo, decía, y no en el horno.) Se preparaba su propio desayuno, enjuagaba sus propios platos, y buscaba sus propios calcetines. Por las tardes, después de la escuela, hacía todos los deberes sin que nadie se lo ordenara, con su suave cabeza rubia inclinada y empuñando, agarrado con fuerza, un lápiz. Quería ir tanto a la iglesia como a la escuela dominical, sitios a los que sus padres nunca asistían. Iba ella sola, ataviada con vestidos de su abuela, una gorra y unos guantes blancos, estrechando en su mano una moneda de veinticinco

centavos para la colecta. Los sábados por la tarde leía las páginas de la Biblia que le habían puesto de deberes. «¡Meggie!», gritaba su madre, abalanzándose sobre ella. «¡Vamos fuera! ¡Vamos a jugar!» Pero antes de salir, Meg tenía que acabar los deberes y guardarlo todo en su sitio. Entonces Justine la llevaba a ver a otros niños, o a jugar a la rayuela, o a patinar. Si Justine alargaba los patines de Meg hasta alcanzar la talla más grande, también podía ponérselos ella, y entonces le demostraba todo lo que recordaba de los viejos tiempos. Cuando el viento soplaba con fuerza, Justine se mantenía inmóvil y dejaba que el viento la echara hacia atrás, quedándole la falda ancha y aplastada. Se apoyaba en el viento como un mascarón de proa, riéndose, pero Meg la contemplaba sospechosamente con el pulgar en la boca.

—Esto es un grillo —le dijo Duncan a Meg.

—Oooh.

—¿Quieres saber por qué chirría?

—No.

—Mucha gente cree que lo hace con las patas, pero en realidad...

Meg no miraba el grillo sino a Duncan. Los ojos de Meg eran transparentes y sin ningún relieve en el fondo.

Duncan no había esperado sentirse padre, pero se había equivocado. Se conmovía con solo ver la curva de su mejilla, las azules venas de su muñeca, o el modo imperturbable con que observaba cómo jugaban otros niños. Pero Duncan era más perspicaz que Justine, que pensaba que Meg era perfecta. Sabía, por ejemplo, que si bien Meg tenía una inteligencia normal, su mente trabajaba ardua y tenazmente, siempre con miras estrechas; que la regularidad, la constancia y el orden le preocupaban en extremo. Duncan tenía la sensación de que él era el objeto de una gran ironía. Había temido todos los defectos genéticos excepto el más obvio: un «peckismo» total. Era

más Peck que nadie, más incluso que el pesado Claude, o que las dulces y apacibles gemelas. Cuando iba a Baltimore de visita, ella era la predilecta. No había en ella ni una sola faceta que fuera en absoluto foránea. El foráneo era Duncan. Con la edad, Meg pareció advertirlo, y uno y otro fueron criticándose, discutiendo inútilmente, defendiendo cada uno su propio mundo. Después Meg, silenciada por la lengua más perspicaz de su padre, adoptaba una mirada reservada, triste, y entonces le recordaba a Justine de niña. Recordaba de qué modo tan prometedor corría tras sus primos, con la mirada ansiosa, la sonrisa vacilante, el vestido tan primoroso como cuando su madre se lo había abrochado por la mañana. Entonces Duncan se ablandaba y pellizcaba con suavidad un mechón de los cabellos de Meg, hasta que ella se daba por vencida y sonreía.

Pero ¿dónde estaba la niña que Justine había sido? Ahora no había en ella indecisión alguna. Se había convertido en alguien calidoscópico y de movimientos rápidos. Había una especie de brío en todo lo que ella hacía, que le dejaba sorprendido y fascinado. Cuando pasaba volando por una calle, la gente se volvía para mirarla: una mujer bonita, angulosa, despreocupada, que daba la impresión de no saber a dónde se dirigía. Aún llevaba los vestidos descoloridos de su juventud. Los dobladillos habían sido retocados con retraso media docena de veces. Bien los había subido hasta quedar como un neumático de repuesto alrededor de sus rodillas, o bajado de forma que dejaban a la vista todas las medidas anteriores, como las líneas de un papel pautado. Y en sus pies, zapatos de colegiala abrochados al lado con una hebilla; en su cabeza, el eterno sombrero bretón, que Duncan había tenido que reemplazar, en dos ocasiones, porque la copa se había roto de tantas veces como ella se la había sujetado a lo largo de su agitado y fluctuante viaje por la vida. Al pasar por delante de un tipo chiflado que hablaba consigo mismo, por ejemplo (y al que Duncan simulaba no oír), Justine se detenía

para contestar cualquier cosa que le hubiera preguntado a las nubes, y terminaba escuchando durante horas sus huidas de los asilos al estilo de Houdini, rey de la evasión. Ella era la única persona que Duncan conocía a la que, literalmente, le habían dejado abandonado un bebé en la puerta. (Después la madre cambió de opinión, pero Justine había estado dispuesta a quedárselo.) Duncan podía encontrársela a cualquier hora del día llevando por la calle Mayor a diecisiete escolares de tercer curso en un coche de bomberos, o manifestándose delante de un cine reservado exclusivamente para los blancos con la compra del día aún en sus brazos, o pasando como una bala por delante del escaparate de la ebanistería arrastrada por dos enormes san bernardos, cuando hacía tan solo una hora no tenía ningún perro. ¡Y se iba con tanta facilidad de una ciudad a otra! Al principio, claro, siempre se sentía un poco reacia a ello. «Me gusta estar aquí. Justo ahora que ya nos estábamos instalando.» Podía instalarse en cualquier parte, pensaba Duncan, en una cueva o en una mina de carbón, incluso; era como un gato. «No quiero abandonar a todos nuestros amigos», decía ella. Los amigos de Justine, generalmente; Justine hacía amigos en un santiamén, Duncan era un poco más gradual. Él tenía la sensación de que apenas había empezado a acercarse a la gente cuando ya era hora de marcharse de aquel sitio. «¿Por qué tenemos que irnos, Duncan?» Pero era obvio porqué tenían que irse: ahí estaba él, cada vez más malhumorado y más triste, consumiéndose día a día. «Bueno», decía siempre ella al final. «Pues nos marcharemos. Sí, nos marcharemos. ¿Qué hay de malo en ello?» Entonces los dos parecían volverse locos, como si los hubieran salvado de un desastre que llevara semanas aterrorizándoles. Justine empezaba a embalarlo todo con demasiada antelación; se había convertido en su ocupación preferida, que a medida que iban dejando atrás más y más cosas iba convirtiéndose en más sencilla. Apenas si cocinaba, apenas si limpiaba; había regalado todas las cacerolas de la boda, como si el

simple hecho de existir acaparara todo su tiempo y atención. Para comer preparaba lo primero que se le pasaba por la cabeza, olvidándose ella misma de comer y abriendo en su lugar una ventana para pedirle a un pilluelo que pasaba por la calle que dejara montar a Meg en su caballo. «Oh, mamá», decía Meg, que no tenía ninguna intención de montar sobre aquel animal y que deseaba que su madre dejara de incomodarla asomándose a las ventanas. Pero Duncan se dejaba arrastrar felizmente por estas turbulencias; en los momentos de calma tenía la sensación de que faltaba algo. Si al regresar a casa Justine no estaba, el aire parecía vacío y muerto. Recorría todas las habitaciones llamándola por su nombre. Iba a ver a los vecinos. «¿Está Justine con vosotros? No está en casa, no la veo por ninguna parte.» Cuando finalmente la encontraba, daba un largo suspiro y se dejaba caer en la superficie llana más cercana. «No podía encontrarte. No sabía dónde estabas. No sabía lo que te había pasado.» Entonces la vida se disparaba de nuevo y volvía a ponerse en marcha a toda velocidad, con lo desconocido revoloteando alrededor de ellos como el confeti, y solo entonces Duncan se sentía tranquilo.

A veces Duncan recordaba que Justine no siempre había sido así, aunque no era capaz de asegurar cuándo había cambiado. Entonces se preguntaba si no sería que solo simulaba ser feliz, por el bien de Duncan. O si no estaría yendo deliberadamente contra su propio carácter, como si alguien con vértigo a las alturas se lanzara en paracaídas. Entonces se tornaba súbitamente solícito con Justine, ofreciéndole tal vez una visita a Baltimore, aunque a él, después de todos estos años, el mero hecho de pensar en la familia le producía una contrariedad al parecer incontrolable. Justine aún le tenía cariño a su familia. Cuando Duncan le hacía observar el significado que se escondía bajo sus palabras, el filo mordaz oculto bajo frases agradables y triviales, Justine le hacía observar a su vez el significado que se escondía bajo ese

significado, y Duncan tenía que admitir que había algo de cierto en lo que ella decía. Justine tenía esa viveza patética de los niños que han dependido demasiado de los adultos; captaba cada inflexión, cada gesto, cada cabo sin atar y mirada errante, y entonces les daba vueltas y más vueltas hasta llegar a comprender su significado. ¿Era así como podía adivinar el futuro? Había presagiado la muerte de su bisabuela, decía, al observar que compraba todas sus lociones en frascos muy pequeñitos. De modo que con las palabras de Justine aún frescas en su mente conducía hasta Baltimore sintiéndose caritativo y con las ideas claras, si bien nunca duraba más allá del momento en que penetraban en el serio y frío Roland Park, con sus húmedos árboles y sus deprimentes casas y sus remolonas criadas flotando casi inmóviles mientras se dirigían desde la parada del autobús hasta la colina, llevadas por sus pies planos y lentos mientras sus cabezas tiraban de ellas hacia atrás. Y cuando ya habían llegado, Duncan seguía observándola, tratando de descubrir si no sería cierto que en el fondo le odiaba por llevársela lejos. Pero Justine se comportaba igual allí que en cualquier otro lugar. Daba súbitos besos a todo el mundo, ladeando las gafas de tía Bea cuando la besaba a ella, corría por toda la casa haciendo que las encantadoras lámparas y estatuillas temblaran sobre las mesas, y una vez, durante la cena, se tragó accidentalmente la diminuta cucharilla de cristal del salero. Todas las tías se levantaron de un salto, retorciéndose las manos, pero Duncan sonrió y desaparecieron las arrugas de su frente y volvió a descansar en las blancas, turbulentas aguas de la vida con Justine.

Ahora los tíos y las tías se habían hecho viejos, el abuelo llevaba un audífono para la sordera, y los primos y primas (Sally se había divorciado, los demás estaban solteros, todos sin hijos), iban desarrollando arrugas y surcos en sus rostros curiosamente inocentes, como enanos envejeciendo. Los jardines se habían vuelto enjutos y la flota de Fords se había quedado

anticuada. La única sirvienta era Sulie, que iba refunfuñando y arrastrando los pies de un lado para otro, como lo había estado haciendo durante años, sacudiendo el polvo enérgicamente con un raído trapo gris. La casa de la abuela la ocupaban Esther y las mellizas, pero Justine era la propietaria legal. Algún día, decían todos, Justine y Duncan querrían volver a casa, trayéndose con ellos a su encantadora Meg, y cuando lo hicieran, todo estaría a punto. Justine se limitaba a sonreír. Claro que nunca irían a vivir allí. Sin embargo, en lo más recóndito de sus pensamientos, esa casa se alzaba como un último recurso, por si todo lo demás fracasaba, por si alguna vez se veían forzados a admitir la derrota. Estaba presente en sus planes de reserva; les iba invadiendo, pulgada a pulgada, cuando andaban justos de dinero o los trabajos eran escasos, y con el paso de los años había llegado a contener una vida imaginaria paralela a la que ellos vivían en la realidad, avanzando cuando la suya lo hacía. Sabían a qué guardería habría ido Meg si se hubieran quedado a vivir allí, y después a qué instituto; cuál habría sido su farmacia y en qué tienda habrían comprado los comestibles. Y sin embargo, bastaba con echar un solo vistazo a esa casa, que se perfilaba amenazadoramente bajo los robles, para que Duncan se ensombreciera y se sintiera vacío, y entonces colocaba de pronto una mano sobre el muslo de Justine, como si ella fuera un cuadrado de sol en un asiento junto a la ventana, y él acabara de regresar del exterior para protegerse del frío.

Las personas de clase inferior tendían a viajar en autobús. Daniel Peck las miró airadamente: tres marineros, un chico de color con una gorra hecha de ganchillo, y una mujer de tez cetrina, complexión delgada y aspecto astuto, acompañada de cuatro chiquillos a los que no paraba de abofetear y pellizcar. Uno de los niños sacó la lengua.

—Mira. ¿Has visto eso? —preguntó Daniel Peck a su nieta.

Ella levantó la mirada de la revista.

—Ese niño me ha hecho una mueca.

Ella sonrió.

—Pues no sé dónde le ves la gracia, Justine.

Fuera lo que fuese lo que ella le dijo, el abuelo no lo entendió muy bien. Le molestaba ir en coche con el audífono puesto.

Regresaban de Parthenon, Delaware, donde finalmente y tras una abundante y tediosa correspondencia, Daniel Peck había conseguido localizar al hijo pequeño del anterior director de la Academia Salter. Un tal señor Dillard. El señor Dillard ya le había informado por carta que nunca se había mantenido en contacto con ninguno de los alumnos de su padre (quienes, de todos modos, eran mayores que él y no contaban con muchas posibilidades de encontrarse entre los vivos, dijo con falta de tacto), pero Daniel Peck sabía que la memoria no era algo que siguiera una organización perfecta. A veces pequeñas cosas podían refrescarle la memoria a uno, estaba seguro: algo tan

insignificante como el olor del trébol o ver a un niño montado en una bicicleta tambaleándose. De modo que había ido a verle personalmente, llevando consigo su fotografía de Caleb y dispuesto a proporcionarle cualquier detalle que se le ocurriera de entre la inmensa profusión de detalles secos y mustios que guardaba en su mente. «No era un niño puntual. Nada puntual. Tal vez su padre mencionara tener un alumno con ciertos problemas de puntualidad. Y, veamos, era sumamente sociable. Sin duda habría asistido a cualquier reunión escolar que se celebrara. O tal vez les vino a visitar, ¿no sabría usted decirme? Tal vez vino a visitar a su padre años más tarde, él habría hecho una cosa de este tipo. ¿Puede recordar alguna visita así? Un chico alto, rubio, en esta fotografía no se ve muy bien. Tenía la costumbre de inclinar la cabeza cuando escuchaba a la gente. Si siendo usted niño él hubiera pasado junto a usted al dirigirse al despacho de su padre, por ejemplo, casi seguro que le habría hablado. Aunque no era una persona risueña. ¿Lo vio usted? ¿Sabe usted si lo vio?»

Pero el señor Dillard no lo sabía. Un hombre encorvado, de cara rojiza, que se negaba a hablar alto. El papel que cubría las paredes de su cuarto de baño estaba lleno de peces en forma de dibujos animados. Su esposa era agradable, en cambio. Una señora encantadora. Les ofreció caramelos caseros de menta y mantequilla, los primeros que el abuelo probaba en años, y les apuntó la receta en una pequeña ficha.

El abuelo orientó su cara hacia Justine, y esperó a que ella lo notara y levantara la cabeza nuevamente.

—Sí, abuelo —dijo ella.

—¿Qué has hecho con la receta?

Justine quedó desconcertada.

—La ficha con la receta que te dio la señora Dillard.

—¡Ah!

—No me digas que la has perdido.

—No, qué va. Es solo que...

El abuelo no entendió el resto de sus palabras, pero podía verla con suficiente claridad, buscando desordenadamente en su deshecho cesto de paja, y después en los bolsillos del vestido, uno de los cuales se había rasgado por la mitad. Adiós, pues. Ya nunca más volvería a probar esos exquisitos caramelos de menta y mantequilla.

El abuelo sacó del bolsillo interior de su chaqueta una cartera grande de piel. Extrajo un sobre color crema y una hoja de papel. El sobre ya llevaba el sello y la dirección. Era muy organizado. Recordaba lo que su madrastra le había enseñado años atrás: las notas de agradecimiento debes redactarlas en el carruaje, durante el trayecto de regreso a casa. Nunca dejes que transcurra una hora sin antes haber escrito la nota de agradecimiento. «Y en tal caso», preguntaba Duncan cuando todavía era un niño, «¿por qué no escribir toda la nota con anterioridad?». Pero no, eso no serviría de nada. Tienes que mencionar algo personal que haya sucedido durante la visita, ¿comprendes? Como Daniel hacía ahora, después de haber contemplado su pluma durante unos instantes con el entrecejo fruncido.

5 de marzo de 1973

Apreciada señora Dillard:

Le escribo para expresarle mi agradecimiento por su hospitalidad. Sus caramelos de menta y mantequilla eran en verdad exquisitos y ha sido usted muy amable al dedicarnos su tiempo. Recordaremos esta visita con gran placer.

Atentamente,

DANIEL J. PECK, padre

Nada más regresar a Caro Mill, o a dondequiera que fuera, escribiría a máquina una copia de esta nota para guardarla en sus archivos. Le gustaba llevar un registro de toda la correspondencia, en especial de la concerniente a

Caleb. Su vieja máquina de escribir Underwood, con sus teclas metálicas y su parte frontal negra, estaba permanentemente instalada en la cómoda junto a su cama; su archivo estaba completamente atestado de cartas de solicitud de información, de cartas de agradecimiento, de cartas de seguimiento, que se remontaban a... ¿A qué año se remontaban?

Bien, su madrastra había muerto en 1958. Ese sí que fue un año duro. Ella fue la última persona de la tierra que le llamó Daniel. No se percató de ello hasta que ella murió. Su madrastra lo había acompañado siempre en su viaje por la vida, excepto los primeros meses: setenta y siete años. La única persona que recordaba el soldadito de juguete que había tenido de niño, y la forma en que el padre de Daniel abría desmesuradamente los ojos cuando se disgustaba, y los ásperos y tibios adoquines belgas que solían pavimentar las calles del centro de la ciudad. Su madrastra le había dejado su casa a Justine, y él sabía por qué. Estaba preocupada por esa niña, la más dulce de sus nietas y la más indefensa, arrastrada de aquí para allá por el atolondrado Duncan, a quien el matrimonio no había moderado lo más mínimo. Pero tras su muerte, Daniel pasó meses enteros sin querer entrar en la casa o mirarla siquiera, y si bien permitía que Esther y las mellizas rondaran por ella, les dijo que se mantuvieran alejadas de su habitación. Ya arreglaría sus cosas luego, dijo. Justo entonces estaba un poco ocupado. Deambulaba sintiéndose herido, golpeado, como por primera vez, por el hecho de que el mundo seguía avanzando y la gente envejecía y moría y nada en la vida era reversible. ¿Adónde había ido a parar todo? ¿Qué había pasado con ese abuelastro alemán, bajito y moreno, que en una ocasión había tenido? ¿O con la familia de Sarah Cantleigh, que lloraba cada vez que veía a Daniel? ¿Ya estaban todos muertos? ¿Dónde estaba ese hermano suyo, silencioso, musical, con la cabeza ladeada?

Pero Daniel era una persona sensata, y con el tiempo se recuperó. Mandó

llamar a su Sulie, con su manojito de llaves ensartadas en un aro. Fueron a ordenar las pertenencias de Laura. «Oh, mi alma», iba repitiendo Sulie. «Mi alma.» Había estado furiosa con Laura durante décadas, pero ahora, mientras contemplaba la oscura habitación que olía a cerrado, parecía abatida. Tenía los ojos triangulares y se le marcaban mucho los tendones del cuello. Su rostro arrugado parecía una cometa de papel amarillo. «Dios mío, no somos nada», decía.

—Mira Sulie, o paras de una vez —le dijo Daniel— o te vas de nuevo derecha a la cocina, ¿me oyes?

Daniel dejó que las mujeres se encargaran de los vestidos; ese no era asunto suyo. Lo que a él le interesaba eran los cajones de la cómoda, los joyeros y los estantes de bagatelas llenos de pequeños recuerdos que deberían ser repartidos entre la familia. Abrió los cajones como con remordimiento, avergonzado por las bocanadas de aroma de lavanda que emanaban de todas las cosas, como si ella todavía estuviera presente en algún rincón del cuarto. «¡Ay! No sé», decía ante cada nuevo objeto que encontraban, y luego, cuando lo dejaba a un lado, Sulie lo recogía y decía: «La señorita Sarah siempre ha admirado esto», o «La señorita Bea siempre dice lo mucho que le gustaría tener uno igual.»

—Llévaselo. De acuerdo. De acuerdo —decía Daniel.

No se guardó nada para él. Los arreglados cajones, con todo tan bien dispuesto y de modo tan preciso, total para nada, le hicieron perder todo interés por la vida, y tal vez también se lo hicieron perder a Sulie. En cualquier caso, cuando le ofreció el broche ovalado que contenía un mechón de cabello de la madre de Laura y solo presentaba un pequeño defecto en el cierre, Sulie lo miró con desprecio.

—No lo quiero —dijo ella.

—Como quieras —le contestó Daniel. No todo el mundo estaría dispuesto

a aguantar las groserías de Sulie como él lo hacía.

En uno de los cajones de la cómoda, detrás de una pila de sobres y papel de escribir, Daniel encontró un viejo y frágil recorte en el que se anunciaban las excelentes cuberterías de la casa Baum. Debajo de él había un sobre con aspecto de haber sido muy manoseado. En su interior había una fotografía de Caleb tocando el violonchelo en el pajar de un establo.

¿De dónde había salido eso?

Nunca la había visto antes, pero por el mal enfoque y el encuadre sin ton ni son, supuso que sería obra de Margaret Rose, aquel verano que le regalaron una barata cámara Brownie. Durante algunos meses estuvo merodeando por todas partes, sacando fotos de las cosas más inverosímiles: Sulie quitando las hebras a las judías, Sarah en su caballito de balancín, Lafleur Boudrault tocando una guitarra hecha con una caja de puros, y Mark con la boca llena de flores de madreSelva. (Daniel supo que Margaret Rose se había marchado para siempre cuando descubrió que todas las fotos de los niños habían desaparecido. Pero ya basta de eso.) Miró con atención el rostro borroso de Caleb, de rasgos angulosos. Por lo que él sabía, esta era la única foto que existía de su hermano. Sin tener en cuenta la del álbum: tenía dos años, llevaba un vestidito todo volantes y sostenía un libro abierto que, con toda seguridad, no podía leer. Y por supuesto, cualquier rastro de Margaret Rose había sido destruido sistemáticamente muchos años atrás. Y sin embargo, en cierto sentido, esta también era una fotografía de ella: un recuerdo permanente de su forma impetuosa de hacer las cosas; y su presencia podía adivinarse por la forma en que Caleb miraba de frente y con ojos curiosos a quien sostenía la cámara: una mirada que reservaba para Margaret Rose. Daniel se pasó una mano por los ojos.

—Creo que esto será todo por hoy —dijo.

—¿Qué? ¿Ahora se marcha?

—De momento.

—¿Dejándolo todo revuelto de cualquier modo?

—Más tarde me ocuparé de ello.

Cuando Daniel salió de la habitación, Sulie estaba hurgando en las pilas de pertenencias con manos iracundas y malhumoradas, refunfuñando en voz baja. A Daniel le traía sin cuidado lo que estuviera diciendo.

Después se pasó varios días seguidos solo, sentado en su habitación y observando la fotografía con detenimiento, experimentando un nuevo sentimiento de tristeza que le subía directamente por la caja torácica. Y cuando hubo absorbido ese sentimiento (no es que hubiera disminuido, solo se había adaptado a él), se volvió, tuvo que admitirlo, un poco loco. Empezó a preguntarse si la fotografía no entrañaría algún mensaje secreto. No era posible que un objeto así se limitara a existir y nada más, ¿no? Estudió el ángulo del sombrero de Caleb, la forma en que sostenía el violonchelo, los fragmentos de algún póster viejo que habían quedado pegados a la pared del establo. ¿Qué significado tenía todo aquello? Mientras tanto su hijo solterón y sus dos hijas solteras susurraban en la planta baja, preguntándose qué demonios podía estar haciendo. Cuando Laura May llamó con los nudillos a la puerta, Daniel se sobresaltó y se metió la foto en el bolsillo. Laura May solo encontró a su padre sentado en su butacón con los brazos cruzados sobre el pecho de forma poco natural.

Después fue a ver a Lucy, que todavía tocaba un poco el piano.

La abordó un día por su cuenta, cuando estaba en la despensa contando los tarros de confitura de fabricación casera.

—Lucy —dijo él—, tú sabes música.

—Oh, padre Peck, yo...

—Mira esto. Dime qué nota está tocando este hombre.

Le mostró la fotografía. La sorpresa hizo que a Lucy se le formaran

pequeños y marcados pliegues en la frente.

—¿Por qué? ¿Quién...?

—¿Qué nota está tocando?

—Bueno, no creo que... en realidad me parece que no está tocando ninguna nota.

—¿Qué? Habla más alto.

—Ninguna nota.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Ninguna nota en absoluto? Nunca había oído nada semejante.

—A mí me parece que el arco descansa simplemente sobre las cuerdas, padre Peck.

—Pero eso sería ridículo.

—¡Qué va! En realidad es bastante...

—Nunca había oído nada semejante —dijo, y a continuación salió de la despensa dando un portazo.

Sabía que acababa de cometer un error. Porque Lucy, claro está, fue y se lo dijo a Dos, y Dos, de entre toda la familia, era la persona más indicada para reconocer una descripción de Caleb. Y entonces todo el mundo lo supo, y todo el mundo le preguntaba qué se llevaba entre manos. Caleb estaba mejor olvidado. Seguro que ya habría muerto. ¿Qué más daba la nota que hubiera estado tocando un día de verano de 1910?

Cuando Justine fue a visitarles el mes de agosto, se acercó adonde estaba él, sentado en una silla de listones bajo un roble. Justine le dio un beso en la mejilla, retrocedió y se lo quedó mirando. Daniel adivinó que los otros le habían dicho algo. Todos habían estado hablando de él a sus espaldas. Dio un bufido.

—Ya sabes que no estoy en mi sano juicio —le dijo Daniel.

Justine siguió observándolo con detenimiento, como si se hubiera tomado

sus palabras en serio. Justine, una chiquilla que lo interpretaba todo al pie de la letra. Siempre había sido así.

—¿Puedo ver a Caleb? —le preguntó ella finalmente.

—¿Perdón?

Pensó que la había oído mal.

—La fotografía de Caleb.

—Los otros me piden no verla.

—Pero yo ni siquiera sé que aspecto tiene él —dijo Justine.

El abuelo la miró con el entrecejo fruncido. No. Claro que no. Seguramente tenía razón. Lo más probable es que no supiera casi nada acerca de él. Laura nunca permitió que su nombre saliera de su boca; y él apenas si lo había hecho. Y para los demás, Caleb estaba prácticamente olvidado, un tío ya mayor y lejano al que nunca habían encontrado muy interesante.

—Bueno —dijo Daniel.

Sacó la fotografía, que ahora había protegido con un marco y un cristal.

—Mi hermano —dijo.

—Ya veo —contestó Justine.

—Aunque por regla general no iba en mangas de camisa.

Justine se inclinó sobre la fotografía. A Daniel, sus párpados entrecerrados le recordaron las alas de los pájaros.

—Se parece a ti —dijo ella.

—Pero él tenía los ojos castaños.

—Tiene tu misma cara.

—Sí, ya lo sé —dijo Daniel, y dio un suspiro. Volvió a coger la fotografía —: ¿Sabes? Los demás ya no le tienen en cuenta. Para ellos es un fugitivo.

Justine dijo algo que él no llegó a captar.

—¿Eh? Para mí —dijo Daniel—, todavía es un miembro de la familia. Su recuerdo se remonta prácticamente a mis primeros recuerdos. Me gusta

pensar en él, eso es todo. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada —contestó Justine.

—Daría todos los años que me quedan de vida por verle otra vez.

Justine añadió algo más. Daniel golpeó con fuerza el aire, protestando por la cortina de sonidos amortiguados que les separaba.

—Si por lo menos pudiera ir andando con él a la iglesia una vez más —le dijo a Justine—, solo que esta vez prestaría más atención, ¿comprendes? Si pudiera pasar por delante de la Academia Salter y mirar por la ventana y verle allí, saludándome con la mano, o escuchar la ridícula y confusa música que tocaba en el piano del salón... si tan solo pudieran devolverme un pedacito de tiempo. ¡Es todo lo que pido!

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? —dijo Justine—. Ven a la parte delantera, verás lo crecida que está Meg.

Y entonces lo cogió por la mano, para que tuviera que levantarse y seguirla. En cierto sentido, Justine le había decepcionado un poco. Había pensado que tal vez ella podría comprender su punto de vista. Si lo había comprendido, se lo calló muy bien.

En noviembre de ese mismo año, un día frío y lluvioso, Daniel recibió un sobre con el matasellos de Honora, Maryland, donde Justine vivía entonces. No había ninguna carta, solo un recorte de periódico del *Herald* de Honora, una página entera dedicada a la educación. Quedó desconcertado. La educación no le interesaba demasiado. Pero un momento, en la parte inferior había una fotografía muy antigua en la que podían verse filas y más filas de niños. El pie de foto decía:

Los viejos tiempos

Arriba, la escuela del propio autor, la Academia Salter, en Baltimore, a finales del siglo pasado. Obsérvese el alumbrado de gas en las paredes. El autor, sentado en la fila de abajo, es el segundo por la izquierda.

En menos que canta un gallo, Daniel ya iba camino de Honora en su Ford V-8. Llegó a casa de Justine agitando el recorte de periódico. Justine estaba en la cocina leyéndole el futuro a una mujer, ocupación que tanto él como toda su familia preferían ignorar.

—No importa eso —le dijo a Justine—. Quiero ver a Ashley Higham.

—¿Quién es Ashley Higham?

—Pues el hombre que ha escrito este artículo.

—¡Ah, entonces lo conoces! —exclamó Justine.

—No, no lo conozco en absoluto, pero aquí dice bien claro que fue a la Academia Salter, ¿no? Dice que es este que está sentado aquí, el segundo empezando por la izquierda, y a menos de dos palmos de distancia está mi propio hermano Caleb.

—¿De verdad? —dijo Justine. Dejó las cartas sobre la mesa y se levantó para echar una mirada.

La mujer hizo lo mismo, aunque no tenía nada que ver con el asunto.

—Ahora solo tengo que encontrar a Ashley Higham —dijo Daniel.

—Ya, pero abuelo, no sé realmente dónde...

—Yo sí —dijo la mujer.

De modo que fue la mujer quien les llevó hasta Ashley Higham. Y el señor Higham sí que se acordaba muy bien de Caleb, pero no lo había visto desde el día de su graduación, en 1903. No obstante, tenía una memoria excepcional y podía recitar de un tirón los nombres de todos los niños, con su tembloroso y blanco dedo índice recorriendo lentamente las filas de caras. Daniel apuntó todos los nombres en una hoja de papel. Más tarde los copiaría en una libreta de anillas que siempre llevaba en el bolsillo, atiborrándola cada vez con más y más hojas. Una cosa les llevaba a otra, un hombre recordaba a otro que había sido amigo de Caleb, y ese otro a su vez recordaba al profesor de

declamación de Caleb, que resultaba que había fallecido, pero su nieto, en Pennsylvania, guardaba toda su correspondencia, y gracias a ello, Daniel pudo encontrar el nombre del profesor de geografía, y así sucesivamente. Sus archivos empezaron a llenarse. Su Ford cronometró más millas en un año que en toda su vida anterior. Y poco a poco, a medida que el resto de la familia iba poniéndose en contra cada vez más (al principio le persuadían razonablemente, después trataban de distraerlo con la televisión y álbumes de recortes y pastel de carne hecho en casa, finalmente le robaban las llaves del coche cada vez que se volvía de espaldas), él empezaba a pasar temporadas más largas con Justine. Solo estaba de visita, claro. No estaría bien que Caleb regresara a casa inesperadamente y se encontrara con que su hermano había desaparecido sin dejar rastro. A Daniel todavía le esperaba su casa en Baltimore, sus hijas todavía le guardaban la habitación preparada. Pero Justine era la única dispuesta a subirse al coche con él sin pensarlo dos veces, e ir a cualquier parte y hablar con cualquiera e interpretar todas las respuestas que les musitaban. Y cuando él se desanimaba, Justine era quien le hacía recuperar la confianza.

Porque al principio, sí se desanimaba. Al principio tenía mucha prisa. Pensaba que la victoria estaba a la vuelta de la esquina, por eso se desanimaba. Después, cuando cruzaba el estado de una punta a otra para encontrar al amigo más antiguo y querido de Caleb y descubría que no le había visto desde 1909, se volvía taciturno y crítico. «Siempre había pensado», le dijo a Justine, «que la gente se mantenía en contacto, y que si lo perdían, volvían a recuperarlo, ¿no? Claro que yo me he dedicado más a la familia, la familia ha sido toda mi vida social. Pero yo suponía que si vigilabas durante el tiempo suficiente al mejor amigo de un hombre, al final siempre acabarías por ver al propio hombre en cuestión. Pero no, no en el caso de Caleb. En cincuenta años no ha regresado para hacerle ni una sola

visita, y su amigo tampoco ha hecho nada al respecto. ¿Qué conclusiones sacas de todo esto?».

Justine dijo: «No te preocupes, abuelo. Funcionará». ¿Estaba hablando profesionalmente? Y a la mañana siguiente ella se encontraba del todo dispuesta a ponerse en camino de nuevo, tan alegre como siempre, sin perder nunca la paciencia. De manera que, después de todo, no había ninguna necesidad de apresurarse. Daniel empezó a relajarse. Empezó a disfrutar de la propia búsqueda, de los interminables y animados viajes, del inmóvil cielo azul al otro lado de la ventanilla del tren. Rápidamente decidieron pasarse al tren, porque su sordera había estado a punto de provocar varios accidentes y el modo de conducir de Justine lo aterrorizaba. En los viejos tiempos, un simple viaje de negocios a Nueva York le hacía sentirse como un ovillo de lana que, rodando por la carretera, desenrolla a su paso una hebra de nostalgia en línea recta con Roland Park. Pero ahora había aprendido a concentrarse únicamente en el acto de viajar. Le gustaba imaginarse que el propio Caleb había viajado en ese mismo tren. Iba traqueteando a lo largo de la línea de ferrocarriles del sur, sentado en polvorientos asientos afelpados, estirando las piernas de vez en cuando en el andén de alguna pequeña ciudad, donde Caleb, tal vez, había estado antes que él. Y regresaba a casa con el mismo optimismo con que se había marchado, porque siempre habría tiempo de seguirlo buscando: la semana próxima o el mes próximo o cuando se sintiera con ganas de hacerlo.

Si a Duncan le molestaba esa visita permanente, nunca lo dijo. Al principio Daniel se lo preguntó con franqueza. (Bueno, con toda la franqueza de que era capaz.) «Hoy en día parece que todo el mundo prefiere el mínimo número de adultos en una casa, ¿te has fijado?», le dijo. Pero Duncan se limitó a sonreír. «Algunas personas sí, otras no», le contestó. Otro de sus inexplicables comentarios. Lo había hecho a propósito. Daniel estuvo

reflexionando sobre ello durante varios días, y después probó con Justine. «Está claro que Duncan nunca ha mantenido vínculos familiares muy estrechos», le dijo, y esperó, con plena confianza, a que ella le entendiera. Le entendió. «Es cierto», contestó ella, «pero hasta ahora no se ha quejado».

Y Daniel se encargó de no darle nunca motivo para hacerlo. Se abstenía de dar consejos (cuando bien sabe Dios que no le habrían ido nada mal al muchacho) y de ensalzar y criticar. Aceptaba sin preguntar todos los traslados, aunque ninguno de ellos era en absoluto necesario. ¿A Duncan nunca se le había ocurrido pensar que el resto de la gente también pasaba por malos momentos, y que esperaban a que las cosas mejoraran en lugar de coger todos sus bártulos y marcharse? Uno resiste, se las apaña para sobrevivir, nunca había oído hablar de nadie que se negara a ello de una forma tan consecuente. Pero daba lo mismo. Daniel no dijo una sola palabra. Fue sin rechistar a todas las nuevas ciudades, aceptó la comida y la limpieza poco entusiastas de Justine, que eran, supuso, el resultado lógico de no haber dado a una mujer ninguna estabilidad en toda su vida. ¿Por qué debería tomarse ninguna molestia en esas casas destartaladas y de aspecto lastimoso que parecían haber sido desahuciadas, que parecían encogerse de miedo en espera del próximo desastre? Y mientras tanto, la preciosa casa de Laura se encontraba vacía. (No contaba con que Esther y las mellizas vivieran allí, puesto que en realidad su sitio estaba en su casa, con sus padres.) Pero ya basta de eso. Ya basta. El único cambio que efectuó en sus vidas fue traspasarles por escritura su Ford, una vez dejó de conducir. Le ponía nervioso montarse en el Graham Paige. Cada vez que se estropeaba una pieza, Duncan tenía que frecuentar las ferias de antigüedades para poderla encontrar. «No me gustan los Ford», decía Duncan. «Siento un profundo odio por los Ford», y durante un año fueron una familia con dos coches: Justine yendo de acá para allá montada en el Ford, y Duncan en el Graham Paige,

silbando alegremente y mirando de vez en cuando hacia abajo, para contemplar la autopista deslizándose bajo el agujero del suelo del coche. El motor, decía él, estaba en perfecto estado, y sin duda era cierto, porque Duncan era un mecánico excelente. Pero el motor tienes que meterlo en alguna parte, y no en este conglomerado de encajes metálicos verdes y muelles sueltos; y el día de la mudanza de ese mismo año, sin decir una sola palabra, Duncan dejó el Graham Paige delante de la casa y se fue con el camión U-Haul. Su abuelo fingió no haberlo advertido. Era un hombre con tacto.

Él vivía en su propio mundo —pequeño, circular— contenido en el más vasto mundo de ellos. Mientras ellos recorrían de arriba abajo la costa este, tomaban inexplicables decisiones, se relacionaban con extraños conocidos, que después perdían y olvidaban, Daniel Peck se abrochaba su camisa sin cuello, se ajustaba sus tirantes gris perla y examinaba su rostro blanco, impasible, en el espejo de la habitación. Daba cuerda a su reloj de oro. Arreglaba su cama. Llegó incluso a transformar sus viajes —la parte más inestable de su vida— en previsibles modelos de orden y rutina. Porque Justine siempre iba con él, él siempre se sentaba al lado de la ventanilla, ella leía su *National Geographic*, y mantenían sus conversaciones espasmódicas, elípticas, ignorando el ruido de la carretera. Ahora la mayor parte de las veces tenían que viajar en autobús, puesto que entonces era lo único que había en la mayoría de las ciudades. Tomaban largas y tortuosas rutas para enlazar en algún punto con una línea de ferrocarril y aun entonces solía tratarse de un Amtrack, un llamativo ferrocarril en absoluto parecido a un tren, en el que nada funcionaba, y en el que sin duda Caleb no había puesto los pies en toda su vida. Pero aun así Daniel viajaba tranquilo y sin ninguna expresión en su rostro, con las manos sobre las rodillas, un billete de diez dólares prendido en el interior de su camiseta, y el ala del sombrero de su nieta, constantemente

en el ángulo derecho de su campo visual, proporcionándole bienestar.

Se estaban acercando a... como se llame, Caro Mill. Advirtió que la gente se levantaba y se ponía los abrigos, y bajaba las maletas de las rejillas para el equipaje. Sintió en su interior una súbita sensación de vacío. De modo que ya estaban de vuelta otra vez. ¿De verdad? Suspiró. Justine levantó nuevamente la mirada de la revista.

—No hemos conseguido gran cosa —dijo él.

—Ya, bueno.

A Justine le daba lo mismo. Ella creía que él se sentía igual, ¡llevaba tantos años viajando feliz al lado de Justine! Pero últimamente le había asaltado un sentimiento de impaciencia, como en los viejos tiempos, cuando empezó esta búsqueda. ¿Significaba eso que se estaba aproximando a Caleb? En una ocasión estuvo a punto de pedirle sin rodeos a Justine que consultara las cartas, esa ocupación tan ridícula. Pero desde luego se contuvo a tiempo. Ahora contemplaba por la ventana con aspecto sombrío un revoltijo de estaciones de servicio y de tiendas de rosquillas.

—De modo que aquí es donde hemos llegado —dijo él.

—¿Qué?

—No es un gran sitio al que regresar.

—Oh... —dijo Justine y, luego, algo más que él no captó, pero sabía que había sido algo alegre. Justine no parecía decepcionarse fácilmente. Lo cual era una suerte, porque sobre él pesaba la decepción, hundiéndose cada vez más deprisa. Sintió que había algo desesperanzador en la puesta de sol color naranja intenso que brillaba tras un cementerio de coches.

—¿Abuelo? —preguntó Justine con su voz más comunicativa—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro.

El autobús pasó resollando por delante de un lúgubre hotel con las

persianas destartaladas. Se detuvo delante del bar-restaurante Caro Mill. Esta ciudad no podía tener una terminal como Dios manda, no. Tuvieron que bajarse allí, en medio de la calle. El conductor ni tan siquiera ayudó a Justine a bajar los escalones, ni a ella ni a ninguna de las otras damas; tuvo que hacerlo él. Se tocaba la sien ante cada una de ellas cuando les soltaba el brazo. «Vaya, gracias», le dijo una señora. La otra ni tan siquiera dijo esta boca es mía, o si lo hizo, él no la oyó.

Delante del bar-restaurante estaba el Ford, a tres pies de distancia de una boca de agua para incendios, abollado y polvoriento, con un nuevo y enorme golpe en el parachoques de atrás. Daniel examinó los daños. Antes en estos casos la gente solía dejar una nota indicando su nombre y número de teléfono. Pero ahora ya no. Cuando finalmente subió al coche dijo:

—La conciencia ha desaparecido.

—¿Cómo?

Justine le miró, con la mano extendida hacia su propia puerta, que estaba abierta de par en par y provocando un atasco.

—¿Qué es lo que ha desaparecido?

—La conciencia, he dicho. Te abollan el parachoques y ni tan siquiera dejan una nota.

—Tal vez he sido yo —dijo Justine, y algo más.

—No, si tú lo hubieras hecho yo lo habría notado. Además, ya has tenido el accidente que te tocaba esta semana.

Su chistecito. Se rió, tapándose la boca con la mano para convertir la risa en tos.

Y entonces, ¡juuuuaam! Daniel recibió una sacudida y chocó contra el parabrisas. Los suspiros y lamentos empezaron de nuevo, al instante. Parecía como si alguien hubiera bajado una mano gigantesca y lo hubiera arrojado con fuerza, como un muñeco. «¿Abuelo?», preguntó Justine. En la parte

interior del brazo de Justine se veía un largo rasguño rojo, y unos cuantos puntitos de sangre. Justo un poco más allá de ella se detuvo un coche y se apeó un hombre. Y donde la puerta había estado abierta de par en par, ahora no había nada en absoluto, solo aire puro y transparente y, a continuación, el rostro enfurecido del hombre. El hombre estaba gritando pero todas sus palabras eran incomprensibles. Daba la mismo; Daniel se sintió aliviado al comprender la causa de su sacudida. Claro, la puerta había sido arrancada. Aun así, siguió sintiéndose desorientado. Cuando el hombre ya se había marchado y Justine había salido del coche para arrastrar la puerta hasta el maletero y meterla en él con gran dificultad, todavía estaba tan aturdido que no se ofreció para ayudar. Observó petrificado cómo Justine volvía a sentarse al volante. «Por lo menos tendremos buena ventilación», dijo ella. Qué extraño decir una cosa así, o tal vez la había entendido mal. Daniel deseaba estar en casa. Recorrió a gran velocidad los corredores de su mente llamando a Laura, a su padre, a Caleb, a Margaret Rose. Pero en realidad nunca debería haberse casado con Margaret Rose. Un pasado común era lo importante. Si no se hubiera dejado encandilar por su modo de reírse entre dientes, y la delicada y misteriosa curva de su región lumbar, hubiera hecho una elección más sensata, alguien a quien conociera de toda la vida. ¿Cómo se llamaba aquella chiquilla que solía ir a visitar a sus padres? ¿Melissa? ¿Melinda? Pero él había preferido a alguien nuevo y sorprendente. Un terrible error. ¿Cómo había odiado a Margaret Rose! El mero hecho de pensar en ella le hacía rechinar los dientes. Le gustaría saber dónde se encontraba ahora para poder hacerle algo horrible, humillarla delante de sus amigas presumidas y tintineantes. Pero no, estaba muerta. Se decepcionó al recordarlo. Como de costumbre, ella había hecho algo antes que él, se había lanzado a correr antes que él, riéndose y volviendo la cabeza para mirarlo por encima de su hombro, y por una vez, él no había podido negarse a seguir.

—Una vez que has venido al mundo, no hay ninguna salida, excepto la muerte —le dijo a Justine.

Justine le echó un vistazo.

—Has puesto algo en marcha, ¿sabes?

—Sí, es como estar embarazada —dijo ella.

Aunque era posible que Justine hubiera dicho una cosa así en realidad. Estaba mal de los oídos. Estaba mal de la cabeza. Tendría que dominarse. Enderezó la espalda y miró por la ventanilla: un respetable y anciano caballero admirando el paisaje mientras se dirigían traqueteando hacia su casa.

Meg Peck y el reverendo Arthur Milsom estaban sentados en la sala de estar esperando a los padres de Meg. O mejor, Arthur estaba sentado; Meg no paraba de ir de un lado para otro. Primero escogió el sillón porque quería dar la impresión de ser decente y adulta. Después pensó que era más lógico sentarse junto a Arthur en el sofá. Estaban a punto de pedir permiso para casarse; ¿qué sentido tendría sentarse cada uno en una punta distinta de la sala de estar?

Arthur se había puesto el alzacuello, que no era en absoluto necesario, pero quedaba muy bien. Era un joven pálido, nervioso, bajito, pero enjuto y fuerte. Cuando estaba tenso hacía crujir los nudillos y sus ojos castaños se le ponían tan oscuros y graves que parecía mirar a todo el mundo airadamente. «No estés nervioso», dijo Meg volviéndose a sentar en el sofá. Alargó el brazo y le cogió su húmeda mano.

Hacía semanas que habían planeado esta visita. Arthur le había dicho que el primer lunes después del día en que ella hubiera cumplido los dieciocho años, irían a su casa para hablar con sus padres. (El lunes era un día tranquilo

en la iglesia.) Lo habían organizado todo por carta. Arthur tenía la sensación de que Duncan era el que de verdad importaba, pero, tal y como Meg había señalado, necesitaban a Justine para que suavizara las cosas. Porque sin duda alguna, Duncan estaría de lo más arisco. A Duncan no le gustaba Arthur. (¿Cómo podía existir alguien a quien no le gustara Arthur?) Pero lo que no habían previsto era que Justine desapareciera para llevar al abuelo a uno de sus viajes. Ahora era imposible saber cuándo regresaría, y mientras tanto Duncan llegaría del trabajo de un momento a otro. Tendrían que vérselas con él solo, después de todo.

Meg siempre veía a sus padres como Duncan y Justine, aunque no los llamaba así. Tal vez era por la forma en que actuaban. No se comportaban mucho como si fueran sus padres. Los quería a los dos, pero Meg había desarrollado en su interior una permanente humillación por no saber nunca el modo en que sus padres volverían a ponerla en un nuevo apuro. Eran tan... extravagantes. ¡Tan irresponsables! Llevaban una vida tan angulosa, tan descuidada, siempre saliéndose por la tangente, girando la cabeza y llamándola para que se uniera a ellos en el último momento. Y por lo que Meg podía recordar, ella siempre había ido detrás dando traspiés, encontrando la pista de pertenencias desechadas y proyectos abandonados. Ella solo quería vivir como el resto de la gente. Procuraba mantener la casa ordenada, como las casas de sus amigas, y poner flores en los jarrones y esconder, como pudiera, la maraña de tubos y cables en los que Duncan estuviera trabajando entonces. Pero luego, cuando descubría lo pronto que volvían a marcharse a otro lugar todo parecía inútil. «Somos nómadas», le dijo Justine, «míralo de este modo», como si el hacer que pareciera romántico fuera a servir de algo. Pero no había nada romántico en esa aburrida ronda de depósitos para el agua y el gas y la luz, de contratos de arrendamiento, de fotocopias compulsadas de los títulos académicos y de interrumpidas

suscripciones a revistas. «¡Papá está arruinando nuestras vidas!», le dijo a Justine. Justine se quedó perpleja. «Pero Meggie, cariño, nosotros no somos quienes para decir...» Después la cólera de Meg alcanzaba a su madre, también, que era tan crédula y se daba por vencida con tanta facilidad; y entonces Meg se encerraba con llave en su habitación (si es que estaban en una casa donde ella tuviera una habitación) y ya no decía nada más.

Se mantenía ocupada cosiendo, o pegando fotografías en su álbum de recortes lleno de hogares modelo: puertas de dos hojas con acceso a un balcón, y cocinas alfombradas y sofás de terciopelo blanco. Ordenaba su armario ropero colocando todos sus zapatos en fila y apuntando en la misma dirección. Se planchaba sus propios vestidos, como venía haciéndolo desde que tenía nueve años. Justine pensaba que no había ninguna necesidad de planchar, siempre y cuando la ropa estuviera limpia. A los diez años hizo su primer pastel, que todo el mundo admiró pero que nadie probó porque todos estaban demasiado ocupados saliendo como una flecha hacia alguna parte; era como si vivieran de las patatas fritas compradas en las máquinas automáticas. Nada funcionaba conforme a un horario. La alentaban a que llevara a sus amigas a casa a cualquier hora del día o de la noche. «Esta familia no es una unidad cerrada», le decía Duncan; aparentemente su única regla, si es que se la podía llamar así. ¿Pero cómo demonios podía llevar a sus amigas a casa cuando tenía la certeza de que sus padres se pondrían en ridículo? «Oh, me encanta tu familia», le decían siempre sus amigas, sin poder siquiera imaginar la agonía que sería para ellas que fuera la suya. Y es que Justine podía aparecer descalza y agitando sus sucias cartas del tarot, o sentada en la cocina rodeada de tres o cuatro amigas poco apropiadas, o corriendo de un lado para otro buscando su cesto de paja roto para ir al bar-restaurante, cuya comida prefería a la suya propia. A veces se comportaba de un modo bullicioso, arrogante, y no era extraño que se refiriera públicamente

a Duncan como «el primo segundo de Meg», su típica bromita. ¡Y Duncan! Siempre soltando datos inútiles e irrelevantes, pensando en voz alta de forma sorprendente, dejando a sus amigas aturcidas y con cara de imbéciles. Su bromita típica consistía en colgar por toda la casa estúpidas hojas de periódicos y revistas de hogar y moda, que en su opinión contenían mensajes apropiados. El día del cumpleaños de Justine colgó el anuncio de un banco que decía: «Estamos subiendo nuestro interés»; Y después de que Meg se hubiera gastado demasiado dinero en un vestido (solo porque quería parecerse a las otras chicas, para variar, en lugar de llevar trapos hilvanados hechos en casa), se encontró en su armario una hoja pegada con cinta adhesiva:

¿Alguna vez lo has pasado mal
en las tiendas Levi's?

Entonces Meg agarró rápidamente la hoja y entró con paso majestuoso en la habitación donde Duncan estaba sentado inventando una nueva combinación de teclas para la máquina de escribir. «¡Compórtate según tu edad!», le dijo. Pero cuando Duncan levantó la vista, en su rostro había una expresión sorprendida e indefensa, y Meg vio que realmente estaba envejeciendo; tenía profundas arrugas alrededor de los ojos, y dos pequeñas medias lunas provocadas por su amplia sonrisa bobalicona. De modo que, después de todo, dejó amablemente a un lado la hoja de papel y se fue derrotada.

Ahora, al recordar todo esto, Meg suspiró, y Arthur le apretó la mano.

—Dentro de una hora todo habrá acabado —dijo Arthur.

—No acabará nunca.

—No te entiendo.

—Seremos aplastados —dijo ella—. Lo presiento.

Pero ahora le acababa de insultar. Arthur se enderezó, lo que hizo que pareciera más pequeño.

—¿No me crees capaz de poder tener una discusión razonable con los padres de mi propia novia?

—Sí, pero...

—Te olvidas de que soy pastor. He convencido a familias que habían jurado dejar a sus hijas sin un centavo. He convencido a padres que aseguraban que...

—Pero sus hijas no iban a casarse contigo.

—Venga, no te preocupes. En el peor de los casos nos marcharemos tranquilamente y celebraremos la boda en mi propia iglesia.

Pero ninguno de los dos quería eso. Querían que todo fuera perfecto. Arthur quería que ella fuera feliz, y Meg solo sería feliz con un traje blanco cuya cintura acabara en pico, con el velo de Sarah Canteleigh, y un ramo de gipsófilas rosas. Quería recorrer lentamente la nave de la iglesia de Baltimore a la que asistía su familia y en la que su madre se había casado. Quería ser escoltada por filas y más filas de tías y tíos y primos y primas segundos, por las miradas graves de los Peck aprobando su elección. Confeti nupcial, arroz, la moneda de seis peniques de la bisabuela en el zapato. Arthur esperando junto al pastor, volviendo su rostro pálido, brillante, para contemplar la comitiva. Siempre que Arthur la miraba, ella se sentía como una reina. De acuerdo, no era muy guapo, pero ¿acaso un hombre guapo la trataría con la misma adoración con que lo hacía él? Cuando iban a conferencias, ella miraba al conferenciante, y él la miraba a ella. Sentía cómo su delgado rostro en forma de luna se volvía en dirección a ella. La ayudaba a subir y bajar de los coches, le sujetaba las puertas, la ayudaba a subir incluso los peldaños más bajos, con sus manos apenas rozándola. A las tías les encantarían sus modales. Dedicaba su entera atención a ella, tanto, que en ocasiones, decía él,

estaba preocupado por su celoso Dios. Nadie, nunca, en toda su vida, había sentido eso por ella.

Llegó un coche a la parte delantera de la casa, traqueteando y rechinando de un modo familiar. «¡Ahí está mamá!», exclamó Meg. «Mira, ha llegado antes que papá, después de todo.» Meg se levantó y salió al porche. Justine todavía estaba sentada al volante, rígida y formal, sin tan siquiera la protección del vestigio de una puerta. El coche parecía la sección transversal de algo. Pero, «¡realmente ahora es mucho más fácil subir y bajar!», le dijo a Meg, y la saludó alegremente con la mano y puso los pies en la acera. «¿Vienes, abuelo?»

—Mamá, quiero hablar contigo —dijo Meg.

Pero entonces tuvo que oírse la voz de Dorcas Britt, la vecina de al lado, que la llamaba por encima del seto con una voz tan rica y potente que parecía burlarse de la de Meg.

—¡Justine, encanto! ¡Tengo que hablar contigo!

—Pasó un hombre a ochenta millas por hora y lanzó al abuelo contra el parabrisas —dijo Justine.

—Mamá.

La casa se vio invadida de pronto por una gran variedad de formas y colores: el blanco y tambaleante abuelo, Justine echándose hacia atrás su pelo rubio, Dorcas vestida toda ella de amarillo verdoso y magenta con unas sandalias de tacones altos y puntiagudos de charol rojo. Arthur estaba de pie con las manos cruzadas ante sí, tal y como hacía al saludar a los miembros de la iglesia después del sermón. Sonreía con determinación. Meg sintió un retortijón. ¿Iba a estar condenada, toda su vida, a que todo el mundo, incluso Arthur, le hiciera pasar vergüenza?

—Mamá, abuelo, ya conocéis a Arthur —dijo educadamente Meg—. Señora Britt, le presento a Arthur, mi... Arthur Milsom.

—Mi niña ha sido secuestrada —le dijo Dorcas a Arthur.

Su niña tenía nueve años y era secuestrada con frecuencia, siempre por su padre, que no tenía derecho a visitarla, pero Arthur no lo sabía y los labios se le pusieron pálidos.

—¡Oh, cielos! —gritó.

—Arthur. Todo va bien —le dijo Meg.

—¿Que todo va bien? —dijo Dorcas—. Será para ti.

—El abuelo se ha pegado un trompazo en la frente —dijo Justine.

Lo que hizo que Arthur se volviera en redondo en dirección al abuelo, cargado de un nuevo suministro de horror y compasión. Aún no había escarmentado. Viviendo allí, tal derroche de emoción te dejaba hecho polvo en un abrir y cerrar de ojos.

—Arthur —dijo Meg.

—El hombre iba a ochenta, por lo menos —dijo Justine—. ¿Cómo si no podría haber arrancado la puerta así?

—Ya solo se aguantaba por una bisagra, mamá.

—«Iba usted a ochenta», le he dicho, pero ¿a qué no sabéis lo que me ha contestado? Va contra la ley abrir la puerta de un coche por el lado de la calzada. ¿Sabíais eso? ¿Por dónde se supone que hemos de subir al coche?

—Tal vez por el lado de la acera —contestó Arthur, con cautela.

Justine se detuvo, a medio quitarse el sombrero, y le miró.

—¡Ah, Arthur! —dijo—. Vaya, ¿cómo estás?

—Yo estoy bien, gracias, Sra. Peck. ¿Cómo está usted?

—¡Y Meg! ¡Meggie! Meggie, ¿has encontrado mi nota? No me acordé de decirte que hoy salía. ¿Había algo para comer cuando regresaste de la escuela?

No esperó a oír la respuesta. Besó a Meg en la mejilla: una bocanada de pastillas contra la tos Luden. Siempre que besaba a la gente les daba ligeros

golpecitos en el hombro. Meg se alejó, tratando de recuperar su dignidad.

—Mamá, cuando tengas un momento... —dijo.

—Ya tengo un momento. Todo el tiempo del mundo. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿No tienes que empezar a hacer la cena?

Lo que quería decir: ¿No puedes venir a la cocina y hablar sin Dorcas?
Pero Justine dijo:

—Ah, pensaba que solo había algo para picar...

La única que entendió a Meg fue Dorcas, quien, por alguna extraña razón, seguía permaneciendo tan hinchada y pechugona como un colchón de plumas. Se replegó sobre sí misma. Una gorda mujer rubia con las manos y los pies diminutos.

—Tú no eres madre —dijo—. A ti nunca te han raptado a tu niña. No puedo irme a casa y olvidarme de ello hasta encontrar un momento más oportuno.

—Tal vez si llamara a la policía —dijo Arthur.

—¡La policía! ¡Ya!

—Mamá, quiero hablar un momento contigo.

—Está bien.

—Quiero decir, en privado.

—Cariño, ¿no puedes hablar aquí? Dorcas es una amiga, no tenemos ningún secreto para ella.

—Desde luego que no —dijo Dorcas.

—Bueno, esperaré a que papá regrese a casa —dijo Meg.

—¡Ah! ¡Duncan! ¿Dónde está? ¿No debería haber llegado ya?

Y salió disparada hacia la ventana, mientras Dorcas la seguía a paso ligero con sus diminutos pies.

—Mira, Justine, tienes que ayudarme. ¿No quieres echarme las cartas?

Tengo que saber dónde está Ann-Campbell.

—Bueno, seguro que está bien.

Ann-Campbell estaría bien en cualquier parte. Meg compadecía a su secuestrador. Pero Justine, toda bondad, como era habitual en ella, cedió.

—Bueno, tal vez una lectura muy rápida, ¿eh? —dijo Justine, y se fueron a la cocina para leer las cartas.

El abuelo Peck temblaba de pies a cabeza.

—¿Van a hacer la cena? —preguntó a Meg.

—Van a echar las cartas, abuelo.

—¿Que van a qué?

—Echar.

—¿Qué es lo que tendrán que echar ahora? Es la hora de la cena.

Se sentó súbitamente en el sillón. Le estaba saliendo un chichón enorme en la frente.

—Abuelo, te estás poniendo amoratado —dijo Meg.

—¿Eh?

—Tal vez necesita asistencia médica —susurró Arthur. Pero el abuelo, que a veces era capaz de oír cosas sorprendentes, se dio una palmada en la rodilla y dijo:

—¡Tonterías!

Entonces algo azul y amarillo cruzó la puerta como un rayo: Duncan, con los tejanos que el señor Amsel le había pedido que no se pusiera. Cruzó el vestíbulo a toda velocidad hasta llegar al ropero.

—¿Papá? —dijo Meg.

—Meg, ¿dónde está la revista que estaba leyendo anoche?

—No lo sé.

—¿Tienes que estar constantemente poniendo todas las cosas en su sitio?

—Yo no la he puesto en ningún sitio.

—Da lo mismo. Ya la he encontrado.

Y salió otra vez. Se oyó un portazo. Arthur empezó a acariciarse la barbilla pensativamente.

—¿Era Duncan? —preguntó el abuelo.

—Sí, abuelo.

—Tú eres pastor —le dijo a Arthur.

—Ayudante de pastor, sí, señor.

—A ver qué te parece esta idea para un sermón.

—Abuelo.

—Toda nuestra infelicidad procede del largo período de nuestra infancia. ¿Nunca lo habías pensado?

—No, señor, me parece que no.

—Míralo de este modo. El aburrimiento tiene la culpa de todo, ¿de acuerdo? La irritación, la soledad, la violencia, la estupidez; todo por culpa del aburrimiento. Ahora bien, ¿por qué estamos aburridos? Porque la infancia humana dura tanto tiempo, este es el porqué. Porque tardamos tantísimo tiempo en hacernos adultos. Años. Nos pasamos años y años perdiendo el tiempo y esperando. Y claro, después de eso cualquier cosa es un anticlímax.

—Azúcar —gritó Duncan, volviendo a cruzar nuevamente el vestíbulo.

—¿Cómo?

—Hay que comer más azúcar.

—¿Qué ha dicho?

Duncan asomó la cabeza por la puerta de la sala.

—El azúcar acelera la pubertad —dijo—. Los esquimales, ahora que se han pasado a los hidratos de carbono, crecen más deprisa.

El abuelo Peck se rascó la cabeza.

—Papá —dijo Meg—, queremos hablar contigo.

—Ah, Meggie. —Pero entonces vio a Arthur—. Vaya, mira quién hay

aquí, un clérigo.

—Papá, cuando mamá haya terminado...

—¿Dónde está tu madre?

—Le está echando las cartas a Dorcas.

Arthur se levantó. Junto a Duncan parecía bajito y resuelto.

—En realidad, señor Peck —dijo—, me parece que sería suficiente que habláramos con usted.

—Oh, más que suficiente —dijo Duncan.

—Cuando me hice un hombre —dijo el abuelo—, me encontré pensando, muchas veces, ¡de modo que esto es ser adulto! Ir constante y obedientemente de casa al trabajo y del trabajo a casa. Ni ser juez resultó ser lo que yo me esperaba. En realidad no emites ningún juicio. Te limitas a relacionar lo que ha pasado hoy con lo que pasó ayer, todos los precedentes y decretos y enmiendas. Y una vez que has superado todo ello con grandes esfuerzos, entonces ¿qué más? Te haces viejo. Y eres viejo durante años y años y años. Pierdes oído, te flaquean las rodillas. Algunas personas pierden la dentadura. Yo no he perdido ni un solo diente, pero no diría que me haya servido de mucho. Al fin y al cabo, todo lo que como ahora ya lo he comido miles de veces con anterioridad. Además, cada vez soy más consciente de dónde procede la comida. El tocino sabe como los cerdos, la ternera como las vacas, el cordero como la lana de las ovejas, y así sucesivamente. El chocolate con leche, que solía considerar una delicia, ahora me da náuseas. Me recuerda al olor de los establos.

—Estaba pensando —dijo Duncan—, que tal vez deberíamos hacer algún experimento y ver qué tal sale el chocolate con leche de cabra.

—Los chinos veneran la edad. Si estuviera en China, la gente se acercaría a mí y me diría: «Usted es anciano y sabio». ¿Qué sentido tiene todo esto?

—¿Qué sentido tiene todo esto? —preguntó Duncan.

—No lo sé —le contestó el abuelo.

—Señor Peck —dijo Arthur—, me gustaría casarme con su hija.

El abuelo dijo:

—¿Mi hija?

Pero Duncan lo entendió. Le lanzó a Arthur una larga, clara y tranquila mirada, como si nada de lo que ese hombre pudiera decir fuera a preocuparle.

A continuación dijo:

—Tiene diecisiete años.

—Dieciocho —dijo Meg.

—¿Dieciocho? Ah, sí.

—Y Arthur tiene veintiséis.

—Eso es ridículo —dijo Duncan—. Cuando tú tengas setenta él tendrá setenta y ocho.

—¿Y qué?

—Y aún vas a la escuela.

—Hemos pensado casarnos en junio —dijo Arthur—. Para entonces ya se habrá graduado.

—Y además, papá, ya sabes que no soy el tipo de chica que quiere ir a la universidad.

—¿Y quién ha dicho que lo fueras? ¿A quién le importa la universidad? ¿He dicho yo alguna vez que quería que fueras a la universidad? Lo que no he dicho nunca es que quería que te casaras inmediatamente y te fueras a vivir a Simper, Virginia, para sentarte en el primer banco de la iglesia cada domingo agitando las flores de tu sombrero. Es una trampa. ¿Quieres vivir atrapada? Pensaba que te irías y harías algo, Meggie, que viajarías a alguna parte. Olvídate de este viejo carcamal, si quieres, no estamos tratando de guardarte para nosotros. Vete a California en autoestop. Coge un tren de carga. Coge un autobús. Aprende a hacer surf. Cásate con alguien

impredicible. Alístate a la legión extranjera.

—Pero yo no puedo ser así.

—Inténtalo. Cualquier cosa menos esto. El contentarse con cualquiera, con un pálido títere con un traje...

—Señor Peck —dijo Arthur—, comprendo, desde luego, que ahora, tan así de repente...

—¿Cómo tendréis hijos, reverendo Milsom, por ósmosis?

—Mamá —gritó Meg.

—No molestes a tu madre, Meg. Yo mismo le acompañaré a la puerta.

—Desafortunadamente, no me desanimo con facilidad —dijo Arthur.

—Eso sí que es desafortunado.

Pero Duncan ya le estaba conduciendo en dirección a la puerta, y Arthur no se lo impedía.

—Ahora escúchame —dijo Duncan—. Si por alguna extraña casualidad Meg todavía siente lo mismo cuando tenga una edad razonable, reverendo, entonces admito que no habrá nada que yo pueda hacer al respecto. Mientras tanto, adiós.

—¡Pero si ya tengo una edad razonable! —dijo Meg.

La puerta de tela metálica se cerró de un golpe.

Meg miró a su abuelo, quien sonrió con una sonrisa aburrida, que dejó ver cada uno de sus perfectos dientes. Meg fue hasta la puerta de la cocina y la abrió.

—Meg —dijo Dorcas—, tu madre es una maravilla. Mis cartas me dicen que Ann-Campbell está con Joe Pete y que debo disfrutar de este descanso mientras ella está fuera.

—Mamá, escúchame.

Justine levantó la vista. Estaba sentada a la mesa de la cocina, manteniendo ambas manos en posición rígida. Entre todos sus dedos había largos

ramilletes de espaguetis crudos.

—¡Mira, Meg! —dijo Justine—. ¡Estoy aprendiendo el *I Ching*!

—¿Es esto todo lo que tienes que hacer?

—Bueno, deberíamos utilizar tallos de milenrama, pero no sabemos qué son.

—Solo quiero decirte esto —dijo Meg—. Te culpo a ti tanto como a él.

—¿Qué, Meggie, querida?

—Vosotros dos formáis una unidad tan cerrada como se pueda imaginar.

No me importa lo que él diga.

—¿Cerrada? ¿Qué? —dijo Justine, desconcertada del todo. Se levantó, alzando las manos, de las que parecían surgir rastrillos de espaguetis—. Espera, Meggie, cariño, no sé...

Pero Meg se había ido ya. Cruzó el vestíbulo y salió de la casa. En el jardín no había ningún rastro de Arthur ni de Duncan. Solo el Ford, fundiéndose a la luz del crepúsculo, con una hoja de revista agitándose allí donde debería estar la puerta: «¿De verdad no preferirías un Buick?».

Para la subasta benéfica de abril que se celebraba en la escuela de Polk Valley, Justine llevaba su mejor vestido: un traje recto que Duncan le había comprado cinco años atrás en una reventa de prendas casi nuevas. Se recogió el pelo con un pequeño moño sobre la parte superior de la cabeza, lo cubrió con su sombrero y se dio unos toquecitos de pintura en la boca con su lápiz de labios color rosa Tangee, que aún guardaba desde la escuela secundaria. En los pies llevaba sus zapatos de colegiala, en su brazo una pulsera gitana que había pedido prestada a la Botella Azul. En términos generales, Justine pensaba que estaba muy presentable.

Puesto que el coche lo habían llevado al taller de reparaciones, Justine tuvo que pedirle a Dorcas que la acompañara en su Cadillac azul celeste. Y no tuvieron más remedio que llevarse a Ann-Campbell con ellas, dando tumbos en el asiento trasero y asomando periódicamente su carita afilada y llena de pecas por entre las dos mujeres para poder escuchar disimuladamente. A Justine le gustaba Ann-Campbell. Estaba segura de que su vida sería muy interesante.

Mientras se dirigían a Polk Valley, Dorcas estuvo hablando de su ex marido, Joe Pete, con quien se había casado tres veces y divorciado otras tres. Cada vez que se casaba con él volvía a celebrar una gran boda en la iglesia, con Ann-Campbell como dama de honor, ataviada con un vestido de organdí que le llegaba hasta el suelo para cubrir todas las costras, cicatrices, rasguños,

cardenales y tiritas que llevaba en sus huesudas rodillas. Últimamente los parientes ya habían dejado de asistir y los regalos eran menos numerosos. «Pero», decía Dorcas, «todavía es mi marido, ¿no? Nunca me he casado con nadie más, y tampoco lo ha hecho él. ¿Por qué no puedo tener una boda como yo quiera?».

Justine no quería pensar en bodas. Le recordaban a Meg. Estaba terriblemente preocupada por Meg. Durante las últimas semanas se había mostrado muy taciturna, y siempre que Justine hablaba de ello con Duncan, él se enfadaba tanto y se ponía tan testarudo, que no le servía de ninguna ayuda. Duncan decía que Meg podía casarse con quien ella escogiera, hasta con el jefe de una tribu del Congo, si quería, pero no con un hombre cuya única cualidad era la inocencia. «Tal vez Meg le quiere», decía Justine, aunque lo dudaba. Trataba de convencerse a sí misma. Siempre que veía a Arthur hacía esfuerzos para sentir interés por él. Advertía que era bondadoso, sensato, cortés... pero entonces su mente empezaba a divagar y olvidaba que Arthur estaba allí. Observaba a Meg, tan apacible como siempre. Pero claro, Meg nunca mostraba sus sentimientos, eso era todo. Desde luego que le quería, o de lo contrario no diría que quería casarse con él.

¡Dios mío, para la de cosas que Justine se había preparado cuando nació Meg! El mero hecho de tener una nueva persona en el mundo implicaba toda una serie de acontecimientos imprevistos que se iban ramificando y dividiendo constantemente. Cuando Meg llegó a la edad de la adolescencia, Justine estaba preparada para vérselas con pretendientes melencólicos, con el LSD, con hurtos en las tiendas, con embarazos, con revolucionarios, con armas de fuego en el armario, con... cualquier cosa, ¡por el bien de su hija, Justine estaba dispuesta a enfrentarse con cualquier cosa! Solo que no había contado con Arthur Milsom, exactamente.

—El jueves por la noche Joe Pete va y me llama. «¿Vas a estar ahí un

rato?» ¿Y a dónde podría ir yo? Sin ninguna pensión por divorcio y con seis meses de atraso en el subsidio por hijos. Y Joe Pete es un hombre rico, Joe Pete Britt de Texaco. «Joe Pete», le dije yo, le dije, «lo único en el mundo que puedo hacer esta noche es leer el ejemplar de *Películas Modernas* de noviembre del setenta y dos», y él va y me dice, «Estupendo, porque te devuelvo a tu hija, y tú me debes cuarenta y ocho dólares con noventa y cinco por mi nueva alfombra color esmeralda que tu hija ha desteñido dejando caer gota a gota un galón de lejía Clorox. No te cobraré nada por la lejía», me dice. «Tanto mejor», le digo yo, «se lo podrás decir a los del FBI cuando te arresten por secuestro». No soy ninguna imbécil.

—Cuando me llevó a casa se quedó toda la noche —dijo Ann-Campbell.

—Es su loción de afeitado English Leather —dijo Dorcas.

Justine se rió.

El aparcamiento de la iglesia estaba atestado de coches, con sus accesorios metálicos centelleando bajo el sol de la tarde, y las mujeres iban arremolinándose en el jardín delantero para dispersarse después colina abajo hasta el cementerio. Ann-Campbell dijo:

—... y me debes un globo de aquella vez que fuimos al centro comercial y quiero una manzana recubierta de caramelo. Si tienen algodón de azúcar, ¿podré tomar? Y si venden bastones de limón...

—Ann-Campbell, me prometiste que, si hoy te permitía no ir al colegio, ahora te portarías bien.

—En el colegio hacemos este problema de matemáticas —le dijo Ann-Campbell a Justine.

—Ah, sí —dijo Justine, que siempre había odiado las matemáticas.

—Si cinco madres se están peleando por diez pelucas rubias, ¿con cuántas pelucas se queda cada madre? Ellos quieren que yo diga dos, ¿pero cómo puedo estar segura? Tal vez una de las pelucas es horrible y nadie la quiere.

Tal vez una de las madres es más fuerte que las demás y se queda con cinco. O hay una que tiene la cabeza demasiado grande para...

—Ann-Campbell Britt, me estás crispando y poniendo los nervios de punta.

Si Justine hubiera tenido que decir, de entre todas las niñas del mundo, cuál de ellas sería sin lugar a dudas la hija de Duncan, hubiera dicho Ann-Campbell. Nunca Meg.

La subasta benéfica se celebraba en el sótano de la iglesia, al que se llegaba por un tramo de escaleras de linóleo. Justine necesitó unos segundos para que su vista se acostumbrara a la penumbra. Después vio varias filas de tenderetes cubiertos de papel crepé, y más mujeres bulliciosas yendo de un lado para otro en trajes pantalón y peinados rociados de laca. Justine odiaba los trajes pantalón. En cuanto veía uno, le entraban unas ganas terribles de acercarse a su dueña y echarle una buenaventura bien escandalosa, levantando la voz lo suficiente como para que todo el mundo la oyera: «El padre de tu penúltimo hijo se ha largado con una pelirroja que fuma puros». Pero Justine siguió manteniendo su radiante sonrisa y esperó, agarrando su cesto, a que la mujer que se ocupaba de la subasta advirtiera que ella estaba allí. El traje pantalón de la señora Edge era de color aguamarina claro, el color que menos le gustaba. Pero no podía seguir eternamente con ese malhumor. Amplió su sonrisa una pulgada más.

—Me llamo Justine Peck —dijo—. Prometí que vendría a echar la buenaventura.

—¿La señora Peck? Caray, me la imaginaba más morena. Hemos oído cosas tan sorprendentes sobre usted, querida. Bueno, déjeme ver, en alguna parte...

La señora Edge encabezó la marcha en dirección a una mesa de juego. Estaba cubierta con una tela blanca, a la que habían prendido con alfileres

estrellas y medias lunas. Justine la siguió, y tras ella fue Dorcas tambaleándose sobre sus tacones altos y puntiagudos y canturreando. Imposible saber dónde se había metido Ann-Campbell.

—Mire querida, esta es su caja. Le he dejado unos cuantos billetes de dólar para el cambio. ¿Necesita algo más? Espero sinceramente que no tenga frío. Tal vez debería haberse traído un chal.

—No, ¡qué va! Estaré bien —dijo Justine, que siempre andaba sobrada de energías.

—¡Vaya! Si aquí está la señora Linthicum, la esposa de nuestro pastor. La señora Peck es un encanto echando la buenaventura, señora L.

—¿Ah sí? Entonces puede empezar conmigo —dijo la señora Linthicum.

Llevaba un vestido y un sombrero marrón que parecía una seta. Era una mujer alta y delgaducha, plagada de pecas que podían adivinarse bajo su maquillaje rosado. Cuando se sentó en la silla de tijera se acomodó con tanta gracia, alisándose la falda debajo de ella y después dándose ligeros golpecitos en el pecho como para asegurarse de que estaba allí, que Justine sintió una inexplicable sensación de tristeza. Al alargar el brazo rozó por casualidad la pecosa mano de la señora Linthicum.

—Ah, ¿es la mano izquierda la que lee? —le preguntó la señora Linthicum.

—No, no. Yo no leo las manos —dijo Justine retirando el brazo.

Pero aquella, con un profundo surco a lo largo de su palma y el desgastado anillo de boda no más ancho que un hilo, hubiera podido leerla con facilidad.

Justine sacó las cartas del bolso y las desenvolvió.

—¡Huy! ¡Qué emocionante! —dijo la señora Linthicum.

—¿Hay algo concreto que quisiera saber usted? —le preguntó Justine.

—Pues ahora mismo no se me ocurre nada.

Dorcas se inclinó un poco más, despidiendo ráfagas de Tabú, mientras

Justine extendía las cartas con mucha, mucha suavidad. Madame Olita solía hacerlas chasquear con determinación, pero eso era antes de que empezaran a caerse a pedazos. Cuando se quedara sin ellas, ¿dónde conseguiría otras? Permaneció con la mirada perdida, pensándolo.

—No me asusta oírlo, si es malo —dijo la señora Linthicum.

Justine volvió a mirar las cartas.

—Oh, no es malo, nada de eso —dijo—. Las cosas le irán muy bien.

—¿De verdad?

—Seguirá teniendo algún problema de dinero, pero nada importante. No debería preocuparse tanto por sus hijos; saldrán adelante sin problemas. Ningún viaje a la vista. Nada de enfermedades. Tiene verdaderos amigos y un esposo cariñoso.

—Bueno, claro —dijo la señora Linthicum.

—En resumen, un futuro excelente —le dijo Justine. Se aclaró la voz e hizo que señora esta sonara segura.

—Cualquiera estaría encantada con estas cartas.

—Vaya, muchísimas gracias —dijo la señora Linthicum.

Después, tras unos instantes de silencio, soltó una risita y se levantó para pagar, presionando brevemente la mano de Justine con sus fríos y lánguidos dedos. Cuando se fue, Justine la siguió con la mirada durante tanto rato que Dorcas agitó la mano delante de su rostro y dijo: «¿Estás aquí?».

Después vino más gente, una mujer detrás de otra, riéndose tontamente delante de sus amigas. «¿Ningún extranjero alto y moreno? ¿Ningún crucero?» Desfilieron algunas chiquillas, un muchacho en equipo de béisbol, un hombre con tacones de plataforma, una anciana. Justine trataba de concentrarse en lo que estaba haciendo. Después de todo, así era cómo atraía a futuros clientes.

—Tendrás un pequeño accidente de coche —le dijo a una chica, aliviada

por fin de ver algo concreto.

—¿Aunque conduzca más despacio?

—No, tal vez no.

—Entonces, ¿qué sentido tiene todo esto?

—No lo sé.

—¡Advertirte de que empieces a conducir más despacio, jovencita! —gritó Dorcas—. ¡Por Dios, Justine! ¿Dónde estás hoy?

¡La encantadora Dorcas, con su pálido vestido de seda que dejaba ver sus rodillas con hoyuelos, sus tintineantes pulseras y su cuello cremoso! Su futuro variaba de semana en semana, lo que para Justine significaba más probabilidades de error, pero por lo menos disfrutaba con ello.

Durante una pausa capturaron a Ann-Campbell, quien de todos modos estaba ganando demasiados premios lanzando y metiendo monedas de cinco centavos en ceniceros, y Justine le echó las cartas. Ann-Campbell, con un cono de algodón de azúcar, despidiendo olor a dulce quemado y a dinero, se inclinó sobre ella.

—Tendrás que estar viajando la vida entera para agotar todas las cartas de viajes que veo aquí —le dijo Justine.

—Esto ya lo sé.

Entonces Dorcas, que había aprendido quiromancia en la escuela secundaria, examinó la pequeña y cuadrada mano de Ann-Campbell: un montón de verrugas y profundas líneas sucias.

—Yo también veo viajes —dijo—, pero no sé, Ann-Campbell siempre se mareaba en coche. Déjame ver la tuya, Justine.

Justine puso su mano boca arriba. En secreto, ella también se había vuelto tan adicta al futuro como Alonzo Divich, ahora que la vida avanzaba con tanta rapidez.

—¡Mira, hablando de viajes! —dijo Dorcas.

—¿Qué ves?

—Muchísimos viajes. Bueno, hay tanto para leer en esta mano. Eres de naturaleza indecisa, hay muchos... pero no estoy segura de lo que esto significa. Y también un cambio frecuente de lugares y una tendencia a...

—¿Pero es una buena mano?

—¡Si te lo estoy diciendo, Justine! Claro que sí, está llena de cosas.

—No, lo que quiero decir es si...

Dorcas levantó la cabeza.

—Bueno, da lo mismo —le dijo Justine finalmente.

Nunca decía lo que quería decir. Permaneció sentada en silencio, mirando con el entrecejo fruncido el estriado pañuelo de seda que sostenía en sus rodillas, mientras Ann-Campbell, a su lado, empezó a darse continuados y firmes golpecitos en el brazo con la mano que no sostenía el algodón de azúcar.

Duncan levantó la vista del cortador de pasta Cinderella que estaba brillantando y se encontró con Justine mirándole a través del escaparate de vidrio esmerilado, exactamente por debajo del rótulo que él había escrito a mano: «Se compran herramientas antiguas». Justine iba con su vestido más elegante reservado para las subastas benéficas en las iglesias, y de la punta de su pecho izquierdo colgaba balanceándose una cadena de imperdibles. Cuando Duncan la saludó con la mano, ella también lo hizo, pero siguió allí de pie. Duncan se levantó y se acercó al escaparate, abriendo y cerrando la boca como un pez de colores. Justine sonrió. «Entra», le gritó Duncan. De modo que Justine entró, dejando la puerta abierta de par en par.

—Solo pasaba por aquí —le dijo Justine.

—¿Quieres que te cuente los proyectos que tengo para una película?

—Sí.

—Voy a comprarme una cámara y me dedicaré a filmar solo un aspecto de

las cosas, aquel en el que no se sitúe la acción. Supón que se marca un gol en un partido de fútbol, yo me concentraré en un jugador rezagado al otro lado del campo. Si veo a un carterista buscaré a alguien leyendo un periódico junto a la víctima.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó Justine.

—¿Sentido? Será la primera película realista que se haya hecho jamás. En la vida real uno nunca tiene la mirada puesta allí donde transcurre la acción. O casi nunca. No con tanta precisión. —Se detuvo y contempló a Justine—. ¿Sentido? —dijo—. Tú no sueles preguntarme estas cosas.

—Duncan, me gustaría saber qué vamos a hacer con Meg.

—Ah, han llamado de la escuela. Esta tarde no ha ido a ninguna clase. ¿Está enferma?

—Pues no sé. No he ido a casa.

—Se ha pasado toda la semana con dolor de cabeza.

—¿Lo ves? Con razón me preocupo —dijo Justine—. Debería ir a ver qué pasa. —Pero en su lugar se quedó sentada en una banqueta de piano recargada de ornamentos—. Tengo cuarenta años y un tercio —dijo.

Duncan dio un soplido al cortador de pasta y empezó a abrillantarlo de nuevo.

—¿No tienes la impresión de que las cosas avanzan muy deprisa? —preguntó Justine.

—A mí siempre me ha parecido que todo iba demasiado despacio —dijo él—. Pero ya sé que formo parte de la minoría.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Pero cuando Duncan levantó la vista, Justine tenía la mirada fija en la pared opuesta, como si no quisiera oír ninguna respuesta.

Duncan dejó a un lado su trabajo y se levantó para dar una vuelta por la tienda y echar un vistazo a sus filas de herramientas y utensilios

pulimentados. Gozaba con ello. No prestaba ninguna atención a lo que Silas había traído de sus paseos por las casas de subastas: vajillas de porcelana y muebles adornados con volutas, que Duncan dejaba apilar en oscuros rincones. Se detuvo junto a una báscula a presión del siglo XIX y dejó resbalar gradualmente su mano por ella, deleitándose en su intrincado y preciso diseño. A sus espaldas oyó el familiar plop, plop de las cartas de Justine. ¿Qué les estaría preguntando ella sola? Pero al regresar a su lado advirtió que las estaba colocando distraídamente, como quien hace dibujitos en un trozo de papel o mordisquea un lápiz. Su vista estaba puesta en algo muy lejano; alisaba a ciegas cada una de las cartas antes de depositarlas sobre una caja de costura que había a su lado.

Mientras Duncan la miraba, Justine frunció el entrecejo y se quedó pensativa. Dio un vistazo a las cartas que había echado.

—Mira, Duncan —dijo ella.

—¿Qué pasa?

—Mira...

—¿Qué pasa, Justine?

—No importa, no te preocupes. No te preocupes.

—¿Quién dice que estoy preocupado?

Pero Justine ya había cruzado la puerta y corría calle abajo con las cintas de su sombrero ondeando al viento. Era la primera vez que Duncan la veía marcharse sin sus cartas.

Daniel Peck estaba en el porche principal, reordenando un montón de correspondencia, cuando Justine apareció subiendo a toda prisa por el camino entre las filas de hortalizas que estaban echando las primeras hojas. Parecía estar nerviosa y había una extraña expresión en su rostro, aunque claro, eso

era habitual en ella.

—Abuelo —gritó Justine—, ¿has visto a Meg?

El abuelo trató de pensar.

—¿Meg?

—Vaya, no sé dónde puede estar —contestó él.

—¿Qué hora es?

El abuelo hurgó en su bolsillo y tiró de una larguísima cadena de oro pasándose las manos una por encima de la otra, y levantó las cejas cuando sus dedos tropezaron con un reloj.

—¡Ah! Las cinco y doce —dijo.

Justine pasó volando junto a él y entró en la casa dejando que la puerta de cristal se cerrara con estrépito tras ella. El abuelo sintió el ruido más que oírlo. Sintió cómo se estremecían sus huesos. Después volvió la paz, y él regresó a una carta con fecha 10 de abril de 1973. Bajo la luz crepuscular, entornó los ojos para leer una arrugada hoja de papel azul.

Apreciado señor Peck:

En respuesta a su pregunta de fecha 17 de marzo, lamento comunicarle que no recuerdo que mi abuela mencionara nunca a un tal Caleb Peck ni, a este respecto, a ningún otro joven que bailara habitualmente con ella. Desconocía que mi abuela bailara. No obstante, puede que mi prima Anabel Perce (señora John M.), de Duluth, Minnesota, sepa algo más sobre el asunto. Yo nunca estuve muy unida a mi abuela y sin duda no soy la persona...

Dio un suspiro. Unos largos dedos blancos entraron en su campo de visión, agitando otra carta encima de la primera.

Querida mamá:

Me he marchado para casarme en la iglesia de Arthur. Viviremos con la madre de Arthur. No te preocupes por mí, terminaré los estudios en Semple. Estaré en contacto.

Afectuosamente,

—¿Eh? ¿Qué es esto? —le preguntó a Justine.

Justine se limitó a levantar un brazo y dejarlo caer, como si no pudiera hablar.

—Vaya —dijo él—, no sabía que fuera decente que los pastores se fugaran para casarse.

Justine bajó las escaleras del porche, volvió a pasar por entre las hortalizas en dirección a la calle. Hacía muchos años que su abuelo no la veía deambular tan lentamente.

—¿Justine? ¿No era pastor ese muchacho?

Justine no contestó. Al final, el abuelo se limitó a archivar la carta con las demás y siguió con lo que había estado haciendo.

Antes de finales de mayo todo el jardín delantero se había convertido en una maraña de enredaderas de pepinos y verdes tallitos de maíz. Los vecinos empezaron a llamar a la puerta.

—Justine, claro que se trata de vuestro jardín y que podéis plantar en él lo que queráis, aunque sinceramente, parece... pero no importa eso, ¿qué es ese olor? Lo que queremos saber es, ¡ese olor!

—Ah, solo son cosas que hemos pasado por la batidora.

—¿La...? Cuando das la vuelta a esta calle es lo primero que notas. Huele igual que un zoo. Un vertedero municipal. Un matadero.

—Se lo comentaré a Duncan —dijo Justine. Pero lo decía con el rostro iluminado y los ojos chispeantes; estaba tan contenta de ver a alguien. Solía alargarse la mano para tocar a las visitas en la muñeca o en el hombro, tirando de ellas hacia adentro—. Puesto que ya está usted aquí, ¿por qué no se queda?

—Sí, bueno...

—Podemos sentarnos en la parte de atrás. No olerá nada allí.

—Sí, bueno, tal vez solo un ratito.

—Le haré una limonada, o un café. Cualquier cosa. ¿Qué prefiere?

El hecho era que Justine odiaba estar sola. Se había sentido tan inquieta y desdichada últimamente, yendo de una habitación a otra, tratando de entablar conversación con su abuelo, cuando este estaba demasiado ocupado con sus

propios pensamientos para poder contestar.

—Abuelo, ¿no hay ningún sitio al que te gustaría ir?

—¿Qué dices?

—Que si quieres ir a algún sitio, he dicho.

—No, no.

Se dejaba caer nuevamente en la silla y se retorció un mechón de cabello. No soportaba salir con el coche ella sola; un coche era algo tan privado. Como una caja negra sellada. Terminaba conduciendo con exceso de velocidad solo para sobreponerse a su soledad, o se saltaba una señal de stop porque hasta los bocinazos y los insultos eran mejores que el silencio. De modo que en lugar de salir con el coche se iba andando hasta la tienda de Duncan, sin perder ninguna oportunidad de hablar con los transeúntes. «Hola, señor Hill, ¿le ha tocado ese dinero, tal y como yo le dije? ¿Dónde está la señora Hill? Espera, Emma, voy contigo», y entonces echaba a correr para alcanzarla y se desviaba tres manzanas de su camino, parándose en cada una de las casas mientras Emma, la Pelirroja, repartía el correo. Se separaba de la gente con dificultad, haciendo que las despedidas fueran largas y tediosas, entreteniéndoles en la acera mientras jugueteaba con un botón y buscaba nuevas cosas que decirles. La horrorizaba tener que andar, aunque solo fuera media manzana, con la única compañía de sus pensamientos. Y cuando finalmente llegaba a la Botella Azul, llevaba en su interior tantas palabras reprimidas que explotaba antes de haber acabado de cruzar la puerta.

—Duncan..., Emma, la Pelirroja, me ha dicho que... Bertha Millar me ha preguntado si... oh, Duncan, se me acaba de ocurrir una idea, ¿podríamos solicitar la custodia de una chica descarriada en la comisaría de policía?

—¿Una qué?

—Seguro que tendrán alguna, ¿no crees? Podríamos dejar nuestro nombre y la próxima vez que la policía arreste a alguna chiquilla, podría traérnosla a

nosotros. Es que la casa parece tan...

—Vamos a ver, espera un momento.

Pero Justine ya había pasado a otra cosa, cogiendo algún artículo y volviéndolo a dejar.

—¡Oh, mira! Un relicario como el de tía Bea, casi. Y el anillo que tía Sarah lleva en las comidas, solo que la piedra es de distinto color. ¿No es curioso que todas estas cosas las llamen antigüedades? No es más que lo que nuestras tías llevan todos los días de su vida. ¿Qué es esto, Duncan?

—Un medallón victoriano para llevar colgado de un imperdible —dijo Duncan con aspecto sombrío—. Si me preguntas, no es más que chatarra. Todo esto es chatarra. Ayer Silas trajo toda una caja llena, fue a algún mercado de objetos de segunda mano. «Mira, coge esto», me dijo, «y deshazte de todas esas porquerías que hay en la mesa, hacen feo». ¿Sabes qué era lo que él llamó porquerías? Un cromatropo genuino que le compré a la vieja señora Milhauser, y una jofaina de Boston con una bomba que todavía funciona... ¿dónde está ahora? Quería mostrártelo. Silas lo habrá metido en algún rincón. No le gustan las herramientas y las cosas con piezas móviles; dice que desordenan la tienda. Nos pasamos todo el rato cambiando y escondiendo los artículos que ha comprado el otro, los escondemos y los sacamos, una y otra vez. ¡Mira esa silla! A él le gusta. Quiere que pida ciento cincuenta dólares por ella.

Justine contempló una silla cuyo respaldo era todo hojas y flores afiladas y pequeñas bayas puntiagudas. En uno de los florones Duncan había ensartado el anuncio de un linimento. «Estoy pensando seriamente en dejar este trabajo», dijo Duncan, pero Justine no se tomó la molestia de contestar. Duncan nunca se marcharía en mitad de una pelea.

Justine quería que Duncan fuera con ella a alguna parte.

—Tal vez podríamos hacer un viaje —dijo ella.

—Muy bien.

—Así, de un modo espontáneo.

—Muy bien.

—Podríamos incluso detenernos en casa de Meg.

Pero entonces el rostro de Duncan adoptó un aspecto impasible y obstinado.

—De ningún modo. No, hasta que nos lo pidan.

—Pero ella lo ha dicho. Lo ha dicho en las cartas.

—«Pronto podréis venir a visitarnos», es lo que ha dicho. Presta atención.

Duncan se sabía de memoria las cartas de Meg, igual que Justine. Su indiferencia no era más que puro disimulo. «Duncan», le había dicho ella, «Meg se ha marchado para casarse con Alfred. Arthur, quiero decir», y él se quedó inmóvil durante una fracción de segundo antes de seguir cerrando la tienda.

—Siempre y cuando no vayamos a comer o a cenar —dijo ahora Justine—, ¿por qué tenemos que esperar a que nos inviten?

—No vamos a ir hasta que lo hagan, te lo aseguro.

—Pero eso es ridículo. Meg es nuestra hija.

—¿Y qué?

—¿Recuerdas todas las tardes que, cuando a ella le dolía la barriguita, estuviste paseando arriba y abajo con Meg recostada en tu hombro? Le cantabas «Blues in the Night». Ella mantenía la cabeza erguida y se balanceaba, con el entrecejo completamente fruncido para no perderse ni una sola palabra.

—El mero hecho de haberle cantado a alguien «Blues in the Night» no me obliga a visitar a ese alguien diecisiete años después sin haber sido invitado.

—Dieciocho —dijo Justine.

—Dieciocho.

—Solías llevarla al circo cuando todavía era demasiado pequeña como para mantenerse en el asiento abatible sin que este se le plegara. Tú te pasabas tres horas seguidas apoyado sobre él para que Meg no saliera disparada de nuevo.

—Había un descanso.

—Aun así.

—El mero hecho de apoyarme sobre un asiento abatible para que alguien....

—Y ella no es simplemente alguien. No es una extraña a la que tratar de un modo tan formalista en cuanto ha herido tus sentimientos.

—¿Quién está herido? —dijo Duncan.

—Mira al abuelo. ¿Sabes qué le encontré haciendo el otro día? Estaba sentado a la mesa de la cocina, con el cuerpo encorvado y la cabeza entre sus manos. Pensé que le pasaba algo. Entonces se incorporó y vi que había estado examinando un mapamundi en el atlas Hammond. No Maryland, ni los Estados Unidos, el mundo, Duncan. Mira lo lejos que ha dejado escapar a Caleb antes de ir en su busca. ¿Vamos a hacer lo mismo nosotros?

—Nunca vamos a olvidar a ese hombre, ¿verdad? —dijo Duncan—. El que huyó. —Dejó a un lado un rizador de pelo—. No obstante, nos estamos desviando de la cuestión. Meg no ha desaparecido. Sabemos exactamente dónde está. Nos escribe una vez a la semana. Lo único que digo es que no repitamos la historia, dale un respiro. Deja que primero nos lo pida.

—Pero siempre hay alguna excusa.

—Solo te digo lo que pienso.

—¿Desearías que no hubiera corrido tras de ti cuando te marchaste de casa?

—No.

—Bueno, pues a veces yo sí, Duncan Peck.

—No lo dudo —dijo Duncan.

—Si alguna vez vuelves a marcharte, ten por seguro que no correré tras de ti. Haré que te declaren legalmente muerto y volveré a casarme enseguida.

—Claro —dijo él serenamente.

Era imposible ganar una pelea con ese hombre.

Justine salió de la tienda hecha una furia y después se quedó de pie en la acera, preguntándose a dónde ir. Todo parecía tan irritante. La luz del sol era demasiado fuerte para sus ojos. El tráfico demasiado ruidoso: un enjambre de gigantescas camionetas deslumbrantes. Odiaba el modo en que las mujeres que conducían se habían detenido tan seguras de sí mismas en el semáforo de la calle Mayor, levantando todas los brazos al mismo tiempo para ahuecar sus peinados. Justine se volvió en la otra dirección, hacia casa, que no era donde ella quería estar, pero no se le ocurría ningún otro sitio.

En la cocina el abuelo estaba lavando los platos. Periódicamente le entraban esos ataques de tratar de simular que alguien se ocupaba de la casa. Alrededor de su cintura llevaba un paño de cocina a rayas hecho de hilo, con un enorme agujero chamuscado en el centro. Inclinado sobre el fregadero, sin haber advertido la presencia de Justine, restregaba con tenacidad una cacerola con un trozo de calabaza seca que Duncan había cultivado dos años atrás después de haber leído que sus propiedades limpiadoras eran excelentes. La calabaza parecía un amasijo endurecido de algas de color beige. De vez en cuando dejaba de restregar y lo examinaba con el entrecejo fruncido, como si le pareciera difícil de creer. Después enjuagó la cacerola y anduvo trabajosamente con ella hasta la mesa, con la cabeza inclinada, los hombros encorvados.

—Hola, abuelo —dijo Justine—. ¿Abuelo?

Él se sobresaltó y levantó la vista.

—¿Eh?

—No tienes por qué lavar los platos.

—Me gustaría saber cómo comeríamos esta noche si no lo hiciera.

—Siempre podríamos ir al bar-restaurante —dijo Justine.

—Ja.

Secó la cacerola con una punta del delantal. Después la dejó sobre una pila de platos meticulosamente limpios y pulidos, y regresó con dificultad al fregadero. Estaba tan encorvado que, desde atrás, su cabeza parecía desaparecer. Todo lo que Justine podía ver eran sus hombros redondos, la «x» elástica de sus tirantes en el hueco de la columna vertebral, y sus pantalones, tan colgantes e informes, que parecía que el abuelo careciera de trasero. Últimamente mirara donde mirase tropezaba con algo que la entristecía.

Le hubiera gustado escribir otra carta a Meg, pero le acababa de enviar una esa misma mañana. De modo que en su lugar se fue a la habitación de su hija, abrió su armario y se quedó contemplando fijamente la fila de vestidos camiseros que parecían llevar su propia vida, callada y apacible. Algún día, muy pronto, decía Meg en sus cartas, pasaría por ahí para recoger el resto de sus cosas, o sus padres podrían llevárselas cuando fueran a visitarles. Pero Justine se sentía reconfortada por lo que Meg había dejado atrás, y lamentaría ver su habitación desnuda. Aspiró profundamente el olor a limpio de Meg: jabón Ivory y tela recién planchada. Acarició el cuello del vestido más cercano, con sus respaldos exactos y precisos, y después levantó la tapa de la máquina de coser para admirar la destreza con que Meg utilizaba ese complejo invento provisto de ruedas. Le habría gustado abrir los cajones de la cómoda, pero Meg era muy especial en lo relativo a su intimidad.

Cuando Meg no era más que un bebé, Justine se percató, por primera vez en su vida, de que podía morir. De pronto empezó a sentirse frágil bajo la responsabilidad de mantenerse viva para criar a su hija. (Por aquel entonces

Justine se imaginaba que lo haría perfecto; pensaba que nadie más sabría apañárselas.) Le entró un pánico al fuego tan injustificado, que ni siquiera podía decírselo a Duncan, porque a buen seguro se hubiera reído de ella. No paraba de imaginarse el salado olor del humo en el aire, o un rojo resplandor parpadeante reflejado en la pared. Si Duncan se encontrara en casa, él podría salvarlas de cualquier cosa, pero ¿qué ocurriría si sucedía durante el día, cuando él estuviera en el trabajo? Por sí sola, ella era muy joven y flacucha e incompetente. Después, poco a poco, ideó un plan para escaparse. Entonces vivían en el piso situado encima del garage de tío Ed Hodges. Si se declaraba un incendio podría coger rápidamente al bebé, salir por el antepecho de la ventana de la cocina y dar un largo y desesperado salto hasta el tejado del porche trasero de tío Ed. Tras imaginarse todo esto, se quedaba relajada, y con el tiempo llegó a olvidar su miedo por completo. Hasta muchos años después, al regresar a casa de tío Ed para hacerle una visita, no advirtió lo disparatado que hubiera sido un salto así. El tejado no solo estaba demasiado lejos, sino que además quedaba más arriba. Tendría que haberse elevado por los aires como alguna figura surrealista de los cuadros de Chagall, con los pies muy juntos y los brazos sujetando cautelosamente al bebé. Pero en aquellos tiempos habría sido capaz de cualquier cosa. Era tan necesaria. Aun cuando Meg ya había dejado de ser un bebé —primero dejando de mamar del pecho de Justine, después dejando de sentarse en su regazo y finalmente yéndose a jugar a otra habitación—, Justine debía estar allí. Debía alimentarla, solucionarle los problemas, tenía que ser el receptor, el procesador y el conductor de una retahíla interminable de reclamaciones. «Mamá, mi vestido está sucio, Sammy me ha pegado, las violetas están abiertas. Mamá, hay una araña en mi batido de chocolate, una polilla en el baño, una mariquita en la tela metálica de la ventana. Me duele el estómago. Las picaduras de mosquito me pican. Janie tiene un hámster, Edwin está en

los espárragos, se me ha roto el asa de mi tetera, Melissa tiene una caja de música de cristal y puedes ver su interior.» Justine asentía con la cabeza, sin apenas escucharla; la única respuesta necesaria era: «Sí, cielo». Entonces Meg se quedaba satisfecha, como si las cosas empezaran a existir únicamente cuando estaba plenamente segura de que su madre sabía de su existencia. ¿Y ahora qué? Justine había criado a su hija sin haberse muerto, después de todo; se encontraba liberada de sus temores. Pero por las noches se despertaba temblorosa y triste, y presionaba su rostro contra el pecho de Duncan y decía: «Ya no soy necesaria». «Lo eres para mí», decía él.

Duncan no entendía lo que ella quería decir. Para empezar, él no había experimentado la sensación de ser esencial para Meg; no podía saber qué sentía al perderla.

Deambulaba por las otras habitaciones, por la suya y la de Duncan, con la cama por hacer y las ropas esparcidas, por el vestíbulo, donde tropezó con una pila de trastos viejos. Todo parecía polvoriento y decrepito. Se asomó por la ventana de la sala de estar para sentirse reanimada por Ann-Campbell, quien, entre las enredaderas de los pepinos, estaba burlándose de un compañero de juegos:

*Pobre niño,
los dientes verdes,
la lengua podrida,
mejor las gárgaras
con gasolina,
los dientes con Comet
y vomita la porquería.*

Regresó a la cocina, sintiéndose más alegre.

—Abuelo, hagamos un viaje —dijo Justine.

—¿Un qué?

—Un viaje.

—Pero ahora mismo no tenemos ninguna pista, Justine.

—¿Por qué esperar a tener alguna? ¡Dios mío! ¿Por qué nadie quiere hacer nada? ¿Vamos a quedarnos aquí sentados? ¿Voy a tener que echar raíces en el sofá de la sala de estar?

Su abuelo la miró, con los ojos muy abiertos y desconcertados, y con sus manos secando incesantemente con la punta del delantal una taza de café que les había regalado la gasolinera Exxon.

Justine llevó a su abuelo a un concierto que se celebraba por la tarde en Palmfield, aunque a ella no le gustaba la música clásica y él no podía oírla. Los dos permanecieron rígidamente sentados en sus asientos, lanzando sin pestañear miradas de tristeza al perfil de unas llaves de automóvil que llevaba el violín solista en el bolsillo de sus pantalones. Después regresaron a casa en autobús, Justine tan insatisfecha como siempre, aburrida y melancólica. Cada vez que se levantaba un desconocido para apearse, ella se lamentaba. ¿Cómo saber de qué forma podía haber afectado cada uno de esos desconocidos a su vida?

Justine llevó a Duncan, al abuelo y a Ann-Campbell Britt al entierro de un chihuahua que había pertenecido a una cliente ancianita suya. «¿Qué es esto? ¿Adónde vamos?», preguntaba su abuelo incesantemente. «No te preocupes, límitate a venir», le decía Justine. «¿Qué más te da? Coge el audífono y ven, abuelo. Si quieres que pase algo, antes tienes que hacer algunas cosas a ciegas, ya lo sabes.» De modo que el abuelo fue con ellos, refunfuñando, y todos se sentaron en un pasto para vacas que recientemente había sido

convertido en un cementerio para animales domésticos. «El ataúd ha costado ciento cincuenta dólares», le susurró Justine a Duncan. «Es todo de metal. También podrían haberse contentado con uno de madera: treinta y dos con noventa y ocho. Me lo ha dicho la señora Bazley. Los himnos los ha seleccionado ella misma. El pastor ha recibido las órdenes sagradas con todas las de la ley.» «¡Oh, estupendo!», dijo Duncan. «Tal vez necesite un ayudante», y después del sermón fue a verlo y le ofreció al pastor la dirección de Arthur Milsom. Pero el abuelo Peck se paseaba entre las coronas y las urnas con aspecto desconcertado. ¿Por qué le había llevado allí? Justine ya no sabía qué decirle. Justine regresó a casa sentada al lado de Duncan, sin decir una sola palabra, balanceando un pie y masticando sin cesar granos de café, que últimamente se había aficionado a llevar en una caja de hojalata situada en el fondo de su cesto.

Los domingos cogía el coche y llevaba al abuelo a Plankhurst, donde se celebraba una reunión de cuáqueros, cosa que en el pasado ella había tratado de evitar porque no le gustaba estar tanto rato sentada y sin moverse. Ahora era capaz de ir a cualquier parte. El abuelo Peck, evidentemente, no era cuáquero y no tenía ninguna intención de serlo, pero estaba enojado con los oficios religiosos convencionales porque decía que el pastor se negaba a hablar alto. Le hacía sentirse marginado, decía. En ocasiones hasta a los cuáqueros se les metía en la cabeza levantarse y musitar, volviendo la cara perversamente para que él no pudiera leer en sus labios. Entonces susurraba: «¿Qué? ¿Qué?»; un áspero sonido hendiendo el aire. Quería que Justine se lo escribiera todo en un bloc de notas de 3 × 5 pulgadas que guardaba en el bolsillo del pecho. Justine no cesaba de hacer click-clack, click-clack con la mina retráctil del bolígrafo, esperando a que terminara un discurso de cinco minutos, y entonces escribía: «Dice que Dios ha creado incluso a Nixon», o «No podrá haber paz mientras los vecinos se sigan peleando por un

cortacésped».

—¿Para eso ha tardado cinco minutos?

—¡Chist!

—¿Pero para qué demonios ha estado allí arriba todo ese rato dándole a la lengua?

—¡Chist!, abuelo. Más tarde.

—Seguro que te has dejado algo —le dijo a Justine.

Justine le devolvió su bolígrafo y el bloc de notas, suspiró y, acto seguido, le echó un vistazo al reloj Seth Thomas colocado encima de la repisa de la chimenea y recorrió con la vista las filas de adultos con el rostro radiante y la espalda erguida y de niños inquietos que llenaban los bancos de madera. Al cabo de veinte minutos dejaron salir a los más pequeños, que se levantaron como ratas entre gritos y chillidos para seguir, como si se tratara del Flautista de Hamelín, al profesor de párvulos, y abandonar la sala irrumpiendo en una algarabía de silbidos y gritos y zapateos antes de dejar que la puerta se cerrara totalmente. Justine debería marcharse con ellos, es lo que siempre pensaba. El silencio que venía a continuación era lo bastante profundo como para ahogarse en él. Justine hurgaba con desesperación en su cesto de paja, molestando con ruidos y tintineos, hasta que finalmente daba con su caja de granos de café. Al morderlos, el templo se llenaba del olor del desayuno.

En una ocasión fue su propio abuelo quien escribió en el bloc de notas varias líneas apresuradas y de caligrafía puntiaguda, que después pasó a Justine. «Lee esto en voz alta cuando no haya nadie hablando», le susurró. Justine se levantó con dificultad, sujetándose el sombrero. Cualquier cosa con tal de romper el silencio. «Mi abuelo quiere que lea esto», dijo. «Solía pensar que el cielo era como un... ¿palafito? Palacio. Me decían que sus puertas estaban colmadas de perlas y que sus suelos eran de oro. Pero ahora desearía que se hubieran equivocado. Preferiría que el cielo resultara ser una pequeña

ciudad con un quiosco de música en el parque y muchos, muchos árboles, y donde yo conociera a todo el mundo y donde nunca nadie se muriera o marchara o envejeciera o cambiara.»

Justine se sentó y le devolvió el bloc de notas al abuelo. Quitó la tapa de su caja de granos de café, pero después volvió a ponerla, y ahuecó sus manos sobre la caja mientras contemplaba fijamente por la ventana los árboles iluminados por el sol.

Una tarde de finales de mayo sonó el timbre de la puerta y Justine, que salió disparada para abrir, se encontró con Alonzo Divich en el porche. Aunque hacía calor iba con un chaleco de piel de oveja. Llevaba un sombrero de vaquero que balanceaba al extremo de un sucio cordón.

—¡Alonzo! —dijo Justine.

—Tenía miedo de que te hubieras mudado —le dijo él.

—¡Qué va! Entra.

Alonzo la siguió hasta el vestíbulo, haciendo temblar el suelo a cada paso que daba. El abuelo Peck se hallaba en el sofá de la sala de estar escribiendo una carta a sus hijas.

—No se levante —gritó Alonzo, aun cuando el abuelo todavía seguía firmemente sentado, echándole esa mirada de profunda incredulidad que reservaba para Alonzo—. ¿Qué tal ese corazón, eh? —le preguntó Alonzo—. ¿Qué tal ese corazón?

—¿Coronación?

—A su corazón no le pasa nada —dijo Justine—. Ven a la cocina, Alonzo, si es que quieres que te eche las cartas. Ya sabes que no me sale bien si el abuelo me está mirando.

Mientras Justine quitaba de la mesa los restos del desayuno, Alonzo se

paseaba por la cocina observando cosas y silbando.

—Vuestro calendario va dos meses adelantado —le dijo a Justine.

—¿Sí?

—El de la mayoría de la gente va atrasado.

—Sí, ya.

Justine fue a la sala de estar en busca de su cesto de paja. Cuando regresó a la cocina, Alonzo estaba de pie enfrente de la nevera con la puerta abierta, contemplando un tazón de fresas mohosas.

—¿Cómo está mi amigo Duncan? —preguntó él.

—Bien.

—Tal vez me pase luego a verle. ¿Meg ya ha acabado la escuela?

—Se ha casado.

—Casado.

—Se fugó con ese pastor.

—Lo siento, Justine.

Cerró la puerta de la nevera y se sentó a la mesa para contemplar cómo Justine barajaba las cartas. Parecía cansado y sofocado, y las líneas que perfilaban su bigote se habían teñido de plata a causa del sudor. En la abertura de su camisa destellaba un disco con una inscripción en árabe. La última vez llevaba una cruz turquesa. Justine no le preguntó por qué. No le hubiera respondido.

—Alonzo —fue todo lo que dijo Justine—, no puedes imaginarte lo que me alegra verte. Corta, por favor.

Alonzo cortó las cartas. Justine las extendió sobre la mesa, una a una. Después levantó la vista.

—¿Y bien? —preguntó.

Alonzo dijo:

—¿Sabes que la última vez seguí tu consejo?

—¿De verdad?

—Cuando me dijiste que no vendiera el negocio.

—Ah, ya. Bueno, era lo que esperaba —dijo Justine.

—Fue la primera vez que me dijiste que siguiera adelante con algo que ya estaba haciendo.

Justine dejó de balancear su pie.

—Pero estuve tentado de desobedecerte, de todos modos —le dijo Alonzo—. Lo admito. Fui a ver a mi amigo, el de las ventas. Sus clientes, ya sabes, directivos de grandes almacenes y demás, van a verle para que les dé ideas sobre cómo... bueno, da lo mismo. Le dije que tal vez me uniría a él. «Oh, estupendo», me dice. Pero luego va y empieza a sugerirme que cambie de forma de vestir. Bueno, hasta ahí no había inconveniente. Yo soy práctico, sé cómo funciona el mundo. Pero él no lo entiende, aún está tratando de convencerme. «Admítelo, Alonzo», me dice, «todos debemos claudicar un poco. Mírame a mí. Yo soy un hombre alto», dice. Y es verdad, es un hombre alto y bien plantado. «Bueno», me dice, «cuando recibo a un cliente importante, ¿sabes qué hago? Trato de permanecer sentado el máximo tiempo posible, y si me levanto, digamos que me encojo un poco. No es que me encorve», dice, «eso sería demasiado evidente. Solo doblo las rodillas un poquitín. Entiéndeme, no es algo en lo que piense conscientemente. Pero un cliente, un tipo tan importante como ese, no se sentiría a gusto si yo destacara por encima de él. Tienes que vigilar este tipo de cosas, Alonzo».

Alonzo negó con la cabeza y tiró de la enorme hebilla plateada que llevaba en el cinturón, de forma que no se le clavara en el estómago.

—Justine —le dijo Alonzo—, ¿sabes que es la primera vez en mi vida que he hecho lo que tú me dijiste que hiciera?

—No me sorprende —dijo Justine.

—De veras. Tú siempre tienes razón, pero solo porque yo me revelo contra

las órdenes y luego las cosas siempre acaban saliendo tan mal como tú habías dicho. Ahora he descubierto que, de todos modos, las cosas siempre acaban saliendo mal. ¿Es este tu secreto? Lo he descubierto, ¿eh? Aconsejas a la gente cosas que tú sabes que ellos nunca harán. ¿Tengo razón?

Justine se rió.

—No, Alonzo —dijo ella—. Y celebro que no vendieras el parque de atracciones. Sea lo que sea que haya ido mal.

—Han arrestado a mi mecánico.

—¿Lem?

—Asaltó un banco en mil novecientos sesenta y nueve. Dicen.

—Hmmm, ya veo.

—Mira, lo que quiero saber es esto: ¿Va a volver o no? Porque si va a volver pronto, conseguiré apañármelas como sea para conservar la maquinaria hasta que él salga, pero por otro lado, si resulta que es culpable...

—Bueno, no creo que me corresponda a mí decir si alguien es culpable o no.

—¡Escúchame! ¿Y a mí qué me importa quién es culpable? Lo único que perdieron fueron doscientos dólares, pues que se los quede. Bueno, aparte de unos cuantos tiros. Lo que me importa es mi negocio. Simplemente quiero saber si debo venderlo, porque, con sinceridad, ese tipo, Lem, era un hombre en el que confiaba. Se encargaba de todo. Ahora lo de las ventas queda descartado, pero siempre puedo encontrar algo más, y la mujer de los pantalones de montar todavía está interesada en mi parque de atracciones. ¿Debo venderlo, después de todo? ¿Lem no volverá jamás?

Justine miró una carta con el entrecejo fruncido.

—¿Te das cuenta de lo bajo que he caído? —dijo Alonzo—. Antes solía preguntarte por mujeres bonitas. Ahora son cuestiones financieras.

—Bien, Lem no va a volver —dijo Justine.

—Lo sabía.

—Pero no deberías vender el parque de atracciones.

—¿Cómo puedes seguir diciendo esa estupidez?

—No discutas conmigo, hazlo con las cartas. ¿Has visto alguna vez algo parecido? Me han salido todas las jotas de la baraja, tendrás todos los mecánicos que quieras.

—Sí, claro —dijo Alonzo—. Uno detrás de otro. El primero bebe, el segundo desaparece con mis ponéis...

—¡Y fíjate en las mujeres! Mira, Alonzo, no estás prestando atención. ¿Lo ves? Aquí tienes, el rey de corazones. Y aquí está la reina de corazones, la reina de tréboles, la reina de diamantes...

Alonzo se inclinó hacia delante, mirando las cartas con atención y dejando descansar sus manos sobre las rodillas.

—Aquí está la carta de la buena suerte, la carta de la amistad, la carta de la alegría...

—Está bien, ¡está bien! —dijo Alonzo.

Justine se arrellanó en la silla y le dirigió una sonrisa.

—Oh, Justine —le dijo Alonzo con tristeza—, a veces pienso que me gustaría dejarlo todo e irme a vivir a una cabaña en el bosque, completamente solo. Me llevaría un cargamento de *slivovitz* para toda la vida, mi acordeón, comida en abundancia, tal vez algunos libros. ¿Sabes que nunca he leído un libro entero? Solo las partes más interesantes. Había pensado hibernar como un oso, solo comer, beber y dormir. Nada de impuestos, seguros, facturas de la electricidad, pensiones a ex mujeres, ni de reparaciones ni repintados ni capas de Rustoleum, nada de mujeres que desorganicen mi vida, nada de tipos disparando a los guardias de los bancos, nada de niños. Y entonces apareces tú, galopando con tu terrible sombrero y con tus dos huesos de la cadera como guijarros en tus bolsillos y me dices todas las cosas que me

pueden pasar, una vida llena de sorpresas. ¿Cómo puedo negarme? De nuevo me siento lleno de curiosidad, quiero saber qué será lo próximo que va a suceder.

Y sacudió la cabeza, atusándose el bigote, pero no parecía tan cansado como cuando llegó. Era como si todo su cansancio se lo hubiera pasado a Justine, que estaba repantigada en su silla con las manos flácidas sobre las cartas.

Duncan y Justine estaban en las escaleras principales de la casa, contemplando cómo las luciérnagas brillaban a su alrededor.

—Hoy he vendido un motor de jardinería antiguo —dijo Duncan.

—¿Qué es un motor de jardinería?

—Es un aparato enorme provisto de una rueda que sirve para pulverizar agua sobre las flores. ¡Qué alivio! Lo compré con mi propio dinero en un momento de debilidad. Lo guardaba en el cuarto trasero. Tenía que abrir las dos hojas de la puerta para meterlo dentro y temía que al dejarlo sobre el suelo de madera se fuera todo abajo. Lo ha comprado un hombre llamado Newton Norton. Está reconstruyendo una granja antigua en el campo.

—Vaya, eso está bien —dijo Justine.

—También ha comprado unos cuantos cinceles de calafatear —dijo Duncan— y todas mis herramientas de carpintería.

—Eso está bien.

Duncan la miró.

—Cuando entré en la habitación de Meg —dijo Justine—, encontré la nota en la que me decía que se había marchado; nunca había leído nada que me hiriera tanto. Pero luego levanté la vista, y me encontré reflejada en el cristal de la ventana, porque fuera estaba oscureciendo. Vi todas esas sombras de un

negro profundo en mis ojos y en mis mejillas. Y pensé, «¡Madre mía!, ¿verdad que estoy interesante?» Como alguien al que le ha pasado algo dramático. ¡Eso es lo que pensé!

Justine apoyó su rostro en la manga de Duncan. Él la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí, pero no dijo nada.

A Lucy Peck no le quedó más remedio que sentarse en el asiento de la muerte, junto a Dos, su marido, que conducía. Laura May y Sarah tuvieron que sentarse en la parte de atrás. Lucy tenía que soportar las ráfagas de aire caliente que entraban por la ventanilla abierta de Dos y a Mantovani, que sonaba demasiado alto en la radio. Ella era la encargada de decir qué carreteras debían tomar, cuando ni siquiera era capaz de plegar un mapa correctamente, y mucho menos de leerlo. «Ahora, lo próximo es girar a la izquierda, algo así como un cuarto de pulgada después de la Carretera de las Siete Piedras. O... no sé. ¿Qué podría significar una pequeña línea azul discontinua?» Su marido apretó los dientes con mucha, mucha delicadeza; un signo nada bueno. Una abeja pasó zumbando junto a su nariz, lo que hizo que Lucy diera un grito y echara el mapa de carreteras por los aires. Y mientras tanto, Laura May y Sarah permanecían allí sentadas, protegidas por sus sombreros de varias capas de velos marrones, contemplando tranquilamente dos paisajes independientes, como niños a los que llevan a dar un paseo en coche.

Era el 6 de junio y se dirigían a Caro Mill, Maryland, para celebrar que su padre cumplía noventa y tres años. Desgraciadamente ese año su cumpleaños caía en miércoles, lo que significaba que quienes trabajaban no podían ir. Y Bea tenía que guardar cama debido a un dolor en la parte inferior de su espalda. De modo que todo dependía de ellos: de Lucy y de las tías solteras, y

de Dos, que ahora se había jubilado. Entre todos habían cargado el coche con regalos y fruta, un termo de café descafeinado Sanka, las labores de Laura May, las agujas de hacer punto de Sarah, loción contra los insectos, crema protectora del sol, analgésicos Bufferin, pastillas digestivas Gelusil, una guía de viajes de Triple-A, una lata para reparar los pinchazos, un extintor, seis cohetes de emergencia y una bandera blanca que rezaba: «Envíen ayuda». Le habían pedido al operario de la Texaco que les comprobara el gas, el aceite, el agua, el líquido de frenos, el fluido de la transmisión, la presión de los neumáticos y el líquido limpiador del parabrisas. Después Dos se incorporó cuidadosamente al tráfico y se pusieron en camino, con los suficientes bocinazos tras ellos como para que a Lucy le recordaran una orquesta afinando sus instrumentos. La gente joven de hoy en día era tan impaciente. Por fortuna, Dos no era un hombre fácil de exasperar y siguió conduciendo sin alterar su ritmo majestuoso. Con los años se había encogido ligeramente, y su costumbre de echar la cabeza para atrás cuando atisbaba por el parabrisas hacía que todavía pareciera más pequeño. Sus ojos eran estrechos guiones azules. Dos cuerdas del cuello le tiraban de la boca hacia abajo. Cuando, estando a la derecha, decidía girar a la izquierda, hacía apremiantes señales sacando el brazo por la ventanilla, a la vez que seguía mirando al frente con su sereno perfil de apache que tanto maravillaba a Lucy, mientras los coches de detrás daban más bocinazos.

—Lucy, ten la amabilidad de comprobar el velocímetro —fue todo lo que dijo—. Me gustaría saber las millas que haremos en este viaje.

—Sí, cariño.

Una vez estuvieron en plena carretera, se sintieron deslumbrados por un sol excesivo y por la excesiva amplitud de los prados. Hacía tiempo que no salían al campo. (Hoy hacía un año, para ser exactos.) Lucy echaba de menos su sillón de orejas, en el que podía sentarse circundada, casi, por las orejas

del sillón como si fueran las anteojeras de una mula, y confinar su vista al último romance histórico. La tapicería estaba bordada con pespuntos de raso, que ella disfrutaba acariciando distraída mientras leía. Además, en el jardín de atrás, sus rosas Espuma del Mar estaban justo abriéndose: este año habría más que nunca y ahora se pasaría un día entero sin poderlas contemplar. Y en casa se estaba tan fresquito y era todo tan verde y había tantas sombras, tantos árboles entrelazados que, cuando hablabas en el exterior, el eco de tu voz te llegaba de un modo tan claro y preciso, que parecía haberse reflejado en una verde bóveda situada no muy lejos de tu propia cabeza. Aquí la luz del sol hacía que todo fuera pálido. Dejaron atrás varios graneros rosados, y descoloridas cunetas grises, y riachuelos pajizos atravesados por puentes de madera parecidos a huesos resecos y blanquecinos. Lucy se volvió para buscar a sus cuñadas: un doble par de ojos vidriosos que se resistían a ser atraídos por los de ella. «Sinceramente, me entristece viajar», les dijo Lucy. Pero ellas no contestaron (Lucy decía siempre cosas tan personales), de modo que volvió a mirar al frente.

Al llegar a Plankhurst se encontraron con un cruce muy confuso y Lucy alejó a Dos trece millas de su ruta antes de que nadie advirtiera el error. «Oh, me siento tan... no sabéis cuánto lo lamento», dijo Lucy. Dos soltó un gruñido. En el asiento de atrás sus cuñadas le lanzaron tales miradas de decepción que le dieron ganas de echarse a llorar. «Parece que todo lo hago mal» dijo Lucy. Nadie la contradijo.

A dos horas de camino de Baltimore empezaron a encontrar indicadores para llegar a Caro Mill, aunque todavía parecía que estaban en pleno campo. Los únicos edificios eran granjas, muy dispersas, y de vez en cuando alguna tienda de comestibles salpicada de anuncios de refrescos. Después descendieron rápidamente por una colina y ahí estaba la ciudad, extendida ante ellos: un montón de edificios desordenados. Habían cruzado anualmente

esta misma calle Mayor durante años, aunque cada vez en una población distinta. Habían pasado por delante de esta misma tienda Woolworth, de este mismo restaurante, de esta misma pizzería, de esta misma tienda de tejidos en cuyo escaparate se exhibían piezas de tela de aspecto lastimoso, cuyas dobleces iban adquiriendo un tono grisáceo. Aun así, Lucy se sentó más erguida y empezó a arreglarse con esmero el lazo del cuello de su vestido. Dos se alisó contra la cabeza su ralo pelo canoso, y en la parte de atrás se oían crujidos y susurros. «Espero sinceramente que a padre le guste...» «Recordadme que le pregunte si no preferiría...» Pero en quien verdaderamente estaba pensando Lucy era en Duncan, no en su suegro. Era para Duncan para quien se había comprado este sombrero (solo que, ¿no le parecerían las cerezas de madera algo decadentes, tal vez?) y para quien se había pintado esos mofletes de colorete y puesto esa cómoda faja elástica, y sus perlas de domingo. (Aunque pensándolo bien, ¿no se había reído él siempre de la adoración que sentía la familia por las perlas?)

Hizo girar los anillos en sus dedos. «Tal vez no esté en casa», dijo Lucy. «¿Quién?», preguntó Dos, aunque evidentemente ya lo sabía. «Es un día laborable. Aunque Justine dice que va a comer a casa. Pero tal vez no vaya. Quiero decir que, una vez...»

Una vez, cuando fueron a visitarles, Duncan se había ido a pescar con un amigo. Un fontanero o algo parecido. Otra vez se había pasado toda la tarde deambulando por la casa, con unos auriculares provistos de un cable muy largo, escuchando un partido de béisbol. La intensidad del insulto solo podía captarse al recordar que Duncan detestaba los deportes y prefería hacer prácticamente cualquier otra cosa antes que escuchar un partido. «Una vez...» dijo Lucy, pero la voz de Dos azotó la suya como un látigo.

—Olvídalo —dijo él—. ¿Qué has hecho con la carta de Justine?

—¿Qué carta?

—La carta de Justine, Lucy. Donde nos decía cómo llegar hasta su casa.

—Ah. Ah, pues...

De pronto recordó que la había olvidado en casa, encima del aparador del comedor, pero no quería decirlo.

—Pues, debe de estar por aquí —dijo, registrando con rapidez su billetero—. Dos soltó una larga bocanada de aire. Redujo la velocidad e hizo señas desde la ventanilla, sobresaltando a una gorda señora que esperaba en una isleta.

—Perdone —dijo Dos—. Buscamos la calle Watchmaker. El número veintiuno de la calle Watchmaker.

—Ah, Justine —dijo la señora. Todos pestañearon. El nombre de Justine siempre corría de boca en boca con tanta facilidad. Como si se tratara de algo de propiedad pública—. Miren, cuando lleguen al próximo semáforo, giren a la izquierda, después recorran dos manzanas y vuelvan a girar a la izquierda. Esa es la calle Watchmaker.

—Gracias.

Dos subió la ventanilla hasta arriba.

Ahora todos permanecían en silencio, concentrándose en el paisaje, preguntándose cómo sería la casa a la que se dirigían. Esperando, aunque solo fuera por esta vez, encontrarse con algo realmente hermoso. Pero no. Claro: ahí estaba, una frágil e insignificante casita. En la puerta de tela metálica, clavado con chinchetas, había lo que parecía ser la página de una revista con un anuncio de cheques de viaje. «Estás muy, muy lejos de tu casa», decía. «En territorio desconocido...» Pero de pronto apareció Justine, descalza, radiante, con un vestido con el dobladillo desigual. «¡Tío Dos!», gritó Justine. «¡Tía Lucy! ¡Habéis llegado!» Los abrazó, a algunos de ellos dos veces. Llamó a su abuelo, que naturalmente no podía oírla. Acompañó a Laura May y a Sarah por las desvencijadas escaleras y entraron en la casa

para buscar al abuelo, y después ella volvió a salir corriendo para ayudar a Dos y a Lucy a descargar el maletero. «Duncan llegará de un momento a otro», dijo Justine. «Viene a comer. ¡Oh! ¡Mira! Este es el regalo de tía Bea, reconozco el papel. ¡Y habéis visto qué lazo!» Pero entonces se le cayó. Afortunadamente no era nada que pudiera romperse. Lucy solía preguntarse: ¿Es contagiosa la predisposición a los accidentes? Justine había sido una chiquilla tan cuidadosa.

—He escrito a Meg para decirle que viniera también, pero está con exámenes finales —dijo Justine—. Tengo la sensación de que estas fiestas de cumpleaños cada vez son más reducidas. Os envía muchos recuerdos a todos.

—Oh, Dios bendiga su corazón —dijo Lucy—. Bueno, algunas de estas cosas son sus regalos de boda. ¿Te habíamos dicho que le regalamos la plata de la bisabuela?

Todos fueron discretos, lo suficiente como para no hacer ningún comentario sobre cómo se casó Meg.

—Bueno —dijo Dos—. Dime la verdad. ¿Cómo va el negocio de Duncan?

—Ah, muy bien, tío Dos. Muy bien.

—¿De qué se trata esta vez? ¿Una joyería?

Pero entonces el abuelo Peck bajó las escaleras, doblando las rodillas de un modo frágil y extraño, y todo el mundo se acercó para saludarle y deshacerse en atenciones con él. Lucy le dio un beso en su blanca mejilla, aún sin afeitarse, Dos le dio la mano. «¡Feliz cumpleaños!», gritó Lucy.

—¿Que qué tal mis manos? —El abuelo se la quedó mirando unos instantes, pensativo—. Pues muy bien, gracias —dijo finalmente.

—No tienes que gritarle, tía Lucy —le dijo Justine—. Solo tienes que ser más envolvente. ¿Sabes qué quiero decir?

—Sí, claro —dijo Lucy, aunque no lo sabía. Cada visita pasaba lo mismo.

Una vez dentro de la casa, tropezaron con las mismas dificultades de

siempre para saber qué decir sobre ella. Sin duda tenían que hacer algún comentario. Pero las habitaciones eran pequeñas y oscuras. Las ventanas solo estaban cubiertas por una enorme maraña de plantas que se fundían y mezclaban entre sí y de las que pendían largas enredaderas que se extendían por el suelo. Apenas había sitio suficiente para sentarse. En una de las pequeñas habitaciones de atrás, Lucy se quedó horrorizada al observar un colchón a rayas blancas y azules, totalmente desnudo y lleno de manchas de herrumbre. Le recordó aquella vez que su iglesia había visitado una pensión de mala muerte para el proyecto de servicio social que estaban haciendo.

—Justine, cariño —le dijo—, ¿tal vez te hemos interrumpido cuando estabas haciendo las camas?

—¿Las qué? Ah, no. Esta tarde voy a llevar las sábanas a la lavandería.

—Quizá podría ayudarte a poner las limpias.

—No tengo más —dijo Justine.

Lucy se desplomó en una silla de patas cromadas que habían sacado arrastrando de la cocina.

El abuelo Peck nunca abría los regalos hasta después del almuerzo. Había pedido que se los llevaran a la mesa, y mientras tanto él y Dos se acomodaron en la sala de estar para hablar de negocios. Puesto que los dos se habían jubilado, mantuvieron una conversación vaga, melancólica, como de segunda mano.

—Creo que Dan está muy involucrado en el asunto Kingham —dijo Dos.

—Te acuerdas de Kingham, ¿verdad?

—Sí, claro. A ver, repítelo otra vez.

—Bueno, veamos, no estoy del todo... pero él dice que va viento en popa.

—Viento en popa, ¿eh?

Tal vez Dos no debería haberse jubilado aún, pero se sentiría mejor cuando sus hermanos se unieran a él; Dan lo haría dentro de dos años, Marcus un año

después. Sesenta y ocho era la edad que habían acordado. Después Claude y Richard podrían llevar las cosas ellos solos. No tenía ningún sentido seguir trabajando hasta el día de tu muerte. Pero aun así, Dos parecía aburrido y apático cuando se arrellanó en una esquina del raído sofá. Su padre, sentado justo enfrente de él, asentía con la cabeza. Estaba tan envejecido que parecía haber alcanzado un punto de saturación; hacía años que no sumaba nuevas arrugas. Su aspecto no se diferenciaba mucho del que tenía a los setenta años. En realidad no se diferenciaba mucho del de Dos. Podrían haber sido hermanos. Así terminaban todos: llegaban a una especie de barrera y se sentaban a esperar la muerte, acompañados, con el tiempo, por otros que habían iniciado el camino más tarde. Al final, el cuarto de siglo que separaba sus generaciones quedaba reducido a nada y desaparecía por completo. Lucy se pasó una mano por su frente, enjuta y acanalada. Miró a Dos, un hombre apuesto, a quien, en los tiempos de su noviazgo, ella había estado resuelta a llamar por el nombre de Justin, pero después claudicó y terminó llamándolo como toda su familia. Ellos habían salido ganando, como siempre. Todo estaba nivelado. La alegría o el dolor intensos habían desaparecido y ahora solo quedaba el hábito, la rutina, viejos nombres de familia y ritos y costumbres, ancianos lentos y cuidadosos que se movían con cautela por entre los muebles en los que durante cincuenta años se habían estado sentando con la misma postura.

Pero justo cuando Lucy empezaba a sentir que se hundía en un pantano de desesperación, oyó en el porche los pasos rápidos y ligeros de Duncan. Vio cómo abría la puerta de tela metálica de par en par: un chico tan alto, o un hombre, más bien, con los ojos iluminados desde su interior, y el dosel de pelo rubio cayéndole sobre la frente ancha, pura, virgen. Lucy se levantó, se alisó la falda y apretó con más fuerza el bolso contra su estómago. «Duncan, cariño», dijo. Duncan la besó con la misma prisa de siempre; un beso tan

breve y ligero como una gota de lluvia, pero Lucy sintió que su corazón se elevaba flotando suavemente, y tuvo la certeza de que esta vez todo saldría a las mil maravillas.

Para el almuerzo Justine sirvió pierna de cerdo al horno, patatas y judías verdes. Todo el mundo estaba gratamente sorprendido.

—Caray, Justine —dijo Dos— esto es excelente. Este cerdo es muy sabroso.

—Ah, lo ha hecho el abuelo.

—¿Hmmm?

Todos la miraron fijamente. Parecía hablar en serio. El abuelo estaba ensimismado echando sal a sus judías y no podía establecerse contacto con él.

De postre tomaron un pastel de varias capas, sobre el que dispusieron nueve velas grandes y tres pequeñas. Lucy miraba con atención cómo Justine lo cortaba.

—¿Es de sobre, querida? —preguntó.

—No, ¡qué va!

—¿Lo has hecho todo tú?

—Lo ha hecho el abuelo.

Esta vez, el abuelo levantó la vista. Con los labios torcidos les dirigió una sonrisa tímida y después bajó sus blancas pestañas.

—¡Vaya, padre Peck! —exclamó Lucy.

—También he hecho la pierna de cerdo —dijo—. ¿Os lo ha dicho Justine?

—Sí, ya nos lo ha dicho.

—Y las patatas. Primero las he cocido al horno, después las he vaciado con una cuchara... lo encontré en *La campesina Fannie*. Algunas personas también las llaman barquitos de patata.

Dos miró su reloj.

—El pastel es lo que se conoce con el nombre de pastel de guerra —dijo el abuelo—, porque se necesitan menos huevos y mantequilla de lo normal. Después de todo, estamos viviendo en circunstancias apuradas.

Parecía haber saboreado las dos últimas palabras: circunstancias apuradas. Lucy pensó que sonaban técnicas y presuntuosas, como las divisas devaluadas o las obligaciones municipales. Durante unos breves instantes se preguntó si no sería que en el fondo casi disfrutaba con este tipo de vida: casas deprimentes, amistades extrañas, separaciones de la familia, este ir y venir y toda aquella historia de la buenaventura. Si no sería que casi estaba orgulloso de las curiosas situaciones en las que se encontraba inmerso. Pero entonces Sarah dijo: «¿Os acordáis del pastel de piel de naranja que hacía la abuela?», y el rostro del abuelo Peck se tornó súbitamente delgado y adoptó un semblante de desconcierto.

—Oh. Sí, claro —dijo él.

—Solía prepararlo a escondidas en la despensa. ¿Os acordáis? Decía que le daría la receta a Sulie, pero Sulie dice que nunca lo hizo. Claro que no podemos estar muy seguros de ello.

—Me pregunto qué pondría en él —dijo Justine como en sueños, y se quedó inmóvil tanto tiempo con el cuchillo en el aire que Dos empezó a impacientarse.

—¡Venga! —dijo Dos. Volvió a mirar su reloj—. Es la una treinta y dos. ¿Siempre coméis tan tarde?

—La mayoría de las veces no comemos nada en absoluto —contestó Justine.

—Lo pregunto porque la última vez comimos cerca del mediodía. Los postres se sirvieron poco antes de la una.

—¿De verdad?

—La anterior, comimos incluso antes.

—¿Sí?

—¿Es este uno de tus nuevos pasatiempos? —le preguntó Duncan a Dos—. ¿Te propones ponernos en una gráfica?

—¿De...? No. Solo es una cuestión de cronometraje, ¿comprendes? Pensaba que los regalos se abrirían sobre la una. Tal vez podríamos abrirlos antes de los postres.

—Pero yo había contado con disfrutar de mi pastel —dijo el abuelo.

Él y Dos se miraron fijamente: un par de ancianos enojados.

—Es una cuestión de cronometraje, padre —le dijo Dos.

—¿De qué?

—¡Cronometraje!

—Habla más alto.

Dos soltó un gruñido.

—Lo peor de todo —le susurró Lucy a Justine—, es que ahora Dos también se está volviendo ligeramente sordo.

—Por supuesto que no —dijo Dos.

—Perdona, cariño.

Dos cogió un paquetito plano.

—De Sarah —dijo—. Feliz cumpleaños.

El padre de Dos lo cogió y le dio la vuelta. ¿Cuántas veces y con cuánto dolor había observado Lucy cómo deshacía el lazo, despegaba la cinta adhesiva, desenvolvía el papel y después lo plegaba cuidadosamente para volverlo a usar en el futuro, antes de mirar lo que le habían regalado? Año tras año había recibido la misma cascada de camisas y calcetines y pañuelos con las iniciales, todo ello empaquetado en glaseadas cajas blancas envueltas con un precioso papel y adornadas con rizados lazos de raso. Cada vez que abría un regalo decía: «Vaya, gracias. Muchas gracias», tras lo cual volvía a

guardarlo en la caja. Probablemente nunca llegaría a utilizar ninguna de esas cosas. Excepto, claro está, el regalo de Justine: una arrugada bolsa de pastillas de marrubio que realmente parecían fascinarle, aunque, según recordaban todos, el regalo de Justine siempre era el mismo.

—¿Podéis creerlo? —dijo él—. Ya prácticamente resultan imposibles de encontrar, pero Justine cada año consigue apañárselas. Y son caras, además. Justine se contenta con las pastillas contra la tos Luden, pero yo, personalmente, no consigo ver en qué se parecen —Se metió una en la boca y pasó la bolsa a los demás. Solo Justine tomó una. Nadie más podía soportarlas.

—La última oportunidad hasta el año que viene —le dijo a Lucy, inundándola con una bocanada de su aliento farmacéutico.

Duncan, como era de esperar, no hizo ningún regalo, y nunca permitía que Justine escribiera su nombre junto al de ella en la bolsa de pastillas de marrubio. No creía en la celebración de los cumpleaños. Él hacía regalos cualquier otro día, a quien fuera, regalos conmovedores, inesperados y sorprendentes, pero no cuando las reglas decían que debía hacerlo. Y este año tampoco había ningún regalo de Meg, observó Lucy. Ni tan siquiera un pasador de corbata o una bandeja con departamentos para el escritorio. Sintió un breve ataque de alegría perversa: ahora el propio Duncan conocía el dolor de tener un hijo desagradecido. Tal vez, cuando Meg se fugó, él pensó: ¡De modo que esto es lo que se siente! ¡Esto es lo que mis padres han tenido que soportar toda mi vida! Pero después se sintió avergonzada de sí misma y lamentó verdaderamente que su nieta se hubiera olvidado de un acontecimiento tan importante.

El penúltimo regalo fue el de Laura May: un bordado, como de costumbre. Este año se trataba de un árbol genealógico, sobre tela de lino natural con un marco de madera. «Vaya, gracias», dijo su padre. «Muchas gracias.» Pero en

lugar de guardarlo lo sostuvo con ambas manos y lo estuvo contemplando durante un largo y silencioso rato. La figura de un diamante. Eso es lo que era. Lucy nunca lo había advertido. Justin lo encabezaba y Meg lo terminaba. En medio de los dos había una súbita y gloriosa proliferación de hijos, pero ¿qué habían conseguido? Nada. Claude, Esther, las mellizas y Richard aparecían solos, solteros, sin descendientes. (Laura May había sido lo suficientemente discreta como para no dejar ningún rastro del divorcio de Sally y de la anulación de Richard.) Solo Duncan, en el extremo izquierdo, hijo del mayor de los hijos, y Justine, hija de la menor de las hijas, estaban unidos por un trazo en forma de «V», del que arrancaba una sola línea, cerrando la parte inferior del diamante, que representaba a la única hija que habían tenido. No quedaba espacio para colocar a nadie más debajo del nombre de Meg. Lucy negó con la cabeza. «Pero», dijo Justine, «tal vez Meg tenga seis hijos y ¡todo vuelva a empezar de nuevo!».

Tal vez. Lucy se imaginó una repetición infinita de la figura del diamante, como el diseño del ribete de una manta. Pero ese pensamiento no consiguió animarla en lo más mínimo.

Después vino el último regalo, el más grande, un cubo gigantesco de dos pies cuadrados. La felicitación también era la más grande. Tenía que serlo. «Muchas felicidades en el día de tu cumpleaños y que puedas cumplir muchos más. Tus hijos Justin II, Daniel hijo y Marcus».

—Bueno, veamos —dijo el abuelo Peck.

Dos empezó a reírse entre dientes. El envoltorio era una broma.

Primero el papel a rayas, después una enorme caja blanca. Una caja ligeramente más pequeña en su interior, después papel decorado con flores de lis, que cubría otra caja, y después otra, y otra...

El abuelo Peck empezó a desconcertarse. A su alrededor se elevaban montañas y más montañas de lazos y de papel de seda.

—¿Qué es todo esto? —iba preguntando—. ¿Qué es...? No lo entiendo.

—Continúa —dijo Dos.

Él y sus hermanos se habían pasado toda una tarde trabajando en el envoltorio. Por regla general no tenían mucho sentido del humor, pero cuando metieron una caja dentro de otra en la mesa del comedor de Lucy, estuvieron riéndose como chiquillos, y Lucy no pudo evitar sonreír. También lo hizo ahora, al contemplar el rostro de Dos, apretado todo él para contener la risa. «Sigue, sigue», iba diciendo.

Una sombrerera, que en su interior contenía una caja de zapatos, que a su vez contenía una caja de papel de escritorio, que a su vez contenía una caja de naipes, que a su vez contenía una caja de cerillas. Y finalmente el verdadero regalo, envuelto en papel blanco. Dos se reía con tantas ganas que las comisuras de sus ojos estaban húmedas.

—Es una broma —le explicó a Duncan—. ¿Sabes?

—Típico —dijo Duncan.

—No, verás. Lo hicieron en una fiesta que dimos en la oficina, cuando se casó la secretaria de Dan. Envolvieron un regalo minúsculo en una caja enorme. Lo más divertido que has visto en tu vida.

—Habría sido más divertido si hubieran envuelto un regalo enorme en una caja minúscula —dijo Duncan.

—No, verás...

El abuelo Peck despegó la cinta adhesiva que había en un diminuto rectángulo de papel. Desenvolvió el papel cuidadosamente, pero esta vez no lo plegó y lo dejó a un lado. Quizá porque era demasiado pequeño. Quizá porque él estaba demasiado sorprendido: su regalo era una simple tarjeta de visita.

—Worth y Everjohn, Inc. —leyó—. Su agencia de investigación doméstica local. Calle Mayor, diecinueve. Caro Mill, Maryland. ¿Por qué quedarse con

la duda? Llámenos y averígüelo. Todos los informes serán estrictamente... — El abuelo levantó la vista y miró a Dos—. No acabo de comprender —dijo.

Pero en lugar de contestar, Dos se levantó y salió de la habitación. Oyeron cómo abría la puerta de tela metálica. «¡Todos preparados!», gritó.

El hombre que trajo consigo se parecía a Abe Lincoln, incluso en la barba a modo de ribete a lo largo de su mandíbula. Llevaba un traje negro, una camisa blanca muy almidonada y una corbata. Probablemente estaría en los treinta, pero debido a su aspecto cansado y hambriento parecía mayor. Una serie de regueros de sudor se deslizaban por sus sienes. En la concavidad de una de sus mejillas podía verse como un latido.

—Lamento haberle tenido esperando tanto tiempo ahí fuera —estaba diciendo Dos—. Supongo que debe de tener calor.

—Bueno, no tenía otra cosa que hacer.

—Padre, te presento al señor Eli Everjohn —dijo Dos.

El señor Everjohn extendió la mano, que daba la impresión de contener un número inusual de huesos. El abuelo Peck observó su rostro con atención.

—No comprendo —dijo.

—Tu regalo de cumpleaños, padre.

—Oh, naturalmente —dijo Duncan sin dirigirse a nadie en particular—. Me sorprende que no hayan envuelto al propio hombre en papel de regalo.

—Bueno, habían pensado hacerlo —le dijo Lucy.

—Padre, el señor Everjohn es detective —dijo Dos.

—¿Sí?

—Busca a personas.

—Sí, claro —dijo el abuelo Peck. Esperó pacientemente, dispuesto a sonreír tan pronto como entendiera la gracia.

—Va a buscar a tío Caleb para ti.

—¿Cómo?

—Verás, Dan, Mark y yo hemos hecho un fondo común y lo hemos contratado. Pensamos, ¿y por qué no solucionar esto? Es decir, por qué no determinar, de una vez por todas, que tío Caleb está... Quiero decir que tú no estás consiguiendo ningún resultado, padre. No repararemos en gastos. Hemos escogido a un hombre que vive aquí, de modo que no le perderás de vista, podrás ayudarle en todo lo posible y, prescindiendo del tiempo que se tarde, estamos dispuestos a pagar la factura. ¿Comprendes? Este es nuestro pequeño regalo. Feliz cumpleaños.

Su padre se quedó mirándolo fijamente.

—¿No me has oído? —preguntó Dos.

—Pero, no...

El señor Everjohn seguía tendiendo la mano, inmóvil. Cualquiera pensaría que pasaba por una cosa así cada día.

—No creo que necesite ninguna ayuda, pero gracias de todos modos —le dijo el abuelo Peck.

—¡Pero padre! Es tu regalo de cumpleaños.

—Entonces también es suyo para rechazarlo —dijo Duncan.

—No te metas en esto, Duncan.

Duncan se levantó y dio la vuelta a la mesa. Le estrechó la mano al señor Everjohn.

—Me parece —dijo Duncan—, que mi abuelo prefiere buscar a su propia gente.

—Sin duda, ¡durante quince años! —gritó Dos.

Pero Dos no era un hombre que soliera gritar. Ni sus hermanas, que se llevaron con espanto las manos a los oídos, podían guardarle rencor. Todo aquello era obra de Duncan, algún virus que había propagado.

—Dos, cariño —le dijo Lucy, y sin dilación su marido bajó la voz.

—Sí —dijo Dos—, no creas que no sé por qué has dejado que viva aquí,

Duncan. Disfrutas viendo cómo sucede todo esto, tu abuelo persiguiendo un espejismo montado en un autobús de la línea Greyhound. Pero piensa en él, por una vez. Al paso que va, ¿cuánto tiempo habrá de pasar antes de que consiga tener éxito?

—Una eternidad, probablemente —dijo Duncan—. Pero por lo menos, él es más feliz que la mayoría de los otros Peck que yo conozco.

Todo el mundo miró al abuelo. Él les devolvió una mirada insulsa, que no revelaba nada en absoluto.

—Y dudo que nuestro objetivo sea el éxito —dijo Duncan—. ¿Qué harías ahora con Caleb? ¿Dónde encajaría? Al final tendrías que dejar que siguiera corriendo, como un zorro tras una cacería.

—Ah, ¿era deportista? —preguntó el señor Everjohn.

—¿Qué? No lo sé. No.

—Claro que no —dijo Dos.

El señor Everjohn se sacó un cuaderno de espiral del bolsillo de su camisa. Destapó un bolígrafo Bic y anotó algo. En ese silencio repentino Justine dijo:

—Tal vez le gustaría sentarse.

—¿Para qué? —preguntó Duncan—. No se queda.

Y su abuelo dijo:

—Sí, en realidad Justine y yo...

—Eso es precisamente lo que tratamos de evitaros —le dijo Dos a su padre—. Estas búsquedas interminables e infructuosas, yendo de un extremo a otro del país como un par de... deja que lo haga un profesional —se volvió en dirección a Duncan—. Y por lo que respecta a Caleb —dijo hablando en voz muy baja y con rapidez— pongo seriamente en duda que ese problema llegue a surgir alguna vez. Me sigues, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Piensas que está muerto?

Dos dirigió a su padre una mirada de reojo.

—No puedes soportar pensar que esté vivito y coleando y que se mantenga alejado a propósito —dijo Duncan—. ¿No es cierto? Pero Caleb es un Peck y ni tan siquiera ha llegado a los noventa, está en la flor de la vida, como quien dice. Me apuesto una botella de bourbon a que en estos precisos instantes está sentado en una residencia de ancianos viendo *El juego de las citas amorosas*.

El abuelo Peck dio un fuerte manotazo sobre la mesa. Todo el mundo le miró fijamente.

—He aguantado muchas cosas de ti, Duncan —dijo—, pero por aquí no paso. Yo no tengo ningún hermano en una residencia de ancianos.

Si le hubiera hablado de ese modo a Lucy, ella se habría desmoronado y caído muerta, pero Duncan se limitó a levantar las cejas. Y aunque ella se ruborizó por él, sintió con un ligero estremecimiento que, nunca, nada de lo que estos Peck pudieran hacer llegaría realmente a conmovier a Duncan.

—Señor Everjohn —dijo el abuelo—. Le diré todo lo que sé, y luego se pone usted a trabajar. Yo no bebo, pero quiero ganar la botella de bourbon que se ha apostado mi nieto.

Entonces se levantó y condujo al señor Everjohn a la sala de estar. Dos fue con ellos, pero los demás se quedaron en la cocina, contemplando con la cabeza baja sus trozos de pastel, para los que nadie sentía ya apetito. Lucy hizo trizas su servilleta de papel y se preguntó dónde estaría el Gelusil. Sarah se abanicaba con un trozo doblado de papel de envolver. Justine mordisqueaba una vela del pastel de cumpleaños, y Laura May había cogido el árbol genealógico para admirar su propio bordado. Solo Duncan, dando vueltas a la mesa sin ningún propósito fijo, parecía ser el único en conservar algo de energía. Estaba silbando algo extraño. Al pasar junto a Justine tocó un mechón de su cabello. Echó un vistazo por encima del hombro de Laura May al árbol genealógico. «¿Se te ha ocurrido pensar que alguien, en alguna

parte, pueda estar todavía buscando a Caleb?»), preguntó.

Sobre las cuatro Dos aún no había dado señales de quererse marchar. ¡Y era él precisamente el que detestaba conducir de noche! Decía que primero tenía que dejarlo todo arreglado con el detective. Lucy adivinó que empezaba a lamentar su elección, aunque no es que hubiera mucho que elegir en una ciudad como Caro Mill. El tal señor Everjohn estaba resultando un poco peculiar. Cuánto más peculiar se volvía, más ceñudo se ponía Dos y más alegre se ponía Duncan. Justine se mostró inmediatamente hospitalaria y le ofreció al señor Everjohn cerveza sin alcohol y pastel de cumpleaños. Ahora ya estaban todos en la sala de estar —las tías sentadas en fila en el sofá y los otros en sillas de la cocina—, tras haberse sentido atraídos, uno detrás de otro, por los acontecimientos. El abuelo Peck le estaba dando al señor Everjohn los nombres de todos los compañeros de clase que había tenido tío Caleb. De todos los profesores, amigos y colegas de negocios. ¿De dónde los habría sacado? Después los de su iglesia, escuela, barbero, sastre, médico, taberna... Lucy nunca había conocido a un Peck que frecuentara una taberna. Pero el señor Everjohn no pareció sorprenderse. Siguió llenando su cuaderno de espiral, garabateando en los momentos más inesperados durante períodos de tiempo inexplicablemente largos. Le pidió al abuelo su queridísima foto de Caleb, y se la guardó en el bolsillo, añadiendo que mandaría hacer una copia, pero ¿por qué, cuando llevaba desfasada más de medio siglo? Escuchó la relación de la lista completa de asistentes a unas vacaciones organizadas por la escuela bíblica que Caleb abrió y cerró para siempre, en el verano de 1893. Pasaba por alto retahílas enteras de nombres, pero luego saltaba sobre uno y llenaba dos páginas completas. ¿Qué estaba escribiendo? Por muy erguida que Lucy se sentó, no logró ver su regazo.

Otra cosa curiosa era que un hombre de negocios pudiera perder tantas horas. Lógicamente, un detective no era un abogado ni nada parecido, pero

aun así, era de esperar que tuviera entrevistas y compromisos. El señor Everjohn parecía estar dispuesto a dar a los Peck el resto de su vida. Permanecía sentado sin impacientarse, manteniendo sus puntiagudas rodillas muy juntas y sus codos pegados al cuerpo. Se le había arremangado un poco una de las perneras del pantalón, con lo que dejaba ver una espinilla que parecía un palo de madera. Escribía sosteniendo el bolígrafo de una forma tan incómoda que hacía que a Lucy le doliera la mano. Cuando formulaba alguna pregunta, siempre parecía la menos apropiada. Quería saber, por ejemplo, las costumbres de fumador de Caleb, el nombre de la niñera que había tenido de pequeño, el cumpleaños de su madre, y los zapatos que prefería. Preguntó acerca de los gustos de lectura de Laura y el testamento de Justin, sobre creencias religiosas y los horarios de los barcos. Cuánto más extrañas eran las preguntas más entusiasmado estaba el abuelo Peck. Era como ir al médico por un dolor de cabeza y que te reconocieran las uñas de los dedos de los pies. ¡Qué cantidad de cosas inimaginables debía de saber ese hombre! Y cuando el señor Everjohn le preguntó acerca de Margaret Rose, el abuelo Peck apenas se sobresaltó.

—Claro que eso es algo en lo que nunca pienso —dijo—. La he olvidado por completo.

—Ah —dijo el señor Everjohn. Cuando abría la boca de ese modo, la cara se le alargaba extraordinariamente y se le hundían las mejillas.

—De todos modos, ella se marchó antes que Caleb —dijo el abuelo.

—¿Y a dónde se marchó?

Se produjo un silencio sepulcral.

—A Washington —dijo el abuelo.

—Ya veo.

—Encontró un empleo. Pero murió.

—¿Qué tipo de empleo?

—No tiene mucho sentido profundizar sobre esta cuestión —contestó el abuelo.

—De todos modos tengo que saberlo, señor Peck.

—Mmm, blanqueaba dinero.

—Dinero.

—Trabajaba para el Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Lavaba billetes viejos.

Los ojos profundos, magullados, del señor Everjohn recorrieron afligidos la sala de estar.

—Es perfectamente posible —le dijo Duncan—. Solían lavarlos y recubrirlos de colofonia. Para que quedaran crujientes. En el pasado no tiraban las cosas con tanta rapidez. Tenían una máquina que...

—Ya entiendo —dijo el señor Everjohn—. ¿Causa de la muerte?

—Un incendio en una pensión —contestó el abuelo Peck.

—¿Vivía en una pensión?

—Sus padres no la dejaban vivir con ellos, ¿sabe? En aquellos tiempos se esperaba que las mujeres se comportaran mejor. Trataron de persuadirla para que volviera a Baltimore. Su padre me escribió y me lo contó.

—Escuche. ¿Está usted seguro de que murió realmente?

—Bien la enterraron, ¿no?

—Estaba pensando que tal vez su hermano se dirigió allí: a Washington. Tal vez los dos. ¿Ha pensado en ello alguna vez?

Lucy sí lo había hecho. Pero el abuelo Peck sólo estaba impaciente.

—Si mi hermano fuera un tipo tan sinvergüenza, ¿por qué lo estaría yo buscando? —preguntó.

—Sí, claro —dijo el señor Everjohn, y pareció quedarse plenamente satisfecho. Volvió a guardarse el bloc y el bolígrafo en su bolsillo—. Bueno, me parece que ya tengo algo con qué empezar.

—Le agradecemos sinceramente que haya venido a visitarnos, señor Everjohn —dijo Dos.

—Bueno, no tiene ninguna importancia.

—No tenía la intención de robarle tanto tiempo, claro que estoy totalmente dispuesto a...

—No se preocupe —le dijo el señor Everjohn—. Sinceramente, esta ciudad no le mantiene a uno muy ocupado—. Buscó a tientas su sombrero detrás de la silla y después se levantó, desdoblado primero una pierna y después la otra. Con el sombrero puesto, se parecía más que nunca a Lincoln. Hasta la copa era ligeramente cuadrada, y llevaba el ala curvada de un modo extraño—. Tenemos tan poco trabajo que para practicar, yo y mi socio nos vemos obligados a seguir cada uno a la esposa del otro —dijo.

—¿De veras? —dijo Dos.

—Las vidas de las mujeres son verdaderamente aburridas, según he podido comprobar. La esposa de mi socio va a una tienda para la crema dental y a otra para el elixir dentífrico, solo para darse dos paseos.

—Bueno, me imagino que tendrá usted prisa por marcharse —dijo Dos.

—Ahora mi esposa da clases. Se matricula en cualquier cosa. No se imagina usted los sitios a los que Joe ha tenido que seguirla.

—¿Me enviará usted la factura cada mes?

—Acicalamiento de animales domésticos. Bailes exóticos. Kung-fu. Corte y confección con géneros de punto.

—¡Oh, Eli! —gritó Justine, dando uno de sus sorprendentes saltos hacia una amistad precedida por el nombre de pila—. ¿No quiere llevarle a su esposa un trozo de pastel de cumpleaños?

—Está a régimen —dijo el señor Everjohn con tristeza—. Va a Weight Watchers y a Slenderella, y cada jueves de dos a cuatro asiste a un curso sobre la preparación de platos bajos en hidratos de carbono. —Apretó con

fuerza la mano de Justine—. Estaremos en contacto —le dijo.

—Bueno, déjese caer por aquí cuando quiera. El abuelo estará encantado de saber cómo va todo.

—Y gracias de nuevo por su paciencia —dijo Dos.

Pero en el momento en que el señor Everjohn desapareció por la puerta, Dos se desplomó en la silla.

—Sabía que deberíamos haber contratado a alguien de Baltimore —le dijo a Lucy.

—Bueno, ya está hecho, querido.

—En casa debo de tener los nombres de veinte detectives excelentes. Pero no. Marcus dijo que tenía que ser un tipo de Caro Mill. De este modo nuestro padre podría encargarse de todo, dijo. De lo contrario seríamos nosotros quienes tendríamos que...

—Pues a mí me ha parecido encantador —dijo Justine, que regresaba de la puerta de entrada.

—Si vosotros, muchachos, vivierais en un sitio civilizado, Justine...

—Caro Mill es un sitio civilizado.

Dos se volvió en dirección a Duncan, que estaba jugueteando junto a la ventana con lo que parecía ser la pieza de un automóvil.

—Tienes que regresar a Baltimore, muchacho —dijo Dos—. ¿Qué te lo impide? ¿El trabajo? Ya sabes que hay muchas cosas que podrías hacer en un bufete sin que para ello necesites una carrera. Tus primos podrían conseguirte algo. Una mente rápida como la tuya, hay muchas cosas que...

—Gracias de todos modos —dijo Duncan.

—A Justine le vendría bien. ¿No ves? Parece un poco cansada.

Lucy le echó una mirada. Pues sí, lo parecía. Era verdad. Ahora que ya no estaba corriendo ni riéndose ni hablando demasiado, su rostro tenía un aspecto pálido y fatigado. La culpa era de Meg, solo de ella. ¡Hijos! Desplazó

la vista hasta Duncan, un muchachito que empezaba a envejecer. Era su hijo preferido, aunque lo había mantenido en secreto, y siempre se imaginó que, cuando creciera y madurara, se convertiría en un hombre excelente. Pero eso nunca había sucedido. Se había mantenido siempre tal y como había sido a los diez años: imprudente y desconsiderado, nada amable, sin tan siquiera estar dispuesto a mostrarse indulgente con las debilidades de los demás. Hubiera necesitado una mujer bien fuerte que le hubiera hecho sentar la cabeza y limado las asperezas, pero nunca la tuvo. Solo Justine. ¿Se comportaba Justine deliberadamente del modo en que lo hacía? ¿Acaso un buen día había decidido negarse rotundamente a asumir cualquier responsabilidad? ¿Acaso había decidido que Duncan podía pegársela e ir derecho al infierno, llevándose consigo a esposa e hija, sin que ella pensara decir una sola palabra? Algo hizo que Lucy hablara en voz alta repentinamente, cuando ni siquiera ella sabía que iba a hacerlo.

—Oh —dijo—, ¡si la pobre y querida Caroline hubiera podido estar hoy con nosotros!

La mirada que Duncan le lanzó fue tan fría y dura como el cristal, pero, cuando advirtió lo inmóvil que se había quedado Justine, Lucy sintió que su pequeña victoria le calentaba todos los huesos.

Para cuando regresaban en el coche ya casi había atardecido. Aun así, Lucy sacó del bolso el sobre con la dirección ya escrita, extendió una hoja de papel y escribió, tal y como Dos le había enseñado:

6 de junio de 1973

Querida Justine:

¡Gracias por un día tan maravilloso! Como siempre, has sido una anfitriona verdaderamente adorable, y el pastel de guerra estaba delicioso. Recordaremos esta

visita con gran placer.

Afectuosamente,

TÍA LUCY

Introdujo la nota en el sobre y lo cerró. «Cuando veas un buzón, Dos...», dijo Lucy, pero después su voz se desvaneció, mientras con la carta daba ligeros golpecitos a su bolso. Dos iba moviendo los labios mientras conducía. En la parte de atrás, Laura May y Sarah estaban sentadas una al lado de la otra, bajo dos sombreros marrones cubiertos por un velo, mirando por la ventanilla sus paisajes independientes.

Ahora Justine y su abuelo no tenían ningún sitio al que dirigirse. Al principio apenas si lo advirtieron; durante los meses de verano viajaban menos, de todos modos. Pero con el interminable y tedioso mes de junio, caluroso y húmedo, y su posterior sustitución por el de julio, Justine empezó a sentirse más y más desdichada. Un remoto sentimiento de desazón la iba royendo por dentro. El desasosiego la llevó a discutir con Duncan, a regañar a su abuelo, a decir la buenaaventura a sus clientes sin demasiado entusiasmo y de un modo mezquino. Durante días enteros habló con un acento extranjero imposible de determinar. Insultaba a Dorcas. La gata abandonó la casa y se trasladó al sótano de detrás de los arbustos de rosas. Su abuelo se sentaba en el porche, excepcionalmente inmóvil, con una expresión de apatía y vacuidad en su rostro.

—Escucha, abuelo —dijo Justine—. ¿No hay nadie a quien te gustaría visitar? ¿Tal vez a ese hombre de Delaware? Puede que haya recordado algo nuevo.

—No serviría de nada —dijo el abuelo.

—Pues no veo por qué.

—Ese detective ni siquiera apuntó su nombre. No apuntó casi ninguno de esos nombres. Por lo visto pensaba que no servirían de nada.

—Bueno, ¿y él qué sabe? —dijo Justine.

Había empezado a sentirse indignada con las extrañas y meticulosas

preguntas de Eli, y el misterioso silencio que seguía a todas las respuestas. Después de cada una de sus visitas, Justine tenía la sensación de que se habían entrometido en su vida. Eli solía llegar cuando no había nadie en casa y se acomodaba a esperar en el porche delantero. Cuando ella y su abuelo regresaban, él surgía amenazadoramente, alto y negro como el azabache, con su cuadrado sombrero centrado sobre el pecho. «¡Eli!», gritaba siempre Justine, pero el corazón se le endurecía, como si se estuviera preparando contra una invasión. Y su abuelo, que se creía en la obligación de recordar todos los nombres pasajeros, decía: «Señor... ah», y se quedaba de pie, mirando sus zapatos con el entrecejo fruncido, como si fuera un muchacho desmemoriado. Pero Eli era humilde y se sentía cohibido, y empezaba por comentar algo inofensivo: su modo de seguir las pistas, las lecciones de caligrafía de su esposa. Al fin y al cabo, no tenía ninguna prisa. Después Justine volvía a cogerle simpatía, y se encariñaba con su absurda barba, similar a un ribete y tan precisa como los cepillos de las gomas de borrar los errores de mecanografía, y con sus dedos, ridículamente largos y de articulaciones múltiples, que jugueteaban con su sombrero; y su abuelo se relajaba lo bastante como para mostrarse educadamente aburrido. «Entre, Eli», le decía Justine. «Le prepararé un poco de té helado.» Pero en ese preciso instante, a él se le encogía el rostro y sus dedos quedaban inmóviles. «¿Qué registros poseía su familia?», preguntaba, por ejemplo.

—¿Qué?

—Las grabaciones. Para ese fonógrafo antiguo.

A Justine no le quedaba más remedio que volverse hacia su abuelo, que andaba arrastrando los pies por el suelo de madera.

—Caruso, creo recordar —dijo finalmente—. Y otras cosas. Discos Etiqueta Roja.

—Ah, sí. Sello rojo.

—Al principio se llamaban Etiqueta Roja.

—Ah —dijo Eli.

—¿No sabe usted nada?

—¿Y aparte de Caruso? ¿Algo más?

—No me acuerdo.

—Es algo que debo averiguar —decía Eli, pero se negaba a explicar por qué—. Bueno, me parece que tendré que ir a Baltimore de nuevo. ¿Los habrán guardado, no?

—Lo hemos guardado todo —dijo el abuelo Peck. Y entraba en la casa cerrando de un golpe la puerta de tela metálica.

No obstante, era evidente que las preguntas de Eli le intrigaban. Se pasaba el resto del día ensimismado en sus pensamientos, frunciendo el entrecejo hasta que sus dos cejas se encontraban. «¿Puedes decirme por qué habrá preguntado una cosa así? ¿Qué carta tendrá escondida en la manga? Seguro que ese tipo sabe algo que nosotros ignoramos por completo, Justine.»

Pero para el abuelo, al fin y al cabo, encontrar a Caleb era el único objetivo. Para Justine, el sentido de la búsqueda habían sido los propios viajes, y ahora se sentía despojada e inútil. Mucho después de que su abuelo se hubiera acomodado en el sillón para planear qué sería lo primero que diría cuando él y Caleb se encontraran, ella deambulaba de una habitación a otra, llevando consigo distraídamente su cesto de paja, como si se tratara de una visita.

Mientras tanto Duncan vendía herramientas antiguas por docenas, al por mayor, más rápidamente de lo que podía almacenarlas. ¿Por qué las cosas siempre funcionaban de este modo? Newton Norton, el hombre que le había comprado el motor de jardinería, se proponía reconstruir su granja antigua

hasta que no faltara ni una sola horca en el granero. Iba con frecuencia a la Botella Azul y se apoderaba de viejos y oxidados alicates y de faroles para ordeñar, de útiles de herrero y enseres de cocina. «¡Si vieras la cara de Silas!», le dijo Duncan a Justine. «A veces Newton Norton tiene que llamar a un camión para poderse llevar la compra a casa.»

—Debe de estar loco —dijo Justine—. ¿Y qué pasa si un día tiene que mudarse?

Estaban en el porche delantero, Duncan sentado en un taburete mientras Justine le cortaba el pelo con las tijeras de la cocina. Tenía el cabello espeso y liso, y se oía al caer. Justine se lo cortaba por capas de delante atrás, como si fuera un tejado cubierto con tablillas, y cuando se lo peinaba todas las capas se unían mágicamente y quedaban niveladas. Volvió a peinárselo de nuevo, sintiéndose flotar hasta entrar en una especie de éxtasis por las relucientes cintas amarillas. Cortó una pulgada más.

—Tal vez debería haber sido barbero —dijo Justine.

—No te entusiasmes demasiado —le dijo Duncan.

Ya estaban en el mes de agosto y el maíz que habían plantado era tan alto que les obstruía la vista de la calle. Los coches pasaban hendiendo el aire sin ser vistos, casi sin ser oídos. A Duncan le interesaba el efecto del follaje en el cálculo de los decibelios. Los que pasaban por allí no eran más que voces desprovistas de un cuerpo.

«Hola», dijeron, confiando por lo visto en que hubiera alguien para contestar. «Eh, hola», dijo Justine, agitando las destellantes tijeras en el aire. Duncan no levantó la vista. Estaba pensando en otra cosa:

—Le dije a Silas: «¿Ha visto usted?». No quiso que le comprara a la señora Farnsworth una vieja máquina de coser. Ahora lo lamenta. Newton Norton la encontró por su cuenta y le dio por ella el doble de lo que vale. Pero ya conoces a Silas. «Sí», me dijo, «pero, una vez tenga toda la granja montada,

¿qué? ¿eh?». Bueno, pues ayer Newton Norton abrió su granja al público. Una granja del siglo XIX en pleno funcionamiento. Entrada: dos dólares. Cincuenta centavos para los niños. Y además, lecciones de cocina. Un curso de seis semanas sobre la cocina americana de antes. Las clases se dan en una cocina que tiene un horno de leña y una chimenea lo suficientemente grande como para asar un buey. Te enseñan a hacer pastel de col y pasteles de bacalao; bueno, a decir verdad, nada de eso suena a comestible. Pero seguro que le gustará a alguien. Toda la mañana han estado entrando mujeres preguntando si teníamos aparatos para embutir salchichas a mano, trituradores de col hechos de madera de arce en forma de ojo de pájaro para el chucrut. Arrasaron con esas máquinas de manivela, que yo ni siquiera había descubierto todavía cómo funcionaban, con utensilios para mondar pepinos y despellejar mazorcas de maíz y pelar patatas. Antes del mediodía había vendido todos los utensilios que había en la tienda.

—¡Fíjate! ¡Eres todo un éxito! —dijo Justine, recortándole las puntas del cabello de alrededor de las orejas.

—Así es cómo lo llaman.

Pero lo dijo bostezando y, después, cuando un trocito de cabello aterrizó sobre su nariz, estornudó. Todo su rostro destellaba con doradas chispas extraviadas. No parecía alguien con mucho éxito.

El cuarto domingo de agosto, los tres se fueron con el coche a Semple para visitar a Meg. Debían haber ido con anterioridad, pero siempre, en el último momento, Duncan decía que le había surgido algo. Debía ir a una subasta, o a un mercado especial de objetos de segunda mano, ahora que Silas la apremiaba a que comprara más herramientas. Y sin embargo, siempre regresaba sin ninguna herramienta. Solo, en una única ocasión, con una caja

llena de oxidadas latas de tabaco Prince Albert.

—¿Y esto son antigüedades? —preguntó Justine—. Imagínate, solían ser basura. Yo las solía ver entre la maleza que bordeaba Roland Avenue. ¿Pero dónde están las herramientas? ¿Qué hay de los utensilios de cocina?

—No he encontrado ninguno que me gustara —dijo Duncan—. Solo Prince Albert.

—Al final, las cosas más tontas se convierten en valiosas. No deberíamos tirar nada.

—No me parece a mí que lo hagamos —dijo Duncan.

Ahora quería cancelar el viaje una vez más (dijo que había una feria cerca de Washington, una de esas en las que la gente expone sus tesoros en el maletero del coche), pero Justine captó sus intenciones.

—No puede ser —le dijo—. Ya sabes todo el tiempo que estuvimos esperando a que Meg nos invitara. Y ahora la hemos dejado plantada dos veces. ¿Qué pensará?

—Tal vez podríais ir tú y el abuelo. Yo podría irme a Washington solo.

—¿Cómo? ¿En bicicleta?

—Podría pedirle la camioneta a Silas —dijo Duncan.

—Además, no quiero ir sola con el abuelo. Realmente me gustaría que esta vez vinieras conmigo.

—Quizá en otoño, cuando todo esté más tranquilo.

—No te entiendo, Duncan —le dijo Justine—. ¿Qué tienes en contra de esta visita?

Pero entonces Duncan se puso susceptible. Nunca le había gustado el modo en que Justine tiraba de sus sentimientos más ocultos.

Con todo, ahí estaba Duncan el cuarto domingo de agosto, tal vez un poco más ceñudo de lo normal, pero resignado a hacer el viaje, conduciendo el Ford por una arenosa autopista de dos carriles en dirección a Semple, con

Justine sentada a su lado y el abuelo Peck junto a la ventanilla. En el asiento de atrás llevaban amontonados los vestidos de verano de Meg, y una bolsa de papel con una docena de espigas de maíz. («El maíz se desperdiciará», dijo Duncan. «El reverendo Milsom tratará de comérselo con tenedor y cuchillo.») Las otras pertenencias de Meg —su colección de libros de misterio de Nancy Drew y sus insignias y botellas de colonia— se quedaron en su habitación. Duncan pensó que deberían habérselo llevado todo de un solo golpe, pero Justine había preferido no hacerlo. «Solo nos pidió sus vestidos de verano», dijo. «Tal vez aún no tenga espacio suficiente para todo lo demás.»

Duncan, quien, si podía evitarlo, nunca tiraba de los sentimientos más ocultos de los demás, se limitó a asentir con la cabeza y dejó que se saliera con la suya.

Llegaron a las afueras de Semple a las dos de la tarde. «Bienvenidos a Semple, Virginia, “La ciudad más bonita del sur”», rezaba el letrero, que se cernía sobre una pila de tablas de pino expuestas a la intemperie en un almacén de madera. Cruzaron rebotando vías de ferrocarril, pasaron por delante de oxidadas y bostezantes camionetas.

—Esta sí que es una ciudad —dijo el abuelo Peck—. Tiene su propio tren.

—Solo trenes de carga, abuelo —dijo Justine.

—¿Cómo? ¿Carga? ¿No fuimos una vez a Nashville desde aquí?

—Eso fue desde Fredericksburg. Hace tres años.

—Ah, sí.

—Aquí tuvimos que tomar un autobús hasta Richmond y allí cogimos un tren.

—Nashville era donde aquel muchacho tocaba el banjo —dijo el abuelo—. Su tío abuelo le enseñó a Caleb a tocar un instrumento de cuerda cuando ambos tenían catorce años.

—Allí fue —dijo Justine.

El abuelo se arrellanó en el asiento, como si la conversación le hubiera absorbido todas sus fuerzas.

En la calle Mayor Justine vio a alguien conocido —a la vieja señora Wheeler, que solía preguntarle a las cartas si debería mandar a su padre a una residencia de ancianos—, y quería detenerse y hablar con ella, pero Duncan dijo que ni soñarlo. «Quiero acabar con esto, Justine», le dijo. Regresar a los sitios siempre le ponía de mal humor. Cuando pasaron por delante del restaurante del Viajero, y más adelante de la tienda de Productos Naturales para las Personas Integrales, cuyo maltrecho toldo y abombadas persianas se avalanzaron sobre ellos como caras conocidas, Justine pudo sentir los nervios aflorando en la piel del brazo de Duncan. «No importa, solo estamos de visita», le dijo Justine. Pero nuevamente había invadido su intimidad y Duncan se replegó en sí mismo, alejándose ligeramente de ella, de modo que sus brazos ya no se rozaban, y Justine sintió un repentino frescor en su muslo izquierdo.

La iglesia de Arthur Milsom era un gran edificio de ladrillos situado al otro extremo de la ciudad. Justine nunca había entrado, pero claro, Meg se la había señalado; recordaba que el campanario le había parecido más puntiagudo de lo necesario y que la punta estaba rematada por algún tipo de metal brillante. La rectoría también era de ladrillos, pero la casa del ayudante del pastor, junto a la rectoría, era una pequeña casa de campo blanca, sin árboles ni arbustos, en medio de un trozo de césped de aspecto artificial. Había un sencillo ventanal con una lámpara de dos globos pintados con capullos de rosa, y enfrente del camino de entrada había un poste para amarrar los caballos, que tenía la forma de un muchachito con la cara recién blanqueada y las manos negras. Duncan se detuvo para observarlo, pero Justine agarró al abuelo por el codo y le hizo subir con rapidez las escaleras.

—¿Dónde estamos? —preguntó el abuelo a Justine.

—En casa de Meg, abuelo. Hemos venido a visitarla.

—Sí, sí, pero... —Y se volvió lentamente, mirando con atención todo lo que había a su alrededor.

Justine pulsó el timbre, situado en el centro de una cruz de cobre con los bordes decorados con un festón. Procedente de algún sitio lejano, Justine oyó toda una melodía en tonos dorados, lentos, mesurados. Después la puerta se abrió y apareció Meg, más delgada y con mayor aplomo, con el pelo más largo. «Hola, mamá», dijo. Le dio un beso en la mejilla, y después otro a su bisabuelo. Cuando Duncan hubo abandonado el poste para amarrar los caballos y hubo subido las escaleras, también le dio un beso en la mejilla.

—Hola, papá —dijo.

—Hola, Meggums.

—Pensaba que tal vez habíais cambiado de idea y no vendríais.

—¿Haría yo una cosa así?

Meg no sonrió.

Les condujo por un suelo cubierto de moqueta azul estampada hasta llegar a la sala de estar, donde Cristo les contemplaba desde distintos marcos dorados en cada una de las paredes. La mayor parte de los muebles parecía ir por parejas: dos mesas idénticas flanqueando el sofá, dos lámparas adornadas con abalorios, dos butacones de raso azul hielo acompañados de banquetas con volantes. Sobre la espineta del rincón había dos fotografías enmarcadas, una de Arthur vestido con sotana clerical, y otra de Meg con una especie de paño brillante echado sobre sus hombros desnudos, pero con tantos retoques, con un cutis tan perfecto, con un peinado con tanta laca, que Justine tardó unos instantes en reconocerla. Además, ¿qué derecho tenía una mujer desconocida a colocar la foto de Meg en su sala de estar? Justine la cogió y la examinó. Meg dijo: «Ah, esa es mi... no es más que la fotografía que salió en

el periódico cuando nos...» Le arrebató la fotografía de las manos y la puso en su sitio. «Voy a llamar a la madre Milsom», dijo.

Justine fue en busca de Duncan, que se había repantigado en el sofá y estaba ojeando la revista *Círculo Femenino*. Sus pies, enfundados en unas enormes botas de piel con cordones y suela de goma, todas salpicadas de grasa, descansaban sobre la mesita de café. «¡Duncan!», dijo Justine, dándole una palmada en la rodilla. Duncan levantó la vista y seguidamente sacó los pies con gran cuidado por entre conejitos y pájaros de porcelana, velas en forma de angelitos, un belén en una concha marina y un zapato de cristal verde lleno de caramelos ácidos. Justine dio un largo suspiro y se acomodó junto a Duncan. Al otro lado de la sala de estar, el abuelo iba y venía por la moqueta con las manos cruzadas detrás de la espalda. No le apetecía sentarse cuando dentro de unos instantes tendría que levantarse con gran esfuerzo para saludar a una dama. Se detuvo delante de un Cristo, y después de otro, entornando la mirada para observar una serie de melancólicos ojos marrones y cuellos tan blancos como la nieve.

—¿Arte religioso en la sala de estar? —dijo el abuelo.

—Chist —le dijo Justine.

—Pero a mí siempre me habían enseñado que eso era de mal gusto —dijo—. A menos que fuera un cuadro original.

—Abuelo.

Justine miró la puerta por la que Meg había desaparecido. No tenía ni idea de si podían oírles.

—Abuelo —le dijo ella—, no te apetecería...

—También lo tienen en el comedor —dijo Duncan atisbando por la otra puerta—. Y rezando en el jardín.

—Venga, Duncan. ¿Qué más te da? ¿Desde cuándo te ha importado a ti la decoración de interiores?

Duncan la miró con el ceño fruncido.

—De modo que ahora te pones del lado de ellos —la recriminó.

—No sabía que hubiera dos lados.

—¿Cómo? —dijo el abuelo.

—Duncan cree que soy un poco tendenciosa.

—¿Hmmm?

—Un poco tendenciosa.

—¿Poco habilidosa? Tonterías —dijo el abuelo—. Eres tan capaz como cualquiera.

Duncan se rió. Justine le miró.

—Duncan —le dijo ella—, espero sinceramente que no te dé ahora uno de tus tontos ataques. Duncan, te estoy hablando en serio. Hagámoslo por Meg. ¿No podríamos tratar sencillamente de...?

Pero entonces unos pies se deslizaron con un susurro por la moqueta, y en la sala de estar entró una mujer vestida de blanco, con Meg justo detrás de ella.

—Madre Milsom, tengo el gusto de presentarle a mi madre —dijo Meg—. Y a mi padre y a mi bisabuelo Peck.

Meg tenía el semblante serio y el ceño fruncido; estaba advirtiéndole a su familia que no la avergonzaran. De modo que Duncan se levantó cuanto más alto era, sin sacar el pulgar de la revista, mientras el abuelo se tocaba la sien y Justine se ponía de pie y tendía la mano. Los dedos de la señora Milsom le recordaron los espaguetis húmedos. Era una alta y lánguida mujer con el cabello castaño claro, que llevaba con raya en el centro y rizos muy pequeños pegados a la cabeza; un pálido y trágico rostro, con los ojos tan negros y tan bien perfilados como los de la reina de una baraja. Su vestido, hecho de algún tipo de tela parecido al crespón, le colgaba flácidamente sobre su plano pecho, se le hinchaba y ahuecaba en la cintura y en las muñecas, y después le

caía en finas capas hasta alcanzar sus flacas y angulosas piernas. Llevaba zapatos bajos de charol con la punta plateada, de los años sesenta. Cuando sonreía, sus ojos permanecían muy abiertos y sin brillo, como si estuviera recordando alguna pena muy íntima.

—De modo que por fin nos conocemos —dijo ella.

—Hubiéramos venido antes, pero Duncan estaba comprando latas de Prince Albert —le dijo Justine. Los nervios siempre la hacían hablar demasiado.

—Ya lo entiendo. ¿No quieren sentarse? Margaret, querida, ¿quieres servir el té helado?

Meg miró a su madre. Después salió de la sala de estar. La señora Milsom flotó lentamente hasta sentarse en una de las sillas de raso; parecía que algunas partes de ella se acomodaban con minutos enteros de diferencia entre sí. Juntó las manos con delicadeza.

—Supongo que Arthur nos acompañará dentro de poco —dijo la señora Milsom—. Ahora está haciendo la siesta.

—¿Arthur hace la siesta? —preguntó Duncan.

—Cada cuarto domingo. Es el día que le toca dar su sermón. Los sermones le dejan tan agotado. Lógicamente esperaba que ustedes estuvieran aquí para oír su sermón, pero parece ser que las cosas no han salido de este modo —le dirigió a Justine una profunda y afligida mirada.

—Bueno... —dijo Justine.

Hubieran llegado para el sermón, incluso Duncan —cualquier cosa por Meg—, pero Meg les había especificado con toda claridad que no llegaran hasta después de comer.

—Normalmente, cada cuarto domingo se despierta con dolor de cabeza —dijo la señora Milsom— y le dura durante todo el oficio religioso, y después también, hasta que finalmente tiene que admitir que tengo razón y se va a la

cama. Sufre un verdadero dolor. No se trata de un dolor de cabeza normal y corriente.

—Tal vez debería pasarse al quinto domingo —dijo Duncan—. O al sexto incluso.

Justine le fulminó con la mirada.

—¿Dónde está el pastor? —preguntó el abuelo Peck, acomodándose en el sillón con un crujido.

—Abuelo, pon en marcha el...

—Arthur está haciendo la siesta, señor Peck —dijo la señora Milsom. Había afinado la voz hasta alcanzar justo el tono adecuado—. Lo sé todo sobre los sordos —le dijo a Justine—. Mi padre también estaba aquejado de sordera. En sus últimos años llegó al extremo de cantar la *Doxología* cuando sus feligreses entonaban *Trayendo las gavillas*.

—Ah, su padre también fue pastor —dijo Justine.

—Sí. Sí, sí. Toda mi familia.

—¿Y su marido?

—No, hmmm... él se dedicaba a la construcción.

—Comprendo.

—Pero mi familia, hace muchísimos años que es clerical. Yo misma soy curandera.

—¿De verdad? —dijo Duncan. Dejó de enrollar la revista—. ¿Cura usted por la fe?

—Desde luego.

La señora Milsom le sonrió, con los ojos como dos charcos negros. Entonces llegó Meg; entró por la puerta con una bandeja, tintineando como un cascabel, y Justine se puso tensa porque ella, claro está, hubiera volcado los cubitos de hielo sobre el regazo blanco como la nieve de la señora Milsom, o hubiera tropezado con las juntas de la moqueta. Había olvidado

que Meg era tan delicada y estaba tan segura de sí misma como sus tías solteras. Meg se detuvo con la bandeja delante de cada persona, bajándola con elegancia, sujetándola con firmeza. La señora Milsom observaba el proceso mordiéndose el labio inferior. Ella también estaba tensa, como si Meg fuera su propia hija. No era justo. Justine cogió rápidamente un vaso de la bandeja y una bolsita de té salió volando en dirección al cojín del sofá, pero Duncan lo cubrió al instante con su *Círculo Femenino*.

—Mamá. Tiene azúcar —le susurró Meg.

—¿Qué? —dijo Justine en voz alta.

—Que tiene azúcar.

—El té tiene azúcar —dijo la señora Milsom—. Gracias, Margaret. ¿Tú no tomas un poco?

—Estaba pensando que tal vez fuera a ver si Arthur está despierto.

—No, querida. Yo aún no lo haría.

—Pero dijo claramente que le despertara cuando llegaran.

—Si lo hacemos, tendrá dolor de cabeza hasta mañana, créeme —dijo la señora Milsom—. Yo le conozco. —Sonrió y dio unos golpecitos al brazo de su silla—. Ven a sentarte un ratito con nosotros.

De modo que Meg fue a colocarse al lado de la señora Milsom, y Justine apartó la mirada y se concentró en su té. Si había algo que Justine no podía soportar era el té con azúcar. Se sentiría mareada y pesada durante el resto del día. Aun así se lo bebió, buscando con la lengua el cubito de hielo más próximo para diluir el sabor a azúcar. Duncan, a quien tanto le daba de un modo como de otro, se terminó su bebida de un tirón y dejó el vaso sobre la encerada mesa.

—Bueno —dijo él—, de modo que ya has conseguido el diploma, Meggie.

Meg asintió con la cabeza. El cabello le rozaba el cuello del vestido, no tan pulcro como solía llevarlo. Tal vez estaba procurando parecer mayor.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Duncan a Meg.

—Ah, no sé.

—¿Vas a buscar algún tipo de trabajo?

—Señor Peck —dijo la señora Milsom—, ser la esposa de un pastor es un trabajo.

Duncan la miró. Justine empezó a preocuparse, pero al final, todo lo que Duncan dijo fue:

—Quería decir, además de eso.

—Bueno, no hay nada además de eso. Créame, lo sé muy bien. Soy hija de un pastor. Y he ayudado a Arthur todos estos años, cumpliendo con mi deber, hasta que encontrara una esposa: he asistido a meriendas y a círculos de costura; he ayudado en las subastas benéficas, he preparado comidas...

—Meggie, tu madre debe de conocer a mucha gente —dijo Duncan—. Todo tipo de gente que podría darte un trabajo. Estoy seguro. ¿Qué te parece Pooch Sims? La veterinaria. —Se volvió en dirección a Justine—. A ella sí le vendría bien tener a alguien.

—Oh, señor Peck —dijo la señora Milsom. Se rió y los cubitos de hielo repiquetearon—. A Margaret no le gustaría hacer una cosa así.

Todo el mundo miró a Meg. Meg bajó la vista y contempló fijamente su vaso.

—¿Te gustaría, Meg? —le preguntó Duncan.

—No —dijo Meg—. Supongo que no.

—Pues, entonces ¿qué?

—Ay, no sé, papá. Madre Milsom tiene razón, es verdad que ya tengo muchas cosas que hacer. Me he hecho cargo de la guardería infantil de la iglesia y tengo que hacer muchas visitas y todo lo demás.

Justine tenía la sensación de que los dientes se le estaban poniendo rasposos, y apenas había bebido algo. Se moría de ganas por algo ácido o

salado. Deseaba ardientemente algo con vinagre, un trozo de piel de limón, una patata frita, incluso. Pero la señora Milsom la miraba con un aire tan reprobador, que Justine levantó su vaso y dio otro traguito.

—Claro que, principalmente, la esposa de un pastor hace de intercesora —dijo la señora Milsom—. Filtra sus llamadas, trata de ocuparse de las pequeñas cosas que tanto le desorganizan a él el día... Margaret se lo puede decir. Le hemos estado enseñando todo lo que hay que saber sobre ello. Arthur no es que sea muy fuerte, ¿saben? Es alérgico a tantas cosas. Y esos dolores de cabeza.

—Pero pensaba que usted era curandera —dijo Duncan.

—¡Curandera! ¡Sí! Tengo un pequeño grupo que se reúne los domingos por la noche. Puede venir todo el mundo. Yo he heredado este don de mi padre, que una vez le devolvió la vista a un ciego.

—Pero su padre era sordo.

—Pero aun así tenía ese don, señor Peck.

—Lo que yo quería decir es que...

—Claro que el don debe mantenerse vivo mediante la oración y la fe, se lo tiene que ir alimentando. Es lo que yo le digo a Arthur. Estoy completamente segura de que Arthur tiene ese don. Ahora estoy trabajando al respecto con él. De momento parece que ha habido una especie de... no sé, una especie de resistencia. No estoy muy... pero seguimos trabajando. Seguro que lo conseguiremos.

—¿Y qué me dice de nuestro abuelo? —preguntó Duncan—. A él sí le vendría bien un poco de ayuda.

La señora Milsom vaciló.

—¿Cree usted que podría poner las manos sobre sus oídos para complacernos?

—Bueno, no estoy muy... su sordera es de tipo nervioso, ¿o qué?

—Vaya, si la fe solo cura ciertas clases... —dijo Duncan.

Tanto Meg como Justine se agitaron, inquietas. Duncan les dirigió una amplia e inocente sonrisa que no las tranquilizó en absoluto.

—Pero da lo mismo —dijo—, lo que más me interesa son los dolores de cabeza.

—¿Los dolores de cabeza, señor Peck? ¿Padece usted de dolores de cabeza?

—No, su hijo.

—Mi hijo.

—Arthur.

—Ah, Arthur —dijo ella con una expresión de desconcierto.

—¿No ha dicho usted que Arthur tenía dolores de cabeza?

—Pues, sí.

Duncan la miró durante unos instantes, verdaderamente perplejo.

—Entonces —dijo él—, ¿por qué no puede curarle?

La señora Milsom se agarró con fuerza las manos. La boca se le desdibujó y los ojos se le llenaron de lo que sin duda debían ser lágrimas negras; pero no, cuando estas salieron eran transparentes y dejaron blancos regueros a lo largo de sus blancas y hundidas mejillas.

—¡Oh! ¡Duncan! —dijo Justine.

¿Pero qué había hecho él, al fin y al cabo? Nadie lo entendía, excepto Meg, tal vez, que rápidamente escondió la nariz en su vaso de té. Después la señora Milsom se enderezó y se pasó un dedo índice por debajo de cada uno de sus ojos, con la misma rapidez que la lengua de una rana.

—Bueno —dijo—, ¿verdad que ha hecho un tiempo precioso para ser agosto?

—Sí, realmente precioso —dijo Duncan amable.

Seguro que tenía la intención de seguir comportándose de ese modo

discreto y cortés hasta el final: nunca heriría a nadie deliberadamente. Solo que Justine escogió aquel preciso momento para alargar el brazo en dirección al zapato de cristal verde que había sobre la mesita de café: ¡caramelos ácidos! ¡Justo delante de sus propias narices! Cogió una bolita amarillo limón y se la metió de golpe en la boca, donde al punto descubrió que se había comido una canica. Mientras todo el mundo la contemplaba en silencio, se la sacó delicadamente de la boca con el pulgar y el índice y volvió a dejarla — solo que un poco más brillante que antes— en el zapato de cristal verde.

—Yo creo que un poco más de lluvia no nos habría venido nada mal — dijo Justine al círculo de rostros.

Duncan hizo un ruidito extraño. Así que después de todo iba a darle uno de sus tontos ataques. A Justine no le quedó más remedio que sentarse tan erguida como una estatua, y mostrar suficiente dignidad por los dos, mientras Duncan, sentado junto a ella en el sofá, borboteaba y se reía ahogadamente como una cafetera eléctrica.

Cuando Arthur se levantó (pálido y desencajado, vestido inadecuadamente con una camisa hawaiana de manga corta), se trasladaron al jardín posterior para admirar los parterres de la señora Milsom, y después a la iglesia para contemplar la nueva alfombra roja que acababan de poner en las naves laterales. Anduvieron de puntillas bajo la abovedada y resonante nave, con las caras muy serias. Se mostraron particularmente atentos con todos, si no se tomaba en consideración el pellizco que le dio Duncan a Justine cuando no sabía que la señora Milsom le estaba mirando. Se mostraron tan elogiosos, hablaron con una voz tan dulce, estuvieron tan atentos que, cuando se reunieron junto al Ford para despedirse, todo el mundo estaba agotado. Pero la señora Milsom extendió valerosamente ambas manos hacia la bolsa de

panochas de maíz secadas al sol, y Arthur insistió en coger del maletero toda la carga de plata de la boda. Se marchó tambaleando, con los brazos fibrosos y la espalda hundida. Meg permaneció junto al coche con su montón de vestidos camiseros. «Bueno», dijo Justine. «Supongo que te veremos pronto.» Se sentía herida por la decepción. Había imaginado que esta visita podría, en cierto modo, poner punto final a muchas cosas, que con independencia de lo que hubiera ido mal en la familia, ahora, finalmente, podría llegar a resolverse o, por lo menos, comprenderse; y que, después de haber visto a Meg instalada y feliz, al fin podría dejarla marchar. Había supuesto que podría despojarse de los cuidados y de la responsabilidad como si se tratara de una piel, y volver a sentirse fresca y suave y ligera. Pero Meg mantenía el rostro tan tenso, que Justine sintió dolor, y ya nunca podría librarse de los ojos viejos e inquietos de Meg.

—Meggie, ¿necesitas algo? —preguntó Justine—. Quiero decir que si piensas en algo, sea lo que sea...

—Siento lo del té, mamá —dijo Meg.

—¿Lo del té?

—Le dije que tú no lo tomabas con azúcar.

—Ah, no te preocupes, cielo.

—Ella lo estaba preparando después del almuerzo y yo dije: «No le ponga azúcar, mamá lo toma solo con limón». Pero ella dijo: «Bah, a todo el mundo le gusta el té con azúcar; es tan refrescante». Yo dije: «Pero...».

—Meg, no me importa —dijo Justine.

—Yo le dije que en tal caso prepararía un vaso aparte —le dijo Meg a Duncan—, pero no le gusta mucho que yo esté en su cocina. —Duncan la observó. El abuelo se acarició la barbilla—. Ella se encarga de todo, hasta nos hace la cama. Dice que yo no sé hacer las esquinas como en los hospitales. Tú nunca me enseñaste cómo hacen las esquinas en los hospitales, mamá.

—Lo siento, cariño.

—Yo quería que hoy vinierais para el almuerzo, dije que yo haría la comida. Ya sabes que sé cocinar. Cosas simples, por lo menos. *La campesina Fannie*. Pero ella dijo que no podía ser porque su grupo venía a cenar, los de su grupo de curación. Necesitaba la cocina para ella sola. Las personas de su grupo de curación son viejas y extrañas; tienen enfermedades crónicas y creen que ella las ayuda, y a veces traen a alguien nuevo y entonces rezan todos juntos cogidos de la mano.

—¿Funciona? —preguntó Justine.

—¿Qué? No. No lo sé. Cuando nos casamos pensé que seríamos tan... normales. Pensé que finalmente nosotros... No sabía que pasaría todo esto. Cuando la conocí, era como todo el mundo, excepto que iba vestida de blanco. Siempre iba vestida de blanco. Pero entonces yo no sabía nada de todo esto de la curación. Quiere que Arthur también aprenda a curar y hasta quería mirar mis manos para ver si yo tengo el don.

—¿Y lo tienes? —preguntó Justine.

—¡Mamá! No aceptaría hacer algo así.

—Bueno, no sé, por lo menos sería una experiencia nueva.

—No quiero experiencias nuevas, quiero una vida normal y feliz. Pero Arthur no es capaz de enfrentarse a ella, en realidad él... Y ahora ella quiere que Arthur desarrolle este don porque ella está perdiendo el suyo. Cree que es por la edad. En las reuniones rezan y lloran, se les oye por toda la casa. Le recuerda a Dios las hazañas que ella solía realizar: una vez salvó a un hombre en el preciso momento en que estaba sufriendo un ataque al corazón.

—¿De verdad?

—Dice que aún le quedan tantas cosas por hacer, que deberían permitirle conservar este don. Dice que es injusto. Hay gente enferma por todas partes, dice ella, y ciega y lisiada y que sufre mucho dolor, y que aquí está ella,

impotente, y que ahora ni tan solo es capaz de quitarle los dolores de cabeza a su hijo. Se pasa horas y horas así, gritando para que todo el mundo pueda oírlo. El hecho de que hayan pasado unos cuantos años, dice ella, no es razón para que dejen que se vaya consumiendo de este modo.

—No, claro que no —dijo Justine.

Meg hizo una pausa y la miró.

—¿Me estás escuchando? —preguntó.

—Claro que te estoy escuchando.

—¡Vivo rodeada de locos!

—Deberías marcharte —le dijo Duncan.

—Oh, Duncan —dijo Justine. Se volvió en dirección a Meg—. Meggie, cariño, tal vez podrías... o míralo de este modo. Imagínate que te dan un montón de instrucciones. Cosas de las que debes encargarte. Recados incomprensibles, invitaciones extrañas... cosas por las que se supone debes pasar para después salir distinta al otro lado. Una persona que cura por medio de la fe. Yo nunca he vivido con nadie así.

—¿Es esto lo que vas a decirle a tu hija? —le preguntó Duncan—. ¿Que se limite a aceptar todo lo que venga? ¿Que resista? ¿Que se adapte?

—Bueno...

—¿Y cómo terminaría la gente si todo el mundo hiciera lo mismo?

Justine vaciló.

—No importa, mamá —le dijo Meg a Justine—. No os lo quería mencionar, de todos modos.

De forma que Justine se metió en el coche, pero de un modo confuso y echando miradas hacia atrás porque aún había tantas cosas que parecían no estar resueltas. El sentimiento de desazón volvía a roerle la conciencia. No sabía qué era, pero se sentía como si hubiera extraviado algún objeto en alguna parte, algo importante que se iría deslizando por todos sus

pensamientos hasta que ella lo encontrara. Pero se inclinó hacia delante y gritó por la ventanilla:

—Meggie, cariño.

—¿Qué quieres?

—Si tienes que organizar alguna subasta benéfica, ya sabes, si necesitas ayuda, me encantará acercarme hasta aquí cuando sea y decir la bienaventura.

—Gracias, mamá.

—Ya sabes que tengo muchos clientes fijos aquí.

—Eres muy amable, mamá —dijo Meg.

Pero Justine adivinó que había cometido un error. Debería haberle ofrecido algo más simple y consistente: cualquier cosa... excepto más regalos del cielo.

Para cuando llegaron a Caro Mill ya era de noche, y las calles presentaban un aspecto deprimente y abandonado. Lo único abierto era el bar-restaurante, misteriosamente iluminado y vacío, a excepción de Emma, la Morena, que estaba fregando la barra con un estropajo. «Tal vez podríamos detenernos a tomar un café», dijo Justine. Pero el coche pasó de largo, y ni Duncan ni el abuelo contestaron. No habían abierto la boca en todo el viaje, ninguno de los dos. Solo Justine había estado hablando por los codos, hasta que se preguntó a sí misma cuándo iba a callarse.

—Duncan —dijo Justine—. ¿No podríamos pararnos a tomar un café?

—En casa hay café.

—No quiero ir a casa —dijo Justine—. Tengo una extraña sensación. De hecho, no me importaría pasar la noche en algún sitio. ¿Duncan?

Pero Duncan dijo: «Resiste», y giró con brusquedad por la calle

Watchmaker. Justine parpadeó y le miró.

Al llegar ante la casa, cuando el motor ya estaba parado y las luces apagadas, los tres permanecieron sentados e inmóviles durante unos instantes, mirando a través del parabrisas, como si algo los arrastrara hacia otro viaje más oscuro y silencioso. Después Justine tocó el brazo del abuelo.

—Ya hemos llegado —dijo ella.

—¿Eh?

El abuelo se apeó con torpeza y cerró tras de sí la portezuela de modo poco convincente. Justine salió detrás de Duncan por el lado del conductor. Subieron en fila india por el camino rodeado de susurrantes y perfilados tallos de maíz. Al llegar al porche se pararon en seco. De las escaleras se destacó una sombra.

—¡Eli! —gritó Justine.

—¿Eh? —dijo el abuelo.

Y Duncan dijo:

—Bien, Eli, ¿qué nos has encontrado?

—A Caleb Peck —dijo Eli.

Eli Everjohn tomaba el café con un poco de leche, prefería pastel de merengue de la marca Jane Parker a las cortezas de maíz y estaba muy cómodo sentado en la cocina en una de las sillas de patas cromadas. Tuvo que dejar todo esto bien claro antes de que le permitieran seguir con su informe. «Escuchen esto», decía todo el rato. «Escuchen. Inmediatamente me llamó la atención...» Pero Justine le interrumpió para preguntarle si no preferiría quitarse el sombrero, y si no estaría más fresco en mangas de camisa. Y el viejo señor Peck no paraba de andar con dificultad, dando una vuelta tras otra a su alrededor, reflexionando seriamente, ofreciendo él también, alguna que otra vez, sus propias interrupciones.

—Creo que debería ir a buscar mi cuaderno, Justine.

—Sí, abuelo. Es una buena idea.

—Creo que la puerta de tela metálica debe de estar rasgada. ¿Cómo si no podrían entrar todos estos mosquitos?

—Tendré que buscar el matamoscas.

—Oh, dejadlo, dejadlo. El señor Everjohn tiene algo que contarnos.

Pero cuando Eli respiró a fondo, Justine le interrumpió:

—Espere, llevo todo el día queriendo algo ácido. No empiece sin mí.

—Justine —dijo Duncan.

Eli Everjohn era un hombre paciente. (Dado su negocio, no le quedaba otra opción.) Aun así, hacía mucho tiempo que había estado soñando con este

momento. Había ido a verles expresamente un domingo por la noche para darles la noticia, porque pensaba que si lo dejaba para el lunes explotaría. En solo menos de tres meses había llevado a cabo lo que una familia entera no había podido hacer en sesenta y un años. Había elaborado un espectacular trabajo de deducción y ahora quería explicarlo gradualmente y desde su propio punto de vista, para que todo el mundo pudiera admirar cómo un indicio le había llevado al siguiente, cómo, gracias a unos súbitos e inspirados saltos de imaginación que le permitían relacionar una cosa con la otra, una clave había dado mayor consistencia a otra. El auténtico trabajo de un detective era todo un arte. Encontrar era un arte. Le estaba agradecido a la familia por haberle encargado este trabajo (¿Cómo podría conformarse a partir de ahora con custodiar regalos de aniversario o simular que leía un ejemplar del *Newsweek* enfrente de los salones de belleza?) De modo que se aclaró la voz, retiró un poco la taza de café, dejándola a cierta distancia, entrelazó sus largos dedos sobre la mesa que había ante él, y empezó tal y como tenía planeado. «Inmediatamente me llamó la atención», dijo, «algo que se repetía en todos los relatos acerca de Caleb Peck».

—Tendrá que hablar más alto —dijo el anciano.

—¡Ay! Lo siento. Inmediatamente me...

—Justine, creo que se me están acabando las pilas.

—¿Dejaréis hablar de una vez al pobre hombre? —dijo Duncan.

De modo que Eli, habiéndosele acabado la última gota de paciencia que le quedaba, optó, después de todo, por decirlo de un tirón y echar a perder el momento que durante tanto tiempo había planeado.

—El señor Caleb Peck —dijo Eli—, está en Box Hill, Luisiana, sano y salvo.

A Eli, inmediatamente le llamó la atención algo que se repetía en todos los relatos acerca de Caleb Peck: era un músico. Para su familia eso no era más

que un detalle, como el color de sus ojos o su tendencia a llevar un sombrero panamá ligeramente fuera de temporada. Pero para Caleb, ¿no significaba algo más? Eli reflexionó sobre ello, examinando cuidadosamente lo que había oído, y después volviéndolo a organizar una y otra vez. Se encontró con algunos callejones sin salida. Escudriñó las listas de ex alumnos de varias escuelas de música famosas, incluyendo el Instituto Peabody de Baltimore. Examinó los viejos discos del fonógrafo de la familia por si Caleb se hubiera sentido impulsado a ir en busca de alguno de sus intérpretes. Preguntó por la profesora de piano de Caleb; ¿alguna chica joven y atractiva, tal vez? ¿Alguien inspirador que le había enseñado los ejercicios de Czerny que Eli había encontrado cayéndose a pedazos sobre el piano en el salón del anciano señor Peck? Pero no, los ejercicios de Czerny habían pertenecido a Margaret Rose, dijo el señor Peck. A Caleb no le había gustado Czerny. A decir verdad, Caleb nunca había sido muy aficionado a la música clásica. Y nunca había tenido ningún profesor o profesora de música de ninguna clase. Solo al pequeño Billy Pope, que le pasaba sus lecciones de violín y un libro encuadernado en cuero que explicaba cómo tocar los instrumentos de viento de madera (que en aquellos tiempos estaban realmente hechos de madera; ¿ha visto la flauta de ébano que hay en la vieja habitación de Caleb?), y por lo que respecta al piano, a Lafleur Boudrault, que le enseñó el ragtime.

¿Y Lafleur Boudrault era alguien joven y atractivo, por casualidad?

Pero Lafleur Boudrault era el jardinero criollo, que nada tenía de atractivo: una cicatriz, que le cruzaba una de las mejillas, y un pestañeo constante. Muerto hacía siglos. Le sobrevivió su esposa Sulie. Tampoco habría servido de mucha ayuda, de todos modos: un tipo intratable.

Eli fue una vez más a Baltimore y buscó a Sulie, que estaba en el desván sacudiendo un trapo del polvo por todas partes. Últimamente lo único que hacía era quitar el polvo. Por nada del mundo dejaba su trapo, que había que

arrancarle de los dedos cuando dormía, del mismo modo en que se le arranca a un niño su manta favorita para poderla lavar. Y nunca limpiaba cosas que fueran útiles; nunca los muebles, que bien sabe Dios lo bien que les habría venido, ni todas las bombillas y festones y grietas; sino solo los sitios escondidos que no tenían ninguna importancia, el lado inferior de los cajones y la parte posterior de los marcos, y ahora esos baúles y cajas del desván que llevaba limpiando desde hacía infinidad de semanas. No podían conseguir que se estuviera quieta. La querían jubilar; ¿no tenía familia en alguna parte? Estaban casi seguros de que había habido alguna hija. Pero Sulie se limitó a reír con su risa rápida y chiflada y dijo: «Ahora, ¿no? Ahora». Claro que estaba loca, sin duda alguna. Pero Eli necesitaba a los contemporáneos de Caleb y no es que hubiera muchos entre los que poder elegir. Subió los angostos y vacíos escalones con olor a pino que conducían al desván de Laura, sumergiendo primero su cabeza y después sus hombros y después su cuerpo envuelto en lana, en un calor tan intenso que parecía ser líquido, y al final se encontró simplemente flotando en una palpitante y sombría neblina. Nadó por entre faroles de porcelana agrietada y retratos inclinados, por entre alfombras enrolladas y apiladas como troncos, en dirección a la larguirucha figura que estaba limpiando una caja vacía de jabón Pears, allí donde la polvorienta luz se filtraba por entre las persianas.

—¿La señora Sulie Boudrault? —preguntó Eli, y ella asintió con la cabeza sin levantar la vista, y siguió canturreando y limpiando.

—¿Viuda de Lafleur Boudrault?

Asintió con la cabeza.

—¿No sabría usted por casualidad a dónde se marchó el señor Caleb?

Entonces dejó de limpiar.

—Vaya, pensaba que nunca me lo preguntarían —dijo.

Sulie acomodó a Eli en un barril lleno de objetos de porcelana, y ella se

sentó sobre una pila de revistas *Saint Nicholas* con su trapo del polvo sujeto entre las manos y descansando delicadamente sobre su regazo. Era una mujer menuda, de piel tirante y ojos amarillentos. Hablaba de un modo claro y razonable, y la historia que le contó seguía un orden muy bien estructurado. No era de extrañar: había tenido más de medio siglo para organizarla.

—Al principio, cuando el señor Caleb nos dejó —dijo Sulie—, le dije a Lafleur: «Lafleur, ¿qué digo?». Porque yo sabía a dónde se había ido y sin embargo odiaba delatarle. «¿Qué hago, Lafleur? ¿Les miento?» «Eso nunca pasará», me dijo. «Esos tipos piensan que tú no sabes nada.» Bueno, yo estaba segura de que Lafleur andaba equivocado. Yo esperaba que la vieja señora Laura me mirara fijamente con sus pequeños ojos. A ella era a la que había que vigilar. El señor Justin Primero no podía hacer nada; tal vez aunque hubiera podido tampoco lo hubiera hecho, pero tenía tan atemorizada a la señora Laura que ella hubiera hecho lo que él quisiera y más. Era una señora atemorizada, lo que la había convertido en una persona mezquina y rencorosa. Vigila a la señora Laura, me dije a mí misma, de modo que la vigilé y esperé y pensé cómo responder a lo que ella me preguntara. Pero nunca lo hizo. Ni una sola vez. Ni tan siquiera: «Sulie, ¿recuerdas si ese día le serviste el desayuno al señor Caleb?». Nunca una sola palabra.

Sulie se ahuecó la falda a su alrededor: un largo y vetusto retazo blanco con bordados al estilo inglés, que le llegaba hasta la mitad de sus enjutas pantorrillas, y unos botines de trabajo con las puntas de cobre, que se balanceaban debajo de ellas. Tras reflexionar unos instantes hurgó en su bolsillo y sacó un puñado de Oreos, blandas y chafadas.

—Tome una galleta —dijo Sulie.

—Gracias —dijo Eli.

—Ella nunca me preguntó. Los demás tampoco. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que nunca lo harían. «¡Vaya! ¡Mira tú!», le dije por fin a

Lafleur, y él dijo: «Ya te lo dije. Simplemente se creen que nosotros no sabemos nada», me dijo él. De modo que se me abrieron los ojos. Así es como fue. Juré que no diría nada hasta que me preguntaran sin rodeos: «Sulie, ¿tú lo sabes?». Y a la señora Laura no pensaba decirle ni esta boca es mía. Nunca lo hice. Vivió cuarenta y seis años después de que el señor Caleb se marchara y nunca hablé con ella ni una sola vez, pero yo no me engaño, sé que ella se dio cuenta. «Sulie se está volviendo tan taciturna», fue todo lo que dijo. Y hasta para eso tardó cinco años o algo así.

Eli terminó su galleta y se sacudió las manos. Se sacó un bolígrafo Bic y un cuaderno de notas del bolsillo. Lo abrió por una página en blanco.

—Bien —dijo Sulie.

Se levantó, como si fuera a recitar algo.

—El señor Caleb era músico —dijo Sulie.

—Eso he oído.

—Le gustaba casi toda la música, pero la de los negros más. Le gustaba el ragtime y copiaba todo lo que Lafleur tocaba en el piano. Le gustaba oír historias sobre los músicos de Nueva Orleans, de donde era Lafleur. Lafleur se había metido en un pequeño lío allí abajo y no podía volver, pero le contaba cosas acerca de los pianistas del barrio de Storyville y de qué iba todo aquello. No olvide usted que le estoy hablando de hace muchísimos años. Entonces no había mucha gente que supiera de estas cosas.

»Después los tiempos se pusieron difíciles y la señorita Maggie Rose nos dejó. Tuve que trasladarme a la casa del señor Daniel y cuidarme de los niños. Entonces yo no era más que una adolescente. Me acababa de casar con el viejo Lafleur. Yo no sabía mucho pero me daba cuenta de que el señor Caleb se había vuelto muy callado y que tal vez bebía un poco más de la cuenta. Pero nunca pensé que se marcharía. Una noche bajó al sótano, a nuestra habitación, la mía y la de Lafleur. Llamó con los nudillos.

»—Lafleur —dijo—, hay un tipo en la taberna que habla de hacer un viaje a Nueva Orleans.

»—¿De verdad? —dijo Lafleur.

»—Quiere que me vaya con él.

»—¿De verdad?

»—Bueno, estoy pensando en hacerlo.

»—Pues, claro —le dijo Lafleur.

»—Para siempre —dijo el señor Caleb—. Sin previo aviso.

»Pero aun así, ¿sabe?, no creíamos que estuviera hablando en serio.

»Le preguntó a Lafleur si sabía de algún sitio donde ir, para estar una temporada. Lafleur le mencionó una pensión que llevaban unos tipos blancos cerca de donde vivía su hermana. El señor Caleb escribió la dirección en un trozo de papel, lo dobló cuidadosamente y se fue. No pensamos más en ello. Por la mañana se presentó para el desayuno, a veces lo hacía. Comía en la cocina del señor Daniel. “Prepárame un buen desayuno, Sulie”, dijo. “No se puede ir muy lejos con el estómago vacío.” Bueno, yo pensé que quería decir ir a la ciudad. Le hice panqueques. Le preparé la mesa del desayuno y cuando hubo terminado me dio las gracias educadamente y se fue. Nunca más le volví a ver.

Sulie se examinó las uñas, tan estriadas y amarillentas como las teclas de un viejo piano.

—¿Podría darme la dirección de esa pensión? —le preguntó Eli.

—Sí, claro —dijo Sulie, y se la dio, lenta y claramente, tras habérsela guardado a propósito todos esos años, y él la escribió en su bloc. Después Sulie enmudeció, de modo que Eli supuso que se había olvidado de él. Se levantó cuidadosamente y se dirigió de puntillas hasta las escaleras del desván. Ya había sumergido un tobillo en el aire frío de abajo cuando Sulie le llamó.

—¡Señor Como-se-llame!

—¿Señora?

—Cuando les diga cómo le ha encontrado, no olvide mencionar que Sulie siempre ha sabido la respuesta.

De modo que ahora tenía una dirección, pero de sesenta y un años atrás. Sabía que no podía esperar gran cosa. Esa noche cogió un avión para Nueva Orleans. Un taxi le llevó a donde en 1912 había habido una pensión. Lo único que vio fue un supermercado con el interior iluminado por unas espectrales lamparillas azules, que se alzaba voluminoso en un aparcamiento de asfalto.

—Supongo que no tiene mucho sentido rondar por aquí —le dijo Eli al taxista.

Se registró en un pequeño hotel desde el que inmediatamente, a pesar de la hora, llamó a todos los Peck que salían en la guía telefónica. Nadie tenía un antepasado llamado Caleb. Se fue a la cama y durmió profundamente y sin sueños. A la mañana siguiente salió a caminar. Decidió pasar por delante de patios escondidos y de aspecto sospechoso, de balcones decorados como encajes, de secretos surtidores, de desconchadas y herrumbrosas paredes estucadas, de vegetación monstruosa y robles con chorreantes barbas de musgo, por entre sorprendentes huecos de luz, en los que el aire parecía posarse como velos de colores. Por edificios resonantes, por archivos oficiales y no oficiales, Eli deambulaba con aspecto deprimido con las manos metidas en los bolsillos, escudriñando partituras, recortes de periódico, menús y directorios de casas de juego protegidos por un cristal, además de cajas llenas de trompetas abolladas y trombones de pistones que daban la

impresión de proceder de una tienda de baratijas. Por las noches iba a *night clubs*, donde, escuchando con una mueca de dolor el estrépito de los cobres y los tambores, se movía furtivamente por entre las mesas para observar con atención las onduladas fotografías de las paredes y los programas que tiempo atrás se habían repartido durante las celebraciones del Cuatro de Julio. No había ningún Caleb Peck. Nunca aparecía el rostro rígido y anticuado de ese hombre blanco, ni su sombrero panamá.

Llamó la esposa de Eli, que por la voz parecía estar abatida y exhausta a causa del calor. «Pues aquí hace más calor», le dijo él. «Y deberías ver la de bichos que hay.» A ella no le importaba: quería que regresara a casa. ¿Qué estaba haciendo allí, de todos modos? «Regresaré dentro de otra semana», le dijo Eli. «Dentro de una semana tendré esto resuelto.»

Era el dieciocho de agosto. Aunque no tenía ni una sola pista nueva, empezaba a sentirse entusiasmado.

Ahora empezó a seguir a los llamativos turistas con gafas de sol, que parecían saber algo que él desconocía. Siempre estaban en posesión de direcciones secretas: el alojamiento de viejos y parálíticos bombardinistas y clarinetistas, de ex empleados de las Líneas de Excursión Streckfus y de las nietas de las amigas de Buddy Bolden (¿quién era Buddy Bolden?). Eli se deslizaba detrás de ellos por puertas estrechas, entraba en sórdidos salones o tabernas o habitaciones. Unas veces le echaban. Otras, pasaba inadvertido. Entonces hacía sus propias preguntas, siempre fuera de lugar:

«¿No conocería a un violonchelista de jazz, por casualidad?»

«¿Sabe de algún músico bueno que sea de Baltimore?»

«¿Dónde estaba usted en la primavera de mil novecientos doce?»

Unos ojos ancianos y cenicientos le devolvían la mirada, pero nunca eran lo bastante ancianos. «¿En mil novecientos doce? ¿Qué clase de memoria crees tú que tengo, muchacho?»

Progresiva e imperceptiblemente, los Peck habían ido alterando a Eli. Había empezado a ignorar el paso del tiempo, como si por alguna extraña razón, ello fuera lo habitual. Le irritaba que la gente corriente no pudiera hacer lo mismo.

Los días eran agotadores, sí, y le dejaban los pies hechos polvo, pero las noches eran peores. La retahíla de clubs, bares, cafés, salas de baile y lugares de strip-tease era interminable, y toda la música le sonaba igual: mal organizada. Eli entraba disimuladamente en un sitio y salía de nuevo para meterse en otro. Desaparecía en cuanto le mencionaban algún gasto extra, rechazaba con la mano a camareros y camareras. Cuando se sentía presionado pedía un Dr. Pepper; la mayoría de las veces se marchaba antes de que las cosas llegaran más lejos. El aroma del éxito le desanimaba. Prefería fracasos, fantasmagóricos y tétricos cafés clandestinos. Sin duda, pensaba entonces, el propio Caleb era un fracaso. Fuera lo que fuese que hubiera acabado haciendo, en esa ciudad no había dejado ni huella.

Entró en bares que olían a madera enmohecida, con nombres como The High Note o Sportin' Life, donde unos pocos músicos tocaban de modo discordante y sin demasiado interés.

Se oía a un hombre cantar por encima de una guitarra:

*Mi tren me ha dejado, Señor, me ha dejado en la vía
Mi tren me ha dejado, Señor, me ha dejado en la vía
Decid a los muchachos de Whisky Alley
Que nunca más voy a volver...*

Eli sacudió la cabeza dando muestras de desaprobación. Se apartó para esquivar a un borracho y después volvió a la acera, donde se arremolinó con los turistas en una noche grasienta, iluminada por luces de neón y con olor a

ajo.

A la mañana siguiente se levantó excepcionalmente temprano. Tomó el desayuno en una cafetería cerca de donde había estado la noche anterior, y volvió a darse una vuelta por los mismos bares, pero ahora estaban cerrados. Un poco más abajo, un hombre con delantal estaba barriendo la entrada de un local de strip-tease, que de día tenía un aspecto alegre y familiar.

—Dígame —le dijo Eli—, ¿conoce ese pequeño bar que hay un poco más abajo? ¿El Easy Livin’?

El hombre entornó los ojos.

—¿Qué pasa con él?

—¿Sabe usted a qué hora abren?

—Lo más probable es que no lo hagan hasta la noche —dijo el hombre—. Tendrá que esperar, amigo.

—Bien, gracias —dijo Eli.

Esa mañana no ahondó más en los archivos de jazz. Se compró un periódico y lo leyó en un parque. Tomó una segunda taza de café y un Donut. Después, cuando abrieron los cines, recorrió la ciudad en busca de películas de Jimmy Stewart. Eli admiraba mucho a Jimmy Stewart.

A las seis de la tarde tomó un plato de huevos revueltos en un bar-restaurante, seguido de otra taza de café y un pastel de manzana *a la mode*. Después se puso en marcha en dirección al Easy Livin’: a pie, puesto que no estaba lejos. Se lo tomó con calma. Mientras andaba iba negando con la cabeza, con el semblante serio, y miraba a su alrededor con expresión bondadosa, como la que habría puesto Jimmy Stewart. Cuando llegó a su destino, se arregló la corbata antes de cruzar la abollada puerta.

El Easy Livin’ estaba oscuro incluso ahora, cuando apenas había anochecido. Había un mostrador con una barra de latón, unas cuantas mesas esparcidas y, al fondo de la sala, una plataforma de madera natural para los

artistas. De momento no había ningún otro cliente. Solo un muchacho detrás del mostrador, y en la plataforma el negro que había cantado la noche anterior. Estaba en cuclillas, enganchando algún tipo de cable eléctrico. Ni tan siquiera se volvió cuando Eli se le acercó por detrás.

—Oiga —dijo Eli—. ¿Podría preguntarle algo sobre una canción?

El cantante emitió un gruñido y después se levantó, sacudiéndose los pantalones vaqueros.

—Este no es uno de esos locales de jazz, muchacho —le contestó con desgana—. Pregunta al final de la calle.

—Anoche usted estaba cantando —dijo Eli.

—Solo un blues.

—Ah —dijo Eli, que no veía la diferencia. Reflexionó durante unos instantes. El cantante le miró con las manos en las caderas—. Bueno, usted estaba cantando un canción que me interesa.

—¿Cuál?

—Una canción que hablaba de un tren.

—Todas las canciones hablan de trenes —dijo el cantante pacientemente.

—Una canción sobre Whisky Alley.

—Hmmm.

—¿Se acuerda? —le preguntó Eli.

—Bien la canté, ¿no?

—¿Sabe quién la escribió?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —dijo el cantante, pero luego, de pronto—: El Hombre de la Cuerda.

—¿Quién?

—El Hombre de la Cuerda.

—Bien, y ¿quién era?

—No lo sé. Un tipo blanco.

—Pero seguro que tendrá un nombre —dijo Eli.

—No. No que yo sepa. Un tipo blanco con un violín.

—Un violín —dijo Eli—. Bueno... y ¿no le parece eso un poco raro para el jazz?

—Blues —dijo el cantante.

—Bueno, pues blues.

—Mire, solo sé lo que ya le he dicho —dijo el cantante. Pero de todos modos se puso en cuclillas, aproximándose a la altura de Eli—. La historia de este tipo viene de muy lejos, es muy anterior a mi época. Guiaba a Ojo Blanco, un viejo guitarrista de color que solía tocar en las calles. Ojo Blanco era ciego y el violinista le guiaba por los sitios. Pero siempre que tocaba el violín, era como si la música se le metiera dentro y empezaba a bailar. El viejo Ojo Blanco oía las notas que brincaban en una dirección, y después en otra, en ocasiones perdiéndose por completo, si el violinista bailaba muy rápido para ir acorde con la música. De modo que Ojo Blanco se ató al cinturón del violinista con una cuerda, y de ahí sale el nombre de el Hombre de la Cuerda. Cualquiera de por aquí puede contarle esto.

—Ya veo —dijo Eli.

—¿Por qué lo pregunta?

—Verá, antes había una taberna en Baltimore, Maryland, llamada Whisky Alley —dijo Eli—. Cerca del puerto.

—¿Y?

—¿No recordará usted de dónde era ese tipo blanco, por casualidad?

—No.

—Bueno, ¿y qué me dice de Ojo Blanco?

—Tampoco.

—No, su nombre. ¿No tenía un nombre?

—Ojo Blanco. Ojo Blanco. Ojo Blanco... ¡Ramford! —dijo el cantante

haciendo chasquear los dedos—. No creí que pudiera acordarme.

—Le estoy muy agradecido —dijo Eli. Hurgó en el bolsillo de los pantalones—. ¿Puedo invitarle a un Dr. Pepper?

El cantante se quedó mirándolo unos instantes.

—No, muchacho —dijo finalmente.

—Bueno, pues, gracias.

—De nada.

Antes del mediodía del día siguiente, Eli ya se había puesto en contacto con todos los Ramford que salían en la guía telefónica. Había localizado a la bisnieta de Ojo Blanco Ramford: una camarera. Ella le condujo hasta una tal señora Clarine Ramford Tucker, que vivía en la residencia de ancianos Lydia Lockford para personas de color e indigentes. De ahí fue a parar a un cementerio baptista situado en una zona de las afueras de la ciudad, que olía a pantanos. La lápida sepulcral de Abel Ramford cayéndose a pedazos, un pequeño arco gótico sobre una tumba hundida de la que, obviamente, nadie se había encargado durante años, cubierta por hojas de zanahorias silvestres y achicorias, hizo que Eli se detuviera en seco y permaneciera en silencio durante un largo rato, con el sombrero en las manos, preguntándose si esto era el final de su camino. Después recobró ánimos y fue a hablar con el vigilante. Se enteró de que, por lo visto, nadie iba a visitar la tumba del señor Ramford, pero que cada año, el día de Todos los Santos, llegaba un ramo de claveles blancos procedente de la floristería Altona, una tienda de primera categoría con camiones de reparto color lavanda.

Y en la floristería Altona le dijeron que sí, que tenían un pedido fijo para esa día: una docena de claveles blancos que entregaban en ese pequeño cementerio reservado para la gente de color, en un lugar dejado de la mano de Dios; y la factura la enviaban a Box Hill, Luisiana, a un tal señor Caleb Peck.

Era un sábado, el veinticinco de agosto. Eli había tardado exactamente

ochenta y un días en finalizar su búsqueda.

Puesto que le habían dicho que no fuera a ver personalmente a Caleb («Eso, por lo menos, quiero hacerlo yo», había dicho el señor Peck), Eli se fue a casa sin esa satisfacción final. Pero casi bastaba con contar la historia en la cocina de Justine y contemplar el asombro del anciano. «¿Qué? ¿Qué?», dijo el abuelo Peck, aun cuando lo había oído perfectamente. Empezó a dar vueltas de nuevo alrededor de la mesa, frotándose las manos como si tuviera frío.

—No lo entiendo.

—Está en Luisiana, abuelo.

—Pero... nunca nos acercamos allí. ¿Verdad, Justine?

—No lo sabíamos.

—Nunca se nos ocurrió —dijo el señor Peck—. Uno siempre se olvida de Luisiana cuando trata de enumerar todos los estados de la Unión. ¿Qué haría allí?

—Eli dice que...

—Siempre sospeché que Sulie no era nada buena.

—Venga, abuelo, eso no es verdad, recuerda que siempre solías confiar en ella.

—Se aprovechó —dijo el abuelo—. Bueno, si por alguna razón nos olvidamos de preguntarle a ella, y ni por asomo creo que así fuera, no fue más que un descuido. ¡Pura casualidad! ¿Durante cuánto tiempo tendremos que cargar con un pequeño desliz? —El abuelo miró a Eli con el entrecejo fruncido—. Y dice usted que Caleb es un...

—Violinista.

—No lo entiendo.

—Violinista.

—Sí, pero no... —Se volvió para mirar a Justine—. No tiene sentido —le dijo a Justine.

—Tú siempre habías dicho que era un músico —dijo Justine.

—Se ha equivocado de Caleb.

—¡No, señor! —dijo Eli, levantando la cabeza con brusquedad—. En absoluto, señor Peck.

—Seguro.

—¿Habría venido yo a decírselo si todavía no estuviera seguro? —Eli buscó torpemente en el bolsillo de la camisa, sacó su bloc y empezó a pasar las hojas rizadas y de bordes grisáceos—. Aquí está. Me informé sobre este hombre. Escuche. Caleb Justin Peck, nacido el catorce de febrero de mil ochocientos ochenta y cinco, en Baltimore, Maryland. ¿Quién podría ser, sino?

—¿Cómo ha sabido todo esto? Le dije que no se acercara a él.

—Llamé por teléfono y hablé con una de las enfermeras de la residencia.

—¿Residencia?

Eli pasó una hoja hacia atrás.

—Residencia municipal Siempreviva para la tercera edad, calle Hamilton, doce catorce, Box Hill, Luisiana.

El señor Peck buscó a tientas la silla que tenía detrás y se sentó muy despacio.

—Si dices una sola palabra —le susurró Justine a Duncan— te mato. Te mato.

—No iba a decir nada.

Eli contempló cada uno de los rostros, confuso.

—Pero claro, él no está en la residencia —dijo el señor Peck.

—Sí, claro.

—Debe de vivir por los alrededores. O va a visitar a algún conocido.

—Vive en la residencia.

—¿Sí?

—Habitación diecinueve.

El señor Peck se frotó la barbilla.

—Lo siento —dijo Eli, aunque antes la cuestión le había parecido totalmente indiferente.

—Mi hermano está en una residencia.

—Venga, venga, seguro que está...

—Mi propio hermano en una residencia. —Sus ojos contemplaron súbitamente a Duncan, unos ojos azules llenos de púas como un erizo—. Supongo que querrás tu botella de bourbon, o lo que sea.

—Olvidalo —dijo Duncan. Parecía algo cansado, como si no fuera él mismo.

—¡Vaya! —dijo el señor Peck—. ¡Vaya! ¡Caleb debe de ser anciano!

Nadie dijo nada.

El señor Peck reflexionó unos instantes.

—Tiene ochenta y tres años —dijo finalmente.

Dar la noticia no había sido tan divertido como Eli se había imaginado.

*Calle Watchmaker, 21
Caro Mill, Maryland
27 de agosto de 1973*

Querido Caleb:
Tomo la pluma en mi mano para

*Calle Watchmaker, 21
Caro Mill, Maryland
27 de agosto de 1973*

Querido Caleb:
Cuando me enteré de que estabas vivo, Caleb, mi corazón

*Calle Watchmaker, 21
Caro Mill, Maryland
27 de agosto de 1973*

Querido Caleb:
Quien te escribe esta carta es tu hermano. Mi nombre, en el muy probable supuesto de que lo hayas olvidado, es

*Calle Watchmaker, 21
Caro Mill, Maryland
27 de agosto de 1973*

Querido Caleb:
Tomo la pluma en mi mano para expresarte mi deseo de que estés bien de salud y de ánimos.
En un principio había pensado hacerte una visita sin anunciártela e invitarte

personalmente a vivir con nosotros en Caro Mill. No obstante, mi nieto me recordó que tal vez no tienes ningún deseo de volver a ver a tu familia. Yo le dije que seguramente este no sería el caso, ¿no es verdad?

Ha llovido mucho desde aquella última vez. En suma, ahora tengo tres nietos, cuatro nietas y una bisnieta. Lamento comunicarte que nuestros padres hace ya tiempo que pasaron a mejor vida, así como Caroline, la benjamina. Mis hijos y mis nietos dirigen el negocio, etcétera, pero es difícil comunicarte todo esto por correo. Espero que, en lugar de ello, muy pronto estemos hablando cara a cara.

Mis nietos Duncan y Justine, que viven en la dirección arriba indicada, y a los que suelo visitar con frecuencia, secundan mi invitación y están ansiosos por conocerte. En el supuesto de que ahora andaras algo corto de dinero en efectivo, yo estaría dispuesto a satisfacer el billete de avión. Según tengo entendido se puede volar desde Nueva Orleans, viajando desde Box Hill con el autobús de la línea Greyhound que, si estoy en lo cierto, es el único recurso que existe en esos parajes.

Yo mismo he ido en avión en varias ocasiones. Los aviones son ahora un acontecimiento bastante frecuente y te será difícil creer en lo que se ha convertido el Ford.

Claro que no es ninguna desgracia encontrarse viviendo en una residencia, si las alternativas son escasas y toda la familia de uno se ha ido al otro mundo. En tu caso, desconozco las alternativas, pero de lo que estoy seguro es de que no toda tu familia se ha ido al otro mundo. La mayor parte está con vida y nunca concebirían la posibilidad de que uno de sus miembros ingresara en una residencia, fueran cuales fueran las circunstancias. Sin duda ya lo habrás adivinado y, sin embargo, por algún tipo de lógica que me desconcierta profundamente, has optado por no recurrir a los de tu propia sangre en un momento de necesidad.

Pero lo pasado, pasado está.

Pero ¿de qué modo ha podido la familia ofenderte alguna vez? Aunque nuestro padre estuviera, quizá, demasiado involucrado en los negocios, y nuestra madre fuera algo estricta, ¿era tan importante como para que tú arruinaras tu vida por ello y, después, tras haber completado la ruina, no acudieras a pedirnos ayuda?

Pero no sirve de nada entrar en detalles sobre esta cuestión.

Olvidaba mencionarte que me hicieron juez, aunque ahora, claro está, ya me he jubilado. Tengo entendido que tú entraste de algún modo a formar parte del mundo de la música, si bien no acabo de comprenderlo del todo, aunque espero que me lo expliques con un detenimiento mucho mayor cuando nos veamos.

Mi nieto dice que tienes derecho a que no te molestemos, y que sin duda ya te

habrías puesto en contacto con nosotros hace mucho tiempo si tuvieras algún deseo de vernos. Evidentemente no tengo la más mínima intención de inmiscuirme allí donde no me llaman.

Podrías habernos enviado un telegrama a cobro revertido desde cualquier parte del país y nosotros habríamos acudido inmediatamente, pero no obstante tú decidiste no hacerlo. Esto, en mi opinión, Caleb, revela cierto rencor, ya que sin duda no desconocías cuánto dolor nos causaría saber que un Peck se encontraba en una de estas instituciones. Siempre llevaste la contraria, ya desde niño, y causaste a nuestra madre muchas preocupaciones, debido a tu naturaleza obstinada, que, por lo que deduzco, nunca has conseguido superar.

Pero ya basta de esto. Ahora ya pertenece al pasado.

Mi nieto dice que tu paradero es un secreto que solo tú puedes guardar o revelar, según consideres oportuno y, en consecuencia, no informaré de ello al resto de la familia sin tu consentimiento. Ha dado instrucciones al amigo que te encontró de no notificarlo a mis hijos hasta que tú lo autorices. Dice que no teníamos ningún derecho a perseguirte de este modo. Yo le dije a mi nieto que no creía que tú lo vieras así. Sin duda comprendes que mi único deseo era verte una vez más y tal vez charlar un poco, sobre nada en particular, puesto que allá por 1912, no parecíamos tener tiempo suficiente para hacerlo.

A decir verdad, Caleb, parece que mis vínculos con el presente se han debilitado. Soy incapaz de sentir que lo que ocurre hoy pueda ser verdaderamente importante para mí. No me siento muy vinculado con mis propios descendientes, ni tan siquiera con mi nieta. Tiene buenas intenciones, claro está, pero es tan distinta de mí y tan distinta de los anteriores recuerdos que tengo de ella, que si me la encontrara de pronto en la calle, tal vez no la reconocería. En consecuencia, es mi deseo que contestes esta carta, y que tú y yo podamos vernos muy pronto para charlar sobre todos estos años que en un tiempo nos parecieron tan lejanos y que ahora se nos muestran con mayor claridad incluso que cuando los vivíamos.

Atentamente,

Tu hermano,

DANIEL J. PECK, padre

Ignorando un chubasco más parecido a una neblina que a la lluvia, Justine estaba de pie en el camino de entrada, hablando con Emma, la Pelirroja.

—Suponte que envías una carta por correo el veintisiete de agosto —dijo—. O, bueno, no sé, era por la tarde; tal vez salió el veintiocho. No, porque el abuelo la envió directamente desde la oficina de correos. Ha dejado de confiar en los buzones de las esquinas desde que los pintaron de rojo y azul. Suponte que envías una carta el veintisiete de agosto, y que va a una pequeña ciudad de Luisiana. ¿Cuánto tardaría?

—¿Por avión? —preguntó Emma, la Pelirroja.

—No confía en el correo aéreo.

—¡No confía en nada!

—Se han producido tantos accidentes de avión últimamente.

—Bueno, yo diría que tres días —dijo Emma, la Pelirroja—. Y teniendo en cuenta que no la echó por la mañana y que va a una pequeña ciudad, pongamos cuatro.

—De modo que llegó allí el treinta de agosto —dijo Justine.

Emma, la Pelirroja, asintió con la cabeza. Pequeñas gotas de agua se agarraban a sus rizos como el rocío a una telaraña; tenía la cara brillante y su macuto de correos empezaba a cubrirse de manchas.

—Y para volver ¿cuánto? —preguntó Justine—. ¿Otros cuatro días?

—Eso diría yo.

—Además de un día en medio para escribir la respuesta.

—Bueno, en el supuesto de que le lleve todo un día.

—El cuatro de septiembre —dijo Justine—. Hace una semana. No creo que el abuelo pueda soportarlo por más tiempo.

—Sinceramente, debería ocuparse en algo —le dijo Emma, la Pelirroja, a Justine—. Que se haga socio del Club de la Edad Dorada.

—Bueno, no creo que le gustara.

—¡Si sería muy popular! Con su preciosa mata de pelo y todos los dientes.

—Tal vez sí —dijo Justine—, pero no me lo imagino.

Le dijo adiós con la mano y regresó a casa con su correo: un paquete de muestra de aderezo para ensalada y una postal de Meg. «Mira», le dijo a Duncan. Duncan estaba haciendo un solitario en el suelo de la sala de estar. Cuando Justine le tiró la postal, él la recogió y entornó los ojos para mirar la fotografía, en la que se mostraban miles de personas casi desnudas tumbadas sobre una franja de arena. Le dio la vuelta a la postal. «Queridos mamá, papá y abuelo», leyó. «Estamos pasando unos días maravillosos con la Asociación de Jóvenes Casados y ojalá que estuvierais...» Le pasó la postal al abuelo, que estaba sentado en el sofá sin hacer nada.

—¿Qué es esto? —preguntó el abuelo.

—Una postal de Meg.

—Ah, ya veo.

Dejó cuidadosamente la postal a su lado, sobre el sofá, y continuó con la mirada perdida.

—Abuelo, ¿quieres jugar al cribbage? —le preguntó Justine.

—¿Al cribagge? No.

—Menos mal, siempre te olvidas de las reglas —le dijo Duncan a Justine.

—¿Te apetece una partida de ajedrez, abuelo?

El abuelo la contempló con la mirada vacía.

—O una vuelta en coche. No puedes quedarte ahí sentado.

—¿Por qué no? —le preguntó él.

Duncan se rió.

—No tiene gracia —le dijo Justine a Duncan—. Caray, ¿cuándo va a dejar de llover? —Apartó una maraña de plantas trepadoras para atisbar por la ventana—. Ojalá tuviéramos algún sitio adonde ir. Me encantaría montarme en el coche y conducir, o coger un tren hacia alguna parte.

—¿Sabes? —dijo el abuelo—, no me sentiré nada ofendido aunque no me conteste nunca.

Justine se dio la vuelta para mirarlo.

—De todos modos, no sé en qué estaría yo pensando. Sería tan agotador ponerle al día de todo lo que ha sucedido. Han pasado demasiadas cosas. Puede que no le conozca. Puede que no me conozca él a mí. Puede que le parezca viejo. Ahora recuerdo que solíamos enfadarnos con facilidad. ¡Si tan siquiera podíamos sentarnos y hablar cinco minutos sin que uno de los dos perdiera la paciencia! Y nunca mostró demasiado interés por los niños. Y no sabría qué decirle sobre su música y todo lo demás. Y después, mira dónde vive. ¿Quién sabe las cosas que pasarán ahí dentro? Probablemente tengan un programa de actividades y estanterías especiales para dejar el pijama y reglas y unas horas destinadas al tratamiento médico y otras a tomar refrescos y un orden para sentarse, y yo no tendría ni idea de qué va todo eso. No tenemos nada en común. ¿Sabéis qué soñé anoche? No, tal vez hace dos noches. Soñé que veía a Caleb conduciendo por la calle. Tenía buen aspecto, el mismo aspecto de siempre. ¡En cambio, su coche! Era una camioneta extranjera muy rara, con el morro contraído y las ventanillas demasiado grandes, como uno de esos chihuahuas que se ven por ahí. «Caleb», le grité, «¿qué haces conduciendo eso?», y él se limitó a volverse y saludarme con la mano. Cualquiera hubiera pensado que Caleb formaba parte del automóvil.

—Abuelo, todo saldrá bien —le dijo Justine—. Toda la semana he tenido la sensación de que se avecinaba un cambio. Cualquiera día de estos te escribiré. Le mandaremos un billete de avión y le acomodaremos en la antigua habitación de Meg.

—Y entonces, ¿qué?

—¿Qué?

—Que entonces ¿qué?, he dicho. ¿Qué haremos entonces? «¡Oh! ¡Todo saldrá bien, todo saldrá bien!» Tú siempre tan condenadamente optimista, Justine. ¿Pero dónde está tu sentido común?

—Vaya, abuelo....

—A veces es demasiado para mí —le dijo a Duncan—. Tú esperas que tenga la paciencia de un santo.

—En absoluto —dijo Duncan.

—Crees que no debería decir cómo me siento. En el fondo, eso es lo que piensas.

—Haz lo que quieras, me da lo mismo.

—De niño me enseñaron a reprimir los sentimientos, ¿sabes? Pero yo pensaba que sólo los reprimiría durante cierto tiempo. Suponía que algún día, en alguna parte, volverían a ofrecerme la oportunidad de gastar todos esos sentimientos guardados. ¿Cuándo será eso?

Nadie contestó. Justine permaneció apoyada contra el marco de la ventana, Duncan colocó un tres de picos y lo contempló fijamente. Finalmente el abuelo se levantó y se fue a su habitación, apoyándose en cada mueble que encontraba a su paso.

Al mediodía a Justine no le quedó más remedio que comer sola. Duncan se había ido a la tienda y el abuelo, cuando Justine llamó a su puerta con los

nudillos, dijo que estaba ocupado. Por el repentino chirrido de metal contra metal, supuso que estaba reordenando su archivo.

—Pero tal vez podrías salir y tomar un poco de café —gritó Justine.

—¿Eh?

—Podrías hacerme compañía.

—¿Qué dices?

Justine se dio por vencida y regresó a la cocina. Abrió un bote de cebollitas en vinagre y lo dejó sobre la mesa, fue hasta un cajón a por un tenedor y entonces, súbitamente, se enderezó y frunció el entrecejo. Su presentimiento le presionaba ahora en las sienes y en la región lumbar. Regresó a la habitación de su abuelo y llamó con los nudillos de nuevo.

—Estaba pensando que —gritó Justine— ¿preferirías quizá una taza de té?

—Justine.

—Te preguntaba si...

—Justine, no me encuentro muy bien.

Justine abrió la puerta de inmediato. Su abuelo estaba sentado en la cama sujetando un fajo de papeles. Tenía la cara blanca y húmeda y los papeles temblaban.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Justine.

El abuelo se pasó una mano por los ojos.

—Estaba ahí de pie, reordenando los archivos un poco. Estaba ahí de pie cuando de pronto me sentí tan...

Enmudeció lentamente y contempló los temblorosos papeles.

—Tumbate —le dijo Justine.

Como le pareció que no la había oído, Justine le puso la mano en el hombro y lo empujó delicadamente hacía atrás, hasta que el abuelo cedió. Se agachó para cogerle los pies y ponérselos sobre la cama. Ahora estaba tumbado a medias sobre un costado y a medias sobre la espalda, respirando

ligeramente demasiado deprisa.

—¿Estás muy mareado? —le preguntó.

Él asintió con la cabeza.

—¡Oh! Entonces, probablemente solo... ¿Sientes vértigo?

Él asintió con la cabeza.

—Bueno... pero el pecho no te duele.

Él volvió a asentir con la cabeza.

—¿Sí? Di algo.

—Sí.

—Ya veo —dijo Justine.

Reflexionó unos instantes. Después fue a abrir la ventana y se asomó. En la casa de al lado, Ann-Campbell estaba de pie en una de esas piscinas hinchables, con las braguitas de un bikini e inclinando la cabeza contra la lluvia y cantando.

*Somos bellas sirenitas de excelentes pedigrís,
y comemos ballenitas y en el mar hacemos pis...*

—Ann-Campbell —gritó Justine—. Ve a buscar a tu madre. Corre. Dile que llame a la ambulancia de Plankhurst.

Ann-Campbell interrumpió la canción.

—¡Corre, Ann-Campbell! Dile que llame a Duncan también. A mi abuelo le ha dado un ataque al corazón.

Ann-Campbell, toda ángulos destellantes y pecas y trozos de piel pelada, salió como una flecha. Justine se volvió en dirección a su abuelo.

—¿Un qué? —dijo él, perplejo—. ¿Que me ha dado un qué?

—Bueno, tal vez no.

El abuelo se llevó una mano al pecho.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó Justine—. ¿Quieres un vaso de agua? ¡Ay! ¡No sé! Tal vez no deberías tomar nada. Mejor quédate tumbado, abuelo.

No parecía poder hacer otra cosa. Daba la impresión de estar aplastado, como hundiéndose en el colchón. No obstante, mantenía el cuello erguido con fuerza, como si estuviera resuelto a no dejar que la cabeza le llegara a tocar la almohada; no era respetable que a uno le vieran en posición horizontal. Tal vez preferiría incluso que Justine le dejara en su intimidad, pero ella no podía hacerlo. Justine daba vueltas y más vueltas por la pequeña habitación, tratando de transmitirle toda su fuerza y toda su energía, que estaba quemando sin ningún propósito fijo. No dejaba de sentirse atraída hacia la ventana, que daba al jardín lateral y por la que no hubiera podido ver la ambulancia aun en el supuesto de que pudiera llegar tan deprisa.

—¡Ojalá Caro Mill tuviera su propio hospital! —gritó Justine.

—Nunca accedería a ir a un hospital —dijo el abuelo. Cerró los ojos. Entonces se oyó cómo la puerta de tela metálica se cerraba de golpe y Justine volvió a respirar.

—¿Duncan? —gritó—. ¿Eres tú?

Pero tan solo se trataba de Dorcas, cuyas sandalias de tacones altos y puntiagudos sonaban estruendosas contra el suelo. Sacó su burbujeante cabeza por la puerta y desplazó su mirada hasta el abuelo Peck, que fingía estar dormido.

—Justine, cariño, he llamado inmediatamente —dijo Dorcas—. Enseguida mandan una ambulancia. Me voy a la esquina para indicarles dónde es.

—¿Y Duncan? ¿Has llamado a Duncan? —preguntó Justine.

Dorcas ya se iba, pero su voz le llegó flotando.

—También viene. Estará aquí dentro de nada.

Justine volvió a la cama y se sentó en un extremo. Colocó una mano sobre

la frente fría, húmeda, de su abuelo.

Él abrió los ojos de inmediato y la miró con una mirada que Justine no recordaba haber visto jamás: parecía que quisiera algo de ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Justine, yo... parece que el dolor empieza a ser bastante fuerte.

—¡Oh! ¿Dónde está Duncan?

—Creo que me ha dado un ataque al corazón.

Justine le cogió las dos manos, que le transmitieron a ella todo su temblor. Los ojos se le nublaron y reflexionó detenidamente absorto en el gris del techo.

—Bueno —dijo finalmente—, sin duda había esperado algo más que esto de la vida.

—No hables —le dijo Justine. Se levantó de un salto y fue corriendo a la ventana de nuevo—. ¡Oh! ¿Dónde está...?

Entonces algo la hizo volverse, un ruido mucho más débil que un chasquido, y vio que su abuelo había dejado finalmente reposar su cabeza y que sus manos estaban inmóviles y su rostro sosegado y sin vida.

Mientras esperaba la llegada de Duncan fue a la sala de estar, pero la entristecía abandonar al abuelo, y regresó a la habitación. Aun ahora, después de todo, quedaba la camisa rayada sin cuello y la plateada inclinación del cabello, los dientes perfectos destellando entre los delgados labios Peck, el cerúleo cable gris de su audífono, y los ojos profundamente hundidos, cerrados, pero todavía con su azul filtrándose por entre la palidez de los párpados. En él había algo más que un alma; también estaba este cuerpo, que habría tenido un aspecto totalmente distinto llevado por otro hombre. Memorizó las únicas líneas rígidas y desnudas que se deslizaban a lo largo de

cada una de las comisuras de su boca, trazadas por el orgullo y la obstinación. Deseaba que sus nudosas manos deslizaran entre las suyas, una vez más, un amargo óvalo de marrubio, pero no hizo ningún movimiento para tocarle. Él estaba demasiado presente todavía y no lo hubiera aprobado. En su lugar, alteró ligeramente la posición de la almohada para que su cabeza reposara más recta; y cuando el movimiento provocó un crujido de papeles, Justine sacó de debajo de su hombro el fajo de cartas que había sostenido, sus copias al carbón en papel cebolla. Sus nuevas arrugas y la borrosa suavidad gris de los caracteres escritos a máquina hacían que parecieran proceder de alguien ya muerto y olvidado desde hacía mucho tiempo. «Querido Caleb», leyó, en la primera página. «Tomo la pluma en mi mano para expresarte mi deseo de que...» Su mirada fue deslizándose, línea a línea. Cuando llegó al final de la carta, la depositó sobre sus rodillas y contempló fijamente el rostro cerrado, fijo, de su abuelo.

—¡Justine! —gritó Duncan.

Justine se giró en redondo.

—¿Justine? Dorcas dice...

Se detuvo en la puerta, y después entró y tomó la muñeca de su abuelo. «Bueno», dijo al cabo de un momento, y cuando dejó su muñeca lo hizo con tanta suavidad que no se oyó ningún ruido. Luego se puso de pie enfrente de Justine:

—Lo siento —le dijo Duncan.

Justine le tendió la carta, y él la cogió para leerla. Primero suspiró, después sonrió; luego dejó de leerla y miró a Justine.

—Oh, Duncan —dijo Justine—, ¿cómo pudo escribir una cosa así?

Pero cuando Duncan trató de abrazarla, Justine esquivó sus manos y se fue al lado opuesto de la habitación.

Por la curvada y reluciente escalera (que en su juventud solía bajar con las manos pegadas al pecho para evitar que se le moviera el poco que tenía), a través del porche en el que la bisabuela solía sentarse para enumerar las tres excusas admisibles para no escribir una nota de condolencia —apoplejía parálitica, tendones cortados y amputación—, Justine se movía confusamente junto a su marido, ataviada con el traje que había llevado para el funeral de su madre y asiendo un raído guante blanco. No había podido encontrar el otro. Subió al coche de tío Mark; cruzó Roland Park, se bajó delante de la iglesia, y subió las escaleras inclinándose ligeramente hacia atrás, como si tuviera miedo de lo que pudiera encontrar en su interior. Pero en su interior solo había un espesor de moqueta y de tenue luz pastel procedente de las vidrieras, y en la parte delantera un ataúd anónimo. Después, un cementerio tan llano y tan bien segado como un campo de golf, filas y más filas de lápidas de granito vidriado, entre las que se incluían las de Peck Justin Montague, Peck Laura Baum, Mayhew Caroline Peck y finalmente una zanja rectangular admirablemente bien cortada junto a la que, mientras seguían pronunciándose más palabras, reposaba un ataúd como algo olvidado, dejado al margen. Después la familia se fue a casa para recibir a las visitas, que habían acudido a raudales durante los dos últimos días y que todavía seguían haciéndolo aun cuando ya todo había acabado: caballeros ancianos, señoras ataviadas con sombreros y velos y chales de ganchillo, a pesar del calor. «Dios mío», le

decían a Justine, «¿eres tú la chiquilla de Caroline? Pero si eras tan... bueno, realmente has... este es tu marido, ¿verdad? A él sí le reconozco».

A él sí le reconocían. Justine, desde su nueva distancia, se volvió y le observó; observó su puntiaguda barbilla de niño y su desgarrada manera de permanecer de pie, con una pierna enrollada en la otra y balanceándose ligeramente con las manos en los bolsillos de atrás, de modo que los codos le sobresalían y se los clavaba a quienquiera que pasara por su lado. Las comisuras de su boca, curvadas hacia arriba, hacían que pareciera sonreír de un modo misterioso, como provocador, y tal vez así era. «¡Vaya, Duncan!», dijo Justine, dejando caer su guante. «¡No has cambiado nada!»

Una anciana dijo algo entre dientes, avergonzada por su error. Evidentemente estos dos no estaban casados, tal vez ni siquiera eran parientes, a pesar del parecido. Después Duncan se agachó para recoger el guante y se lo dio ceremoniosamente a Justine; ella dio media vuelta y se marchó sola.

No solo Duncan seguía igual, también las tías y los tíos, momificados en sus vestidos floreados y sus trajes de verano, y su enjambre de primas, ofreciendo a las visitas bandejas de pastas de té, tal y como lo habían hecho cuando eran niñas. Solo Justine permanecía con la espalda hundida, mordisqueando un dedo vacío de su guante, en un alejado rincón de la sala.

—Tú eres esa chiquilla que solía ser tan dulce —le dijo una señora con las piernas como dos palillos—. Y todavía lo eres, seguro. Solías traerme pequeños puñados de flores. Nunca querías quedarte para charlar porque eras muy tímida.

Justine se quitó el guante de la boca y le dirigió una dulce y tímida sonrisa, pero la señora no se dejó engañar y desapareció inmediatamente.

Cuando los invitados se hubieron marchado, Duncan se escapó a la cama, pero el resto de la familia tomó una cena ligera en la cocina, trajinando

alrededor de Sulie, que estaba quitando el polvo de las cañerías de debajo del fregadero. Uno por uno evocaron recuerdos del abuelo Peck. Tía Lucy lloró un poco. Tía Sarah se puso irritable e informó a Justine de que no había ninguna necesidad de llevar sombrero en casa de su propia familia. «¡Oh! Lo siento», dijo Justine, quitándoselo. Entonces no sabía qué hacer con él. Se lo puso cuidadosamente sobre su regazo, y dejó el sándwich sin tocar. Se sentía muy cansada. En realidad le hubiera gustado irse a dormir, pero se quedó, y cuando los tíos y las tías se levantaron para marcharse, Justine cobró aliento y permaneció sentada en la cocina con los primos y primas, que estaban desmenuzando sus propios recuerdos. Ellos recordaban la expresión de su abuelo durante aquella excursión en la que Duncan le había preparado un sándwich con crema de afeitar Noxzema y aceitunas, y primero escupieron en el té helado, y después se rieron a carcajada limpia. Justine contempló cada uno de los rostros rubios, alegres, recordando los tiempos en que ella había sido un miembro de esta familia. Cuando ella y las primas tenían once y doce y trece años, ¿qué demonios les hacía tanta gracia que se reían hasta acabar dando chillidos?

Esther era ahora supervisora en una escuela de párvulos. Alice era bibliotecaria, mientras que Sally, la más bonita de las mellizas, había regresado de su matrimonio de un mes de duración ligeramente menos sociable de lo que solía ser y ahora daba clases de piano en la intimidad de la casa de la bisabuela, con un moderno piano vertical de color claro que quedaba algo extraño en el salón decorado con tonos burdeos. Richard tenía un apartamento en un alto edificio del centro de la ciudad, y Claude vivía encima del garaje que había detrás de la casa de tío Dos, y se gastaba todo el dinero en grabados al acero, que no le gustaban a nadie. Sus rostros estaban acribillados por nuevas y pequeñas arrugas, sus cabellos eran más secos y apagados, en las manos les salían pecas; pero con todo, seguían siendo los

mismos. Solo Justine era distinta, y cuando trataba de hablar con ellos tenía la sensación de estar nadando contra una fuerte corriente. La frustración redundó en torpeza, y derramó un vaso de cubitos de hielo en el regazo de Claude, pero todo el mundo dijo que no importaba lo más mínimo.

En el piso de arriba, en su antigua habitación pintada de rosa y blanco, Justine se desnudó a oscuras para no despertar a Duncan y se tumbó a su lado. Iba a ser una de esas noches en las que no podría dormir. Tenía una conocida sensación de desasosiego en las piernas, como si estuviera andando sobre una cuerda floja hecha de goma. Distintas voces se zambullían en sus oídos para luego volver a emerger: Duncan a los doce años, explicándoles en dos palabras cómo jugar al póquer; Richard preguntando si él también podía ir; tía Bea enumerando todos los regalos de boda que le habían hecho en el verano de 1930; y su abuelo gritando: «¡Espérame, Justine! No hay ninguna necesidad de precipitarse». Pero ella había salido precipitadamente de todos modos. Había sido tan rápida y temeraria, tan bulliciosa, tan impaciente, que ello explicaba probablemente la constante mirada de desconcierto que en los últimos años había visto en el rostro de su abuelo. ¿Dónde demonios había ido a parar la pausada y tierna Justine de antes?

«Espérame», le oyó decir a Meg, y vio con toda claridad su carita de cinco años, redonda como una manzana, sonrosada por el calor, en las sombras de la escalera de caracol de un faro de la costa de Nueva Jersey. Se habían detenido allí de regreso de una infructuosa entrevista de trabajo. (Justine siempre había querido vivir en un faro.) Justine subía arriba, arriba, tropezando con sus propios pies en su desespero por ver qué había arriba, mientras Meg, jadeante, a duras penas conseguía seguirla. Había doscientos setenta y ocho escalones, decía un letrero de fuera. Pero cuando Justine llegó a lo alto del faro se encontró con que la pasarela estaba rodeada de un plástico transparente que nublaba el paisaje. La única habitación era un

pequeño y oscuro hueco en el que un guarda uniformado como los del parque inclinaba su silla hacia atrás mientras leía una novela policíaca de Mickey Spillane. De modo que, después de todo, no quería vivir allí. Bajó más despacio, todavía sin aliento a causa de su carrera hacia arriba, y en el penúltimo tramo de escaleras se encontró a Meg sollozando en el antepecho de una ventana mientras Duncan trataba de consolarla. «¡Oh! ¡Cielito!», gritó Justine. «¡Me había olvidado por completo de ti!» ¿Pero le había enseñado eso algo? Al contrario, cada año había ido más deprisa, adquiriendo mayor velocidad, cabalgando en dirección a un futuro indefinido y dejando que el pasado se enrollara a sus espaldas, arrastrando a Meg cogida por debajo del brazo, pero olvidándose de escucharla o de preguntarle si quería hacer aquel viaje. De modo que Meg creció sola, cuidó de sí misma, la dejaron sola en casa para que viviera una vida triste y truncada, que en realidad nunca había deseado; y el abuelo Peck se había ido sintiendo cada vez más perdido y perplejo en su accidentado recorrido por una serie de chozas de papel. Y Justine se despertó un buen día preguntándose cómo había sucedido todo: aquello que había extraviado era la propia Justine.

Pero Duncan, que había cambiado toda la vida de Justine y que la había arrancado de su pasado, seguía durmiendo tan tranquilo como siempre, y en la coronilla tenía el mismo remolino de pelo en forma de ramito que había tenido a la edad de cuatro años.

Por la mañana todo el mundo sugirió que se quedaran, pero Duncan dijo que estaba ansioso por ponerse en marcha. Apenas si toleró las largas discusiones sobre el estado del tráfico, las rutas alternativas y si debían llevarse o no un termo. Estuvo nervioso y crispado durante la carga del maletero del coche, mientras los tíos acomodaban más regalos de boda para Meg entre las sábanas floreadas que tía Lucy había insistido en que se llevaran. «No puedo olvidar ese colchón desnudo de vuestra casita», había

dicho, con un escalofrío. «Nadie lava las sábanas y vuelve a ponerlas inmediatamente. Antes se las deja reposar en el armario, lo que aumenta su duración en un sesenta y seis por ciento.» Después vino el ritual de los refrescos en el porche; Duncan, que acabó el primero, hizo sonar los cubitos de hielo en el vaso mientras esperaba a Justine. Ella tardó más tiempo, para compensar la rapidez de él. No dejaba de contemplar a su alrededor a su familia.

—¡Si por lo menos te hubieras podido poner en contacto con Meg! —le dijo tía Sarah.

—La llamaremos y le daremos la noticia tan pronto como regrese de la playa.

—Se sentirá fatal, por no haber podido asistir al funeral.

Se produjo un temblor en el aire, tristes y delgados pensamientos flotando por encima de ellos. Tío Dos se aclaró la garganta con brusquedad.

—Bueno —dijo—. Aún no te he preguntando qué tal te va el negocio de productos dietéticos.

—De antigüedades —dijo Duncan.

—Pues de antigüedades.

—Va bien. —Desvió la mirada hasta el final del jardín y dio unos golpecitos al vaso—. Justine, tendremos que ponernos en camino si queremos llegar antes de que empiece el calor.

—Sí. De acuerdo —contestó Justine. Pero hubiera preferido quedarse. Le causaba un sentimiento desgarrador tener que levantarse y besar por turnos cada uno de esos suaves y bondadosos rostros.

La familia bajó las escaleras con laborioso cuidado, clara manifestación de sus pocas ganas de despedirse, excepto Duncan, claro está, que bailaba por el camino delante de ellos, tirando y cogiendo un manojito de llaves de coche, tan brillantes como una lentejuela.

—Duncan, muchacho —dijo tío Mark—, si tu abuelo dejó alguna factura por pagar, o hay gastos médicos...

—Te lo comunicaré.

—Y supongo que será mejor que escriba a esos detectives para decirles que cierren el caso. —Le abrió la puerta del coche a Justine—. De todos modos, esa maldita gente ha estado gastando el dinero como si tal cosa —le dijo a Justine—. Me alegra deshacerme de ellos.

Justine le lanzó a Duncan una mirada, pero él no quiso recogerla. Le había hecho prometer a su mujer que guardaría para siempre el secreto de Caleb, salvo si él cambiaba de opinión y les escribía. De modo que lo único que pudo decir fue:

—Yo misma se lo diré a Eli, si quieres.

—Sus últimos gastos han sido de lo más raro —dijo tío Dos—. ¿Por qué habrá querido sobornar a una floristería?

—Yo me encargaré de ello.

Justine subió al coche y Duncan puso el motor en marcha. «Por fin», dijo él entre dientes. Salieron zumbando por la carretera, levantando una nube de helicoidales semillas de arce, mientras Justine se asomaba por la ventanilla para decirles adiós con la mano. Tía Lucy les gritó algo. «¿Qué?», dijo Justine. Tía Lucy gritó de nuevo.

—Duncan, para —dijo Justine—. Tu madre está tratando de decirnos algo.

Duncan frenó en seco. El coche dio marcha atrás con un chirrido.

—¿Qué? —gritó Justine.

—He dicho: ¡No te olvides de dejar reposar las sábanas!

Duncan se dio una palmada en la cabeza, pero Justine se limitó a asentir con la cabeza, y gritó: «Gracias, tía Lucy», y le envió un beso, y después más besos para todos los demás, hasta que Duncan puso el coche bruscamente en marcha y se la llevó de allí.

Duncan llevaba ya meses haciendo solitarios, pero nadie había adivinado que hacía tanto tiempo porque al principio lo había mantenido en secreto. Al principio, nadie lo sabía. Como un alcohólico que oculta la botella mientras todo el mundo bebe en público, él ocultaba sus barajas en sitios escondidos y jugaba en rincones incómodos y mal iluminados. Al menor ruido ya estaba preparado para recoger los naipes y levantar la vista con cara inocente y una sonrisa. No le gustaba que descubrieran que dependía de algo. Pero poco a poco, drogado por la paciencia y los solitarios, se olvidó de lo que le rodeaba y se olvidó de esconder las cartas, después dejó de advertir cuándo se acercaba alguien y, por último, entró distraídamente en la sala de estar y extendió sus naipes en medio del suelo, donde todo el mundo tropezaba con sus piernas estiradas formando una gran «V». Hacía solitarios en las comidas, en las visitas, en las discusiones familiares, y también los hizo durante el velatorio de su abuelo. Regresó de Baltimore con una maleta en la que una baraja se había desparramado por todas partes, entremezclándose con los pliegues de la falda que Justine había llevado en el funeral y manteniéndose en posición vertical entre las cerdas de su cepillo para el pelo. Pero no se tomó la molestia de recogerlas. En su lugar cogió dos barajas que habían estado esperando todo ese tiempo detrás de una maceta de begonias, se acomodó en el suelo y extendió una araña, que era su juego favorito, el más absorbente, el que exigía horas, días, de reflexión y estrategia y una

intrincada conspiración. Con frecuencia el solitario no le salía y entonces extendía los naipes de nuevo. Justine deambulaba por las habitaciones llevando todavía su sombrero.

En la Botella Azul, cuando iba, jugaba sobre un escritorio de madera lleno de arañazos situado detrás del mostrador. Despejaba el escritorio de pilas de facturas y circulares y correspondencia, y dejaba el amplio espacio que el solitario de la araña requería. Cuando la campana de encima de la puerta tintineaba, él no la oía. Si tenía que responder a una pregunta o teclear el importe de alguna compra en la caja registradora, se enfadaba y lo manifestaba. ¿No veían que estaba ocupado? Ahora desdeñaba las antigüedades. Desdeñaba a la gente que las coleccionaba: damas de aspecto artificial que, sin duda alguna, treinta años atrás habían echado a la basura los mismos rodillos de madera de haya que ahora volvían a comprar a precios desorbitados. Y, por si fuera poco, Silas Amsel no paraba de dar la lata. Una vez que la tienda había demostrado ser un éxito, esperaba cosas de Duncan. Siempre estaba esperando que le diera buenas noticias. Duncan no podía soportar que la gente esperara cosas de él. Poco a poco fue vendiendo menos, comprando menos herramientas, comportándose más groseramente con los clientes. Silas empezó a quejarse. Mencionaba deslices sin importancia: las pocas veces que Duncan se había olvidado de cerrar la tienda con llave, y las mañanas que había llegado ligeramente tarde. Había un objeto de bronce mal colocado, que Silas aseguraba había sido robado. (Como si alguien fuera a tomarse la molestia de robar un objeto tan feo, o tan pesado.) Se producían pequeñas riñas e insultos siempre que Silas iba a la tienda. Y cada vez lo hacía con mayor frecuencia, cada vez se quedaba más tiempo, y se entrometía más. Empezaba a refunfuñar incluso antes de haber acabado de entrar en la tienda. Se quedaba de pie en la puerta, dando muestras de desaprobación. Duncan fingía no verle. (A veces era verdad que no le veía.) Se quedaba

sentado, reflexionando sobre una vasta red de naipes, con un dedo enganchado en una botella de whisky Old Crow. Sentía que el aire se ponía pegajoso bajo el peso de las críticas de los demás, con sus sospechas, sus esperanzas, sus ideas preconcebidas. Solo Justine le permitía escapar a cualquier clasificación.

Justine se paseaba parsimoniosamente por la tienda y volvía a salir con las arrugadas cintas de su sombrero agitándose tras ella con indecisión.

«Estaré listo dentro de nada», le gritaba él, y ella le contestaba: «¿Hmmm?», y regresaba, confundida. No cerraba las puertas tras de sí; de modo que, con ella, la antigua campanilla de trineo permanecía siempre muda, cosa que él agradecía. Justine carecía de finalidad. Ella era el otro zapato que nunca se caía. Duncan levantó la vista de sus cartas y le dirigió una sonrisa tan profunda y repentina, que sin duda habría borrado toda la desolación de su rostro si ella la hubiera visto. Pero no la vio. Estaba examinando un pisapapeles desportillado. Parecía desconcertada. Últimamente solo hablaba de su abuelo, de los deseos que ella no le había concedido y de los regalos que ella no le había agradecido. No mencionaba a Caleb. Duncan esperaba que lo hiciera, pero no lo hizo. Ahora estaban en octubre, y en el caso de que, cada mañana, cuando toqueteaba el correo con sus dedos inquietos, indecisos, la invadiera la decepción, nunca lo manifestaba. Se limitaba a reanudar el mismo tema de siempre: desenvolvía el pasado interminablemente, desataba los lazos, quitaba el papel de seda, desataba más lazos. «¿Te acuerdas de aquella vez que nos llevó en tren? No sé a dónde. Nos llevó a todos los niños, era una especie de excursión. Un acontecimiento patriótico de alguna clase. Creo que lo lamentó incluso antes de salir de la estación, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás y no quería...»

Duncan no se acordaba. Tenía la impresión de que a él le habían dejado en

casa. Pero no se lo dijo a Justine. Observó cómo le daba vueltas al pisapapeles de cristal y miraba en su interior, y después levantaba la vista para examinar sin interés su propio reflejo en un espejo dorado. «Mírame», dijo Justine, «soy una de esas viejecitas excéntricas que se ven por la calle, con un sombrero gastado y un cesto de la compra».

Pero a los ojos de Duncan, Justine era una prima desgarrada con unos zapatos muy largos, y bastaban las cómicas puntas levantadas de su cabello para que él se olvidara de las cartas y corriera a plantar un beso en su fresca mejilla.

—Cualquier día de estos me encontrarás hurgando en un cubo de la basura —dijo Justine, mirándose todavía en el espejo. Ignoró el beso.

—Tal vez deberíamos hacer un viaje —le dijo Duncan—. A algún sitio donde no hayamos estado nunca.

—Los niños harían apuestas para ver qué llevo en mi cesto de cuerdas.

Pero su cesto no era de cuerdas, sino de paja, y él sabía lo que llevaba en él. Granos de café, y cosas saladas para picar, y el futuro envuelto en un pañuelo de seda ajado. ¿No era lo que siempre había llevado? Justine apartó la vista del espejo, como si hubiera adivinado sus pensamientos, y abrió el cesto. Duncan no vio ni comida ni cartas, sino solo fajos de fotografías amarillentas que habían pertenecido a su abuelo. Tíos y tías, todos de pie frente al océano, junto a cascadas, junto a coches nuevos; primos y primas levantando peces y diplomas y trofeos por sus estudios de la Biblia; el abuelo Peck, en una pose cuidadosamente escogida, de ocho por diez detrás de un enorme escritorio vacío, bajo una retahíla de *Maryland Digest* y volúmenes de *ALR*; la novia de alguien; el niño de alguien; Duncan riéndose; la bisabuela, protegiendo su alma para que la cámara no se la robara; más tíos; más tías en una fiesta al aire libre en el jardín de alguien, agrupadas todas y con los rostros paralizados por la sorpresa. (Un poco antes solían ir corriendo

hasta un espejo y después volvían otra vez corriendo, acicaladas, manteniendo las expresiones escogidas con el mismo cuidado con que llevarían una bandeja de gelatinas.) Justine cerró el cesto de golpe. Le dirigió a Duncan una larga y comedida mirada que lo dejó helado. «Esto es lo que llevo», dijo Justine, «pero no se lo digas a los niños.»

Entonces se marchó. La campanilla se estremeció, pero no dejó escapar ningún sonido. Duncan pensó en ir tras ella, para preguntarle al menos a dónde se dirigía, o si estaría allí para llenarle la casa cuando él volviera. O, más importante: qué había hecho él para que le mirara de ese modo. Para que le mirara como lo había hecho el resto de la gente durante toda su vida. Toda su vida le habían tachado de desconsiderado y de lioso, de malo incluso; y no obstante, él había seguido sintiendo que, en el fondo y por alguna extraña razón, era un hombre bueno. Con Justine, él era un hombre bueno. ¿Había cambiado de idea respecto a él? No quería saberlo. No quería preguntárselo y tener que oír la respuesta. Al final se limitó a reanudar su solitario.

En la sala de espera de un aeropuerto, a las once y media de la mañana, Justine estaba sentada en una silla de vinilo con su cesto de paja descansando cuidadosamente sobre su rodillas. Observaba a un grupo de estudiantes que estaban en lista de espera. Los pasajeros con billetes reservados ya habían desfilado, y ahora un empleado cogió de su podio una pila de billetes azules y empezó a decir los nombres de los que estaban en lista de espera. Daban gritos de alegría y se presentaban, uno a uno. Aceptaban los billetes como Oscars, sonriendo al empleado y después saludando alegremente con la mano a sus amigos, que aplaudían. Justine también aplaudió. «¡Señor Flagg!», gritó el empleado. «¡Señor Brant!» El señor Flagg sonrió radiante de felicidad. El señor Brant besó su billete. «¡Señora Peck!», y aunque Justine no iba con

nadie, estaba tan entusiasmada que también sonrió radiante de felicidad, y se dio la vuelta para saludar con una reverencia a la fila de sillas vacías antes de cruzar la puerta con un rótulo que rezaba: Nueva Orleans.

Por las noches, en su estrecho catre blanco, rodeado de ancianos resollando y roncando, él permanecía tumbado sobre su espalda, sonriendo al techo y tarareando «El yoyó roto», hasta que aparecía la enfermera jefe y le hacía callar. «¿Qué diablos está haciendo?» Él no contestaba, pero el tarareo cesaba. Un individuo al final de la fila reclamaba con insistencia un orinal de cama. La enfermera se fue, caminando sobre silenciosos tacones de goma. El individuo siguió insistiendo durante un rato, pero sin demasiado interés, y al final enmudeció, limitándose de vez en cuando a emitir algún quejido. Caleb seguía sonriendo al techo. Lo que nadie suponía era que «El yoyó roto» aún seguía girando, nota a nota, en el interior de su cabeza.

Desde las cuatro de la mañana hasta las cinco dormía, soñando primero con una calle adoquinada por la que corría con más agilidad de la que había tenido en años; después con campos llenos de doradas margaritas; después con macabras máquinas que le trituraban y aplastaban las manos. Se despertaba dándose masajes en los dedos. El dolor siempre era peor durante las primeras horas de la mañana. Permanecía tumbado observando cómo se desvanecía la oscuridad, cómo el techo iba emblanqueciéndose, cómo el cielo, tras una única ventana gigantesca, iba haciéndose opaco. Las formas que antes no cesaban de agitarse en las camas de su alrededor, ahora quedaron inmóviles, lo que significaba que estaban despiertas, aunque ninguna de ellas decía una sola palabra. Esta era la hora en que los ancianos

se rendían al insomnio que les había estado persiguiendo toda la noche. Preferían no admitir la derrota. Seguían tumbados apretando sus encías, tan tensos como si estuvieran en guardia, solo traicionándose a sí mismos con una tos seca o el ocasional ruido de papel de lija al rozar un pie con el otro. Caleb era el que permanecía más inmóvil, pero ahora «El blues del poni de piedra» daba vueltas en sus oídos.

A las seis de la mañana vino la enfermera para pulsar con brusquedad un interruptor. Mucho después de que ella se hubiera ido, los tubos fluorescentes seguían latiendo y deteniéndose y recobrando fuerzas para llenar la habitación de una luz deslumbrante. El cielo parecía oscurecerse de nuevo. La mañana llegaba más tarde ahora; era otoño. En diciembre haría siete años que estaba allí y conocía todas las sombras y matices de la luz, todos los ruidos de la noche y de la mañana y de las horas de comer, que él clasificaba con un sentimiento de satisfacción.

Los que se valían por sí mismos empezaron a levantarse fatigosamente de la cama y a ponerse los albornoces. El albornoz de Caleb era un impermeable revestido de caucho, cuyo cinturón él se abrochaba con torpeza sin mover los dedos. Le había pedido a Luray, la esposa de Roy, un albornoz de verdad para las Navidades, y estaba casi seguro de que le traería uno. Se puso cuidadosamente sus zapatillas de papel y cruzó el vestíbulo en dirección a los lavabos. Ya se había formado cola. Mientras esperaba, tarareaba. Los demás ancianos seguían comentando sus estreñimientos, indigestiones, calambres en las piernas y dolores de espalda. Estaban acostumbrados a su tarareo.

Para desayunar tenían maíz a medio moler, bizcochos de trigo desmenuzados y café. Los hombres se sentaban en largos bancos de madera, y desayunaban en pequeñas bandejas de hojalata con compartimentos. Las mujeres se sentaban al otro lado del comedor. Podían mezclarse con los hombres si querían, pero no lo hacían, tal vez porque preferían que no las

vieran con sus guardapolvos floreados, y sus venosas piernas blancas asomando por debajo, y los cueros cabelludos que se transparentaban bajo sus delgados mechones de pelo. Caleb, no obstante, hacía una reverencia y sonreía en dirección a ellas antes de tomar asiento en el banco.

Después del desayuno iban a la sala de actividades sociales. Algunos miraban la televisión, la mayoría se limitaba a mirar las musarañas. A los lisiados los entraban en sillas de ruedas y los dejaban aparcados como si fueran carros de la compra. En un rincón se empezó una partida de gin rummy, pero pronto decayó, porque los jugadores se limitaban a sostener sus cartas y a permanecer sentados con la mirada perdida, como si estuvieran congelados. Un hombre con un bastón le contó a otro hombre cómo su hijo le había echado de una casa y cinco acres. De momento Caleb no tenía a nadie con quien hablar. Su único amigo había fallecido en agosto. Jesse Dole, un trompeta del que, en varias ocasiones, habían hecho grabaciones en aquellos tiempos en que soplabas por una larga campanilla negra y el sonido salía por otra campanilla en el salón de alguien. Solían sentarse en este mismo sitio, entre el radiador y la mesita de café de formica, comentando los puntos de interés de sus respectivos estilos musicales. Después, una noche, Jesse murió, lo envolvieron con su sábana y con un balanceo lo echaron sobre una camilla, dejando a Caleb solo para pasar sus días con la silla de vinilo vacía junto a él. Los demás pensaban que Jesse era un poco extraño. No tenían mucho que ver con él. Pero Caleb estaba acostumbrado a hacerse amigo de cualquiera, y sabía que tarde o temprano encontraría a alguien o que alguien le encontraría a él, tal vez alguien nuevo con nuevas historias que contarle. Hasta que eso sucediera, Caleb se sentaba tranquilamente en la sala de actividades sociales con sus nudosas manos descansando sobre las rodillas y con la mirada fija en el suelo de linóleo verde. A falta de algo mejor, había empezado a pensar en sus recuerdos, lo cual no era propio de él. Nunca había sido un hombre que

anclara su memoria en el pasado. Cuando se marchaba de un sitio, lo olvidaba, siempre pensando en el próximo; pero había supuesto que algún día tendría un momento para sentarse con calma y echar un vistazo a los sitios en que había estado, y ese momento debía de haber llegado.

Nueva Orleans a principios de siglo: bailes colectivos en el pabellón Okeh y los lejanos sonidos de cuadrillas, danzas escocesas y polcas, y mendigos musicales por las calles, uno en cada esquina, tocando cualquier cosa que hiciera un ruido agradable. Ojo Blanco Ramford, deslizándose por la acera con las piernas arqueadas, arrancando notas de su guitarra como quien coge pequeños frutos dorados, y cantando y dando traspiés de tal modo que cualquiera hubiera pensado que iba borracho, hasta que sus negros y pestañeantes párpados de papel y su ciega cabeza, que con un balanceo no paraba de buscar, le delataban. Había perdido la vista a la edad de doce años, o veinte tal vez, sus historias no siempre coincidían; para cuando se convirtió en un hombre de mediana edad, ya debería haber aprendido a manejarse, pero no lo había hecho. No tenía remedio. Un hombre regordete, torpe y sin remedio, con una cara bondadosa, que hacía una mueca de dolor cada vez que daba un traspié, y después seguía su camino, resignado, arrancando más notas de su resquebrajada guitarra. Llevaba un marchito clavel blanco en el ojal, y un sombrero hongo en la cabeza. Era el otoño de 1914. Caleb volvía a casa de la refinería de azúcar, cuando se detuvo y se quedó mirándolo fijamente. Después le siguió. Hasta que el ciego gritó: «¿Quién va?», y Caleb desapareció por una puerta. Al día siguiente, en la misma calle, Caleb llevó consigo su violín. Cuando oyó la guitarra, empezó a tocar. Notas agudas y persistentes se alzaban con un lamento, haciendo variaciones sobre la melodía, trepando en pos de ella. Caleb supo de inmediato lo que este tipo de música requería. La guitarra se reajustó, dejando paso al violín, y los dos siguieron bajando por la calle. Alguien dejó caer una moneda en un recipiente

de manteca de cerdo que colgaba del cinturón del guitarrista. «Gracias», dijo Caleb, siempre tan bien educado. El guitarrista se volvió en redondo. «¿Un hombre blanco?», gritó. A Caleb le alegró tanto la sorpresa de Ojo Blanco que apenas advirtió que le estaba dejando detrás, quedándose ridículamente solo. Estaba seguro (porque lo deseaba con todas sus fuerzas) de que volverían a encontrarse, y que él seguiría tocando su violín detrás de la resquebrajada guitarra, hasta que fuera aceptado. O tolerado, por lo menos. O admitido como inevitable.

En 1912 o 1913 no era extraño encontrarse con Caleb Peck en cualquier casa de juego o sala de baile de la ciudad, siempre apoyado contra el piano o el borde del quiosco de música, perplejo y nostálgico, agotado por el denigrante trabajo que hacía durante el día, esperando que le permitieran reemplazar a algún músico, aunque nadie estaba verdaderamente ansioso por contar con él. Al fin y al cabo, él no tocaba ningún instrumento de viento, y casi nadie necesitaba un violín. Y por lo que respecta al piano, se había quedado dormido en los laureles. Había aprendido a tocarlo de un hombre que se fue de Nueva Orleans en el siglo XIX, cuando «jazz» aún se escribía con dos eses. De modo que en 1912 o 1913 Caleb se limitaba a esperar al margen de los sitios, con el rostro delgado y cansado de tanto escuchar, de tanto absorber, de tratar de entender. Pero en 1914 descubrió el blues, que entendió a la primera sin el más mínimo esfuerzo, y durante los siguientes veinte años cualquiera podía encontrarle en la misma pequeña área del Vieux Carré, unido a un ciego por un trozo de bramante y tocando un violín por encima de una canción escurridiza.

Mientras ahora contemplaba con la mirada fija las rayas de detergente en el linóleo verde, podía oír la débil y serpenteante voz de Ojo Blanco y el tañido de su guitarra al deslizar el cuello de una botella por sus cuerdas. Cantaba «Amor frívolo» y «Señor Crump». Cantaba lo que Caleb se inventaba: «Casa

cerrada» y «Whisky Alley» y «El blues de la caña de azúcar». Después «El blues de la cuerda», que algunos también atribuían a Caleb, pero que sin duda era de Ojo Blanco, porque explicaba cómo se sentía un ciego que debía apoyarse en los demás. El violín de Caleb relucía con un parpadeo y vibraba alegremente, con los acordes de la guitarra sonando por debajo con un rasgueo. Caleb se había vuelto andrajoso, y no siempre iba muy limpio. Hacía falta dinero para ir limpio. A veces se sorprendía al divisarse en un escaparate: ese hombre desgarbado con un deshilachado traje mugriento. Solía llevar verdugones que le causaban los chinches de la pensión, donde seguía viviendo solo, soltero, año tras año. Tenía muchos amigos, pero la mayoría eran transitorios, pues desaparecían de forma inesperada, para resurgir, a veces unos meses más tarde, otras nunca. Solo Ojo Blanco era permanente. Pero con todo, no podía decirse que fueran amigos, por lo menos no de un modo aparente. Apenas hablaban entre sí. Nunca comentaban cuestiones personales. Pero algunos notaron cómo sus instrumentos de cuerda hablaban continuamente entre ellos, como viejos amigos, recordando y asintiendo con la cabeza y estando de acuerdo, y cómo cuando Caleb y Ojo Blanco se separaban por la noche, permanecían unos instantes en silencio, como si desearan añadir algo más, antes de darse la vuelta y marcharse arrastrando los pies, cada uno en una dirección. Por las noches, Ojo Blanco regresaba con una esposa que nunca nombró y un número indeterminado de descendientes; Caleb se iba a trabajar de vigilante en un almacén de café; de otro modo, se hubiera muerto de hambre. (Del recipiente de manteca de cerdo no sacaba más que un engañoso tintineo de monedas.) Durante veinte años subsistió con solo cuatro horas de sueño cada noche. Lo hizo por una sola clase de música: esas canciones peculiarmente arrogantes que celebraban la depresión, un estado que tiempo atrás había conocido muy bien. Ya no podía imaginarse otro tipo de vida. Si le preguntaban de dónde era, o quién era su

familia, contestaba de buena gana pero sin pensar verdaderamente en ello. Nunca se imaginaba la ciudad que les decía ni a su gente. Por alguna extraña razón, su mente se alejaba de ellos. Prefería el presente. Era feliz donde estaba.

Los otros músicos callejeros fueron reduciéndose hasta quedar solo un puñado, y el barrio de Storyville se cerró, y los músicos de jazz se marcharon a Chicago o a los barcos de recreo o a las bandas artificiales contratadas por las madres de jóvenes que celebraban su presentación en sociedad. Pero Ojo Blanco y el Hombre de la Cuerda siguieron donde estaban, ganándose la vida más o menos, incluso durante el crack de 1929. Parecía que siempre habían estado allí. Si bien no eran famosos, sí eran conocidos, y hasta los más pobres estaban dispuestos a renunciar a una moneda para evitar que el mundo cambiara más de lo que ya lo había hecho.

En 1934, un lunes por la mañana, muy a principios de año, Caleb se puso en camino como siempre para ir en busca del primer débil sonido de la guitarra de Ojo Blanco. (Nunca planificaban sus encuentros con anterioridad. Nadie hubiera supuesto, al caer el día, que estaban proyectando verse al día siguiente.) Pero no había recorrido más de dos manzanas cuando se le acercó una mujer morena con un chal y tocó el bucle de su violín, y le dijo que Ojo Blanco había muerto. Era su viuda. La misma mañana del velatorio se había tomado la molestia de localizar a Caleb, comunicarle la noticia e invitarle al funeral, cosa que él apreció, aunque lo único que hizo fue asentir con la cabeza. Después se fue a casa y permaneció sentado durante mucho tiempo en su cama. Se negó a contestar cuando la patrona de la pensión le llamó. Pero a la tarde siguiente sí que asistió al funeral y hasta acompañó a la familia al cementerio: una lejana y pequeña extensión de terreno a las afueras de la ciudad. Permaneció al borde de la pantanosa tumba entre dos niñas de color té que le observaban con atención y se reían tontamente. Durante toda

la ceremonia no paró de apartarse el pelo de la frente con el dorso de la mano. Para entonces, ya casi tenía cincuenta años. Era la primera vez que se detenía a pensarlo.

Ahora Caleb recorría las calles solo. Puesto que nunca había sido cantante se limitaba a tocar el violín. (Nadie suponía que la voz de Ojo Blanco seguía sonando en su cabeza.) Los solitarios y lejanos acordes de su música tenían la curiosa costumbre de mezclarse con los ruidos de la calle: con las voces de las mujeres negras que pasaban por ahí, o el zumbido de los cables de los tranvías o el reclamo de un buhonero. Al principio no oías nada; después dudabas; luego la música se separaba y se alejaba elevándose y dejándote completamente inmóvil y boquiabierto. Pero cuando la gente le ofrecía una moneda, conmovidos por lo que creían haber oído, descubrían que no había ningún bote donde echarla. Entonces se la metían en alguno de sus bolsillos. Por las noches Caleb se encontraba con los bolsillos abultados y pesados, y en ocasiones hasta con un arrugado billete prendido en su cinturón. No siempre podía recordar de dónde procedía. Simplemente lo apilaba encima del escritorio. Pero con los meses la sensación de aturdimiento desapareció, y un mediodía, cuando estaba sentado en un café comiendo judías rojas con arroz, alzó la vista y observó a la camarera que le servía el café, y entonces se dio cuenta de que la vida aún seguía adelante.

Se quedó en Nueva Orleans otros dos años, y tal vez se hubiera quedado allí para siempre de no haberse encontrado con un par de cornetas que le convencieron para hacer un viaje a Peacham. Peacham era una pequeña y bonita ciudad al norte, que todavía sufría las consecuencias de los tiempos difíciles y del desempleo. Pero el alcalde había dado con una solución: proyectaba convertir la ciudad en un centro turístico. (A nadie se le ocurrió preguntar quién tendría dinero para ir.) Publicó un folleto a tres colores, en el que aseguraba que Peacham disfrutaba de todas las ventajas de Nueva

Orleans sin las multitudes o el hollín de la ciudad: comida excelente, bares animados, dos *night clubs* auténticos rebosantes de jazz, y músicos en cada esquina. Después se puso manos a la obra y empezó a importar autobuses enteros de chefs, camareras y barmans, además de virtuosos de todos los instrumentos musicales conocidos. En toda la ciudad solo había tres pianistas clásicos, y la hija del pastor de la iglesia, que tocaba el arpa. No hacía falta presentar informes. Tampoco pasar ninguna prueba. En un destartalado hotel de madera situado en los bajos fondos de la ciudad, los músicos se amontonaban los unos encima de los otros como gallinas metidas en una caja, para después aventurarse a salir cada mañana y adoptar un aspecto pintoresco en la esquina que les había sido asignada. Pero no había nadie para echarles dinero en sus botes. Los únicos visitantes de Peacham eran los mismos de siempre: los hijos e hijas ya mayores de ciudadanos envejecidos que iban a casa de sus padres a pasar el fin de semana reglamentario. Los nuevos empleados fueron perdiendo uno a uno todas sus esperanzas y se marcharon, asegurando que, de todos modos, nunca habían creído que pudiera funcionar. Caleb fue el único en quedarse. Había aterrizado allí como por accidente, poco más o menos, sin demasiadas ganas de irse de Nueva Orleans, pero luego resultó que Peacham le parecía un lugar sencillamente encantador. Pensó que allí podría divertirse tanto como en cualquier otro lugar.

Ahora, de día trabajaba de portero en una escuela primaria y por las tardes tocaba el violín en la esquina que le habían asignado. Las comidas las hacía en el Café de Sam, donde una voluminosa camarera con el rostro coloradote y bondadoso le daba doble ración de todo porque pensaba que estaba muy flacucho. Esta mujer se llamaba Bess. Vivía justo detrás del café, con su hijo de dos años. En opinión de Bess el hotel le cobraba a Caleb un precio excesivo por su habitación, y poco a poco consiguió convencerlo para que se instalara en su casa. No le resultó difícil, Caleb era tan agradable. Antes de

que pudiera darse cuenta, se encontró instalado en su choza iluminada por lámparas de queroseno, en su cama de metal marrón, bajo su delgado y arrugado edredón, que olía ligeramente a beicon. Aunque ella no fuera, tal vez, la mujer que él habría escogido de entre todas las del mundo, por lo menos era alegre y de trato fácil. Alguna vez hasta llegó a considerar casarse con ella, para darle a su hijo Roy un apellido, pero ya estaban tan a gusto todos juntos que nunca llegó a hacerlo.

En 1942 Bess había ahorrado el dinero suficiente para comprarse su propio café en Box Hill, una pequeña ciudad a unas veinte millas de distancia. Caleb no estaba seguro de si quería ir. Se encontraba a gusto donde estaba. Pero Bess ya lo había decidido, de modo que la siguió, de bastante buen grado, llevando consigo su violín y su silbato y una flauta y una muda de ropa. Esta vez trabajó como cocinero de platos rápidos en el café de Bess. Encontró un parque donde poder tocar el violín, una nueva multitud de niños y de parejas de novios que le escuchaban por las tardes. Solo que últimamente cada vez había más hombres ataviados con uniformes, y las ropas de las chicas también parecían uniformes —anchas de espaldas, escasas de tela— y a veces se preguntaba, mientras tocaba su misma música de siempre, si la gente podía entenderla todavía. En su cabeza, Ojo Blanco Ramford aún cantaba canciones que hablaban de desesperación y de celos y de mujeres crueles y de otras cosas ricas y frívolas. Las parejas que le escuchaban parecían demasiado eficaces para todo eso.

Caleb sentía algunas molestias en los dedos, un ligero agarrotamiento por las mañanas. La mano con que cogía el arco del violín no había forma de moverla si había humedad. Y ahora su pelo era ya casi blanco y cuando iba sin afeitar la barba era casi plateada.

En varias ocasiones se quedó sorprendido al encontrar el rostro de su padre mirándole desde los espejos. Solo que su padre, claro está, nunca hubiera

llevado un sucio sombrero panamá, en especial dentro de casa, ni un delantal con pechera lleno de manchas de ketchup, ni los pantalones abrochados con un imperdible.

El café de Bess estaba cerca de las vías para los trenes de carga, entre un almacén de semillas y otro de bebidas alcohólicas. Había algunos tipos con aspecto de matones por allí, pero nada que Bess no pudiera controlar. O al menos, eso decía ella. Hasta una tarde, en marzo de 1948, en que dos clientes empezaron a discutir sobre una mula y uno de ellos sacó una pistola y el disparo alcanzó accidentalmente el corazón de Bess. En aquel momento, Caleb estaba tocando el violín. Cuando regresó, tuvo la impresión de haber entrado en una película. Todos aquellos policías arremolinándose, y detectives y camilleros, la mujer en el suelo con una mancha púrpura en el pecho, seguro que nada de eso tenía que ver con el mundo real. De hecho, le costó trabajo creer que estaba muerta y nunca llegó a llorar del todo su muerte, salvo a trocitos: su bondadosa sonrisa, sus cálidas manos, sus gordas y macizas piernas enfundadas en medias blancas, todo lo cual fue llegando a su mente como inesperados relámpagos durante muchos años después.

Claro que ahora Caleb era libre de irse a cualquier parte, pero tenía la responsabilidad del hijo de Bess, Roy, que entonces tendría unos trece o catorce años. Y además, le gustaba Box Hill. Le gustaba su trabajo de cocinero de platos rápidos, dorar montones de dados de patatas con cebolla y freír huevos con los bordes de encaje en un tiempo récord, y puesto que ahora el café pertenecía a Roy, ¿qué otra cosa podían hacer sino quedarse?

Año tras año, el café fue deteriorándose más y más, el letrero que rezaba «Local de Bess» se había desconchado y alabeado. Roy se convirtió en un muchacho flaco y encorvado, de mirada inquieta. Por las tardes Caleb aún podía salir y tocar con su violín «Stack O'Lee» y «El blues de Jogo». Pero ahora sus manos eran cada vez más nudosas, y había días en los que tenía que

dejar el violín en su estuche. Entonces, hasta el silbato le resultaba excesivo; no había forma de tapar los agujeros adecuadamente cuando los dedos se le quedaban agarrotados y entumecidos. De modo que se dispuso a aprender de nuevo a tocar la armónica, cosa que no había hecho desde su adolescencia. El cálido metal en sus manos y el olor de la madera humedecida por la saliva le hicieron pensar en su casa. Se detuvo y miró más allá del mostrador. ¿Dónde estaban todos ahora? ¿Muertos? Secó la armónica en sus pantalones y regresó a su canción.

Roy dijo que necesitaban una camarera. Esto era en 1963 o algo así. Tenían el mismo grupo reducido de clientes que siempre habían tenido, trabajadores del ferrocarril en su mayor parte y ancianos de las pensiones cercanas. Caleb no comprendía por qué de pronto necesitaban una camarera. Pero Roy fue y trajo una de todos modos, y cuando lo hubo hecho, entonces Caleb lo entendió. Era una bonita muchachita rubia llamada Luray Spivey. Antes de que hubieran transcurrido seis semanas se había convertido en la señora Roy Pickett, y ya había en un rincón una máquina de discos que tocaba rock and roll, por no hablar de los cambios en el piso de arriba, donde él y Roy habían vivido solos durante tantos años. Llenó las paredes de la habitación de Roy de fotografías de estrellas de cine que arrancaba de las revistas, sobre todo de Troy Donahue y Bobby Darin. Alegró la sala de estar con cortinas, cojines, claveles de plástico y conchas marinas. Iba detrás de Caleb recogiendo su ropa sucia y soltando pequeños ruiditos propios de las amas de casa, que él encontraba encantadores. «¡Ushhh!», decía ella mientras agarraba una camiseta con las puntas de los dedos. Pero no pertenecía al tipo de mujer que deja a los hombres por los suelos. Sabía cuándo dejar de hacer de ama de casa, también, y sentarse con Roy y Caleb y una caja de seis latas de cerveza delante del televisor de segunda mano, que había conseguido que Roy le comprara. En el café animaba a todo el mundo, con sus pequeños

chistes atrevidos y su modo de echar la cabeza hacia atrás y la fruncida y corta falda blanca que giraba a su alrededor cuando iba a la parrilla a preparar algún plato. Todos los clientes disfrutaban teniéndola a su alrededor.

Entonces nacieron los mellizos, en el otoño de 1964. Bueno, claro que la vida es dura cuando se tienen mellizos; nadie puede esperar que la mujer siga siendo tan despreocupada y alegre como antes. Y además estaba la cuestión financiera. Sin duda la gente necesita más dinero una vez que empieza a tener hijos. Luray estaba sencillamente abrumada por los problemas de dinero, era fácil de ver. Quería tantas cosas para sus bebés. Siempre estaba yendo detrás de Roy para que cogiera un segundo empleo, como taxista tal vez. «¿Cómo nos las arreglaremos hasta para comer?», le decía ella mientras permanecía de pie, asustada y furiosa, con su guardapolvo de tejido rayado. Una vez se había comprado ropa a través de los cupones de pedido del reverso de las revistas de cine, vestidos de esos escotados con lentejuelas, y sujetadores que alzaban el pecho. De modo que Roy cogió un trabajo con la Prompt Taxi Company de seis a doce cada noche, y Caleb llevaba el café solo. No es que le importara. Tampoco había mucho trabajo, de todas formas, y ya no tocaba el violín por las tardes ahora que el parque había desaparecido y sus manos se mostraban tan obstinadas y siempre le llevaban la contraria. Además, últimamente, más de una vez había tenido la sensación de que la gente le veía como un... personaje curioso, en realidad. Alguien pintoresco. Nunca lo había pretendido, solo quería tocar un poco de música. De modo que rondaba por el café sin hacer nada de particular, solo preparar platos especiales y hablar con los clientes, la mayoría de los cuales eran amigos, y a veces, cuando ya había enjuagado los platos, sacaba la armónica y se acomodaba en un taburete del mostrador y les tocaba una melodía o dos. «Papá lechoncito», tocaba, y «El blues de los sin blanca y hambrientos» y «Nadie te conoce cuando estás sin una perra». Los ancianos escuchaban y asentían

enérgicamente con la cabeza; «Eso sí que es verdad», decían cuando había acabado; un auditorio mucho mejor que cualquiera de las parejas de novios. Hasta que Luray bajaba del piso de arriba con el pelo enroscado con rulos y cruzándose la bata por delante. «¿Qué está pasando aquí? Caleb, acabas de despertar a los niños justo cuando acabo de partirme el alma para conseguir que se durmieran. ¿Qué hace todo el mundo aquí sentado? ¡Fuera, venga! ¡Fuera!» Como si se hubieran apropiado de unos asientos que otros querían, cuando estaba bien claro que no vendrían más clientes; y al fin y al cabo, se estaban divirtiendo. No tenía ningún sentido irse a toda prisa cuando se estaban divirtiendo.

Después Luray volvía a vestir su uniforme de color blanco transparente y decía que por lo visto tendría que ponerse a servir de nuevo; los hombres le dejaban propinas que se negaban a dejarle a Caleb. «Claro, es lógico», decía Caleb. «Son amigos íntimos, no quieren incomodarme.» «Pues a mí no me incomodan lo más mínimo», decía Luray, echando la cabeza hacia atrás. Abría la puerta de la escalera para poder oír a los niños. A Caleb le preocupaba que los dejara solos pero ella decía que estarían bien. Estaba ahorrando para comprar un esterilizador de biberones eléctrico. Caleb no pensaba que dicho aparato fuera tan imprescindible pero veía que, para Luray, siempre había la posibilidad de que un solo y mágico objeto pudiera garantizar eternamente la felicidad de sus hijos; y tal vez el esterilizador fuera ese objeto. De modo que no se sorprendió cuando después de haber comprado el esterilizador empezó a ahorrar para un cochecito doble, y después de eso, para un par de cunas plegables para el coche, aunque no tenían ningún coche. Y no le guardaba rencor por criticar su trabajo, si bien es cierto que a veces le enojaba y deprimía. «¿Por qué estás usando crema de leche pura? ¿Qué piensas hacer con todos esos huevos?»

El caso es que ahora Caleb era un chef dedicado a su clientela. Hacía

mucho tiempo que conocía a los pocos clientes que había y, puesto que no era hombre que mostrara fácilmente el cariño que sentía por la gente, en su lugar había optado por hacerles su comida favorita: la comida reconfortante a la que todo hombre recurre cuando se siente abatido. Para Jim Bolt era leche caliente y whisky; para el viejo Emmet Grey, tomates recién cogidos de la huerta, fritos y con tan solo una pizca de azúcar; y al señor Ebsen, representante del transporte local, le gustaba el pan hecho en casa. Las estrechas estanterías de aluminio de detrás del mostrador, en las que se suponía no debía haber más que cereales secos, bolsas de patatas fritas y bizcochitos rellenos de crema de la marca Hostess, eran un revoltijo de condimentos en tarros Mason y botes de té Twinings procedentes de Inglaterra, latas escocesas de copos de avena, especias Old Bay para cangrejos, y salsa picante Major Grey. El café parecía, en realidad, la cocina de una casa de familia numerosa. Había tenido ese mismo aspecto durante años, pero esa era la primera vez que Luray lo advertía. «¿Qué clase de negocio es este?», preguntaba. «¿Quieres mandarnos a todos al asilo para los pobres? Aquí estoy yo con estas dos bocas que alimentar y pasándome las noches sin pegar ojo preguntándome cómo nos las apañaremos y tú vas y te dedicas a hacer tortillas a la francesa y arroz con leche, cosas que ni siquiera están en el menú y ni siquiera quiero saber cuánto cobras por ellas...»

Luray sustituyó a Caleb en su trabajo, colocándose con rapidez un delantal alrededor de su diminuta cintura. Se comportaba como si pensara que Caleb estaba empezando a chochar. Le envió arriba para que cuidara de los niños. A Caleb nunca se le habían dado muy bien los niños. El mero hecho de verlos ya le hacía sentirse desdichado; compadecía tanto a los humanos en el estado de la niñez que no podía soportar estar junto a ellos. Cuando alguno de los niños lloraba se le hacía un nudo en las tripas y se sentía mísero y desesperado. De modo que cuidaba de ellos como de lejos, manteniéndose

apartado, y tan pronto como era la hora de la siesta se apresuraba a bajar para charlar con los clientes. Se sentaba en un taburete, con el que giraba hacia uno y otro lado, y hablaba y se reía, un tanto ridículo debido al alivio que sentía, dejando sobre la mesa, con un golpe seco, dinero de su propio bolsillo para pagar una taza de café y que Luray no le echara. Sacaba la armónica con sus dedos, agarrotados y prietos, y les tocaba «Casa cerrada» o «Whisky Alley». Hasta que Luray se plantaba frente a él en jarras y con la cabeza inclinada. «¿Oyes eso? ¿Oyes lo que yo oigo? ¿Oyes cómo están llorando los niños?» Entonces Caleb guardaba la armónica y volvía otra vez arriba, lentamente y arrastrando los pies.

En el otoño de 1966 Luray descubrió que volvía a estar embarazada. No es que eso la hiciera muy feliz. Parecían andar más escasos de dinero que nunca, los mellizos se estaban convirtiendo en una verdadera lata, y en el piso ya vivían todos apiñados. Caleb entonces dormía en el sofá, y los niños ocupaban su antigua habitación. Cuando se levantaba por las noches tropezaba con cubos y juguetes provistos de ruedas y pañales fríos y empapados hasta llegar al cuarto de baño, donde probablemente Luray se había encerrado antes que él. «¡Márchate!», le gritaba ella. «Vuélvete a la cama, viejo desastre!»

Una mañana Luray salió de casa muy bien vestida; dejó a Roy a cargo del café y a Caleb al cuidado de los niños. Cuando regresó le dijo a Caleb que le había encontrado un sitio al que trasladarse. «¡Ah! Bueno», dijo Caleb.

Él mismo había pensado un par de veces en mudarse, pero no de forma tan concreta. Y luego estaba el dinero.

—Este café no puede mantener dos pisos, Luray —dijo Caleb.

—No es un piso.

—Ah, ¿una habitación? Bueno, estupendo, será...

—Se trata de un sitio que el condado ayuda a pagar.

Entonces Luray dirigió una súbita mirada a Roy, y Roy inclinó la cabeza avergonzado como solía hacer, y se sonrojó. Pero Caleb aún no lo entendió.

Solo lo entendió cuando le depositaron en un edificio gris de ladrillos con un patio de cemento, con asistentes cuyos zapatos de suela de goma emitían, al andar por los pasillos, pequeños crujidos. «Pero... ¡Luray!», dijo Caleb. Roy se alejó y miró un tablón de anuncios. En la parte posterior de su cuello había manchas coloradas. Solo Luray estaba dispuesta a enfrentarse a Caleb. «Mira, sabes que aquí te cuidarán bien», le dijo ella. «Al fin y al cabo, no eres un pariente de verdad ni nada parecido.» Sostenía a un niño en cada brazo, permaneciendo de pie con la espalda hundida por el peso: una delgada mujer enormemente embarazada con el pelo desastrado y la piel sudorosa. ¿Qué podía decirle él? Ni tan siquiera podía estar enfadado; tenía un aspecto tan lamentable y patético. «Bueno», dijo. «No importa.»

Pero más adelante, cuando la enfermera le dijo que allí no podía tener la armónica, sí que sintió un arrebato de furia que lo sacudió de los pies a la cabeza, y se preguntó si después de todo sería capaz de soportarlo.

Ahora tenía que tararear para componer su música. Desgraciadamente tenía una voz más bien apagada, sorda, y tendía a azotar las notas como con un chasquido, en lugar de deslizarse por ellas como Ojo Blanco Ramford solía hacer. Aun así, era mejor que nada. Y poco a poco fue haciendo algunas amistades, descubrió un cornejo en el patio de cemento, y empezó a disfrutar del ritmo regular de las horas de acostarse, de las comidas, de la vida social, de la siesta. Siempre le había gustado pensar que podría apañárselas en cualquier parte. También tenía visitas. Algunos de los ancianos no tenían ninguna. Él tenía a Roy y a Luray, que iban a visitarle una vez al mes, o más, con sus cuatro pequeñines con el pelo de un rubio casi blanco; Roy, por algún motivo, tan joven como siempre, y Luray seca y vacía. Pero se mostraba muy amable ahora. Cuando el reloj daba las cuatro y la enfermera jefa les echaba

de la sala de visitas, Luray se inclinaba hacia delante para tocar la mano de Caleb, o a veces para besar su mejilla. «Bueno, vendremos a verte otra vez, ¿me oyes?», decía ella. Siempre decía: «No nos acompañes hasta la puerta, quédate ahí sentado, bien cómodo». Pero él les acompañaba de todos modos, hasta la puerta de acero y después a través del patio de cemento, donde la verja se cerraba con un sonido metálico justo delante de sus narices. Les saludaba con la mano por entre los barrotes de la verja, y Luray les decía a los niños que le devolvieran el saludo. Y tal vez cuando ya habían recorrido media calle en dirección a la parada del autobús, Luray se volvía para dirigirle una sonrisa, y levantaba la barbilla como solía hacerlo antes, como si le estuviera dando a entender que, en el fondo, todavía era la dulce y alegre Luray Spivey de siempre y que se sentía tan desconcertada como él por cómo habían salido las cosas.

En su remendada silla de vinilo de la sala de actividades sociales, Caleb tarareaba viejos fragmentos de canciones, alegres y melancólicos cantos para Saint Louis y el este de Saint Louis, Memphis, y la calle Beale y la ciudad de Pratt y la granja Parchman. Pero lo cierto es que nunca tarareaba «El blues del Hombre de la Cuerda», aunque Ojo Blanco Ramford lo cantaba continuamente en las resonantes calles de su» mente:

*Antes andaba con orgullo, antes no paraba de brincar,
ahora me sujeto a una cuerda y me tienen que guiar...*

La mañana en que recibió la carta había estado sentado así en la sala de actividades sociales. Recordaba que cuando la asistente le echó la carta en su regazo, había esperado pasarse una buena media hora, tal vez, examinando fotografías de arreglos florales. (Los de la floristería Altona eran los únicos que le escribían.) Ramos llamados «Recuerdo», «Pensamientos amistosos» y

«Elegancia», que uno podía enviar al otro extremo del continente sin llegar a poner nunca los pies en una tienda.

Pero al rasgar el sobre se encontró con una especie de carta escrita a máquina. Comprobó la dirección que figuraba en la parte frontal del sobre. Señor Caleb Peck, sí. Todo lo que el matasellos decía era: «Servicio Postal de Maryland. EE.UU.». ¿Qué demonios había pasado con los matasellos?

Maryland.

Desplegó la carta con un movimiento rápido. «Querido Caleb», leyó. Pasó directamente a la firma. «Tu hermano, Daniel J. Peck, padre» Como una pedrada en el pecho. Pero le alegraba, claro, que su hermano todavía estuviera vivo. Recordaba a Daniel con cariño, y había ciertas imágenes fugaces que podían conmovérle incluso ahora, si él permitía que lo hicieran: la rubia cabeza de Daniel inclinada sobre un libro escolar; la mirada atrevida, asustada, que a veces lanzaba a su padre; la expresión orgullosa y turbada de su rostro cuando Maggie Rose avanzaba por el pasillo de la iglesia con su traje de novia. Pero con todo, Caleb se encogió en su silla de vinilo y recorrió la sala con la vista, como para cerciorarse de que no había intrusos. Entonces leyó el resto de la carta.

Parecía ser que Daniel le invitaba a visitarle. Le pedía que fuera a un sitio llamado Caro Mill. Caleb nunca había oído hablar de Caro Mill. Le resultaba difícil situar a su hermano en cualquier otro lugar que no fuera Baltimore. Y cuando se imaginó aceptando la invitación, seguía imaginándose Baltimore, aun con esta carta enfrente de él: un tranvía traqueteando en dirección a los caminos arenosos, sombreados, de Roland Park, una casa con muñecas de trapo y caballos balancines esparcidos por el jardín. Daniel bajando las escaleras para darle la bienvenida, sonriendo con aquellos ojos claros, penetrantes, que tendían a entornarse, como deslumbrados por la propia intensidad de su azul. Caleb volvió a sonreír, asintiendo suavemente con la

cabeza. Después se sobresaltó y regresó a la carta.

Se enteró de que sus padres habían muerto, lo que evidentemente ya hacía años había supuesto. (Aun así, le dejó aturdido.) Y la benjamina, Caroline, de la que se había olvidado por completo. ¿Pero dónde estaba Maggie Rose? ¿Había llegado a regresar alguna vez? Daniel había olvidado decírselo. Caleb levantó la vista y vio su querida y risueña carita bajo un sombrero adornado con cintas. Pero ahora sería una anciana. Tenía nietos. Sus hijos eran abogados, su marido juez. Era 1973.

Y sin embargo, el lenguaje de esta carta era de una época anterior, y la voz formal, tímida, del joven Daniel Peck resonó claramente en los oídos de Caleb. Todas las viejas cargas recaían sobre él: reproches, perdón, más reproches. Una interminable serie de avances y retiradas y más avances contra los que ningún contraataque era posible. «Sin duda ya lo habrás adivinado...» «Pero lo pasado, pasado está.» «Pero siempre llevaste la contraria, ya desde niño, y causaste a nuestra madre...» Entonces Caleb llegó al último párrafo, deslizando la vista más que leyendo, para que nada de aquello penetrara en su interior. «A decir verdad, Caleb», decía su hermano, y alargaba la mano y se quedaba de pie esperando. Como en los viejos tiempos, cuando tras semanas de distanciamiento, subía las escaleras que conducían a la habitación de Caleb para simplemente invitarle a dar un paseo; o cualquier otro miembro de la familia lo hacía, porque todos eran igual, todos avanzaban y se retiraban, también, y Caleb se había pasado demasiados años, cuando ya era demasiado tarde, reuniendo todas sus fuerzas, para que luego viniera alguien y se las llevara con un toquecito cariñoso en su hombro, con algunas palabras pronunciadas en ese lenguaje secreto que, tal vez, todas las familias tenían, pero que él era el único que había sido incapaz de llegar a comprender. Estaba furioso, y luego arrepentido; se rebelaba contra todos ellos, contra sus costumbres meticulosas y minuciosas, pero luego, cierta

calidez en las comisuras ladeadas de sus bocas, tiraba de él; y entonces él alargaba la mano, y se ahogaba en el calor sofocante, cargado con los recuerdos de todo aquello con lo que él les había decepcionado.

De modo que pidió papel de escribir a una asistente, permaneciendo exasperado y entusiasmado durante las tres horas que tardó en llevárselo, pero cuando lo tuvo, volvió a sentirse nuevamente abrumado por la pétrea sensación y le resultó imposible encontrar las palabras adecuadas. Además, le dolían las manos. Sus dedos no le permitían agarrar el lápiz con firmeza. Dobló la hoja en blanco y se la metió en el bolsillo, donde estaba la carta de Daniel. Pasaron días. Pasaron semanas. Durante algún tiempo, su familia se infiltró en cada uno de sus pensamientos, pero poco a poco fue desvaneciéndose, reapareciendo tan solo alguna que otra vez, cuando, al ponerse el abrigo que le servía de albornoz, un crujido en el bolsillo proyectaba una breve sombra en su mañana.

Para el almuerzo había pollo al rey con tostadas. Después del almuerzo venía la hora de la siesta. A los pacientes de las sillas de ruedas los tendían sobre las camas como lonchas de beicon, pero los demás, rebelándose cada uno como podía, deambulaban en su mayor parte por los pasillos o se ponían de pie delante de una ventana o se quedaban incorporados en la cama envueltos en nidos de delgadas y remendadas mantas. Caleb se tumbaba, pero no dormía. Estaba tocando mentalmente el violín. Cualquiera que le hubiera observado de cerca habría podido advertir que de vez en cuando se le crispaban los dedos de la mano izquierda, o que sus labios se movían débilmente, sin emitir ningún sonido. Estaba tocando «Georgia Crawl», y cada una de las notas sonaba justo como él quería.

Después de la siesta tenían que quedarse en la sala de actividades sociales hasta la hora de cenar. Caleb, no obstante, se paseaba por el jardín, y puesto que siempre iba al mismo sitio nadie trataba de impedirselo. Se sentaba en un

banco bajo el pequeño cornejo que brotaba de un círculo del suelo de cemento. Las ramas superiores estaban secas y desnudas. Un poco más abajo, unas cuantas hojas rojas se agitaban con el frío viento. Caleb se subió el cuello del impermeable y se acurrucó. Dentro de poco llegaría el invierno y entonces ya no le dejarían estar ahí fuera. Tal vez la próxima primavera el árbol ya habría muerto. No es que fuera un gran amante de la naturaleza, pero la idea de sentarse en un vacío absoluto, sin tan siquiera la protección de ese puñado de ramitas secas, le hacía sentirse desamparado. Echó un vistazo a su alrededor, súbitamente precavido. No vio más que a una mujer con un sombrero plano andando con cuidado por el suelo de cemento.

Ahora estaban en plena hora de visita y los forasteros andarían por todas partes, haciendo que, con sus inesperados colores, la residencia pareciera más monótona de lo que sus residentes habían advertido. Tal vez aquella mujer se había perdido. Avanzaba hacia él como si estuviera vadeando un río lleno de piedras resbaladizas. Su cabello color pajizo, que le caía graciosamente hasta los hombros, le hizo pensar en las muchachas de su juventud, pero cuando la tuvo más cerca vio que era de mediana edad. Le contemplaba directamente a él con mirada penetrante. Ella le dio la mano.

—¿Caleb Peck? —preguntó.

—Pues, sí.

Caleb le estrechó la mano, aunque era una desconocida. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa. Siempre lo había hecho.

—Soy Justine Peck.

—¿Eh?

Caleb la miró con mayor detenimiento, desde el desarreglado sombrero y sus raídas ropas hasta su rostro claro, nariz afilada, ojos azules. Él sí la habría reconocido en cualquier parte, pensó. (Pero no lo había hecho.) Sintió una especie de doloroso sobresalto. Siguió estrechando su nudosa mano.

—Soy la nieta de Daniel Peck.

—Ah, sí. Su nieta.

—Con la que no se sentía vinculado —dijo Justine.

—Sí, me parece que recuerdo...

Caleb soltó la mano de Justine para rebuscar en su bolsillo, el que crujía.

—Tengo malas noticias —oyó.

Su... ¿sobrina? Sobrina nieta. Se sentó junto a él en el banco, tan ligera como una pluma. Caleb sabía lo que le iba a decir.

—Daniel ha muerto —le dijo a Justine. ¿Cómo pudo despertarse tan contento aquella mañana, sin adivinar lo que había sucedido?

—Sufrió un ataque al corazón —dijo Justine.

Caleb se sentía estafado y resentido. Un intenso dolor empezó a aflorar en su interior. Su mano continuó automáticamente introduciéndose en su bolsillo, hasta que encontró la carta y la sacó.

—Pero si aún no le había contestado —dijo—. A la larga, iba a hacerlo.

—Pues claro.

Que no era lo que él había temido que le diría. Desplegó la carta, parpadeando tras una neblina que empañaba sus ojos, y la alisó sobre el banco, entre él y Justine. La mecanografía de Daniel era esmerada y firme y patética. No era justo; era como si se hubiera muerto dos veces.

—No es justo —le dijo a Justine.

—No, no lo es. No lo es en absoluto.

Justine permanecía sentada contemplando una paloma. Caleb releyó la carta. Los márgenes temblaban y resplandecían con una trémula luz. Ahora lo veía todo claro. Ahora encontraba en las palabras de Daniel significados más amables y bondadosos; los otros significados habían desaparecido por completo. Comprendió todo el esfuerzo que había supuesto, las vacilaciones, las distintas búsquedas hasta dar con la palabra apropiada, los comienzos

equivocados echados a la papelera.

—Tenía que haberle escrito —le dijo a Justine.

Justine siguió contemplando la paloma.

—Con ellos, siempre parecía que lo acertado era no hacer lo que tenía que hacer. He hecho lo que no tenía que haber hecho.

Justine desplazó su mirada hasta él; unos ojos azules y transparentes, cuya familiaridad seguía desconcertándole.

—¿Cómo me encontró Daniel? —preguntó Caleb. Antes, apenas si había pensado en ello.

—Fue un detective quien te encontró —dijo Justine—, pero llevábamos años buscándote.

—Pensé que simplemente me olvidarían.

Justine empezó a decir algo y luego se detuvo. Después dijo:

—Solía echarte las cartas.

—¿Las...?

—Las cartas para leer el futuro.

—Ah, ya —dijo Caleb.

—Preguntaba si el abuelo llegaría a encontrarte alguna vez. Las cartas decían que sí. No obstante, siempre había la posibilidad de equivocarse, porque no era el abuelo quien cortaba las cartas. No le hubiera parecido adecuado. Nunca se me ocurrió preguntar si realmente llegaría a verte.

Caleb dobló la carta y volvió a guardársela en el bolsillo. No tenía muy claro de qué estaban hablando.

—Tío Caleb —dijo Justine—, ¿vendrás a casa conmigo?

—Ah, bueno, yo... eres muy amable.

—Sabes que estaríamos encantados de tenerte. Duncan y yo. Duncan es otro nieto. Me casé con él. Te gustará.

—¿Te casaste con él? Ya —dijo Caleb, sin sorprenderse. Aspiró por la

nariz, y después se secó ambos ojos con la manga del impermeable—. Bueno —dijo Caleb—. ¿Y tú de quién eres hija, pequeña?

—De Caroline.

—¿De Caroline? Creía que era la benjamina, creía que había muerto.

—Solo después de hacerse mayor —dijo Justine—. Duncan es de tío Dos.

—¿Dos? Ah, Justin Dos.

Caleb contempló la paloma, cuyas plumas le recordaron un vestido de tafetán negro irisado que Maggie Rose había llevado en una ocasión. Justin Dos era el más exigente de todos sus hijos, según le parecía recordar; el más ruidoso y el más chillón, el que podía interrumpir una conversación con mayor facilidad.

—Dime —dijo Caleb—, ¿aún sigue igual?

—Sí —dijo Justine, como si supiera a qué se refería.

Caleb se rió.

Justine dijo:

—Escúchame. ¡No puedes quedarte aquí! He entrado en esa oficina para preguntar por ti y me han dicho: «Está fuera, junto al árbol, pero solo tiene usted veinte minutos. Después, la hora de visita habrá acabado», me han dicho. Yo he dicho: «¡Pero llevo viajando desde ayer! Soy su sobrina nieta Justine Peck y he recorrido todo el camino desde Caro Mill, Maryland. ¡Tengo que estar con él más de veinte minutos!». «Lo siento, señorita», me han dicho, «las reglas son las reglas». ¡No puedes quedarte en un sitio así!

—Es verdad —dijo Caleb—, les encantan las reglas.

—¿Vendrás? Podríamos irnos esta tarde.

—Oh, pero es que nunca me dejarán hacerlo —dijo Caleb—. No. Tú no fuiste quien me ingresó aquí, nunca dejarán que... o si lo hicieran, supondría tanto papeleo. Tardarían algunos días en hacer todos los trámites. Tal vez semanas antes de que me permitieran...

—¿Permitirte? ¿Es que estás en una cárcel?

Caleb parpadeó y miró a su alrededor.

—Da lo mismo, límitate a venir —dijo Justine—. Ya llevas el impermeable. No hay nada que quieras de dentro, ¿verdad? Podemos salir por el muro de atrás, allí donde es más bajo. Ni siquiera nos verán salir.

—¿Quieres decir que... nos escapemos? —dijo Caleb.

—¿No quieres venir conmigo?

La gente había estado diciéndole eso mismo toda su vida. Aún no había aprendido a decir que no.

De vez en cuando Justine echaba un vistazo a Caleb —cuando cruzaba una puerta, o aparecía y desaparecía por los cristales delanteros al pasearse por el porche— y le confundía con el abuelo Peck, y entonces el corazón le daba un vuelco. Nunca había conseguido creer que había personas a las que de verdad nunca más se las volvería a ver. ¡Fíjate! ¡Esa cabeza prominente, el destello del cabello plateado, la larga nariz con una pizca de blanco en la punta! Pero entonces se fijaba en sus ojos. El sobresalto de unos ojos marrones en la cara de su abuelo. O Justine le llamaba y él contestaba al instante, poniendo mala cara si le hablaba demasiado alto, cosa que hacía constantemente, por la fuerza de la costumbre. O la ropa le delataba. Era la de su abuelo, sí, pero llevada por Caleb parecía andrajosa y mal hecha. Justine se arrellanaba dondequiera que estuviese, y Duncan la miraba con un aire curioso, pero no decía nada.

Duncan jugaba al battue ahora, desplazando discos de plástico amarillo sobre un triángulo de clavijas. Daba la impresión de que para él no fuera más que otro de sus solitarios, en lugar de un puzle; hacía años que había resuelto el puzle. Los discos chasqueaban uniformemente como las cuentas de un ábaco o de un rosario, y su ritmo venía dictado por la agitación de pensamientos íntimos. ¿Cuáles eran los pensamientos íntimos de Duncan? Duncan no quería contárselos. Mantenía junto a él la botella de bourbon, casi siempre vacía, al parecer, con su barato y parpadeante cristal transparente

hasta poco más o menos la pulgada de amarillo del fondo. Alguna que otra vez fumaba una diminuta pipa de metal que contenía hojas y semillas y tallos pestilentes. Entonces empezaba a soñar y se ponía caprichoso, aunque las hojas ya eran muy viejas (casi siempre habían estado guardadas en un bote de orégano en la cocina) que Justine sospechaba que habían perdido toda su fuerza. Duncan sugería extraordinarios proyectos, como por ejemplo, plantar las pequeñas y redondas semillas en el prado de algún pueblo. «Una vez al año podríamos tener un nuevo ritual: La Quema del Prado. Todos los del pueblo podrían sentarse alrededor para aspirar el humo y sentirse felices un día determinado.» Justine miraba de reojo a Caleb para ver si se escandalizaba. Pero no parecía hacerlo. Tampoco le importaba aceptar un trago o dos de bourbon (¡esos rígidos labios de abuelo, posados sobre el borde del cuello de una botella!) y tal vez hubiera probado la pipa también, si no fuera porque el humo le hacía toser. No obstante, Justine sentía continuamente la necesidad de decirle:

—No creas que Duncan es siempre así.

—¿No?

—No, en realidad solo está... ya se le pasará.

Después se preguntaba por qué se tomaba la molestia de explicárselo, puesto que Caleb solo parecía decepcionarse. Daba la impresión de esperar algo de ellos que Justine era incapaz de comprender. Durante el viaje, por ejemplo, sus estados de humor habían variado de forma constante, hasta que al final Justine ya no sabía qué pensar de él. Al principio estuvo radiante, durante prácticamente todo el trayecto hasta Nueva Orleans. Hasta ahora, esta era su imagen preferida de Caleb: el rostro encendido, muy parecido al de Duncan, tal y como ella siempre se lo había imaginado. Estaba tenso por la emoción y al hablar movía las manos con rapidez. No obstante, a Justine le habían enseñado que un Peck nunca gesticulaba. Le contó toda su vida, todo

lo que le había ocurrido desde que se fue de Baltimore —raudales de vida, torrentes de nombres y lugares, interrumpidos fragmentos de canciones y frases sin terminar. Justine tenía la sensación de que Caleb había estado almacenando todo aquello durante sesenta años, hasta localizar a un miembro de su familia. Pero luego, una vez hubo terminado y Justine le preguntó algunos detalles más concretos —«¿Qué le pasó al amigo con el que te fuiste a Nueva Orleans?» «¿Qué tipo de hombre era Ojo Blanco Ramford?» «¿Pensaste alguna vez en regresar a casa?»—, entonces se volvía taciturno y poco hablador. «No lo sé. No lo sé», refunfuñaba. Pensando en algo para animarle, Justine le dijo: «Cuando llegemos a Nueva Orleans compraremos unos zapatos. No puedes subir al avión en zapatillas de papel». Pero en todo caso, eso solo acentuó su tristeza. Miraba por la ventanilla, con sus dedos pulgar e índice acariciando constantemente las comisuras de su boca de un modo tal, que hacía que Justine se sintiera incómoda. Pero claro: estaba llorando la muerte de su hermano. Justine debería haberlo adivinado. Sin duda hasta entonces solo había estado haciendo un esfuerzo por ella, y eso lo había dejado exhausto. De modo que dejó que permaneciera sentado en silencio, y cuando llegaron a Nueva Orleans no volvió a decirle nada sobre los zapatos. En cambio, él sí. De pronto se había animado.

—¡Oye! —dijo—. ¿No íbamos a buscar algo mejor que estas zapatillas de papel? No puedo regresar a la familia con aspecto descuidado.

—Bueno, si quieres —dijo Justine con cuidado.

—Desgraciadamente, ahora ando escaso de fondos, pero...

—Oh, yo me encargo de eso.

En este sentido, por lo menos, dejaba traslucir cuál era su origen. No montaba ningún jaleo exagerado sobre las cuestiones financieras.

Tuvieron que pasar la noche en un hotel muy modesto. Justine se deshizo en disculpas, pero a Caleb no parecía importarle. Se retiró pronto, después de

comer una gran cantidad de ensalada; tenía una especie de obsesión por la fruta fresca y las verduras. Cuando Caleb agitó la mano en el pasillo para darle las buenas noches, parecía estar la mar de bien, pero a la mañana siguiente, en el avión, sus ánimos no paraban de subir y bajar. Hablador, después taciturno. Principalmente taciturno. Le hacía preguntas inverosímiles.

—¿Cuántos barcos tenéis?

—¿Barcos? ¿Qué?

—¿Son de propiedad o los alquiláis ahora?

—¡Barcos! Ah —dijo Justine—. No, ya no somos importadores.

—¿No?

—La familia lo vendió todo.

—¡Qué! ¿Cuándo fue eso?

—Justo después de que tú te marcharas —dijo Justine.

Entonces se replegó en sí mismo otra vez, y apenas si habló hasta que hubieron aterrizado y cogido los dos autobuses hasta Caro Mill. Cuando Justine le condujo por la calle Watchmaker, tuvo la sensación de que estaba cargando con él, tan deprimido parecía. Pero al llegar al camino de entrada de la casa, Caleb se detuvo en seco.

—¿Aquí? —dijo—. ¿Aquí es donde vivís?

Justine advirtió por primera vez lo insegura que parecía la casa, con las persianas abombadas y los escalones curvados. Se preguntó qué hacía en el porche aquel motor oxidado.

—Sí, aquí es —contestó ella.

Sintió cómo Caleb la miraba fijamente. Justine fijó la vista en las puntas de sus zapatos.

—¿Esta es vuestra casa?

—Sí.

—¿Y qué es esa cosa amarilla del jardín?

—Pues, tallos de maíz.

—Pero... ¿maíz para comer?

—Bueno, verás, Duncan quería plantar maíz, y decía que en el jardín de atrás no había suficiente sol. Dijo que podríamos triturar la basura para hacer abono y extenderla por el...

Justine iba desesperándose más y más al tratar de convencerle de que en realidad la vida que llevaban era perfectamente lógica. Pero no debería haberse molestado. Cuando finalmente levantó la vista (solo una breve mirada al rostro de Caleb para ver cómo reaccionaba) descubrió que las comisuras de su boca estaban curvadas hacia arriba, como las de Duncan, y que de nuevo mostraba un aspecto radiante y alegre. Estaba contento otra vez. Y a partir de ese momento siempre lo estuvo, aumentando día a día su buen humor. Encajaba perfectamente. Justine no podía entenderle.

A veces Duncan dejaba que los discos del *battue* reposaran en silencio durante unos instantes mientras él leía el periódico. «Se precisa ayuda», claro.

—Mira, Justine, hay alguien en Virginia que necesita un guardián para el zoo.

—Tú nunca has trabajado como guardián de un zoo, Duncan.

—Correcto.

—Quiero decir que no tienes ni la más mínima idea de qué va.

—Correcto.

—Tienes un trabajo. Duncan, tú tienes un trabajo, y hace ya tres horas que deberías estar allí.

Entonces se levantaba, con los pies firmes, pero algo lento, con el rostro radiante y sosegado y angelical, como solo el bourbon podía conseguirlo, y

luego se abrochaba muy, muy cuidadosamente los botones de la chaqueta.

—Si de verdad quieres saberlo —dijo Duncan, pero hablando más bien en dirección a Caleb—, no creo que la gente deba sacrificarse por el bien de los otros.

—Yo tampoco, Duncan —dijo Justine.

No supo qué contestar a eso.

De modo que hizo un pequeño saludo a Caleb, se subió el cuello de la chaqueta como si tuviera que enfrentarse a los vientos invernales, y se dirigió a la tienda de antigüedades, donde de todos modos no habría ningún cliente, ya que ahora nunca se sabía muy bien cuándo estaría abierta; donde las antigüedades se encontraban formando un revoltijo, llenas de polvo y olvidadas, y la mitad de las bombillas estaban fundidas y el escaparate remendado con cinta adhesiva. Fíjate en esta columna de periódico, ensartada ahora en una de las clavijas del battue: «Se precisa gerente para tienda de antigüedades, debe ser persona de confianza, escribir a Silas Amsel, apdo. de correos, 46, Caro Mill». Pero Justine se mantenía firme y tranquila y serena. Al igual que su abuelo, apretaba su puntiaguda barbilla y colocaba la cabeza en posición autoritaria.

—Ya es hora de que vayamos aprendiendo a quedarnos en un sitio —le decía a Duncan cada noche cuando él volvía a casa.

—Lo que tú digas, Justine.

Había algo en el tono, una especie de consideración en su voz, que hacía que Justine se volviera contra él.

—¿No lo crees así? —le preguntaba ella.

—Lo que tú digas.

—Lo que yo diga, no. ¿Tú no lo crees así? No hemos parado de ir constantemente de acá para allá.

—Eso es muy cierto.

—¿Por qué me das la razón todo el rato? ¿Acaso crees que tienes que complacerme de algún modo?

—No, no.

Pero sí lo creía. Justine sabía que sí. Era porque había ido a buscar a Caleb. ¿Verdad? Duncan creía que se había vuelto loca, o senil —o ¿quién sabe?— para salir de ese modo en busca de Caleb. Ella había supuesto que él lo entendería. Había llamado a la tienda de antigüedades desde Box Hill: «Duncan, pasaré la noche fuera, creo, me parece que no podré encontrar un avión que salga de Nueva Orleans hasta mañana». «¿Nueva Orleans? ¿Es ahí donde estás? Creía que me habías dejado», dijo Duncan. «Fui a casa para comer y no estabas.» Justine dijo: «Yo nunca te dejaría», sin acordarse para nada de que hasta aquella misma tarde lo había estado considerando seriamente. Estaba tan emocionada por su encuentro con Caleb. Y era tan agradable oír la voz de Duncan por teléfono. Se había olvidado por completo de lo enfadada que estaba con él. Cuando regresó de Nueva Orleans, Duncan dirigió una larga mirada a Caleb y después le dio la mano. Pero la mirada que le dirigió a Justine fue más larga: una mirada amable, triste, compasiva, que Justine iba a recordar el resto de su vida. ¿Por qué la estaría compadeciendo? Si ni siquiera sabía que todo lo había hecho ilegalmente, por decirlo así. Y no obstante, esa noche, durante la cena, le había hablado con una voz tan dulce y se había mostrado tan atento, como si estuviera enferma. Cuando en realidad es sumamente lógico que tu tío abuelo venga a vivir contigo.

No es que a Duncan le importara tener a Caleb. Se llevaba muy bien con él. Mejor que Justine, de hecho. Tenían largas conversaciones sobre el jazz y el blues y la comida criolla. Duncan se interesaba por Lafleur Boudrault, y Whisky Alley, y los funerales musicales y los burdeles de antes, sobre los que (Justine se sorprendió al oírlo) Caleb parecía estar de lo más enterado. Caleb tocaba la armónica de Duncan, arrancando de ella unos sonidos tan preciosos

y vergonzosos, que Justine se quedaba inmóvil y boquiabierta. ¿Era este su tío abuelo?

Pero no le gustaba que le dijeran tío abuelo, ni tan siquiera tío. Tal vez había pasado demasiado tiempo sin ningún pariente como para que dichos calificativos no le hicieran sentirse incómodo. «Caleb será suficiente», decía. Y había habido tantos problemas por lo que respecta a visitar al resto de la familia; estaba demasiado cansado del viaje; todavía se estaba adaptando a Caro Mill; su artritis le estaba matando. Sería mejor el día de Acción de Gracias, decía. Podrían llegar sin avisar y coger a la familia por sorpresa. «¡El día de Acción de Gracias!», decía Justine. Si aún estaban en noviembre. ¿Era justo ocultárselo a todo el mundo durante tanto tiempo? Ella quería ir ese domingo, tal vez, para la comida del domingo en casa de tío Dos. Pero Caleb se negó, ofreciendo una docena de excusas faltas de ingenio. «Me asusta que no voy a saber el nombre de nadie», decía. Justine suspiraba. Tenía que admitir que había momentos en los que Caleb la decepcionaba.

No, más que eso. Di la verdad. Había momentos en los que casi le caía antipático.

Parecía haberse ido muy lejos. Se había alejado tanto de su familia. Ahora parecía que la vuelta no era tan fácil, tal vez hasta imposible. Tenía cientos de costumbres y cualidades que los Peck no hubieran tolerado, habilidades que ni tenían ni querían, conocimientos que ni siquiera sabían que existían. Con frecuencia decía cosas que la horrorizaban:

—Tal vez —decía Caleb—, podríamos no decírselo nunca a la familia, ¿has pensado en eso?

—¡Dios mío, Caleb!

—Quiero decir que... mira Justine, yo me siento feliz aquí contigo y con Duncan. ¿Por qué ir a otro sitio? Sería como encontrarse con unos desconocidos.

—¡Eso es ridículo! Es ridículo.

—No tengo nada en común con ellos, Justine.

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

—¿Crees que alguno de ellos me reconocería?

No. Ni uno solo. Muy en el fondo, Justine lo sabía, y entonces se miraban fijamente, ambos plenamente de acuerdo, aunque ella seguía protestando.

A veces Justine se encerraba en su habitación y sacaba la vieja fotografía de Caleb que había cogido del bolsillo de su abuelo después de su muerte. La examinaba como si pudiera leerla, y no simplemente mirarla. El destello del sombrero panamá de Caleb, la inclinación de los hombros, la perfecta rigidez de su corbata. Ahora ni tan siquiera llevaba corbata. Su antigua viveza se había convertido, por alguna extraña razón, en descaro; su forma de hablar tenía un profundo sabor penetrante y desagradable; había algo de invertebrado y lánguido en su forma de andar. Y no podía evitar advertir que, aun cuando llevaba la ropa de Daniel y la loción de afeitado de Duncan, seguía teniendo ese mohoso olor a col de las instituciones públicas.

Bueno, después de todo, llevaba tanto tiempo lejos.

Sí, pero había ido alejándose poco a poco, viajando solo a donde le llevaban, únicamente demostrándose a sí mismo su capacidad de adaptación, su infinita capacidad de adaptación.

Tal y como había hecho la propia Justine.

Entonces se elevaba un temblor de las suelas de sus zapatos, le provocaba náuseas en el estómago, seguía subiendo por el hueco de su pecho hasta palpar en su garganta como si fuera un segundo corazón. Guardaba la fotografía detrás de una pila de revistas y se apresuraba a reunirse con los demás.

Por las tardes, cuando Duncan se quedaba dormido en el suelo junto a sus discos, Justine ponía a Caleb al corriente de la familia. Aunque él parecía no

tener ningún interés, Justine se sentaba a la mesa con determinación y le llenaba de historias. Se quedaba sorprendida de ver el poco tiempo que tardaba en contárselo; todos esos acontecimientos desplegándose a lo largo de meses, años, resumidos ahora en unos minutos.

—Richard se casó, pero el matrimonio fue anulado, el padre de la chica lo anuló porque era menor de edad, y desde entonces ha estado viviendo en la ciudad en un...

—Espera, ¿quién es Richard?

—¿Cómo? El hijo de tío Mark —decía Justine.

Cuando le contó que su madre había muerto, habló sin inflexiones, como esperando que Caleb no lo captara, pero claro, lo captó. No hizo ningún comentario. Cuando le habló de la buenaventura, solo pareció mostrar interés. ¿Qué pensaba realmente? Justine se imaginaba que estaba a punto de definirla; que finalmente, después de aclararse la garganta, le diría en dos palabras cómo era, le comunicaría hacia dónde había estado dirigiéndose ella toda su vida. Los músculos se le tensaban con expectación siempre que le sorprendía echando un vistazo a la casa, o mirando sus vestidos, o contemplando fijamente a alguna desdentada mujer con unos calcetines y unos zapatos de cuña en los pies, que venía para que Justine le leyera las cartas. Seguro que estaba juzgando sus vidas, cuya exigüidad Justine acababa de descubrir. De un momento a otro pronunciaría su veredicto. Pero nunca lo hizo. Con todo, ella trataba de justificarse.

—El caso es que siempre hemos... Duncan siempre ha querido que fuéramos yendo de un sitio a otro —le dijo.

—¿De veras?

—Le gusta viajar.

—Pero no ha viajado muy lejos.

—¿Qué? —Buscaba en su memoria otras novedades familiares que

contarle—. Tía Lucy siempre dice que...

—¿Lucy? No recordaba que Daniel tuviera ninguna Lucy.

—Lucy es la esposa de tío Dos, Caleb. Ya te lo he dicho.

—Ah, sí —asentía con la cabeza—. Debe de ser muy duro tratar de tener todo esto claro.

—Yo no tengo que tratar de hacerlo. Son mi familia. Bueno, ¿qué te estaba diciendo sobre tía Lucy?

—Has dicho que... ¿quién has dicho que era?

De modo que Justine terminaba exasperada.

—¿Es que no tienes memoria? —le preguntaba—. ¿No te sientes nada vinculado?

—Memoria, sí. Vinculado, no.

Le creyó. Por las noches, dando vueltas en la cama, le decía a Duncan:

—Bien podría ser que hubiéramos recogido a un desconocido de la calle.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Dice que no se siente vinculado. Lo admite. Ese viejo gorrón. Si hubiera escrito una carta a su debido tiempo apostado a que el abuelo todavía estaría vivo. No le ha quedado ni un solo rastro de la familia, y me lo dice como si estuviera orgulloso de ello. Ni un solo rastro.

—No, no es verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Venga, Justine. Usa la cabeza. ¿A quién conoces tú que se comporte más como un Peck? Piensa: ha estado solo toda su vida, nunca ha dejado entrar en ella a nadie que no llevara su sangre. Nunca intimó con Ojo Blanco, nunca se casó con esa camarera, nunca fue un padre para Roy. ¿No eres capaz de leer entre líneas? Fíjate en lo que dijo Luray: no es un pariente de verdad. ¿Y dices que los Peck no han dejado ningún rastro en él?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —dijo Justine—. Claro que

no intimó con Ojo Blanco. Se mostraba cuidadoso y respetuoso. Era discreto.

Y entonces Justine se desplazaba bruscamente a su lado de la cama, alejándose de él, y se preparaba para otra noche de insomnio.

Luego, a la tarde siguiente, mirando a Caleb, que llevaba la camisa a rayas de su hermano, Justine volvía a llenarse de esperanza y energía. «Me parece que mi primo Claude te va a gustar», le decía ella. «¿Ah, sí?» «Colecciona grabados. Es el único, aparte de ti, que se interesa por el arte.»

«Me parece que voy a hacer un poco de café con algunos de esos granos, Justine», decía Caleb. Entonces ella advertía lo metálicos que eran sus ojos, y cómo había algo de tosco y de descuidado en su piel, demasiado tirante a lo largo del puente de la nariz.

Ahora Caleb ya se había apropiado de la cocina, como si adivinara cuáles eran los sentimientos de Justine con respecto a cocinar. La primera cena que ella le sirvió se componía de perritos calientes chamuscados en una sartén. Caleb preparaba cada una de las comidas tan en serio y con tanta delicadeza, que sabían como un regalo del cielo. «Coméoslo todo», les decía a la hora de la cena. «Si no os lo acabáis, no podré hacer más. Quiero empezar con algo nuevo.» Mientras trabajaba, iba tarareando, haciendo sonar con estrépito todos los cacharros, maldiciendo la escasez de material. «Pero no importa, puedo arreglármelas con cualquier cosa. Ponedme en el más miserable de los restaurantes y os prepararé una deliciosa comida de siete platos. ¿Por qué me retiraría yo? Dejé que Luray me convenciera. Y yo que pensaba que no tenía ningún recurso para ganarme la vida. ¡Pero no es verdad! Encontraré un empleo y contribuiré a los gastos de la casa, ya lo tengo todo planeado.»

Pero hasta Duncan pareció vacilar al oír eso.

—Bueno, mira —dijo Duncan—, no es que quiera desanimarte, pero puede que la edad se interponga en tu camino, ¿no crees?

—No importa mi edad —dijo Caleb—. Bueno, para los sitios de categoría,

sí. Pero siempre hay algún cafecito cerca de las vías del tren o del muelle, donde no les importa un pepino, y ahí es donde voy a preguntar.

—Pero, como mínimo, ¿por qué no esperas un poco? Si nos trasladamos o algo así, no querrás volver a pasar por todos los trámites de solicitar un empleo.

—Pero si no vamos a trasladarnos —dijo Justine.

—Ah, no tengo ninguna prisa —dijo Caleb—. Yo improviso sobre la marcha. Espero a ver qué cae y el rumbo que toma cada uno. Siempre lo he hecho así. —Sonrió—. Es curioso —dijo—. Ya no me acordaba del sabor del ajo. Parece increíble, ¿verdad? Es curioso cómo uno asocia algunas comidas con determinadas personas. O con tiempos pasados, o sitios... A Bess le encantaban las palomitas con mantequilla y ajo. Los dos nos hartamos de palomitas. Si ahora me trajeran un plato, no sé, me parecería tan extraño. Supongo que a todos nos pasa lo mismo. El mejor amigo que he tenido se pirraba por las sardinas Blue Peter con galletas saladas, pero si ahora le encontrara, tal vez descubriría que ni siquiera se acuerda de ellas.

Duncan escuchaba con tanta atención que se olvidaba de comer. Justine iba desplazando un salero hacia delante y hacia atrás. ¿Por qué Caleb tenía que pasarse todo el tiempo hablando de comida? En la familia, nadie más lo hacía. Lo único que pedían es que sus comidas fueran nutritivas y su sabor no se saliera demasiado de lo corriente. Por regla general les gustaban las cosas blancas, la comida cocida al horno acompañada de alguna salsa blanca. Se hubieran quedado horrorizados al ver la cacerola de gambas picantes que Caleb les había servido esa noche.

—Oye —dijo Justine de pronto—. ¿Cómo podemos estar seguros de que tú eres Caleb Peck? —Ambos hombres se quedaron con la mirada fija—. ¿Cómo sabemos que no eres un impostor?

—Justine —dijo Duncan.

Ella le ignoró. Estaba mirando a Caleb.

—¿Y quién iba a tomarse la molestia? —le preguntó Caleb.

—No te pareces en nada a ellos.

Caleb se encogió de hombros. Un gesto impropio de los Peck.

—Por lo que a esto respecta —dijo él— ¿cómo sé que tú eres una Peck?

—Ni tan siquiera estamos seguros de que Eli sea honesto —dijo Justine—.

Tal vez se limitó a coger a algún desconocido y le preparó para este fin. Tal vez los dos tramarais toda esta historia juntos. Después de todo, debe de haber mucho dinero en juego. Su parte del testamento debe de haber estado devengando intereses durante sesenta años.

—A Caleb no le correspondía ninguna parte del testamento —le dijo Duncan—. Justine, ¿por qué no...?

Pero Caleb, por alguna extraña razón, se limitó a asentir con la cabeza, con semblante grave y orgulloso, como si estuviera recibiendo un cumplido.

Por la noche se oyó un golpeteo en la puerta, y gritos y los rayos de los faros de algún coche en el techo de la habitación. Justine, totalmente desvelada como siempre, pasó a cuatro gatas por encima de Duncan y se echó un albornoz por los hombros. «Un momento», gritó Justine. Duncan se agitó y después se incorporó. De la habitación de Caleb llegaba un débil ruido procedente de la ropa de su cama. Justine cruzó el vestíbulo como un rayo, sin aliento y temblando. Alguien había muerto. Le había pasado algo a Meg. Nunca había advertido cuántos desastres podían ocurrir, o qué tranquila y feliz había sido su vida hasta entonces.

Pero solo se trataba de Tucker Dawcett, cuya esposa se acercaba una vez a la semana para que Justine le echara las cartas y le dijera si su marido le era fiel, y siempre desconfiaba cuando la respuesta era sí. Tucker era un hombre

delgaducho y encantador, con los dientes salidos. Cada mañana aparecía con su chandal para hacer footing, y trabajaba de, vamos a ver...

Policía.

Los dientes empezaron a castañetearle de nuevo.

Tucker tosió, y después le mostró la tarjeta de identificación en una funda de plástico. (¡Por todos los demonios!) Que ella supiera, ese era su carnet de la Asociación de Jóvenes Cristianos.

—¡Ah! ¡Tucker! —dijo Justine.

—¿Podría hablar un momento contigo, Justine?

Desde la puerta del vestíbulo, Duncan dijo:

—¿Sabes qué hora es?

—Se trata de un asunto policial —dijo Tucker.

Duncan se colocó detrás de Justine sin hacer un solo ruido.

—Mirad, tengo que haceros esta pregunta —dijo Tucker—. ¿Tenéis algo que ver con un tal señor Caleb Peck?

—¿Y nos despiertas a la una de la madrugada para preguntarnos esto? —dijo Duncan.

—Sí, ya sé, ya sé lo desagradable que es —le dijo Tucker. A través de la puerta de tela metálica su rostro parecía cubierto de pequeños gránulos; bien por el cansancio o bien por el apuro, no levantaba la vista del suelo—. El caso es que a mí también me han sacado de la cama. Dough Tilghman me ha llamado desde la comisaría para que hiciera este pequeño recado. Yo quería esperar hasta mañana por la mañana, pero me ha dicho que pareceríamos bastante tontos si Luisiana volvía a llamar dentro de un par de horas y nosotros aún no habíamos hecho nada.

—¿Luisiana? —preguntó Duncan.

—Verás, tienen ahí a una señora que asegura que un tal señor Caleb Peck ha sido raptado.

Duncan miró a Justine.

—Parece ser que estaba en una especie de residencia. Esta señora, la señora Luray Pickett, fue a visitarle el domingo pasado y se encontró con que había desaparecido. En la residencia no se habían dado cuenta. Parece ser que alguien de la oficina recuerda que una tal Justine Peck, de Caro Mill, fue a visitarle, y desde entonces que no le han visto más.

—¿Y? —dijo Duncan.

—Bueno, supongo que eso sería raptar, o robar, como mínimo. Verás, a este hombre le habían metido en una institución, y no tenía derecho a irse de allí por su propia voluntad. ¿O en lugar de rapto sería complicidad? Bueno, mira. Me da lo mismo. Que dejen que los ancianos vayan a donde quieran, es lo que yo siempre digo. Pero Dough Tilghman me ha dicho que tenía que preguntarlo, porque tienen allí a una mujer que está fuera de sí. La señora Luray Pickett. Yo le he dicho: «Mira, Dough, ¿no puede esperar esto a mañana? Imagínate lo que pensarán los Peck de nosotros», he dicho yo, y él ha dicho: «Diles que lo siento con toda mi alma pero que hay unos policías en Luisiana que tienen a esta tal señora Luray Pickett que está armando una de mil demonios, sin parar de llamarles por teléfono y de visitarles, preguntando por qué no hacen algo más. Dice que ella misma ingresó a ese hombre en la residencia y que se encargó de que no le faltara nada, nunca dejó pasar un mes sin... y que ahora lo han cambiado de sitio sin tan siquiera disculparse por haberlo hecho sin pedirle permiso. Dice que si alguien pensaba que no se ocupaba de él como era debido que podían haber ido a decírselo personalmente, que no había ninguna necesidad de robar al hombre, y que agradecerá a la policía que lo devuelvan o que de lo contrario exigirá saber por qué motivo no lo hacen. Y además...». Bueno, y es cierto que no hay muchas Justine Peck. Quiero decir que es un nombre raro. Y especialmente en Caro Mill. Claro que como ahora tenéis a ese anciano con vosotros...

—Tucker —dijo Duncan—, ¿no sabes que toda nuestra familia es de Baltimore?

—Eso es verdad, sí.

—¿Y has oído alguna vez que alguno de nosotros mencionara a algún pariente de Luisiana?

—Bueno, no directamente —dijo Tucker.

—¿Entonces? —dijo Duncan.

—Bueno, ya sabía yo que no había nada de cierto en todo esto —dijo Tucker—. Siento haberos despertado, muchachos. —Y por primera vez levantó la mirada para encontrarse con la de ellos—. Le diré a mi esposa que os he visto —dijo—. Bien, buenas noches.

—Buenas noches —dijo Duncan.

Duncan encendió la luz del porche y cerró la puerta. Justine esperó, pero él no dijo nada. Tal vez estaba enfadado. Debería habérselo contado todo desde el principio. Solo que al principio había estado tan extraño, y después nunca encontraba el momento adecuado. ¿Y ahora qué? ¿Querría que Justine hiciera regresar a Caleb a la residencia? Entonces se le ocurrió pensar que durante todo ese rato Caleb les habría estado oyendo, muy rígido en su cama, aterrado por si le entregaban a la policía. «¡Pobre hombre!», dijo Justine, y pasó suavemente junto a Duncan para abrir la puerta de Caleb.

No estaba.

La cama estaba deshecha, y su pijama descansaba a sus pies. Su impermeable revestido de caucho ya no colgaba de la puerta del armario ropero. La armónica de Duncan había desaparecido de encima del tocador. Y la ventana estaba abierta de par en par, vacía y oscura, con la persiana de papel susurrando al viento.

—¡Duncan! —gritó Justine—. ¡Corre! ¡Tenemos que encontrarle!

Ya había pasado una pierna por el antepecho de la ventana antes de que

Duncan pudiera detenerla. La cogió por el brazo y le dijo:

—Deja que antes pueda seguir un poco su propio camino, Justine.

Duncan estaba sentado en el suelo con un puzle de mil doscientas piezas. Puesta de sol en las Rocosas. Había encontrado todas las piezas con un lado recto y había construido el marco, pero ahora se limitaba a llevar las piezas de un lado a otro. Cogía una y se daba ligeros golpecitos con ella en los dientes mientras permanecía con la mirada perdida; la dejaba y cogía otra, volviendo otras varias de forma que la parte gris de atrás quedara boca arriba. Pensó en la posibilidad de dar la vuelta a todas las piezas y hacer el puzle de color gris.

Pensó en la posibilidad de llevarse a Justine a Baltimore.

—¿Es eso lo que quieres? —le preguntó cuando Justine entró en la sala de estar con su sombrero puesto.

Justine pareció sorprenderse.

—¿Qué?

—Te he preguntado si quieres irte a Baltimore.

—¿A Baltimore?

—Baltimore, Maryland, Justine.

Lo miró fijamente.

—Viviremos en la casa de la bisabuela. En tu casa —le dijo Duncan—. Ya encontraré algún trabajillo que hacer con los Peck e Hijos. Ya sabes que papá siempre me ha dicho que podía hacerlo.

—¿Quieres decir quedarnos allí, para siempre?

—No hay ninguna razón para no hacerlo.

—¿Y no marcharnos nunca más?

—A menos que tú quieras.

Justine reflexionó unos instantes, mordiéndose el labio.

—Pero tal vez tú no seas feliz allí —dijo al fin.

Lo cual era su forma de decir que sí. Duncan sintió que la respuesta se asentaba gradualmente sobre él como una manta grande y pesada que cayera flotando. Sería su muerte. Con todo, a la vez, casi se sintió aliviado. ¿Qué podía ser si no ese súbito mareo? El otro zapato se había caído. Casi se puso a reír.

En el fondo, durante todo su matrimonio Duncan había sabido que allí era adonde se dirigían.

Justine colocó los libros en cajas de cartón. Después las piezas de maquinaria. Duncan dejó que el puzle se desordenara y esparciera mientras él se dedicaba a un nuevo solitario. Últimamente estaba hablador e imaginativo, casi rozando la tontería; estaba emergiendo de su silencio. Pero el bourbon y los solitarios seguían estando ahí, porque ahora ya había perdido su empleo y si no daba la impresión de estar ocupado Justine le pediría que la ayudara. Y eso era algo que no se sentía capaz de hacer. Se sentiría como un niño volviendo a empaquetar sus patéticos enseres personales —una manta, un despertador, un osito de peluche— tras haberse pasado medianoche huyendo. O como algún animal marino, sin pinzas y deformado tras la batalla, metiéndose a toda prisa en su caparazón con los pocos restos de sí mismo que hubiera podido salvar. Permanecía en el suelo, fingiendo estar profundamente absorto en su juego. Mientras tanto su mente se había despertado de nuevo de un salto y se dedicaba a algún juego de su propia invención. Hacía una lista

de todas sus palabras favoritas, en voz alta: «Almuerzo. Realidad. Plato de plata. Ippolitov-Ivanov». Justine se recostó en una silla y se apartó el pelo de la frente con la mano.

—A veces me pregunto por qué viajamos con tantos trastos —dijo Justine.

Una de las cosas desconcertantes de Justine era que últimamente siempre estaba temblando, y no había dejado de hacerlo después de que Duncan hubiera decidido llevarla a Baltimore. Las cintas de su sombrero temblaban suavemente, y cuando bebía café (que era lo único que quería probar) lo derramaba. Le recordó un frágil árbol lleno de pájaros.

¿Pero qué podía hacer Duncan que no hubiera hecho ya? Trató de distraerla un poco.

—Justine —dijo Duncan—. ¿Sabes una cosa? Creo firmemente que dentro de veinte años viajaremos de forma instantánea por transposición de la materia. Mira, suponte que quieres ir a Omaha; te metes en una caja de cristal y alguien en Omaha se mete en otra caja de cristal...

—Tal y como están las cosas, yo ya viajo bastante deprisa —dijo Justine—, y voy demasiado lejos.

—Tampoco has ido tan lejos —dijo Duncan—. Entonces aparecerán tableros de anuncios por todas partes: «Caballero de Detroit desea ir a Pittsburg; ¿alguien de Pittsburg quiere ir a Detroit?». Habrá nuevas esperanzas para los parados. Los vagabundos podrán ganar dinero siendo transpuestos a Cincinnati cuando alguien de Cincinnati quiera salir de allí. Te acercaras al banco de un parque y dirás: «Oiga, mire»...

—Pero siempre sería yo la que terminaría aceptando —dijo Justine. Se levantó, y sin ninguna razón aparente examinó su rostro en un interruptor metálico y salpicado de manchas que había en la pared—. Yo me puedo transformar en cualquiera. Esa es mi maldición.

Su maldición era su habilidad para ver las cosas desde todos los ángulos,

pero eso no era algo que Duncan quisiera cambiar, de modo que no lo mencionó. Finalmente Justine se dio la vuelta y se inclinó para llenar otra caja.

Ahora estaba guardando algunas cosas de Meg. Cogía cada objeto con gran suavidad y ternura, empleando mucho más tiempo del necesario. Enrolló el cinturón extraviado de un vestido que probablemente Meg ya no volvería a llevar, y lo colocó junto a un enmohecido almanaque de la escuela superior. Quitó la tapa de una caja llena de guijarros que Meg había cogido en una playa de Virginia en el verano de 1965, y los expuso uno a uno a la luz, acariciándolos con sus dedos antes de volverlos a dejar.

Cuando era hora de comer, si se acordaba, Duncan preparaba algunos sándwiches y dos vasos de leche. Pero Justine parecía haber renunciado a comer. Ni tan siquiera iba al bar-restaurante; no iba a ningún lado. Cuando él se lo pedía con insistencia, entonces comía un bocado de su sándwich y volvía a dejarlo. «Venga. Come», le decía él. Aunque veía que eso era imposible. Lo sabía por el modo en que masticaba: tenía la boca demasiado seca, o demasiado pequeña, o algo. Pero daba lo mismo, ya comería cuando llegara a Baltimore. Las tías se encargarían de ella. Por primera vez pensó en ellas con gratitud, imaginándose cómo le librarían del sombrío y pálido rostro de Justine, y de su debilidad. Después se dio cuenta de lo que estaba pensando, y apartó su mirada de la de Justine, que lo estaban mirando fijamente y de un modo demasiado constante.

Siempre podría dejarla, claro. Podría acomodarla en Baltimore y después marcharse él solo. Pero sabía que no lo haría. Si no tuviera a Justine no sabría ni cómo ver las cosas, qué mirar. Para él nada existiría si no se lo pudiera contar a Justine. El primer sombrero de ala plana que viera en el escaparate de unos grandes almacenes le destrozaría. Sería incapaz de pasar la noche sin que ella, agitándose en su persistente insomnio, velara su sueño. De modo

que alejó todo pensamiento de dejarla, y escribió una carta a Peck e Hijos para pedirles un empleo. Pero cuando llegó la respuesta, no quiso abrirla. Se la metió en el bolsillo, enfadado ya por las frases que sabía que habría en su interior. Finalmente Justine la encontró y se la abrió.

—¿Y bien? ¿Qué dice? —preguntó Duncan.

—Bueno... te encontrarán algo.

—¿Pero qué dice? ¿Se alegran de que por fin me avenga a razones? ¿Dicen si siempre habían sabido que terminaríamos por volver a casa?

—No, no lo mencionan —dijo Justine.

Le arrebató la carta de las manos. La firma de tío Mark debajo de una pulcra y negra letra mecanografiada. Probablemente, decía su tío, habría algún trabajo para él, aunque no era fácil saber cuál, en un plazo de tiempo tan breve. Y no, la compañía no necesitaba ningún «manitas», ¿qué tipo de pregunta era esa? Y claro que era cierto que la casa de la bisabuela era legalmente de Justine, aunque en realidad la familia era la que se había encargado de su mantenimiento todos esos años, y Esther y las mellizas estaban tan acostumbradas a vivir allí que...

En resumidas cuentas, Duncan pensó que la carta era desconcertante. Como si la familia hubiera disfrutado secretamente teniéndolos a los dos rebotando de un lado a otro en alguna parte. No había esperado una cosa así. Tampoco había esperado sentirse tan ofendido, una vez lo hubo averiguado.

Pero la maquinaria ya estaba en marcha de todos modos, y ahora informaron al propietario de su decisión y se pusieron en contacto con los de la mudanza. («No voy a alquilar ningún U-Haul», dijo Duncan. «Yo no tengo abuelo.») Pero en realidad solo estaba disfrutando de su nueva política de ir flotando a los sitios. Se imaginaba a los operarios del Mayflower levantando por las puntas la alfombra de la sala de estar mientras él seguía sentado en ella, jugando tranquilamente a los cuarenta ladrones. Avisaron a los de la

compañía eléctrica y a la oficina del agua; iban rompiendo vínculos, desenchufando y enrollando todos los cables que les conectaban a Caro Mill. Le escribieron una carta a Meg para darle la nueva dirección. «Aunque», dijo Justine, «no hay ningún modo de podérselo comunicar a Caleb...». Últimamente, cuando Duncan pasaba por delante de la Botella Azul veía a un joven desconocido instalado detrás del mostrador, arreglándose las uñas y mirando distraídamente el escaparate con el cristal nuevo y su exhibición de relucientes tazas de porcelana.

El día de Acción de Gracias se quedaron en casa, puesto que de todos modos irían a Baltimore dentro de unos pocos días. Comieron en el suelo de la sala de estar: una pizza combinada que Duncan compró en un establecimiento con servicio de comidas para llevar.

—Realmente, no deberías haberlo hecho —dijo Justine. Lo decía por el gasto. Apenas si les quedaba algo de dinero. Estaban viviendo de la BankAmericard.

—Pero si no era cara —dijo Duncan—, y pensaba que a ti te gustaban las pizzas combinadas. Les he dicho que pusieran una ración extra de anchoas. ¿Por qué no comes?

Justine dio un mordisco. No parecía saborearlo.

—¿No está buena?

—Si Caleb estuviera aquí, hoy le habríamos llevado a ver a la familia.

—Si estuviera, sí.

—Y Caleb no les habría gustado.

Duncan se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos al plato de Justine.

—Come —le dijo.

La mañana siguiente al día de Acción de Gracias, Dorcas fue a ver a Justine

para que le echara las cartas. Estaba pensando en casarse con el propietario de un cine. Se llamaba Willis Ralph McGee.

—¿Qué te parece el nombre de Dorcas McGee? —le preguntó a Duncan.

Detrás de ella, Ann-Campbell dijo:

—Fatal.

—¿Ya ti quién te ha preguntado?

Ahora que hacía frío Dorcas iba con un chaquetón adornado de pieles sintéticas de color rubio, pero en los pies todavía llevaba las sandalias de tacones altos y puntiguados. Unas uñas de color rojo sangre destellaban bajo el nailon, pero se vieron invadidas al cabo de unos instantes por la última de las cuarenta cartas de Duncan. Desplazó los pies un cuarto de pulgada.

—Tú me dijiste que pronto conocería a alguien, Justine, y así ha sido —dijo Dorcas—. Ahora quiero saber qué tal sería como marido.

—Horrible —dijo Ann-Campbell.

—¿Por qué no te callas?

—Mi papá, Joe Pete Britt, nunca lo tolerará —dijo Ann-Campbell—. Mira, Justine. Te he traído el correo. Hay una factura de la farmacia Howard, propaganda de Corvette...

—Dáselo y ya está, Ann-Campbell.

Justine dejó sobre la mesa un rollo de cordel de empaquetar y cogió las cartas.

—Bueno, una carta de Mayflower —dijo—. Espero que no aplacen la fecha de la mudanza.

—¡Y yo espero que sí! —dijo Dorcas—. Años y años.

—Y otra de... ¿a quién conocemos en Wyoming?

Justine rasgó el sobre. Duncan colocó un nueve de tréboles, que Dorcas pisó de inmediato.

—Mira, no quiero meterte ninguna prisa ni nada parecido —dijo Dorcas—,

pero es que Ann-Campbell y yo tenemos la intención de ir a Woolworth a tomar un helado de frutas y nueces con caramelo caliente, y solo habíamos pasado un momentito para que me echaras las cartas.

—Pinchas un globo —le dijo Ann-Campbell a Duncan—, y miras qué número hay en él. Ese es el precio de tu helado. Puede ser cinco centavos. Puede ser un centavo.

—¿De verdad? —dijo Duncan—. ¿Te importaría mover un poco el pie, Dorcas?

—Y pueden ser cuarenta y nueve centavos —dijo Dorcas—, que es lo que siempre ha costado.

—¡Vaya! —dijo Justine.

Todos levantaron la vista hacia ella, pero parecía que estaba leyendo una carta. La leía durante unos instantes, después levantaba la vista, luego volvía a leerla de nuevo.

—¿Qué es? —le preguntó Duncan.

—Bueno, es...

Duncan esperó, pero Justine volvió a leer la carta.

—La razón por la que tengo tanta prisa es que esta noche tenemos una cita especial —dijo Dorcas—. Tengo el presentimiento de que me hará una propuesta de matrimonio. Y claro, no quiero contestar sin antes saber qué dicen las cartas, ¿no?

—Desde luego que no —dijo Duncan.

—¿Justine? Si no quieres hacerlo solo tienes que decírmelo.

—Mira esto, Duncan —dijo Justine.

Duncan cogió la carta, una hoja de papel color crema, arrugada y con los bordes grisáceos.

20 de noviembre de 1973

Querida Justine:

Quisiera disculparme por haber tardado tanto en escribir, pero las circunstancias me han impedido hacerlo hasta este momento.

Fuisteis muy amables al invitarme a vivir con vosotros. Las salchichas que cocinaste estaban deliciosas, y recordaré esa visita con gran placer durante un largo tiempo.

Afectuosamente,

CALEB PECK

Duncan se rió, un solo sonido seco. Le devolvió la carta.

—Es una nota de agradecimiento —dijo Justine.

—Exacto.

—Una nota de agradecimiento, Duncan.

—Sí, así es como las llaman.

—Justine, solo quería preguntarte una cosa —dijo Dorcas—. Y quiero una respuesta sincera. ¿Me oyes? Justine, me has estado dando largas toda la mañana y no es esta la primera vez. Hay otra gente que también lo ha notado. Últimamente echas las cartas sin ningún entusiasmo. Cuando alguien te pregunta algo concreto, si deberían hacer tal cosa o no hacerla, tú no quieres contestar. Es como si te lo echaras todo a la espalda. Mira, lo que quiero saber es: ¿ya no quieres leer el futuro? ¿Estás tratando de ir dejándolo poco a poco? Porque en tal caso, solo tienes que decirlo, Justine, en lugar de seguir leyéndolo mientras tienes la mente puesta en otra cosa, tal y como has estado haciendo sin parar últimamente.

—¿Qué? —dijo Justine.

Dorcas miró a Duncan.

—Ah, tu buenaventura —dijo Justine.

—Eso es.

—Bueno, espera que busque mi...

Justine cogió su cesto de paja, sacó las cartas de su pañuelo de seda.

—Mi tío abuelo Caleb nos ha escrito una nota de agradecimiento —le dijo

a Dorcas.

—Fíjate qué detalle.

—Dándonos las gracias por la visita.

—Ah, la buena educación siempre se nota, eso es lo que yo digo —dijo Dorcas, pero tenía la mirada fija en las cartas, que Justine estaba amablemente barajando una y otra vez—. ¿No quieres una mesa para echarlas? ¿O es que vas a barajarlas eternamente?

—¡Ay! ¡Sí! —dijo Justine. Y se fueron a la cocina, dejando a Ann-Campbell detrás.

Ann-Campbell se puso de cuclillas junto a Duncan.

—¿Dejará Justine que mamá diga que sí al señor McGee? —le preguntó a Duncan.

—No lo sé.

—¿Le dirá que se case otra vez con papá, con Joe Pete Britt?

—Sintoniza la semana que viene y lo descubrirás —dijo Duncan.

—¿Eh?

—Nada. Duncan echó la cabeza hacia atrás para tomar un trago de bourbon.

—¿Quién es ese tío abuelo Caleb?

—El tipo anciano que estuvo con nosotros una temporada —dijo Duncan—. Y que, o es muy tonto o muy, muy listo. Es difícil de decir.

—Si mamá se casa con el señor McGee puede que me vaya con vosotros a Baltimore —dijo Ann-Campbell, acercándose un poco más—. Creo que eso es lo que pasará. Justine le dirá que siga adelante con el asunto.

—Justine no le dirá nada, no te preocupes —dijo Duncan—. Apenas si abre la boca últimamente.

Pero en ese preciso momento la oyó reír, un sonido claro y ligero que le sobresaltó, y entonces levantó la vista de las cartas y se encontró con los ojos

verdes y moteados de Ann-Campbell, que le miraban fija y pensativamente.

Después del almuerzo Justine estuvo trabajando un poco en el jardín, arrancando tallos de maíz que se habían vuelto amarillentos. Regresó con la cara rosada y despidiendo olor a almidón.

—Toca —le dijo Justine, y colocó sus frías manos sobre la mejilla de Duncan. Él se apartó—. ¿No te dan ganas de salir al aire libre? —le preguntó.

—No exactamente.

—¿No estás cansado de estar ahí sentado?

Justine dio media vuelta y se fue a la cocina. Al cabo de unos instantes la oyó enredando con agua en el fregadero, haciendo sonar los platos con estrépito, pero debió de cansarse en seguida, porque al poco se hallaba de nuevo en la sala de estar. Se quedó de pie junto a la ventana durante unos segundos, y después cogió una segunda baraja del alféizar y se acomodó en el suelo junto a Duncan, no muy lejos de donde él estaba jugando a los cuarenta ladrones. Podía oír cómo Justine murmuraba para sí misma mientras iba extendiendo las cartas sobre el suelo. «... la reina del cambio, al lado el rey. La carta de los deseos, la carta de los viajes... ¿por qué tantos viajes? ¡Mira qué lejos están las personas queridas! Esta es la carta de los viajes más allá de otros viajes, nunca me había salido. La carta de, ¿qué era eso?»

Justine enmudeció. Duncan levantó la vista y se la encontró mordiéndose una uña del pulgar, con la mirada perdida.

Al poco rato se fue, poniéndose con rapidez una vieja chaqueta de leñador que tiempo atrás había pertenecido a Duncan. No dijo a dónde iba. Duncan oyó cómo ponía el Ford en marcha, un sonido parecido al de un taladro en el aire helado. Al principio Duncan se alegró, pero después se preguntó si Justine sería capaz de concentrarse lo suficiente en la carretera. Advirtió lo

vacía que parecía la casa. Soplaban un fuerte viento del norte, silbando por entre todas las rendijas. El cielo estaba blanco y la habitación parecía iluminada por una desapacible y fría luz deslumbrante que hería los ojos de Duncan. Allí donde miraba, sus ojos se encontraban con algo deprimente: cajas de embalaje, plantas secas y muertas sobre el alféizar, un revoltijo de papeles de pizza manchados de tomate del día anterior. Se levantó y se fue a la habitación. Solo tenía la intención de descansar; se tumbó sobre la cama deshecha, con un brazo sobre los ojos, y pensó en el rumbo que estaba tomando su vida. Pero después se quedó dormido y soñó con antigüedades: joyas que venían en racimos y marañas de patas de sillas cinceladas. Incluso durmiendo le resultaba imposible encontrar un espacio que fuera puro y simple y de línea clara.

Cuando se despertó ya había oscurecido. Justine aún no había regresado. Se levantó y fue a tientas hasta la cocina, donde encendió la luz y se preparó un sándwich de manteca de cacahuete. La gata le miraba sentada en la parte superior de la cocina. «De modo que así se siente uno cuando ya ha crecido», le dijo Duncan. La gata pestañeó y apartó la mirada, ofendida. Se llevó el sándwich a la sala de estar y volvió a acomodarse de nuevo junto al solitario que aún no había terminado. Estaba claro que no iba a ganar. Aun así fue cambiando las cartas de sitio tenazmente y reflexionó sobre varias posibilidades de movimientos, a la vez que seguía dando bocados al sándwich. No tenía nada más que hacer.

Después llegó el Ford, y al cabo de un minuto los rápidos pasos de Justine cruzaron el porche. Cuando ella abrió la puerta, Duncan siguió con la mirada puesta en las cartas; Justine nunca sabría lo feliz que le hacía verla.

—Nos hemos quedado sin manteca de cacahuete —fue todo lo que dijo Duncan.

—¿Ah, sí?

Duncan desplazó un dos.

—Me parece que estoy perdiendo —dijo Duncan.

—No importa. —Se fue a arrodillar junto a él, un destello de chaqueta roja a cuadros, y cogió las cartas de Duncan.

Algunas las dejó sobre la alfombra, otras se le cayeron.

—Ei, espera un momento —dijo Duncan.

—¿Quieres que te lea el futuro?

Nunca, en toda su vida, le había leído el futuro. Duncan la miró fijamente. Pero Justine se limitó a sonreír —con los ojos radiantes, sin aliento, con su sombrero un poco torcido— y empezó a extender las cartas en una fila desordenada, a la que ni siquiera miraba.

—Estás a punto de alterar por completo tu estilo de vida —dijo Justine, dejando sobre el suelo con una palmada una jota o un rey. Estaba mirando la cara de Duncan.

—Sí, vaya —dijo Duncan, alargando la mano para coger su botella.

—Te vas a convertir en el «manitas» de una compañía de atracciones ambulante.

Duncan dejó la botella.

—Tu esposa será su adivina. Tendrás una caravana púrpura en Parvis, Maryland, y vivirás feliz el resto de tus días. ¿Qué te parece de momento?

—Estás loca —le dijo, pero estaba sonriendo, y ni tan siquiera protestó cuando Justine derramó el resto del bourbon al inclinarse sobre las cartas para darle un beso.

El día de la mudanza se pusieron en marcha tarde, pero daba lo mismo porque no había muchas cosas que trasladar. Solo se llevaban los libros y la ropa, además de las piezas de recambio de Duncan y sus inventos, todo ello cargado en una pequeña camioneta naranja de U-Haul. El resto lo dejaban atrás. En la caravana ya había muebles. Empotrados. A Justine le gustaba la idea de tenerlo todo empotrado. Disfrutaba contándole a la gente que viajaban ligeros de equipaje, y hasta hubiera tirado algunas cosas que necesitaban si no hubiera sido porque Duncan se lo impidió.

Era una clara y fría mañana de diciembre, con un cielo tan azul como los ópalos y un sol pálido. Algunos de los vecinos habían ido a despedirlos. Dorcas Britt y su marido Joe Pete, y Ann-Campbell, con la gata de Justine forcejeando entre sus brazos. Emma, la Pelirroja, Emma, la Morena, la vieja señora Hewitt y su perro de lanas. Maureen Worth, de la casa de enfrente, todavía en albornoz, y la señora Thucker Dawcett, que se mantenía un poco apartada, con un aspecto triste y melancólico, como si aún entonces esperara que las noticias de infidelidad de su esposo le fueran comunicadas como regalo de despedida. Justine iba de uno a otro, colocando su mejilla contra la de ellos y dándoles ligeras palmaditas y haciéndoles promesas. «Claro que volveremos. Ya sabéis que sí.» Duncan estaba reorganizando las cajas en la camioneta U-Haul y de vez en cuando soltaba alguna que otra palabrota y se frotaba las manos. Emma, la Pelirroja, le lanzó una mirada resentida y

amenazadora, que él no llegó a ver. «Le dices a tu marido que te traiga los fines de semana, ¿me oyes? No dejes que te siga llevando de un lado para otro como si tal cosa.» Le dio un beso en la mejilla. La señora Hewitt la abrazó. «Oh, parece que la gente siempre está yéndose, marchándose, avanzando...»

—Pero no está lejos —dijo Justine—. Y podréis venir a visitarnos.

—¿Adónde? ¿A una caravana? ¿A un prado para vacas? —dijo Dorcas.

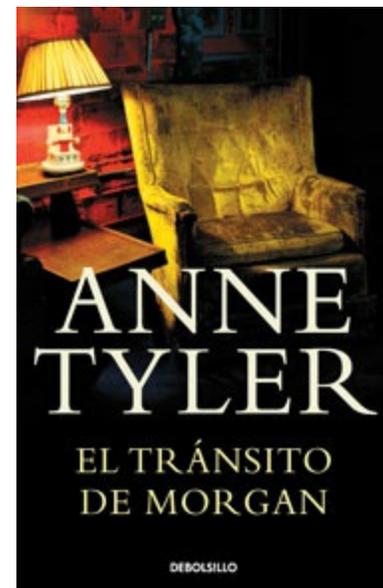
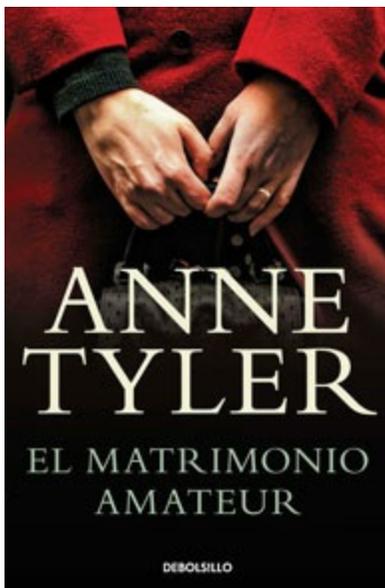
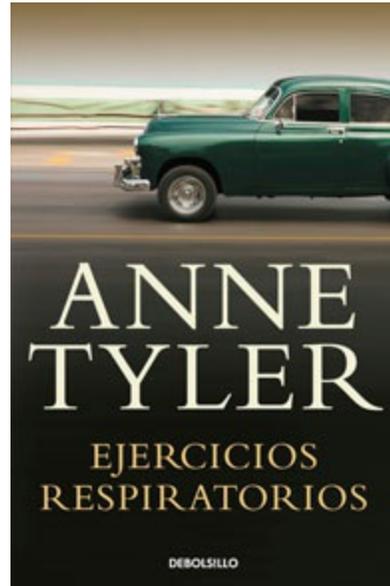
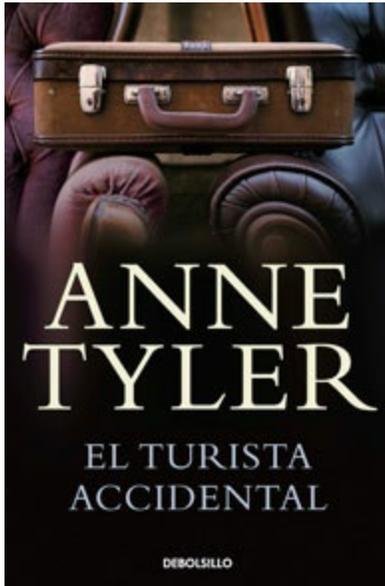
—A ti te va a encantar —le dijo Justine—. A nosotros nos va a encantar. Ah, siento la buena suerte en mis huesos, sé cuándo hemos acertado en algo. Además, el mes que viene será mil novecientos setenta y cuatro. Suma todas las cifras y tendrás veintiuno, suma estas dos y te quedas con un tres. Nuestro número de la suerte. ¿Habías visto alguna vez un signo más claro?

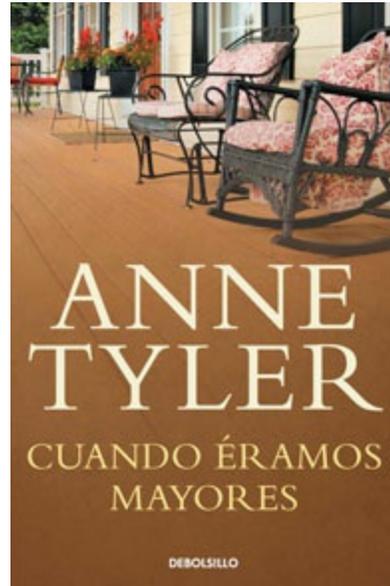
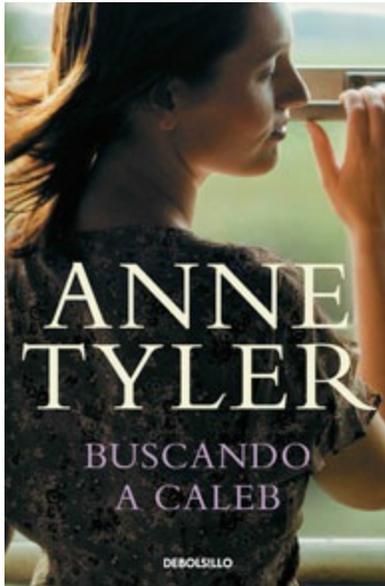
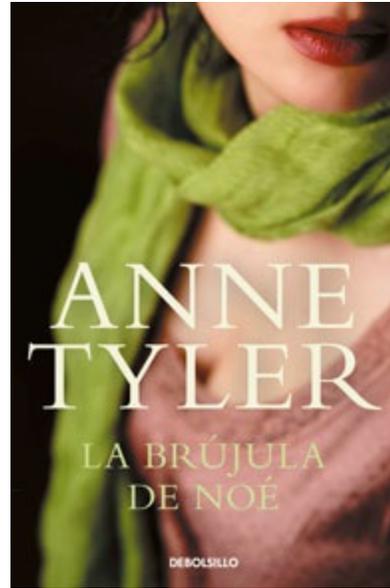
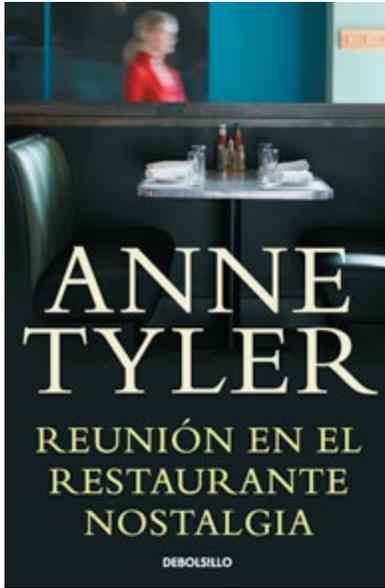
Alguien le puso una maceta de hiedra en los brazos. Después una planta del caucho. Llevaba tantas cosas que tuvieron que abrirla la puerta del coche y ayudarla a colocarlas. «Dejadlas en cualquier parte», dijo Justine. «En el asiento de delante va bien.» El asiento de delante ya estaba lleno de comida para el viaje: Fritos, Cheez Doodles, arenque en salazón y granos de café y una caja de pastillas Luden. Este año viajaría sola en el coche. Aunque el año próximo, ¿quién sabe? Cogió la gata de brazos de Ann-Campbell, y luego, una vez la hubo metido dentro, tuvo que meterse ella y cerrar la puerta de golpe, a toda velocidad, y abrir la ventanilla nada más que una rendija. «Pregúntale a Duncan si ya está listo para ponerse en marcha», dijo Justine. El sonido metálico de la puerta de atrás de la camioneta fue su respuesta. «Bueno, pues ya me despido, entonces.» Por primera vez, su voz sonó triste, y salió algo así como demasiado despacio por entre el vaho de su respiración. «No queremos coger la hora punta.» Metió una fría llave plateada en la cerradura de contacto y se frotó los dedos. Del pomo de la palanca del cambio de marchas colgaba una hoja arrancada de una revista, un anuncio del

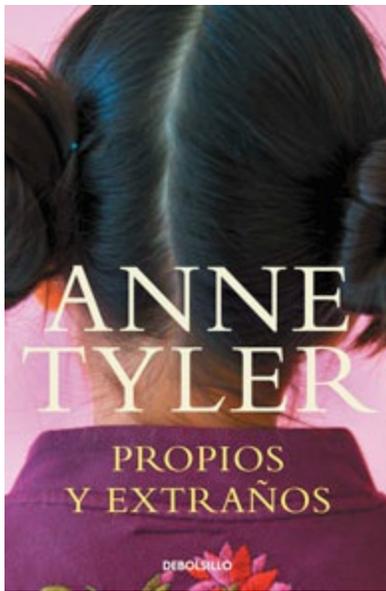
Consejo de Seguridad Nacional: varios cupidos con unas bandas negras cruzadas encima del pecho; «Te quiero, abróchate el cinturón de seguridad». Se volvió y echó un vistazo a la gata, que la miró airadamente desde detrás de una begonia. «Bueno, pues», dijo, y puso el motor en marcha con un zumbido y se fue, saludando con la mano por entre la rendija de la ventanilla.

Detrás de ella, el motor de la camioneta U-Haul también se puso en marcha, y la aglomeración de vecinos se desplazó hasta donde estaba Duncan. «¡Que tengas buen viaje!» «Conduce con cuidado, ¿oyes?» La camioneta empezó a rodar. «Oh, ¿no te da vergüenza?», gritó de pronto Emma, la Pelirroja, «¿llevártela de nuestro lado de ese modo?». Pero Duncan se limitó a saludar con la mano. Probablemente no la oyó. O quizá estaba demasiado absorto en tratar de alcanzar a Justine, que ahora solo era ya una bocanada de humo a lo lejos.

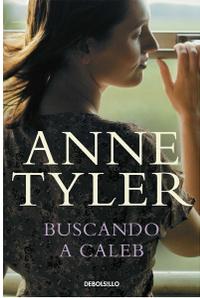
DESCUBRE LA BIBLIOTECA ANNE TYLER







La búsqueda de Caleb, el hermano de su abuelo que un buen día desapareció hace 60 años, se convierte para Justine en la búsqueda de su propia vida.



Buscando a Caleb comienza en un vagón del tren que va de Baltimore a Nueva York. Dentro del vagón hay dos personas, un hombre y una mujer. Él es Daniel Peck, un juez retirado, sordo y canoso. Ella es Justine Peck, su nieta, una joven echadora de cartas que no acaba de encontrar su lugar en el mundo. Ambos esperan dar con alguna pista que los lleve hasta Caleb, el hermano de Daniel, que desapareció sin dejar rastro sesenta años atrás.

A partir de este inicio, Anne Tyler nos adentra en la desgarradora e hilarante historia de los Peck y narra la búsqueda de la libertad por parte de una mujer que acabará por hallarla en sus propios orígenes. Una muestra de la desoladora ironía, el ritmo brillante y la genial capacidad de observación que han convertido a Tyler en una de las maestras de la ficción estadounidense contemporánea.

«Los Peck son maravillosos. Me resulta imposible transmitir la magia de este libro... Estos personajes parecen formar parte de nuestras propias vidas y la búsqueda de Caleb se convierte en algo tan importante para nosotros como lo es para ellos.»

The Washington Post

Anne Tyler, nacida en Minneapolis en 1941, es autora de una veintena de libros, entre los que destacan *Ejercicios respiratorios* (Premio Pulitzer 1989), *El turista accidental* (National Book Critics Circle Award 1986, que además fue llevada a la gran pantalla), *Reunión en el restaurante Nostalgia* (PEN/Faulkner Award 1983) y *El matrimonio amateur* (elegida por *The New York Times* como uno de los libros más destacados de 2004). La mayoría de sus novelas tratan de gente corriente que vive en pequeñas ciudades y que se enfrenta a los contratiempos cotidianos. Es miembro de la American Academy of Arts and Letters. Desde hace años vive con su familia en Baltimore, donde están ambientadas casi todas sus novelas.

Título original: *Searching for Caleb*

Edición en formato digital: abril de 2017

© 1975, Anne Tyler Modaressi, renovado 2003 por Anne Tyler

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Gemma Salvá, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nicolás Castellanos

Fotografía de portada: © Roy Botterell / Corbis

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4050-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Buscando a Caleb

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Otros títulos de la autora

Sobre este libro

Sobre Anne Tyler

Créditos